

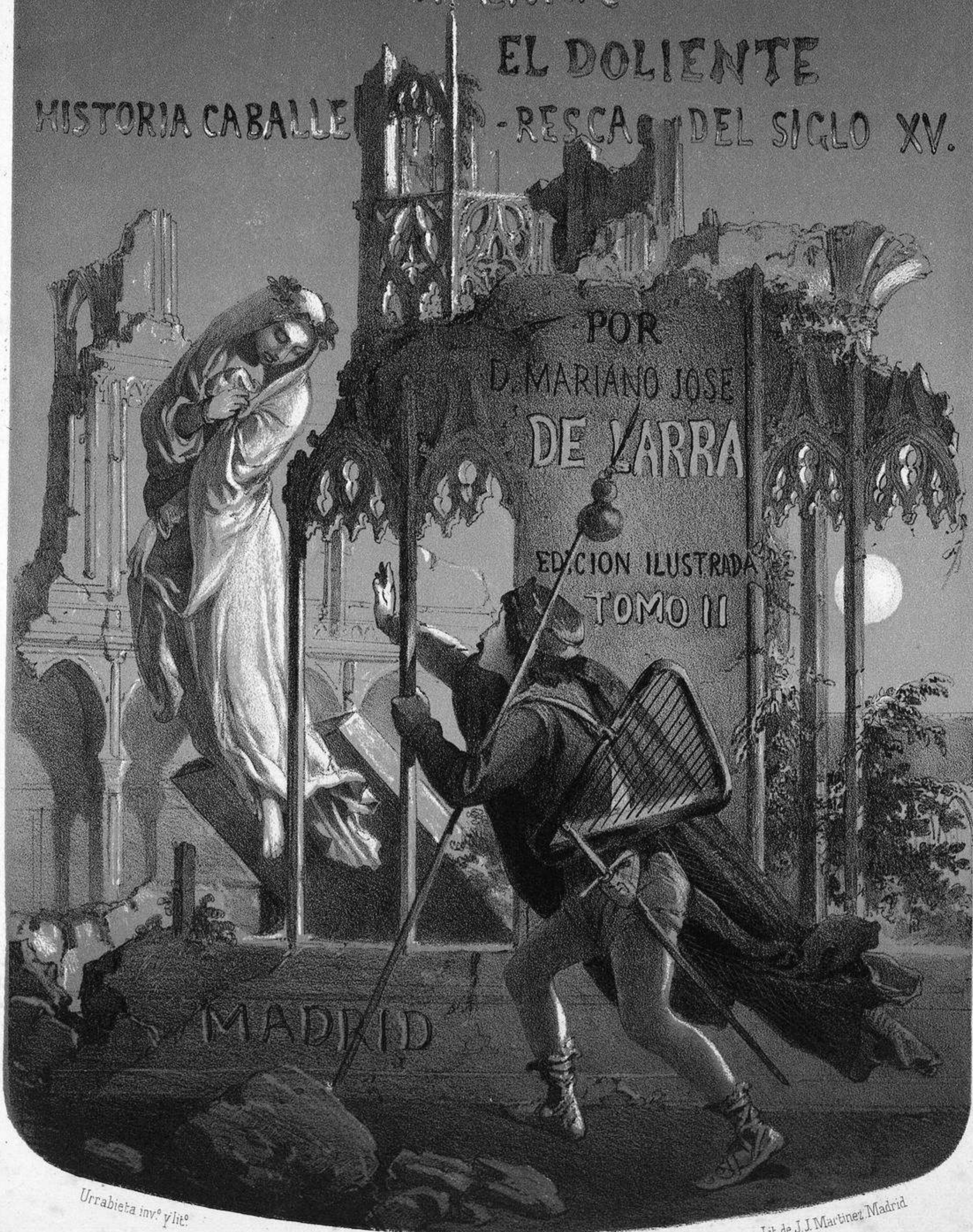
EL DONCEL
DE
DON ENRIQUE EL DOLIENTE.

El Docteur

DE
DOM ENRIQUE

EL DOLIENTE

HISTORIA CABALLERESCA - RESCA - DEL SIGLO XV.



POR
D. MARIANO JOSE
DE LARRA

EDICION ILUSTRADA
TOMO II

Urrabieta inv. y lit.

Lit. de J.J. Martinez, Madrid.

EL DONCEL
DE
DON ENRIQUE EL DOLIENTE,

HISTORIA CABALLERESCA DEL SIGLO XV

POR

D. MARIANO JOSÉ DE LARRA.

EDICION ILUSTRADA.

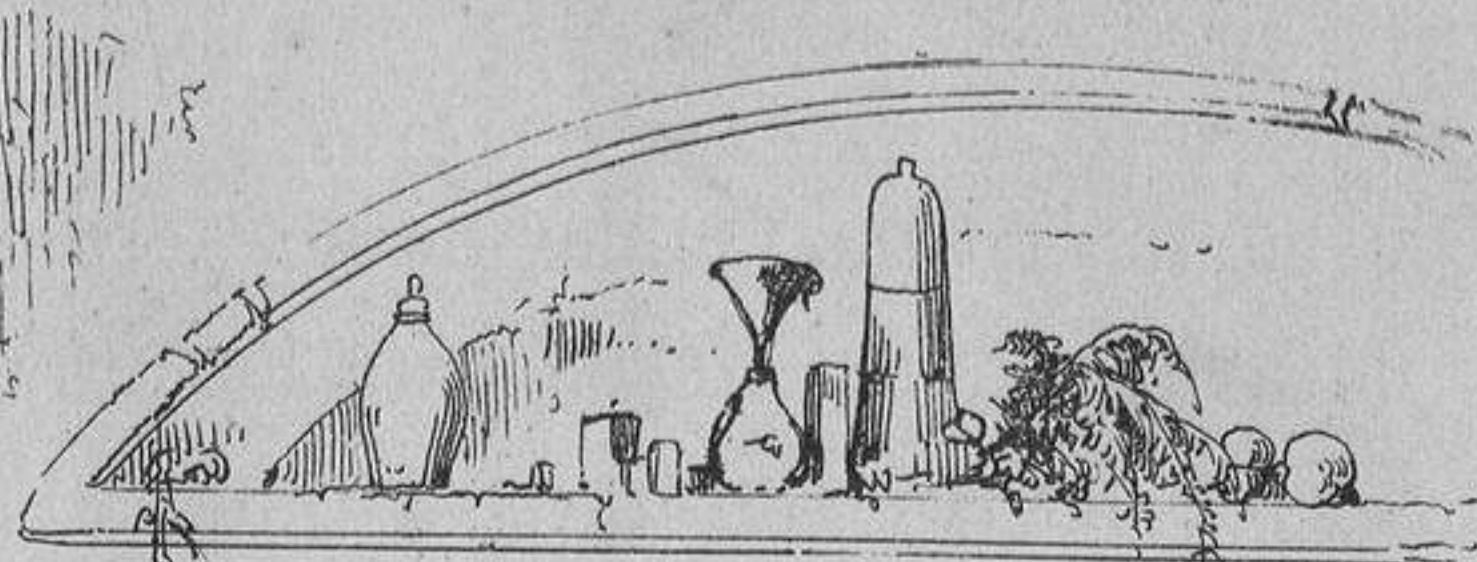
TOMO SEGUNDO.

MADRID.

Litografía de Martínez , calle del Desengaño , núm. 10.

URRABIETA Y MARTINEZ, EDITORES.

1854.



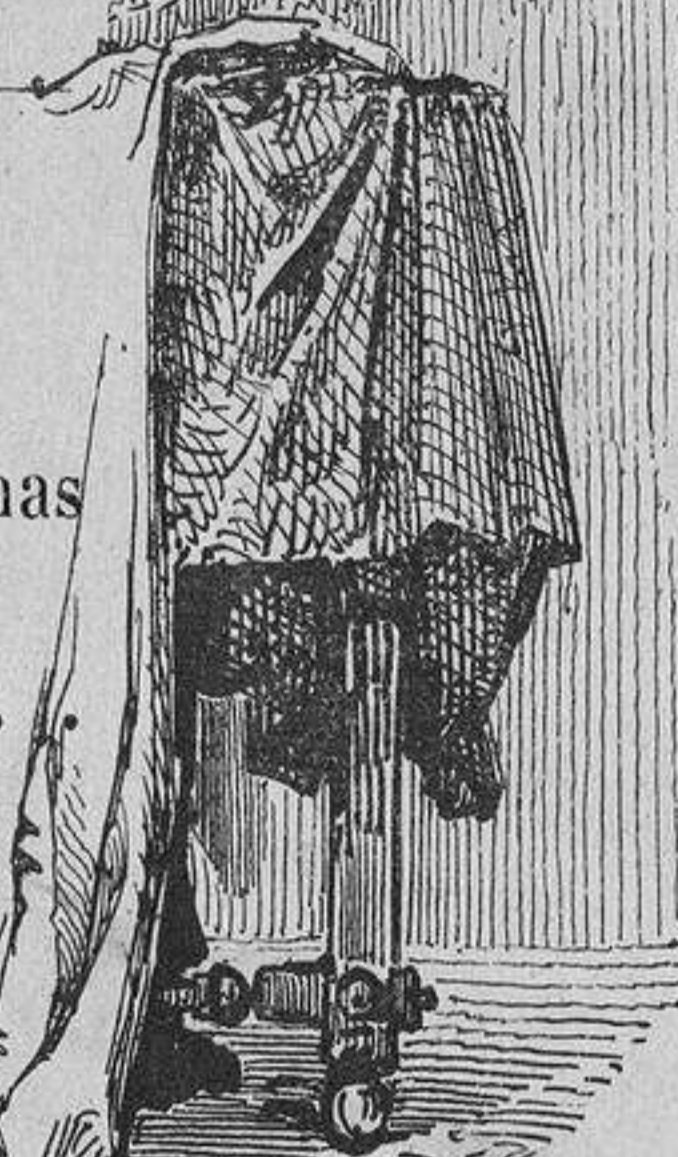
CAPÍTULO XXI.

¿Cúyo es aquel caballo
Que allá bajo relinchó?

.....
¿Cúyas son aquellas armas
Que están en el corredor?

.....
¿Cúya es aquella lanza
Que desde aquí la veo yo?

Canc. de Rom. Anón.



MAS de una hora habia pasado desde que el intrigante viejo habia sepultado en letargo profundo á la incauta enlutada, y no habia alterado en aquel espacio el mas mínimo ruido la tranquilidad que en el laboratorio reinaba.

Por fin dos hombres, vestido el uno de rica y vistosa seda, de tosco buriel el otro, armado aquel simplemente con una espada, balanceando éste en su diestra mano un aguzado venablo, entraron en la pieza inmediata á la del astrólogo.

— ¿Con que está decidido, dijo Hernando, que vais á ver á ese astrólogo?

— Citóme esta mañana, Hernando, repuso Macías, y no ha mucho que le he visto en la cámara de su alteza. «Dentro de una hora, me dijo, estaré en mi aposento: esperadme, si tardare, un momento.»

— ¡Plegue á Dios que no acabe el judío de volverte el juicio, señor!

— ¿Por qué, Hernando?

— Por el soto de Manzanares, señor, que otra vez le viniste á ver

y nos ha costado andar meses perdiendoalcones en los montes de Calatrava, que así sirven para los de Madrid como sirven los mas de los perros del rey Enrique para mi leal Bravonel.

— Así estaba escrito, Hernando; mi negra estrella lo dispuso de esa suerte.

— Voto va, señor, que yo no tuve nunca mas constelacion que mi mano derecha, y lo que sé decirte es, que siempre está escrito que muera el venado contra el cual disparo mi venablo.

— ¿Niegas tú, pues, la influencia de las constelaciones?

— No niego nada, pésiamí: pero si tienes enemigos, señor, y si quieres conjurarlos, ¿por qué no me dices: Hernando, escatima el rastro de aquel oso que me incomoda? Mal año para Hernando si antes de la luna nueva no habias de poderte hacer una buena zamarra con la piel de la bestia.

— Muchas veces, Hernando, conviene cazar de otra manera. Puede mas el ingenio que la fuerza.

— ¿Y qué, no tiene ingenio un montero? No todo ha de ser tampoco dar lanzada; pero maneras hay de cazar, si bien no se hicieron todas para monteros de corazon. No gusto yo de ardides; pero por tí, válame Dios, que monteara yo presto de todos modos. Tambien yo estuve en tu tierra; allí en Galicia aprendí la montería á buitron, y mas de un lobo he cogido al alzapié.

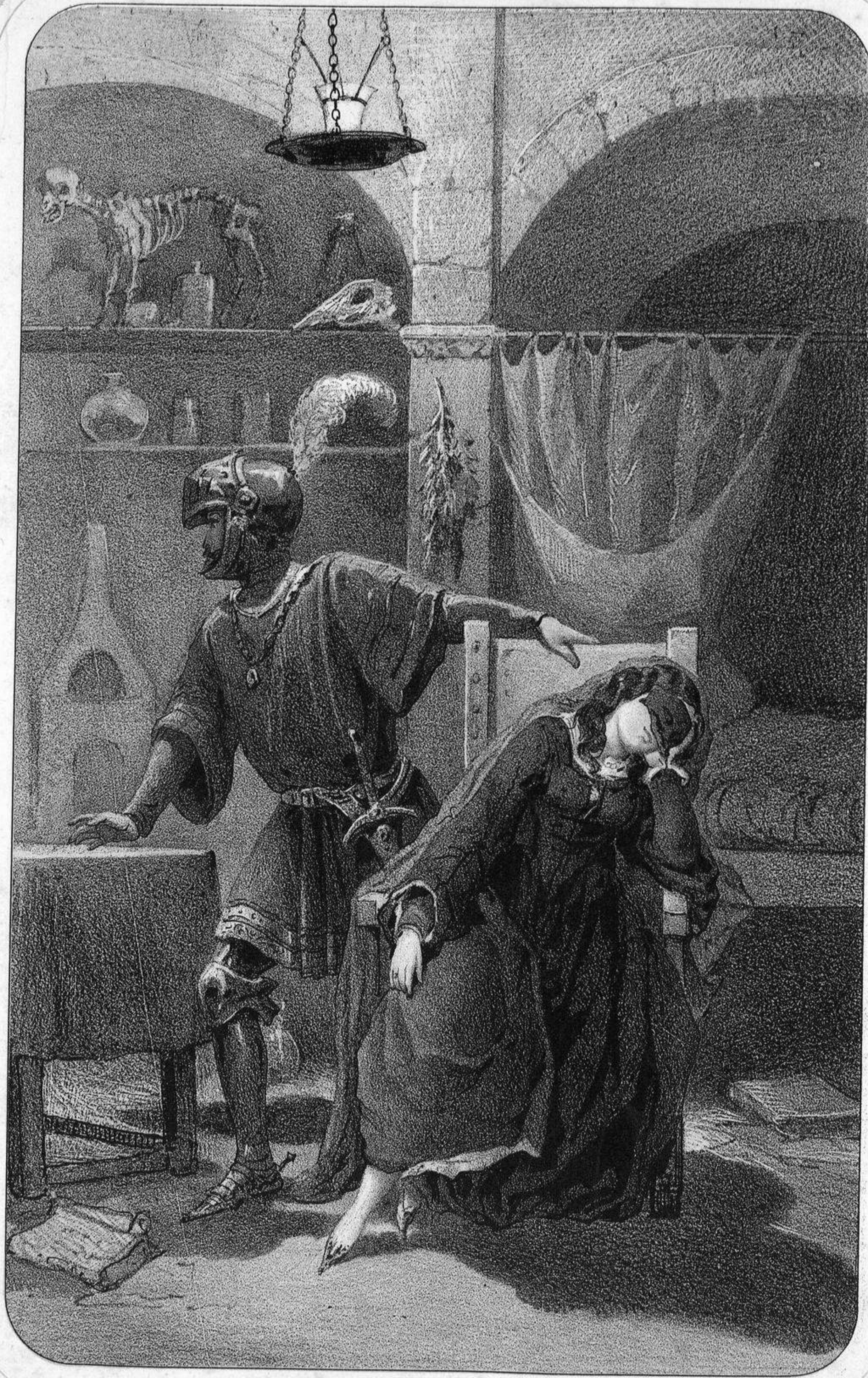
— Bien se trasluce, Hernando, que se te alcanza mas de ardides de montería que de intrigas de corte. Mira si puedes esperar á mi salida, y dejemos para mejor coyuntura tus toscos lazos.

— Toscos, señor, pero seguros. Aquí te espero, y á la buena de Dios. Quiera éste que no caigas tú en la hoya del adivino, y salgas cazado pudiendo cazar.

— No temas, Hernando, que en último apuro no ha de faltarme nunca una buena lanza, y eso es todo lo que necesita un caballero. Entre tanto no tengo que temer del astrólogo, á quien nunca hice mal, sino de mí mismo, y este peligro es el que vengo á prevenir, que aquel prevenido se está.

— Como de esas veces sale la fiera de donde no se espera. El oso era enemigo del hombre antes de que el hombre supiera cazarle. Anda

EL DONCEL DE D. ENRIQUE EL DOLENTE.



¡Haced, Dios mio, que no venga nadie ahora, nadie!

con Dios, señor, mientras yo le quedo rogando que sea mas feliz esta prediccion del astrólogo que la pasada.

Sentóse á un lado Hernando dichas estas últimas palabras, y el dudoso doncel entró en el laboratorio del judío, inquieto por sus propios presentimientos, reforzados con las palabras del montero, y por el objeto de su supersticiosa visita.

La luz que alumbraba la habitacion era una lámpara de que solo ardia un mechero, y ese con pálido resplandor, porque el adivino no ignoraba cuán favorable es á la osadía en el amor un débil reflejo que sirve de velo al pudor y de capa al enamorado deseo. El doncel por lo tanto dirigió la vista á la mesa á que solia estar sentado trabajando el judío, y no vió á nadie. El sitial, donde estaba la dama reclinada, caía del otro lado de la mesa, y el aburrido caballero se creyó solo por consiguiente. — No está, dijo para sí; le esperaré. No habia mucho que se habia abandonado en un asiento á sus melancólicas imaginaciones, cuando le sacó de su distraccion un ruido acompasado semejante al que produce el desigual aliento de una persona que duerme agitadamente. Miró á todos lados, y creyó que su oido le engañaba, cuando un profundísimo suspiro vino á confirmarle en su primera sospecha.

— ¿Quién hay aquí, dijo levantándose, quién? Alguien duerme en esta habitacion: ¿será que el judío, rendido al poder del sueño... pero Santo Dios, ¿qué veo? añadió reparando en la dormida, cuyo vestido se confundia en color con el fondo oscuro de los muebles y de la habitacion. Una persona.... ella.... ella es.... la dama que esta mañana.... no hay duda. Yo te doy gracias, Santo Dios, por esta ocasion que me deparas propicio para averiguar lo que tanto anhelaba saber. ¡Oh! añadió acercándose con blando paso, temeroso de despertarla; ¡haced, Dios mio, que no venga nadie ahora, nadie!

La postura que el abandono de su letargo habia hecho adoptar á la dormida era tan elegante como puede serlo la de una hermosa dormida: su ropa la cubria enteramente; uno de sus piés adelantado indolentemente, y levantando el extremo de su vestido, dejaba ver el torneado y ascendente contorno de una pierna modelada por el deseo: no la hubiera hecho mas perfecta la imaginacion. Reclinábase sobre la

una mano su cabeza, y la otra, naturalmente caída, parecía destinada á ser el objeto de la osadía de un amante arrodillado. Su extremada blancura, que se destacaba del fondo negro del vestido sobre que descansaba, la hacía semejante á esas pequeñas manchas de nieve que suelen verse todavía á fines de la primavera, desde larga distancia, resaltando entre las quebradas de una escarpada y oscura montaña. La agitación de su descanso marcaba á cada sobrealiento la delicada forma de su seno, que se alzaba y deprimía como suelen alzarse y deprimirse las leves ondas al blando impulso de la brisa azotadora. Su aliento desigual solevantaba de cuando en cuando el ligero antifaz de seda, y dejaba descubierta un instante la extremidad de su rostro, por la cual parecía poderse deducir fundadamente la hermosura del resto que no se llegaba á ver: levantándose alguna vez un poco mas el antifaz llegaba á descubrirse cerca de la boca la huella de una fugitiva y vaga sonrisa; bien como un relámpago mas prolongado suele en una noche tenebrosa ofrecer por un instante á la vista del ansioso espectador una porción del cielo que dejan á descubierto los intervalos de las nubes, ó la lejana y suave superficie de un arroyo plateado.

El doncel, cruzado de brazos á su lado, y sin atreverse á respirar ni acercarse por no terminar él mismo con el mas leve ruido la dicha de su contemplación, esperaba el inmediato movimiento del antifaz, como si hubiese de ir viendo cada vez mas porción de aquel tan deseado rostro, que la importuna tela robaba á sus animosas miradas.

No era, sin embargo, el descanso del tierno objeto de su espectación aquel que en la inmediación de la mañana tiñe en alegres imágenes la fantasía de una bella: era el sueño fatídico de una horrible pesadilla producida por la pena ó por una bebida ponzoñosa y antinatural. Algun gemido se escapaba de cuando en cuando del pecho oprimido: un *ay* oscuramente pronunciado moría al nacer en sus trémulos labios, y la mano que pendía, moviéndose con dificultad, parecía querer desviar de su dueño la fantástica figura que atormentaba sin duda su intranquilo dueño.

— Padece la infeliz, padece, dijo entre dientes Macías. ¡Ah! ¿quién puede ser sino ella? ¿quién sino ella podría atar de esta manera mis

acciones? ¿quién producir este respeto y esta agitacion que á un mismo tiempo me dominan?

Un movimiento, en fin, mas marcado pareció anunciar que iba á despertarse. — Dejadme, dejadme, dijo confusamente; huid. La muerte, la muerte....

— No, dijo Macías sin poderse contener por mas tiempo, no; la vida, la vida á tu lado eternamente. ¿Quién se atreverá á ofenderte estando Macías á tu lado?

Arrojóse entonces á sus piés, é iba á levantar con mano atrevida el antifaz.

— Salgamos de una vez, exclamó, de esta penosa situacion. Recordó entonces que en la mañana del mismo dia habia manifestado la enlutada su deseo de no ser conocida, y que él la habia empeñado su palabra de no descubrirla.

— ¡Horrible tormento! exclamó; pero respetaré tu voluntad, mujer cruel. Atrevióse entonces á llegar su mano á la de la tapada, y un fuego desconocido corrió por sus venas.

— ¡Dios mio! gritó despertándose la dama al sentir su mano oprimida por la del doncel. ¿Dónde estoy? ¡ah! ¿qué haceis? ¡Abraham! Pero, cielos, ¿qué veo? ¡pierdo la cabeza! ¿quién sois? soltad.... Guiomar, Guiomar, añadió levantándose y llamando con voz apenas inteligible á una de sus dueñas que en la antecámara la esperaban.

— Callad por Dios, callad, exclamó Macías mirando á la puerta. No llameis á nadie: señora, ¿qué temeis?

— ¿Quién sois? ¡ah! ¡sois vos! ¿Me engaña mi deseo?

— ¿Tu deseo? has dicho ¿tu deseo? repítelo otra vez, repítelo.

— No; no, caballero; no he dicho mi deseo. Perdonad si.... no sé lo que pronuncio; el sueño, la.... pero decidme, ¿por qué estais aquí? ¿qué haceis? Huid, huid ahora que os conozco.

— ¡Cruel! ¿por qué?

— Soltad mi mano, soltadla, que no es vuestra....

— ¡No es mia! ¡Mil rayos me confundan! Perdonad si mi dolor.... ¿Pero qué veo? este anillo.... ¡Santo Dios! ¡ella es! ¡ella es! ¿quién sino ella pudiera tener este anillo? Es el mismo, le conozco, es el mismo.

— ¡Imprudente! exclamó la dama retirando y escondiendo precipitadamente su mano.

— ¡Elvira!

— ¡Silencio!

— Vos sois, vos sois: no me lo ocultéis por mas tiempo, si no queréis que muera á vuestros piés.

— Y bien, yo soy, respondió la dama abalanzándose hácia atrás para poner todo el espacio posible entre ella y el doncel; yo soy, puesto que fuera inútil negároslo por mas tiempo. ¿Y qué queréis? ¿qué exigís de mí?

— ¿Qué exijo, señora, qué exijo? preguntó el doncel arrebatado de su loco frenesí: ¿tengo derecho á exigir algo de vos?

— Huid, pues, y no turbeis por mas tiempo mi tranquilidad.

— ¿Vuestra tranquilidad? y la mia, señora, ¿quién la turbó sino vos? ¿ó no es nada por ventura mi tranquilidad?

— ¿Yo?

— ¿Quién sino vos emponzoñó mi existencia, antes feliz y descuidada? ¿quién sino vos me dijo: Macías, mírame y ama?

— ¿Yo?

— Vuestros ojos, vuestros ojos se clavaron cien veces en los míos, y bien claro lo dijeron. ¡Ah! Elvira, yo he aprendido bien á mi costa á leer en ellos.

— Santo Dios, ¿qué decís?

— ¿Juzgais, señora, por ventura, que es lícito mirar á un hombre y elegirle con los ojos entre la multitud para abrazarle impunemente? ¿Creeis que no vale tanto un hombre como una mujer? ¿Imaginasteis que su vida no es nada, que su existencia es vuestra? Vuestra, sí, si la comprais; pero con una sola moneda, con la sola moneda que la paga; ¡con amor!

— ¿Pero Macías, delirais?

— Sí, deliro, porque te veo, porque te hablo, porque esta era la felicidad que anhelaba y que huía hace tres años. ¡Tres años, Elvira! Tú sabes los dias, los larguísimos dias que encierran, cuando se pasan sin esperanza. He huido yo tambien, pero no hay hombre mas fuerte que su destino. Te amo, Elvira, te adoro. Amame, ó mátame.

— Elegid , caballero , lo que gustéis , exclamó Elvira fuera de sí , y haciendo un esfuerzo sobrenatural. ¡ Vos osais ofenderme , vos abusais de esa manera de mi loca confianza ! ¿ Quién os ha dicho que os amé ? ¿ Olvidais que no puedo ser vuestra nunca jamás ?

— ¡ Yo olvidarlo , señora ! ¡ Pluguiera al cielo que me fuera dado olvidarlo ! ¿ Quién mas dichoso entonces ? Pero nunca creí que vos misma os complaceriais en repetírmelo . Añadidme ahora que le amais á ese hidalgo....

— ¿ Y si os lo dijera mentira ? Le amo....

— ¡ Silencio ! El infierno , el infierno se abre en este momento ante mis ojos.... necio de mí , que consumí una vida entera de amor en conquistar este desengaño.... ¿ Pero qué veo ? ¿ Llorais ? Elvira , ¿ llorais ? Nos entendemos , ¡ ah ! nos entendemos : se hablan nuestras almas , á pesar de nosotros y de los obstáculos : confesadlo ; es imposible que no me ameis . No se ama nunca con este amor que me abrasa para no ser correspondido . Os comprendo . ¿ Temeis ? ¿ mirais á todas partes ? Bien , callaré , señora , callaré . Pero decidme *os amo* , y nada mas .

— Basta ya : ¡ es imposible ! ¿ Paréceos que la superchería que conmigo usais , y que este encuentro , *casual* sin duda , en la habitacion del astrólogo , merece de mi parte premio y galardón ? Creedme , jóven imprudente , un mundo entero existe entre vos y entre mí : jamás le traspasareis .

— ¡ Jamás ! ¡ Dios mio !

— Y escuchad : si quereis evitar mi odio , si mi aprecio os interesa , jamás me hableis de amor : os prohibo que os presenteis delante de mí ; os prohibo que me dirijais trova ni cancion alguna ; os prohibo...

— Prohibidme el vivir , cruel , y acabareis mas pronto , contestó el doncel con toda la amargura de la desesperacion .

— Juradlo , Macías , juradlo si sois caballero .

— ¿ Que jure yo no amarte ? Jurad vos no ser hermosa , jurad que vuestra voz no será dulce y penetrante , jurad que vuestros ojos no me abrazarán en lo sucesivo , y yo juraré entonces....

— ¡ Silencio ! Soy perdida . ¿ No sentís pasos ? ¿ No oís ? ¡ Abraham , Abraham !

— Sí : pero esa puerta se cerrará....

— ¿Qué haceis? Teneos. ¿Quereis hacerme delincuente cuando soy desgraciada?

— Señor Hernaz Perez, dijo á este tiempo la conocida voz del astrólogo en la antecámara, entrad en mi habitacion, y daré satisfaccion á vuestras preguntas.

— El es, señora, él es, exclamó Macías apretando por última vez la mano de Elvira, que desasió de él, y lanzando un ¡ay! agudo y penetrante, se dejó caer sobre el sitial que detras de sí tenía.

El lejano y repentino ruido de la conocida tormenta no pone mas vapor en el corazon del asustado marino que el que produjo en el pecho del hidalgo la voz acongojada que en valde intentaba desconocer.

— ¡Santo cielo! gritó: ¡esta voz es la suya! Lanzóse en seguida en la habitacion como se abalanza el tigre al redil, llamado por el tímido balido de la inocente oveja.

Detúvole empero y acabó de confundir todas sus ideas la presencia del doncel, que ya en pié, y echada la visera, parecia el ángel tutelar de la enlutada, puesto allí delante de ella para defenderla de todo riesgo.—Abraham, dijo entonces vuelto hácia el astrólogo, ¿quién es esta enlutada?

Fingia el judio hallarse en la mayor agitacion.—Señor le respondió por último, permitid que no descubra á nadie este secreto que se me ha encargado, y menos á vos....

— ¿A mí?.... Yo he de saberlo.... Acercóse entonces, resuelto, á la tapada con ánimo al parecer de descubrirla.

— ¿Qué haceis, hidalgo?.... preguntó una voz do trueno, deteniéndole al mismo tiempo el brazo del doncel.

Llegándose entonces el astrólogo á la dama, que se habia arrojado de rodillas como para implorar piedad ante el celoso marido, asióla de una mano, y aprovechando el momento en que forcejeaba Hernan Perez con el doncel, sacóla de la cámara, diciéndola al oido precipitadamente,

— Me ha sido imposible evitarlo; pero salvaos.

— La he de seguir, exclamó el hidalgo.

— No, mientras esté yo aquí, repuso el doncel. Id, señora....

— ¿Y con qué derecho?....

EL DONCEL DE D ENRIQUE EL DOLIENTE.



Llegándose entonces el astrologo á la dama, que se habia arrojado de rodillas

— Con el de la fuerza.

— ¡Ah! os conozco, mis dudas se desvanecen: ¿sois vos el doncel?....

— Yo mismo.

— Sacad la espada....

— ¿Osado y descortés?

— Sacadla.

— No en el alcázar, gritó el astrólogo arrojándose entre los dos. Imprudentes, respetad mis canas. Macías, no teneis razon sino para envainar vuestro acero. Hidalgo, os deslumbra tal vez....

— ¡Basta, pérfido astrólogo! gritó fuera de sí el irritado hidalgo: ¡basta! Doncel, respetemos este lugar; pero en otra parte tengo que hablaros: salgamos.

— Salgamos, repuso Macías echando á andar tras el escudero. ¡Tiempo hace que lo deseaba! añadió en lo mas profundo de su corazon.

— ¡Oidme! gritaba el astrólogo. ¡Teneos!

Pero de allí á poco dejó de oir sus pasos precipitados; mirando entonces hácia la puerta por donde habian salido, — ¡Miserables, dijo cerrándola, os preciais de fuertes y de entendidos, y un torpe anciano juega con vosotros como con sus maniqués! Abriendo en seguida la comunicacion que daba á la cámara de D. Enrique, asió una lámpara, y bajó silenciosa, pero precipitadamente, la escalera retorcida. Daba la luz en parte sobre su rostro, merced á su mano derecha, que interpuesta le defendia los ojos del resplandor. Sonaban sus sandalias de escalon en escalon, y su larga ropa crugía barriendo el pavimento. Parecia el génio del mal de aquel oscuro alcázar, que recorria sus mas recónditos rincones buscando víctimas nuevas que sacrificar el dia siguiente á su insaciable furor.





CAPITULO XXII.

CUANDO la noche cerró,
ambos se fueron armare,
cabalgaron á caballo,
salieron de la ciudade,
armados de todas armas,
á guisa de pelear.

Rom. del marqués de Mántua.

Con feroz espresion de alegría llegó Abenzarsal á noticiar al conde de Cangas de Tineo el funesto resultado de su bien combinada intriga: gran parte habia tenido en ella la casualidad, pero ni creyó oportuno declarárselo así al conde, ni acaso lo creería él mismo. Regocijóse mucho D. Enrique de Villena al principio de su narracion, pero fué oscureciendo su rostro una nube de descontento cuando llegando al desenlace de la escena referida en nuestro anterior capítulo, calculó que á la hora en que él estaba escuchando tranquilamente de boca del empedernido viejo la horrible maquinacion, ésta podria estar costándole la vida á uno de los dos combatientes, pues no era dificil inferir que á pelear y no á otra cosa habian salido en aquella forma y aquellas horas del alcázar el amoscado hidalgo y el impetuoso caballero. Parecióle de veras mal que pasase la burla tan adelante. Cuando habia admitido para este asunto los auxilios del astrólogo judiciario, ó se habia lisonjeado de que este conseguiria colocar las cosas en cierto punto del cual no pasasen, y que bastase sin embargo para poner fuera de combate á sus enemigos; ó lo que es mas probable, no se habia tomado el trabajo de reflexionar suficientemente que las pasiones no se mane-

jan con la mano, y que el tino ha de estar el ver cómo se ha de soltar el leon de la jaula, porque una vez suelto ni hay retroceder, ni hay calcular dónde y cómo habrá de parar el estrago. Como todos los hombres débiles y faltos de energía, habia procurado ahogar en un principio los latidos de su conciencia, si se nos permite esta atrevida metáfora. En valde trató el viejo redomado de tranquilizar su espíritu y embotar sus remordimientos, presentándole el caso menos arriesgado de lo que era y debia ser realmente; en valde le citó mil ejemplos de desafíos empezados y no concluidos, y enumeró infinidad de ellos terminados al llegar al campo por miedo de uno ó de los dos adversarios, ó por cualquier estraña casualidad sobrevenida; ó llevados á cabo, en fin, á costa solo de algunas heridas de poca importancia y gravedad. Para haber cedido á la insinuante persuasion del físico, era preciso no haber conocido el pundonoroso espíritu del hidalgo, y haber ignorado completamente la fibra irritable y la arrojada decision del doncel. Luchaba el conde con mortales angustias entre el deseo de ver perdido al doncel y el temor de que quedase envuelto en su ruina su fiel escudero, cuyos leales servicios, y cuya probidad, solo cariño y respeto le podian merecer. Si hubiera sido posible que por una causa agena enteramente de él hubiera desaparecido Macías y callado para siempre la importuna honradez del hidalgo, hubiérase alegrado tal vez; pero la idea de que iba á caer sobre su cabeza la sangre de un semejante suyo, no era bastante malvado para arrostrarla. ¡Estado infeliz del hombre que ni puede llamarse bueno ni malo completamente, en cuyo corazon domina todavía el conocimiento de lo primero, sin el suficiente vigor para desechar lo segundo! El tiempo entretanto corria y era forfoso decidirse presto.—Abenzarsal, dijo por fin Villena con la violencia que se hace el enfermo para pasar de un trago la amarga medicina, á que ha de deber mal su grado su salud, Abenzarsal, me habeis perdido. Nada habeis hecho por mí, si muere alguno. Corramos á evitar una catástrofe. ¡Ay de nosotros si llegamos tarde! No os mandé yo tanto.

— ¿Qué dices, señor? repuso asombrado el astrólogo, que contaba todavía con la indecision del conde y con su propia elocuencia para acabarle de determinar. ¿Pretendes lograr tus planes con semejante cobardía? ¿nada quereis sacrificar? nada, pues, lograrás. El entendido

maestro corta un brazo para salvar los demás miembros. Los términos medios nada remedian. Dejémosles correr su suerte. Si su constelacion por otra parte es morir, ¿qué poder tendremos para contrastar los astros?

— ¡Los astros! ¡los astros! acostumbrado á ese pérfido lenguaje, ¿quereis desluméraros á vos mismo. Si uno de ellos está pereciendo en este instante, ¿qué astro sino vuestra intriga los habrá perdido?

— Eso querrá decir, D. Enrique, que su constelacion era que los perdiese mi intriga.

— Basta, Abenzarsal, gritó Villena mirando al reloj. Cada grano de menuda arena que veis caer en la parte inferior de esa vasija, es una gota de sangre tal vez; y no encierran tantas gotas las venas de ningun hombre como granos contiene ese arenero. Abenzarsal, yo quiero que su constelacion no ordene su muerte: venid conmigo....

— ¿Adónde? ¿quién es capaz de adivinar dónde han dirigido sus pasos enmedio de las tinieblas de la noche dos locos, que....

— Locos, sí, locos; pero hombres, en fin, que cuerdos ó locos no tienen mas que una vida, y esa la perderán si los dejamos.

— ¿Y bien? ¿Serán los primeros que hayan muerto víctimas de su necedad? ¿Soy yo, por ventura, quien los ha persuadido de que vale tanto una hermosura pasajera como la vida de un hombre? Si no han aprendido á conocer á la mujer, ¿será nuestra la culpa de su muerte? ¡Insensatos! Los que consienten en morir por un ser pérfido, no merecen que dé nadie dos pasos para salvarles la vida. ¿Serán por ventura mas felices cuando la conserven para vivir esclavos, y fascinados por el loco capricho de un sexo envenenador, para creer gozar en una falsa sonrisa, para llorar lágrimas de sangre ante un injsuto desden? Su muerte será acaso su felicidad.

— Sofisma, Abenzarsal, bárbaro sofisma!

— Es decir, pues, replicó el viejo, batido en sus últimos atrincheramientos, es decir....

— Es decir, viejo insaciable, que no consiento réplicas. ¿Cuánto oro necesitais para ceder? ¿en cuánto apreciáis la vida de dos hombres?

— Si por eso lo decis, en nada. De valde los salvaré.

— Tomad, sin embargo, repuso Villena arrojándole otro bolson,

parecido al que poco antes le habia dado, tomad y callad con oro vuestra conciencia, si es que os remuerde de obrar bien alguna vez. Vamos de aquí. ¡Quiera el cielo oír mis votos! Aseguremos sus vidas, y no nos faltarán medios despues para deshacernos de ellos de un modo menos culpable.

Al decir esto asió del brazo al astrólogo, que obedeció de mala gana á la violencia que se le hacía.—¡Hé aquí el hombre! salió diciendo entre dientes detras de Villena, que apasos precipitados se lanzó fuera del aposento. Inventa recursos, Abenzarsal, añadió hablando consigo mismo, imagina arbitrios para engrandecer á un sér débil y de carácter indeciso, y él mismo derribará la obra que hayas edificado. ¡Remordimientos, remordimientos, dos hombres! Sin embargo, si mueren por una hermosa, la hermosa al saber su muerte la colgará como trofeo en el altar de sus conquistas, y volverá los ojos á emponzoñar tranquilamente con nuevas sonrisas y desdenes la existencia de un tercero. ¡Y nosotros entre tanto con remordimientos!

Mientras esto pasaba en la cámara de D. Enrique de Villena, caminaban hácia el soto de Manzanares con el mayor silencio nuestros dos competidores. El hidalgo, al salir por la puerta del Cubo de la Almudena, se habia vuelto á Macías, que le seguia con la indiferencia y serenidad de un hombre que nada espera y que está por consiguiente dispuesto á todo, y le habia dicho: «Caballero, mientras mas apartados de la poblacion, reñiremos con mas libertad.» Al decir estas palabras, que fueron sin duda oidas, aunque no contestadas, hizo un ademan con la mano dando á entender que debian seguir algun trecho mas adelante camino de la casa del Pardo, que á la sazón edificaba D. Enrique el Doliente en medio del famoso soto. Macías manifestó su asentimiento á tal posicion, siguiéndole á pocos pasos. Así anduvieron largo trecho, conservando siempre entre sí igual distancia y el mismo silencio; parecian en medio de la oscuridad dos troncos cortados á igual altura, que movidos de impulso extraordinario se trasladaban á otro punto, por entre sus muchos lozanos compañeros, que desafiaban á las nubes con sus altas copas, por cuyas ramas pasaba agitándolas y susurrando tristemente el viento de las vecinas sierras. Por fin, llegaron á una especie de prazoleta formada por los leñadores, que habian hecho su carga en

aquel paraje derribando algunos arbustos y matorrales. Paróse al entrar en ella el hidalgo, miró en derredor, y dando con el pié en el suelo y desembozando su corto capotillo, «Aquí, dijo con voz alterada por la cólera, aquí.» Imitó el doncel su acción, y desenvainando su espada sosegadamente, esperó á que le acometiera su contrario con resuelto continente. Desenvainó la suya también el escudero, pero antes de proceder al combate cruel que los esperaba, —No creo inútil, dijo al doncel, que fijemos los pactos de nuestro duelo. En primer lugar, deseo preguntaros si teneis noticia de una música que se dió no hace muchas noches al pié de la ventana de mi señora la condesa de Cangas y Tineo.

— Sí, contestó Macías secamente. Defendeos.

— Esperad. ¿Y sabeis quién era el músico?

— No me creo obligado á contestaros, repuso Macías en el mismo tono, volviendo á hacer ademán de dar principio al combate.

— ¿Y quereis decirme quién era la dama enlutada que acusó esta mañana en pública corte á mi señor el conde?

— Los mismos datos teneis para conocerla que yo.

— ¿Qué motivos tuvisteis para abrazar su defensa?

— Los que creí justos.

— ¿Cómo os he encontrado solo con ella en el laboratorio del judío? ¿Sabeis que soy su esposo?

— He dicho una vez por todas que no me creo obligado á responderos. No acostumbro á sufrir interrogatorios.

— No me podréis negar que una entrevista de esa especie supone relaciones que mi honor....

— Vuestro honor está ileso. Vuestra esposa inocente.

— Probádmelo.

— Con la punta de mi espada al momento.

— ¿No teneis, pues, otras pruebas?....

— Para hablar, hidalgo, no necesitábamos habernos apartado tanto de Madrid.

— Decis bien, repuso el hidalgo, en quien crecía la ira mas y mas en el corazón con cada respuesta del arrogante mancebo; vengamos, pues, á los pactos de nuestro duelo. El que venza....

— El que venza, dijo Macías irritado ya por la tardanza, enterrará

al otro , ó lo dejará , si le parece mejor , para pasto de los cuervos de Castilla.

— Si le venciese , empero , sin matarle , podrá imponerle....

— Os prevengo , hidalgo , que no vencereis sino matándome. Por lo demás , recordad que no estais armado caballero , y que cuando me sujeto á reñir con vos , no puede haber pacto por consiguiente entre nosotros.

— No estoy armado , pero soy hidalgo. Por no haberla recibido no desconozco la órden de caballería....

— Probadlo , pues.

Bien vió el hidalgo que en valde intentaria obtener de su adversario mas ámplias esplicaciones. Meditó un momento buscando en su imaginacion algun medio que pudiera hacerle conocer si era realmente tan culpada su esposa como él lo habia imaginado , ó si habria procedido de lijero ; pero no hallando ninguno , y temiendo , por fin , que sus dilaciones diesen motivo al doncel para dudar de su valor , púsose en actitud de acometer sin proferir mas palabra , y dentro de pocos instantes sonaban ya las espadas cruzándose con desapacible y temeroso ruido. La oscuridad no permitia una defensa tan hábil como la exigia la seguridad de cada uno ; pero en cambio podemos decir que realmente entrambos á dos tiraban mas bien á ofender al contrario que á resguardar su propia vida del contrapuesto acero. Por otra parte los dos manejaban las armas y las conocian perfectamente. Imposible nos fuera enumerar y describir los golpes que se tiraron y las heridas que recibieron : nada dicen de esto las leyendas. Lo único que podemos asegurar como si lo hubiéramos visto , es que á poco rato de encarnizada refriega se hallaba ya tinto el suelo en mas de un paraje con la roja sangre de los combatientes. Ni una palabra se oía ; una exclamacion involuntaria que exhalaba alguno al sentirse herido , ó al conocer que su estocada habia dado en el cuerpo del contrario , y el aullido de algun lobo , que al ruido del hierro huía precipitadamente todo espantado del sitio del combate , era el único rumor que en gran trecho á la redonda se percibia.

De allí á poco , parándose de pronto el doncel y clabando en tierra la punta de su espada , —Hidalgo , dijo en voz baja , teneos : ¿no habeis oido algo?

— Nada respondió el hidalgo cesando de pronto en el acometer.

— Imaginé haber oído piés de caballos en el camino inmediato, y aun si mi oído no me engaña, pasos de alguna persona entre esos espesos matorrales.

— Alguna fiera que busca su guarida. ¿Estais cansado?

— De vivir y de que me resistais. Espero que no podré temer una emboscada ni....

— ¿Qué decís? ¿no hemos salido juntos?

— Perdonad.

— ¿Estais herido?

— No, contestó Macías con voz que reprimía el dolor, tal vez, de los golpes recibidos. No es vuestra la herida que me duele.

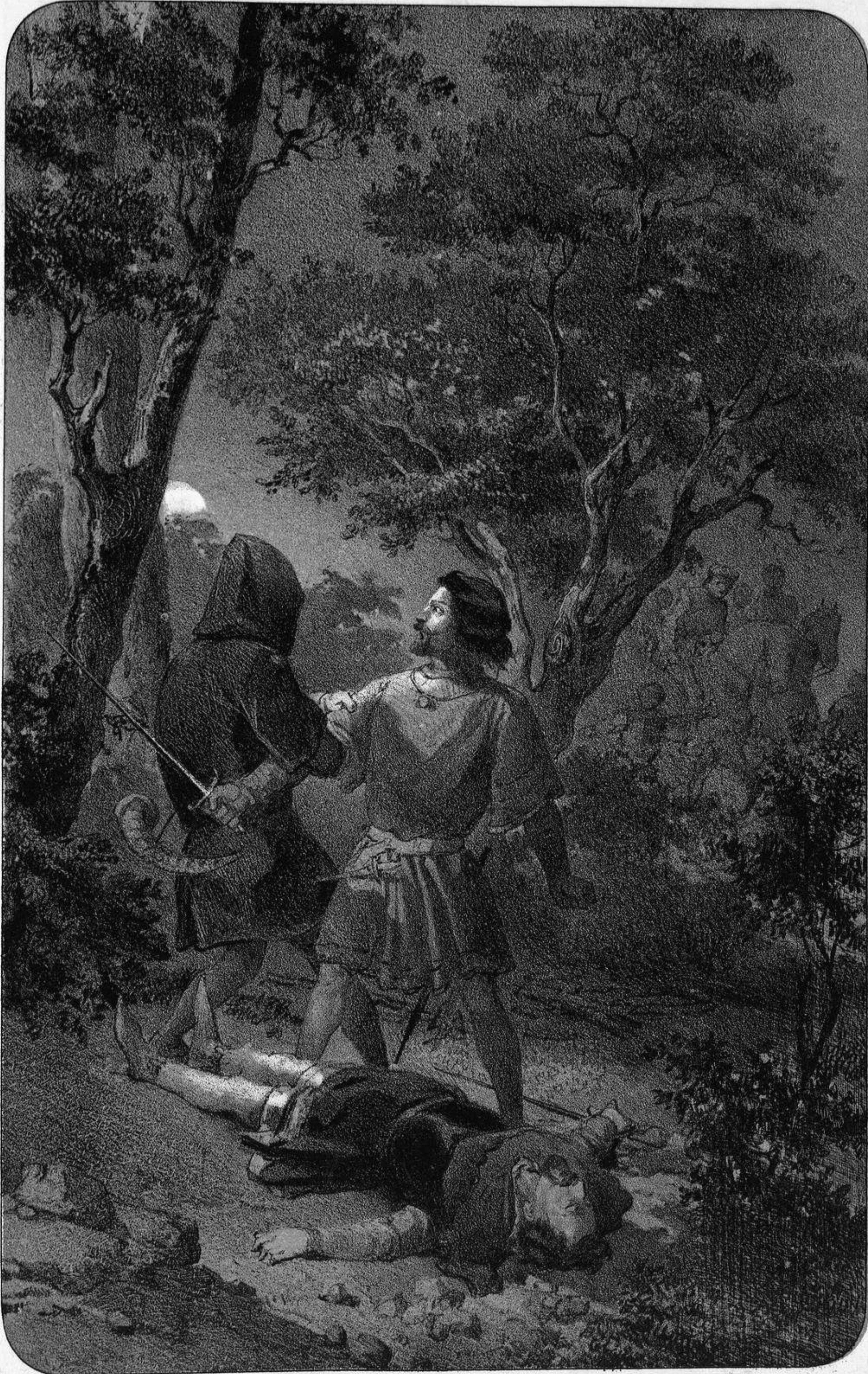
— Ahora creo yo oír gente, dijo á su vez Fernan; sintiera que nos interrumpiesen.

— ¿Interrumpir, hidalgo? ¡Ea! acabemos de una vez. A buen tiempo llegan; enterrarán al vencido.

— Acabemos, respondió Fernan.

Y volvieron con nuevo furor al interrumpido combate, no ya como hasta en tonces batiéndose segun las reglas de la caballería, y atacando y respondiendo. Alzadas á un tiempo mismo las espadas, descargábanlas simultáneamente sin cuidar mas de la defensa que si tuvieran dos vidas. Iban á acabarse muy presto uno á otro, pues que si bien Macías llevaba indudablemente ventaja en el manejo de las armas, la oscuridad y su rabia no le permitian usar de ella, y el hidalgo reñía con celos. La casualidad empero quiso que Fernan Perez al arrojar-se sobre su adversario pusiese el pié en un paraje del suelo, humedecido con la sangre que ambos habian perdido, y por lo tanto resbaladizo: no bien le habia sentado, cuando el mismo impulso que su cuerpo llevaba le hizo venir á tierra á los piés del enfurecido doncel. Vencedor ya éste, dirigió la punta de su espada al rostro del caído.— ¡Sois muerto! le gritó; pero al mismo tiempo una mano, mas fuerte que las manos unidas de diez hombres, asiendo del brazo del vencedor, no solo le detuvo en su mortífero intento, sino que levantándole en el aire le apartó largo trecho del sitio de la pendencia con la misma facilidad que lleva el viento un ligero copo de nieve de una parte ó otra.

EL DONCEL DE D. ENRIQUE EL DOLIENTE.



Le apartó largo trecho del sitio de la pendencia

No volvía el doncel de su aturdimiento, ni acababa de entender el caído hidalgo cómo le duraba la vida todavía.

Oyóse al mismo tiempo gran ruido de caballos que se habrían pasado por entre la espesura de la selva.—¡Aquí están, decían unos á otros, aquí!—Llegándose en seguida dos de los ginetes, que para alumbrarse traían teas en la mano, al que en el suelo yacía, iluminó su rostro el resplandor, y no debía de estar muy bien parado según lo indicaba su extrema palidez; probó á levantarse al sentir sobre sí aquella máquina de gentes extrañas, pero inútilmente: el terrible golpe que acababa de llevar, cayendo cuan largo era, había abierto más sus heridas, y así permaneció en tierra esperando en silencio el desenlace de aquella ordinaria interrupción. Macías en tanto buscaba con los ojos, por todo lo que alcanzaba á ver á la luz de las teas, al atrevido que había osado apartarle de aquel modo tan incivil como peregrino de su ya conseguida victoria; pero en cuanto los de las teas hubieron reconocido al hidalgo y á su contrario, matando las luces de repente:—El caído es Fernán Pérez, dijo el que parecía principal de ellos; el otro el doncel.—Y no bien hubo acabado estas palabras, cuando precipitándose tres ginetes sobre el doncel, que se dirigía ya hácia ellos con el objeto de reconocer qué gente fuese, desenvainaron las espadas y comenzaron á acometer todos á una con la ventaja de los caballos y con la de gente no cansada ya como él de pelear. Amparó Macías en tan inminente peligro sus espaldas del tronco de un árbol, y defendíase como un león acosado á la puerta de su caverna por una manada de hambrientos lobos.

— Date, le gritó uno de los tres: no queremos tu vida, sino tu persona.

— Jamás, cobardes, les gritó Macías defendiéndose con bizarría, y á los primeros golpes acertó á dejar á uno desmontado hiriéndole peligrosamente el caballo. Los compañeros, que vieron tan indeciso el combate, acudieron en número de otros tres al auxilio, y era evidente que Macías no hubiera podido resistir mucho tiempo á lucha tan desigual.

— Date, repitió el mismo que había hablado al ver llegar el socorro, date ó eres....

No pudo acabar la frase , porque dió consigo en tierra desde el caballo , con no poca admiracion del doncel , que entretenido con otro , no habia podido ofender al que hablaba. Igual suerte tuvo de allí á un momento el que mas acosaba á Macías.

— ¡Mueren por sí solos mis enemigos! exclamó Macías. Villanos, prosiguió cobrando ánimo con la invisible proteccion que el cielo le daba, rendíos, y decid quién sois , y qué intento os ha traído. Si sois salteadores....

— ¡Muera! dijo uno de los tres que le quedaban acometiendo, ¡muera! Yo daré cuenta de su muerte. El ha muerto á tres de los nuestras. Abalanzóse sobre él Macías , pero antes de que su espada hubiese llegado á tocarle ,—¡Cielos! exclamó el desconocido : ¡soy muerto! y cayó cuan largo era.

Al oír esta exclamacion tan inesperada , llenos de terror sus compañeros dieron á correr gritando:—¡Es hechicero! ¡es hechicero! ¡el diablo le defiende!

Arrojóse tras ellos Macías , pero conoció que sería vano intento querer alcanzarlos ; detúvole en aquel punto la misma mano que parecia haberle salvado aquel dia de tantos peligros.

— ¿Quién eres? iba á decir Macías á su invisible protector , cuando una voz ronca que parecia hablar sola en medio de las tinieblas dijo con reposado continente:

— ¡Voto va! dejad ese venado , que ni sirven esas piezas para yantar , ni menos para vestir. El montero de ley no ha de cazar nunca raposas cuando puede cazar venado mas noble.

— ¡Cielos! exclamó Macías : ¿eres tú , Hernando? ¿Es á tí á quien debo esta noche la existencia acaso?....

— ¡Por Santiago! Yo creí que ya sabía mi amo el doncel Macías que donde está la fiera , allí está Hernando.

— ¡Hernando! exclamó Macías arrojándose en sus brazos.

— Vaya , dejemos eso. Si esta noche me debeis la vida , yo os la estoy debiendo todo el año , pues me manteneis. ¡Voto va! ¿y qué pieza era esa que estaba ahí tendida?

— Hernando , me recuerdas mi deber ; busquemos á ese desgraciado. Está vencido , y debemos dar treguas al rencor.

Pusiéronse á buscar en seguida al hidalgo , pero inútilmente.

— ¡Esta es buena! dijo Hernando. Los pícaros lo han llevado. ¡Bella presa! ¿No dije yo , señor , que no podia salir nada bueno de ese astrólogo? A mí libreme Dios de hombre que no caza. En su vida ha cogido un venablo.

— ¡Ea! Hernando, esas reflexiones son para otro lugar ; puesto que el hidalgo no parece, y que nosotros cumplimos ya con nuestro deber, partamos. Necesito curar mis heridas....

— ¿Tambien eso? vamos , señor: ¡vive Dios! Hernando quiere que le monteen á él si vuelve á suceder mientras estemos en esta maldita corte que se separe un punto de su amo y señor.

Concluida esta imprecacion hicieron otro rebusco por si á una parte ú otra podrian encontrar vivo ó muerto al escudero. Y yendo apoyado Macías en su fiel montero por el dolor que empezaban á causarle las heridas , tomaron en seguida el camino de Madrid , por el cual ningun vestigio habian dejado los de los caballos , si es que por él habian pasado.



XXIII.



¿Qué mal teneis, caballero?
¿Querédes me lo contare?
¿Teneis heridas de muerte?
¿O temeis otro algun male?
—Háme herido Carloto,
Su hijo del emperante,
Porque él requirió de amores
A mi esposa con maldade;
Porque no le dió su amor,
El en mí se fué á vengare,
Pensando que por mi muerte
Con ella habia de casare.

Rom. del marqués de Mántua y Valdovinos.



CUANDO Elvira fué sacada de la mano por el astrólogo fuera de su cámara, á la inesperada entrada de Fernan Perez de Vadillo, á penas tuvo tiempo aquel de indicarla que habiendo informado ya á su alteza de sus circunstancias, le daba este licencia para restituirse á su habitacion tranquilamente hasta el dia que, realizándose el combate, hubiese de concurrir á sostener en el juicio de Dios su acusacion, por medio de sus pruebas ó del esfuerzo del caballero que habia escogido por campeón. Pero por una parte ella esperaba ya este resultado, y por otra el sobresalto en aquel primer momento no podia dar lugar á la reflexion; así que, huir debió ser su primer cuidado. En realidad ninguna de las acciones de Elvira era culpable: por un exceso de amistad poco comun, y animada del espíritu caballeresco y reparador de agravios que se dejaba sentir tan generalmente en aquella época, se habia lanzado á un acto de generosidad que nadie podia reprocharle con razon fundada.

Conociendo que no podia vengar á la condesa, ó descubrir su suerte y paradero sin ofender al conde, de quien al fin era escudero su esposo, un principio de delicadeza le habia inspirado la idea de ocultarse, á lo cual se habia añadido otra importante consideracion: no conocia en la corte de D. Enrique caballero tan valiente ni generoso como Macías á quien dirigirse para que amparase su debilidad contra el enemigo que iba á granjearse; pero era demasiado perspicaz para no conocer cuán falsa era la posicion en que estaban uno respecto de otro, y demasiado virtuosa para no tratar de huir de toda ocasion en que pudiese aventurar aquel verbalmente una declaracion que ya tantas veces le habian hecho sus ojos con su elocuente silencio. En este asunto no habia pues, en sus acciones otro delito ostensible contra su esposo sino aquella especie de reserva que con él habia guardado, reserva tanto mas disculpable cuanto que á no haber sido por la intriga del astrólogo, enteramente independiente de Elvira, y que no podia por consiguiente haber entrado en sus planes, le hubiera salido á medida de su deseo, pues que solo se hubiera sabido que era ella la acusadora, del modo que sabemos haber estado en un baile de máscaras una persona á quien creemos haber conocido, pero que no se descubrió nunca en él, y que niega constantemente su asistencia, lo cual no es saber las cosas, sino dudarlas. El que su esposo la hubiese encontrado sola con el doncel en el laboratorio del químico, ella sabía, y el lector sabe perfectamente, que no podia ser argumento contra ella. Pero el lector sabía acaso una cosa que Elvira no sabía por lo visto, ó que no habia reflexionado bastante, y es que no hay posicion mas falsa que aquella en que se pone una persona al guardar secretos para otra que tiene derecho á exigir una total franqueza. El misterio hace aparecer culpables las cosas mas inocentes, y por otra parte es fuerza confesar que si las acciones de Elvira no eran culpables, acaso no podia ella decir otro tanto de sus pensamientos, por mas que procurase sofocarlos de continuo; y cuando nosotros mismos nos reconocemos culpados, de nada sirve para nuestra tranquilidad que nos tenga el mundo por inocentes. Si solo hubiera abrigo Elvira indiferencia con respecto á Macías, no se hubiera creído perdida al ver entrar á Vadillo; de lo cual es forzoso inferir: primero, que Elvira huyó de sí misma, creyendo huir de su esposo: y

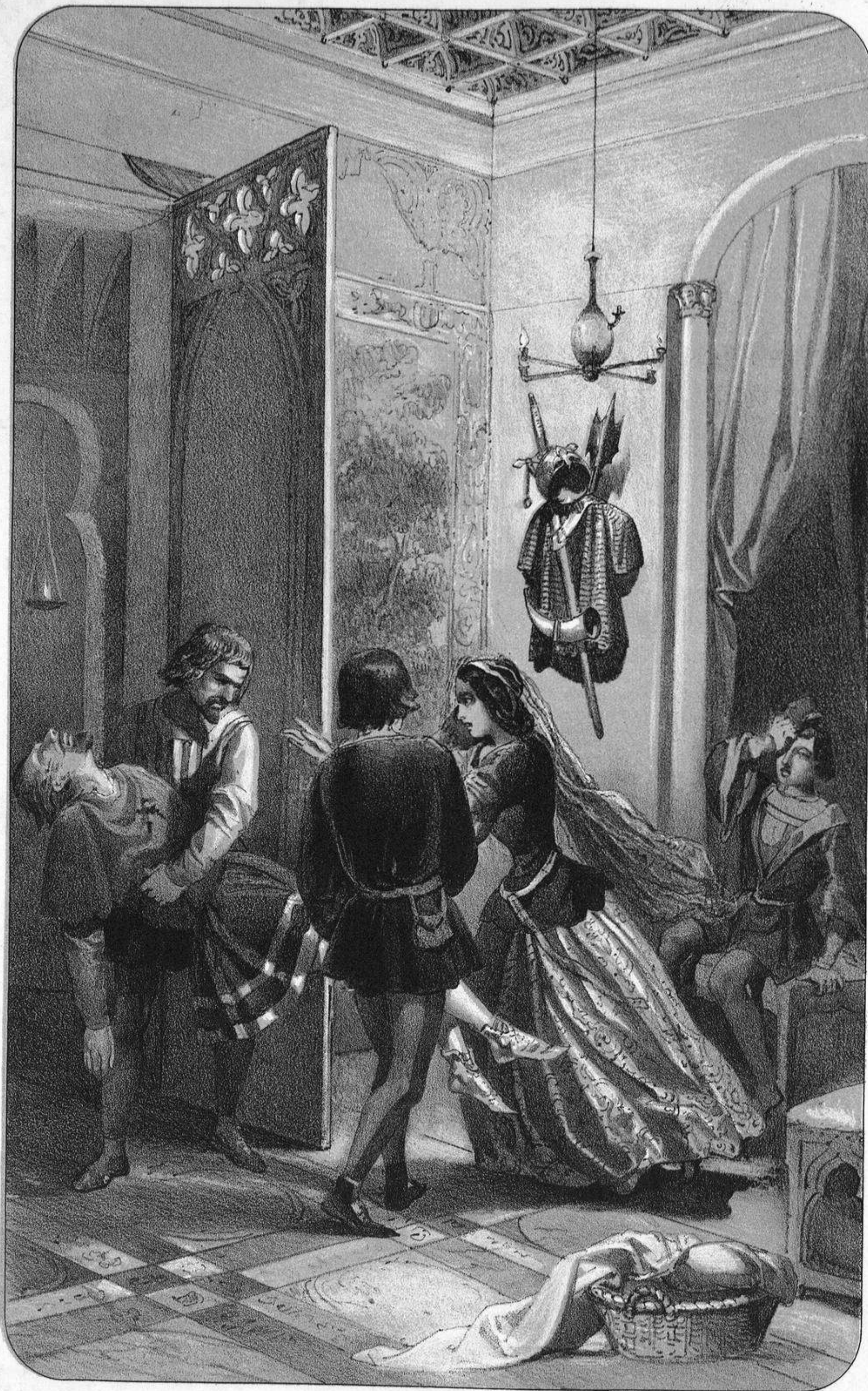
segundo, que para ser malo es preciso serlo del todo : una mujer menos virtuosa que Elvira, en todo este desgraciado asunto no hubiera comprometido ella misma su seguridad, porque hubiera calculado mas y dominado mejor sus emociones.

Su primer pensamiento fué huir sin saber adonde ; pero á poca distancia del aposento de Abenzarsal ofreciéronse á su imaginacion las reflexiones todas que hubieran debido ocurrírsele un momento antes : era inocente ; declararia á su esposo francamente su posicion, y esta franqueza le granjearia mas y mas su aprecio. ¿Y adónde podia dirigir sus pasos sino á su habitacion ? Cualquiera otro partido hubiera sido indisciplable. Llena de la idea de que en último resultado nada podia echársele en cara, pues que habia sabido resistir á las seductoras palabras del doncel, y nada habia en su conducta verdaderamente reprehensible, dirigióse á su departamento, no sin luchar algun tanto, y aunque á su pesar desventajosamente, con el recuerdo perseguidor del diálogo que acababa de tener con un hombre mas peligroso de lo que ella pensaba para su tranquilidad. Habíanla seguido sus dueñas, inquietas al notar su zozobra é indecision.

Quitáronla el manto en cuanto llegó y el antifaz, y pudo entregarse ya mas libremente á reflexionar sobre su verdadera posicion.

La primera idea que entonces le ocurrió fué el riesgo de un próximo rompimiento en que habia dejado á Macías y á su esposo. Segura empero de que en nada habia ofendido á este último, é ignorante al mismo tiempo de las sospechas y recelos que le atormentaban de algun tiempo á aquella parte, no creyó que lo ocurrido pudiese ser motivo suficiente para comprometer su existencia ; á lo cual se agregaba la reflexion de que á aquellas horas y en aquel sitio tan inmediato á la cámara de su alteza no era posible que se enredasen de palabras hasta el punto de realizar sus temores ; y para el otro dia se prometia haber desvanecido ya todo género de duda en el corazon de Vadillo con respecto á su conducta, porque en esta materia las mujeres suelen contar siempre demasiado con los recursos que concedió el cielo á su sexo, naturalmente fascinador y artificioso. Mas serena con estas reflexiones, esperó la llegada de su esposo con toda la tranquilidad que en su posicion cabia, si bien sin hacer caso de las continuas interrupciones con que el paje-

EL DONCEL DE D. ENRIQUE EL DOLIENTE.



...arrojóse hácia él exalando un ¡ ay! que salia de lo mas hondo de su corazon,

cillo cortaba de cuando en cuando el hilo de su meditacion. Viendo éste por fin que eran inútiles cuantos recursos empleaba para distraer á la melancólica Elvira, y que tampoco estaba ésta por entonces de humor de descargar en su pecho el peso de sus secretos, decidióse á guardar silencio, esperando otra ocasion mas propicia de averiguar las penas que debian afligir á su hermosa prima. Ritiróse con mal humor á un rincon de la pieza por ver si le llamaba al cabo de un rato de desvío, pero no habiendo surtido tampoco efecto alguno este inocente arbitrio, quedóse al cabo de un rato profundamente dormido con aquel sueño que tan fácilmente se toma como se deja en aquella feliz edad de la vida que nuestro paje alcanzaba. Mucho tardó en llegar el momento tan deseado y temido al mismo tiempo de Elvira; pero cuando por fin despues de horas enteras de ansiosa expectativa vió á su esposo, ¡cuán distinto le vió de lo que esperaba!

Abrióse la puerta de la cámara, y lo primero que se ofreció á la vista de Elvira fué Fernan, llevado en brazos de dos siervos del conde de Cangas y Tineo. Apenas creía á sus ojos; pero cuando no pudo rechazar por mas tiempo la horrible realidad, arrojóse hácia él exhalando un ¡ay! que salía de lo mas hondo de su corazon, y que hizo abrir al herido los ojos lánguidamente, si bien volvieron á cerrarse casi en el mismo instante. ¡Vive! ¡vive! exclamó la desdichada esposa reparando su movimiento, y llevando sus labios á los suyos para reanimar su amortiguada vida. Dirigió en seguida á los que le traían mil preguntas, que se sucedian tan rápidamente unas á otras que apenas dejaban entre sí espacio para las respuestas. ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó medio informada ya de lo ocurrido. ¡Hernan Perez! ¡Querido esposo! Estrechábale en sus brazos, regaba el pálido rostro de Vadillo con sus ardientes lágrimas, cogia una de las manos del herido entre las suyas, acercaba estas otra vez á su corazon por ver si palpitaba todavía.... en una palabra, en aquel momento Macías entero habia desaparecido de su imaginacion, su esposo, herido, bañado en su sangre, moribundo acaso por su imprudencia; la ocupaba toda. Toda lucha habia desaparecido, y el mas débil, el mas necesitado triunfaba entonces en su corazon de mujer.

Dejémosla entregada á su acerbo dolor, y al tierno cuidado del do-

liente hidalgo: otros personajes de nuestra historia reclaman por ahora nuestra atención. Con respecto al caballero, no había salido tan mal parado de la refriega, pero no dejaba de reclamar sus heridas algún cuidado. Apoyado en el brazo del tosco montero llegó á las puertas de Madrid y al alcázar poco después que su adversario. Introducido en su cuarto, salió Hernando inmediatamente á buscar un maestro en el arte de curar, como se llamaba entonces generalmente á esos seres de suyo carniceros que llamamos en el día cirujanos, el cual maestro declaró que ninguna de sus heridas era mortal, con tanta seguridad y un tono tan decisivo como si él efectivamente lo supiera. Aplicóle las yerbas que mas convenientes le hubieron de parecer, y por esta vez hubiera sido notoria injusticia dudar un solo momento de su ciencia. Corrióse por la corte al punto que el doncel favorito de su alteza, á quien nadie conocía en lo distraído desde su vuelta de Calatrava, había tenido un duelo singular en el soto de Manzanares, de cuyas resultas debía guardar el lecho por algunos días. Y en atención á que el escudero de D. Enrique Villena había necesitado también los auxilios del arte, y se hallaba igualmente en cama, no se dudó un momento que hubiese sido entre los dos el ruidoso duelo. Ahora bien, sabido esto, no era difícil que la pública maledicencia añadiese alguna particularidad notable á las circunstancias de la desavenencia, y que tratase de hallar el verdadero motivo de ella. Algunos de los enemigos del conde de Cangas no necesitaron mas para asegurar que éste cuya natural prudencia era pública, tratando de evitar la necesidad siempre desagradable de responder á la acusación intentada contra él, y sostenida por el doncel, había determinado á su escudero á acometer á aquel, acompañado de otros varios, una tarde que había salido á alconear por el soto de Manzanares, relación á que daba bastante verosimilitud la circunstancia de haber vuelto Hernán en brazos de algunos siervos del de Villena. Otros sin embargo de los amigos de Macías que habían notado su singular aislamiento, su profunda tristeza, y que habían querido interceptar en varias ocasiones algunas miradas de rencor dirigidas por el doncel á Vadillo, y que recordaban por este motivo una serenata dada cierta noche á los pies de las habitaciones de la condesa, no se sabía por quién, tuvieron lo bastante para decir que el

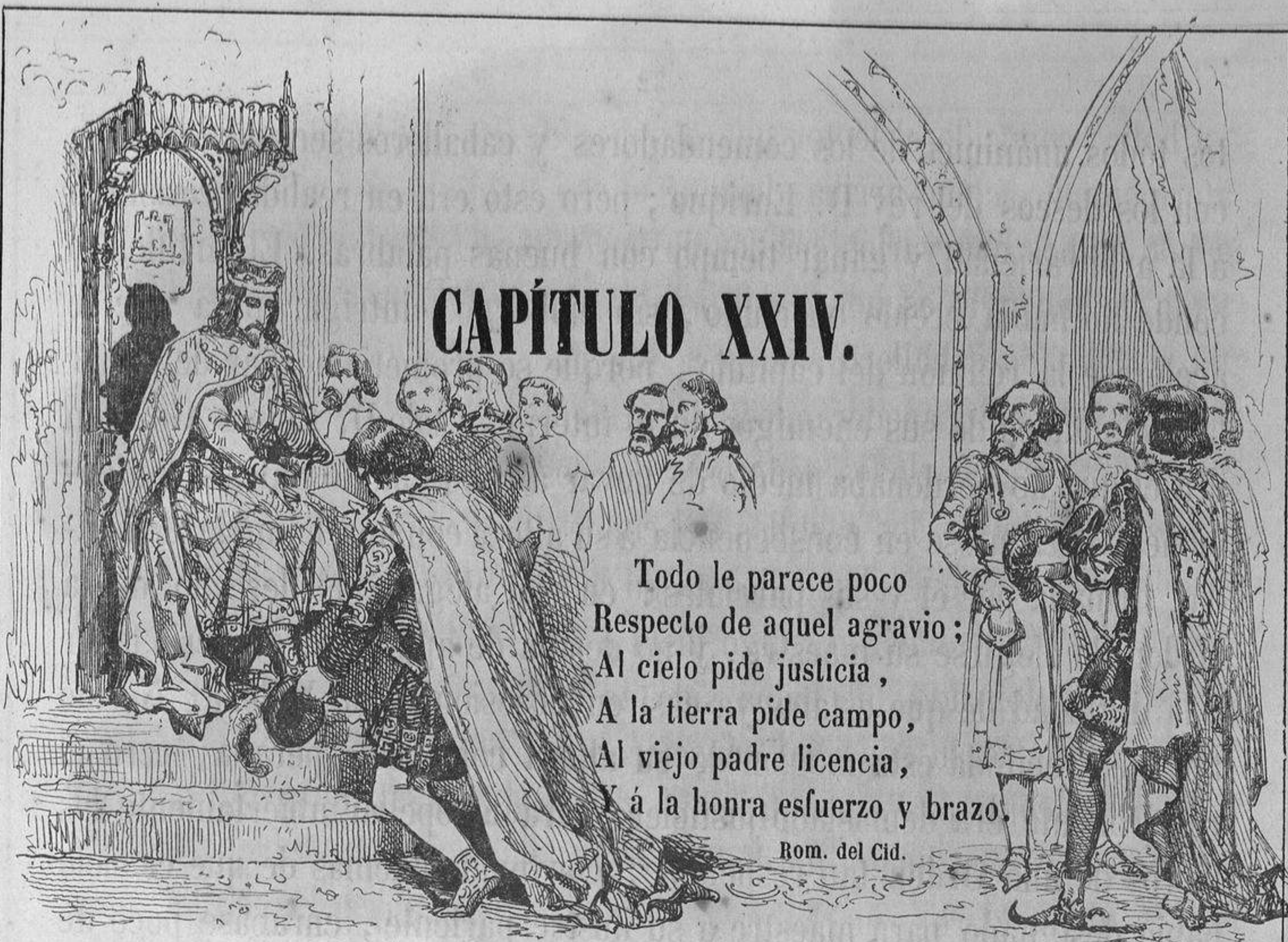
doncel habia puesto los ojos en cierta dama , cosa que no le habia parecido bien , segun ellos , al hidalgo , que aunque no era caballero era marido , y segun malas lenguas , un si es no es celoso. A esta version daba algun peso tal cual sonrisa maligna que el judío Abenzarsal habia dejado escapar en algunos corrillos de la corte , donde se habia referido el duelo singular. El propalar estas especies no era en verdad servir amistosamente la pasion de Macías , ni hacer gran favor á la buena opinion y fama de Elvira ; pero hay autores que aseguran que la amistad no escluye la envidia , de donde infieren que las conversaciones de los amigos no son siempre las mas favorables. Nosotros , que estamos lejos de participar de esta opinion arriesgada , creemos mas bien que algun amigo de Macías sospechó aquella esplicacion como la mas satisfactoria y natural sobre el lance ocurrido : este en confianza comunicaria su idea á algun otro amigo , quien la trasladaria á otro bajo la misma fé del secreto , de cuyo modo fué corriendo la noticia ; y como somos defensores acérrimos de los amigos , en los cuales creemos , como en nuestra salvacion , nos atrevemos asegurar que al repetirse sus conjeturas de boca en boca , siempre irian acompañadas de aquellas expresiones cariñosas , tales como : « ¡Pobre Macías ! ¿Sabeis que el desafío fué por Elvira ?—¿Qué decís ?—Sí , no lo digais ; pero es indudable : está perdido de amores por ella ; y es lástima ciertamente , » y otras semejantes , que descubren á cien leguas la mas pura amistad hácia el objeto de tales conversaciones.

Lo cierto es que esas voces corrieron , y como fieles historiadores nos creemos obligados á asegurar , porque lo sabemos de buena tinta , que ni Macías ni el hidalgo pudieron dar lugar á ellas. Aquel estaba harto interesado en guardar el mas riguroso silencio sobre punto tan delicado ; y á éste no podia convenirle en manera alguna poner en claro la causa verdadera del desafío , pues tan de cerca tocaba al honor de su esposa. El mismo Enrique III tentó mas de una vez el vado con Macías , usando de las espresiones mas afectuosas , pero nunca pudo recabar nada de él ; y otro tanto sucedió con el hidalgo , á quien quiso arrancar el conde de Cangas y Tineo la confesion de aquello mismo que él sabia ya demasiado bien por el astrólogo judiciario.

Por lo que hace á éste y al ilustre colaborador de su funesta intriga ,

ya habrá conocido el lector que despues de los escrúpulos que habian atormentado, como arriba dejamos dicho, al indeciso conde, habian salido ambos con varios criados en busca de los desafiados, con el intento de salvar al escudero del peligro que le amenazaba peleando con tan acreditado caballero como era Macías, y de hacer desaparecer á este de la corte, apoderándose de su persona, como en aquellos tiempos solian practicarlos los poderosos con los débiles, y encerrándole despues en alguno de los castillos del conde; desde donde no hubiera podido volver á poner obstáculos en su vida á los planes del nigromántico, como le llamaba el vulgo justa ó injustamente. Si este proyecto se habia malogrado, no habia sido en verdad por culpa del intrigante maestro, ni de su servicial consejero, sino merced al valor de Macías, y á la desconfianza, penetracion y fuerza sobrenatural del montero Hernando, quien luego que habia visto salir en aquella forma á su señor y al escudero, no habia dudado un solo momento en seguir sus pasos á lo lejos, y en espiar todas sus acciones, como el lector ha visto en nuestro capítulo anterior. Apenas habia podido distinguir en medio de la oscuridad cuál de los dos combatientes era su señor; pero luego que notó que uno de ellos habia caido, creyó que en todo caso lo mas seguro era separarlos, y solo al asir del que era realmente su amo le habia conocido. No sabemos si era su intencion favorecer, como favoreció, á su enemigo, pero lo que no se puede dudar es que sin su destreza en herir á los servidores del conde con los venablos arrojados de que se habia provisto antes de salir del alcázar, acaso se hubiera terminado nuestra historia mucho antes de lo que nosotros mismos deseamos, y de lo que quisiéramos que desearan tambien nuestros lectores.





CAPÍTULO XXIV.

Todo le parece poco
Respecto de aquel agravio ;
Al cielo pide justicia ,
A la tierra pide campo ,
Al viejo padre licencia ,
Y á la honra esfuerzo y brazo .

Rom. del Cid.

DESPUES del mal éxito que habia tenido la tentativa de D. Enrique de Villena y del judío Abenzarsal para quitar de enmedio el estorbo de Macías, apenas les quedaba á estos otro recurso que esperar el sesgo que quisiesen tomar las cosas.

En realidad solo podian temer ya de él fundadamente el juicio de Dios, que acerca de la acusacion quedaba pendiente, porque las medidas que habian tomado para asegurar el maestrazgo habian sido tales y tan buenas, que aunque quedaban declarados por la parcialidad de D. Luis Guzman gran número de castillos y lugares de la órden, podia contar el maestre sin embargo con la mayor parte. Estaban por el Alhama, Arjonilla, Favera, Maella, Macalon, Valdetorno, la Frejueda, Valderobas, Calenda y otras villas del maestrazgo, con mas infinitos castillos, en los cuales habia puesto ya alcaides á su devocion. Con respecto á Calatrava, donde estaba el primer convento de la Orden y el clavero, hechura todavía del maestre anterior, no se habian apresurado á prestarle el homenaje debido, sino que habian respondido tanto á él como á su alteza, que convocarian el capítulo para elegir y nombrar segun los estatutos de la Orden al maestre. Lisonjeábase el clavero en su respuesta de que la eleccion de su alteza hubiese recaido en un príncipe tan ilustre y de sangre real, y se prometia que los vo-

tos todos unánimes de los comendadores y caballeros serían conformes con los deseos del rey D. Enrique ; pero esto era en realidad resistirse á la arbitrariedad y ganar tiempo con buenas palabras. El artificioso conde no habia creído oportuno , sin embargo , intrigar para que se acelerase la reunion del capítulo , porque se prometia acabar de ganar las voluntades de sus enemigos en el ínterin , y solo D. Luis de Guzman era el que no perdonaba medio de llevar á cabo cuanto antes sus intenciones. Presentóse en consecuencia á su alteza con una humilde demanda , firmada por él y sus parciales : en ella alegaba el derecho de la Orden de elegirse su maestro , y no dejaba de apuntar el que cria tener á la dignidad de que estaba ya casi en posesion el de Villena. No fué tan bien recibida esta mocion de su alteza como se esperaba ; pero el rey Doliente era demasiado justiciero para atropellar abiertamente los fueros de una Orden tan respetable : convenido además de que el cielo habia designado para maestro á su ilustre pariente , curábase poco de creer en la posibilidad de otra eleccion , y así , fué su decision que el capítulo se reuniria en cuanto él recibiese las noticias que esperaba de Otordesillas , que eran en realidad las que mas por entonces le ocupaban , pues deseaba ardientemente que su esposa D.^a Catalina diese á luz un príncipe digno de suceder en su corona , si bien estaba jurada ya princesa heredera por las cortes del reino la infanta D.^a María su primogénita. Mas de un astrólogo de los que en aquellos tiempos de credulidad y supersticion vivian especulando con la pública ignorancia , le habia lisonjeado con esperanzas conformes con sus deseos. Quedó , pues , pendiente por entonces el litigio del maestrazgo , y cada uno de los contrincantes procuró aprovechar aquel intervalo para engrosar su partido. D. Enrique era entre tanto el mejor librado , pues disfrutaba á buena cuenta de las prerogativas y de gran parte de las rentas y dominios del maestrazgo , que la adulacion de sus parciales se habia adelantado á poner á su disposicion.

Quedaba en pié solamente la otra merced que en la mañana de la acusacion de Elvira habia dispensado su alteza al adversario de Villena. Pero no tardó mucho Macías en estar en disposicion de concurrir de nuevo á la corte , y de acompañar al rey en sus partidas de cetrería , especie de caza de que gustaba mucho su alteza , y en que su doncel

sobresalía singularmente : afianzóse mas en ella la amistad que el rey le profesaba; en consecuencia de allí á poco su alteza mismo quiso, como lo habia prometido, poner el hábito de Santiago á su doncel : esta ceremonia, que con toda la solemnidad, que de tal padrino podia esperarse, se verificó en la iglesia de la Almudena, con presencia del maestre de la Orden y de todos los comendadores y caballeros santiaguistas que asistian á la sazón á la corte ; favor singular que hubiera lisonjeado singularmente el amor propio de Macías si hubiese él podido desechar la funesta idea que le perseguia siempre por todas partes, desde que por primera vez habia visto á Elvira, y en particular desde que la esplicacion desgraciada que habia tenido en la cámara del judío no habia podido dejarle á ella duda alguna acerca de su amorosa passion. El doncel desde aquella funesta noche no habia vuelto á ver al objeto de su amor, que viviendo en el mayor retiro, y cuidando solo de la salud de su convaleciente esposo, evitaba toda ocasion de presentarse en público, fuese porque la tristeza, que cada vez se arraigaba mas en su corazon, la hiciese no hallar gusto sino en la soledad, fuese porque se hubiese afirmado en quitar al doncel todo motivo de esperanza; fuese, en fin, por desvanecer en el ánimo de Fernan Perez de Vadillo todo género de duda acerca de su irrepreensible conducta. ¿De qué servia empero al doncel no ver personalmente á Elvira, si un solo momento no se separaba su recuerdo de su ardiente imaginacion?

Entre tanto se restablecia diariamente el hidalgo de sus heridas : el cuidado de su esposa, la flaqueza que aun le quedaba, y la ausencia del doncel, si no habian bastado á aplacar su rencor, contribuian no poco á debilitar la fuerza de sus sospechas, y á embotar en gran manera sus primeros celos. Pero conforme iba volviendo la serenidad al corazon de su esposo, conforme iba el peligro desapareciendo, volvía á tomar imperio sobre Elvira el recuerdo de su perdido amante. Le hubiera sido además imposible olvidarle del todo. En la corte ningun caballero hacía mas papel que Macías : era raro el dia que no tenía que oír de sus mismos criados los elogios suyos, que de boca en boca se repetian. Ya habia abordado en la plaza con tal primor, que habia dejado atrás á los mejores jugadores de tablas : ya habia compuesto una trova ó una chanzon tan tierna, tan melancólica, que no habia dama

que no la supiese de memoria, ni juglar que no la cantase al dulce son de la vihuela de arco; instrumento de quien dice el arcipreste de Hita, autor contemporáneo,

La vihuela de arco fas dulces de bailadas,
Adormiendo, á veces, muy alto á las vegadas.
Voces dulces, sonosas, claras, et bien pintadas,
A las gentes alegre, todas las tiene pagadas.

¿Y cómo resistir sobre todo á este mágico poder, si al leer la trova ó la chanzon, donde los demás no veían mas que una brillante poesía, Elvira no podía menos de leer un billete amoroso? Parecía que sus composiciones la estaban mirando continuamente á ella, como los ojos de su autor. Miraba á veces á su esposo al parecer Elvira, y su imaginación solía estar muy lejos de él. Una lágrima entonces dedicada al doncel solía asomarse á sus ojos. Vadillo, convaleciente aun, la miraba absorto y enternecido, «Elvira, le decía, da tregua á tu aflicción: todo peligro ha huido: me siento mejor ya, y esas lágrimas que por mí derramas solo pueden contribuir á afligirme.» Volvía en sí Elvira, al oír esas palabras: un oculto sentimiento de vergüenza, teñía sus mejillas de carmin, y la despedazaba la idea de abusar sin querer de la credulidad de su esposo.

En los primeros días había esperado Elvira á que Fernán la hablase del acontecimiento que le había reducido á aquel término, y lo había esperado con ansia y con temor, pero en valde. El hidalgo, fuese por amor propio, fuese por no tener bastante seguridad para emprender una explicación en que él no podía hacer todavía el papel de acusador, guardó el mas riguroso silencio. En vista de esta conducta, parecióle á Elvira que lo mejor que podía hacer era aventurar alguna pregunta, pero igual suerte tuvo su arrojó que su expectativa. No solo no consiguió ninguna explicación satisfactoria en este punto, sino que habiendo conocido que toda conversación relativa á la noche del duelo alteraba visiblemente á Vadillo, hubo de renunciar á su importuna curiosidad. Creyendo el hidalgo también que su esposa le negaría haber sido ella la enlutada encontrada en el cuarto del astrólogo, y que mientras no

tuviese otras pruebas irrecusables sería mas bien espantar la caza que asegurarla el hablar del caso, observaba sobre este particular la misma conducta que sobre el duelo, reservándose sin embargo dos cosas: primero el propósito de espiar mas escrupulosamente en lo sucesivo todos los pasos de Elvira; segundo la intencion decidida de terminar cuanto antes con cualquier ocasion y pretesto que fuese el suspendido duelo con el hombre primero que habia aborrecido en su vida, y que habia aborrecido como se aborrece cuando no se aborrece mas que á uno. Constante en estos propósitos, no bien estuvo Hernan Perez restablecido, dirigióse á la cámara de su señor el conde de Cangas. Su semblante dejaba ver aun la huella de la enfermedad.

— Hernan Perez, le dijo D. Enrique con afabilidad, ¿os han permitido ya dejar el lecho? Debierais recordar sin embargo que vuestra salud es harto importante para vuestro señor, y no esponerla con tan temerario arrojó á una recaída peligrosa.

— Las heridas del cuerpo, gran príncipe, aquellas que hizo la lanza, ó la espada, repuso Vadillo con reconcentrada tristeza, sánanse fácilmente: las que recibimos en el honor son las que no se curan sino de una sola manera.

— ¿Qué decís? ¿Será que por fin os habreis decidido á abrirme francamente vuestro corazón? contestó D. Enrique. ¿Será que querais esplicarme los motivos de vuestra conducta, de ese duelo singular, cuyos efectos se ven todavía en vuestro rostro, y de esa reconcentrada melancolía que deja diariamente en él huellas aun mas indelebles y duraderas?

— Señor, contestó Vadillo, ya creo haber manifestado á tu grandeza en varias ocasiones que mi mayor pena es no poder confiarte las muchas que agobian á tu escudero.

— Quiero no darme por ofendido, contestó friamente Villena, de vuestra inconcebible reserva.

— Perdónala, señor, dijo Vadillo incándose de rodillas, y permite que puesto á tus plantas solicite tu escudero de tu grandeza una gracia, que acaso nunca te hubiera propuesto sino en el campo de batalla, si una ofensa, y una ofensa mortal, no le obligara á ello.

— Alzad, Vadillo, y decid la gracia, que yo os juro por Santiago que os será concedida.

— No me levantaré, señor, mientras no sepa que nadie en lo sucesivo podrá decir impunemente á un hidalgo: «*No ha lugar á pacto*

entre nosotros, pues no eres caballero.» Ármame, señor. Si mis largos servicios te fueron gratos, si pasando de la clase de doncel, en que fui admitido á tu servicio, á la honorosísima que ocupo hoy á tu lado, no dejé nunca de cumplir con esas sagradas obligaciones que los mas grandes señores no se desdeñan de ejercer; si desempeñé los deberes de la hospitalidad con tus huéspedes, y los de la mesa contigo; si fué siempre la fidelidad mi primera virtud; si has tenido pruebas de mi valor alguna vez, confiéreme, señor, esa órden tan deseada. Y si no bastan mis méritos, básteme esa hidalguía, de que en valde blasono si puede cualquiera deshonrarme impunemente como á villano pechero.

— Alzad, Vadillo, dijo D. Enrique viendo que habia acabado su peticion el afligido escudero. Por mucho que me sorprenda vuestra demanda en esta coyuntura, continuó, por mucho que pudiera recelar, mal pudiera negaros una gracia á que sois, Vadillo, tan acreedor.

— Guarde el cielo, señor, tu grandeza....

— Remitid, Vadillo, vanos cumplimientos. Os armaré: os lo prometí en pública corte no ha mucho tiempo, y torno á repetíroslo ahora. Pero decidme, ¿qué causa en esta ocasion mas que en otra....

— Tu honor y el mio. Has sido calumniado, atrozmente calumniado; porque tú me dijisteis, señor....

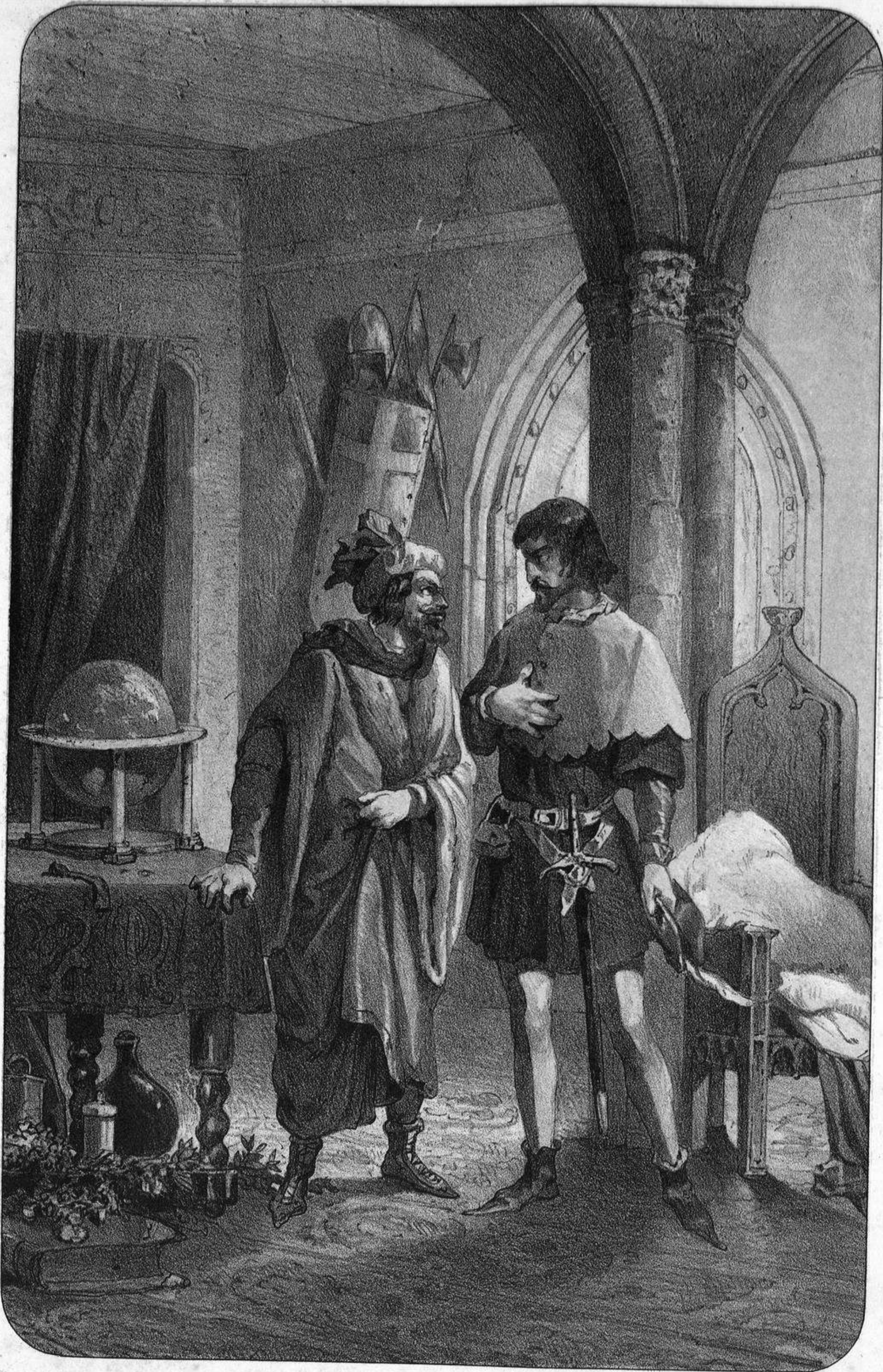
— Calumniado, sí, Vadillo, calumniado. Pongo al cielo por testigo, que podeis, fiado en la justicia de mi causa....

— Bástame tu palabra á desvanecer mis dudas todas. Quiero, pues, que mi primer hecho de armas, en que gane mi divisa, sea la defensa de mi señor. Yo alcé en tu nombre el guante que un mancebo temerario arrojó públicamente en testimonio de desafío. Yo responderé de él: si tu causa es justa, la victoria es segura.

— ¿Cómo pudiera no aceptar vuestra generosa oferta, Fernan Perez? Quédame, sin embargo, una duda; duda que en obsequio vuestro quisiera desvanecer. Solos estamos: abridme vuestro corazon: decidme, no teneis alguna otra causa que os mueva....

— Señor....

— ¿Presumís que puede tenerse noticia de vuestro encuentro con Macías en el soto.... y del arrojó con que os adelantásteis en la corte á alzar el guante al punto que vísteis ser él el mantenedor de la acusacion,



—Escuchad, añadió Villena en voz casi imperceptible; ¿seria cierto que tuviéseis celos.....

sin sospechar al mismo tiempo que causas muy poderosas... Hablad...

— Acaso las hay. No lo niego.

— Escuchad, añadió Villena en voz casi imperceptible; ¿sería cierto que tuviéseis celos?....

— ¿Celos, señor, yo celos? Esclamó Fernan con mal reprimido amor propio. ¿Quién pudo decir?....

— Nadie, Fernan, nadie: yo solo soy el que he creído en este momento...

— ¿Vos solo? si supiera....

— ¿Y bien? ¿A mí por qué no descubrirme...? ¿Vuestra esposa sin embargo?

— Basta, señor: no hablemos mas en eso. ¡Mi esposa, Dios mio! ¡Mi esposa! Si mi esposa pudiese faltar....

— ¿Qué es faltar, Vadillo?

— Si pudiese tan solo con su pensamiento empañar la mas pequeña porcion de mi honor, no necesitara yo castigar á ningun atrevido, ni que me armara nadie caballero: dagas tengo aun: la última gota de su sangre, la última no sería bastante indemnizacion de tan insolente ultraje. ¡Elvira, á quien amo mas que á mí propio! ¡Mi bien! ¡Mi vida!

— Sosegaos, Vadillo: nunca fué mi propósito ofenderos; pero pudiérais, sin que Elvira hubiese empañado nunca vuestro honor....

— Jamás, señor. Si un atrevido hubiera osado poner sus ojos en mi esposa, ¿viviria aun, viviria? contestó el hidalgo pudiendo disimular apenas la lucha que existia entre sus palabras y sus ideas.

— Entonces, pues, ¿qué ofensa?....

— Permite, gran señor, que la calle. La hay, lo confieso, y si alguien pudiera vencerme en la lid, si me pudieran vencer todos, nunca Macías; un fausto presentimiento me dice que lavaré en su sangre mis ofensas. Confiéreme la orden de caballería, y yo te respondo, gran señor, de una victoria pronta y segura.

— Sea, contestó D. Enrique, como lo deseais. Mañana os la conferiré. Mañana juraréis en mis manos defender su fé, el honor y la hermosura.

Despues de este breve diálogo, el candidato besó las manos del conde de Cangas, y se retiró á esperar, con mortal impaciencia, el nuevo dia que habia de poner término á todas las esperanzas que contentaban por entonces su ambicion.



CAPÍTULO XXV.

Agua le echan por el rostro
Para facer lo acordado,
Y vuelto que fuera en sí,
Todos le han preguntado
Qué cosa fuera la causa
De verlo así tan parado.

Rom. del Cid.



A la mañana siguiente brillaban con fuego extraordinario los ojos de Fernan Perez. Leíase en su semblante la alegría que inundaba su corazón. Efectivamente, la orden de caballería era en aquel tiempo la mas alta dignidad á que pudiese aspirar un hombre de armas tomar. Su virtuoso origen y sus fines, aun mas virtuosos, le daban tal prestigio, que los reyes se honraban con tan honorífico dictado, y un caballero solo con serlo tenía derecho á comer en su mesa, honor que no disfrutaban ya ni sus mismos hijos, hermanos ó sobrinos mientras no entraban en aquella noble cofradía. Era preciso ser hidalgo por parte de padre y madre, y con la antigüedad por lo menos de tres generaciones: era preciso haber dado pruebas de valor, y gozar de una reputacion pura é inmaculada. A muchos les costaba además pasar por el largo noviciado de paje y escudero progresivamente. Los que habian entrado al servicio y á hacer prueba de su persona con un rey ó un príncipe de alta categoría, en calidad de pajes, se llamaban donceles: Macías se habia hallado con Enrique III en este caso, y si se le llamaba todavía públicamente el doncel, era porque habiéndole tomado Enrique III, con quien se habia criado, mas afecto que á otro alguno, habíale conservado aquel nombre por modo de cariño, aun despues de haber recibido la orden de caballería. En el mismo caso se habia hallado con D. Enrique de Vi-

llena el hidalgo Fernan Perez: habíale entrado á servir primero en calidad de paje ó doncel, y habia pasado á ser su escudero. El cargo de escudero en estos tiempos, y hasta ese nombre, parecen sonar mal á los oídos delicados. Podemos asegurarles, sin embargo, que no solo no tenia en aquel tiempo nada de denigrante, sino que antes era tan honorífico, que muchísimos grandes, señores y príncipes que habian llegado á ser caballeros por el órden regular de los grados requeridos para ello en tiempos de paz, no se habian desdeñado de ejercerlo. En la recepcion de escudero, los padrinos ó madrinan del paje prometian en su nombre religion, fidelidad y amor, con la misma formalidad é importancia que en la recepcion de un caballero. Reduciase la obligacion del escudero á seguir por todas partes á su señor ó al caballero con quien hacía veces de tal, llevándole su lanza, su yelmo ó su espada; llevaba del diestro sus caballos, en los duelos ó batallas proveíale de armas, levantábale si caía, dábale caballo de refresco, reparaba los golpes que iban dirigidos contra él; pero solo en grandes peligros le era lícito tomar armas por sí en las pendencias y encuentros á que asistia. Sus deberes domésticos se ceñian á trinchar y presentar las viandas en la mesa, y aun á ofrecer el aguamanil á los convidados antes y despues de comer. Pero estos cargos se desempeñaban con tanta mas dignidad cuanto que los platos los recibia de mano del maestre-sala, que ya era por sí una dignidad, aunque mas subalterna; y el agua de mano de los pajes, que la tomaban ellos ya de los domésticos inferiores. En público, y en los banquetes en que reinaba toda etiqueta y ceremonia, no podia sentarse el escudero á la mesa de su señor. Para probar que ni el oficio de doncel ni el de escudero eran sino muy honoríficos, concluirémos diciendo, que en las historias francesas del siglo XIII, hallamos designados estos donceles y escuderos con el nombre de *Valets*, mas humillante aun en el dia que los de *Daoiseau* y *Ecuyer*, que corresponden á aquellos en la lengua francesa. Diremos que Villehardouin en su historia hablando del príncipe Alexis, hijo de Isaac, emperador de los griegos, le llama en repetidas ocasiones el Valet (ó escudero) de Constantinopla, porque aquel príncipe, aunque heredero del imperio de Oriente, no habia recibido todavía la órden de caballería. Por igual causa son calificados con la misma designacion por los historia-

dores sus contemporáneos Luis, rey de Navarra, Felipe, conde de Poitou, Carlos, conde de la Marcha, hijo de Felipe, y otros infinitos. Entre nosotros fué paje y doncel el famoso y nobilísimo D. Pero Niño, conde de Buelna, y el mismo D. Alvaro de Luna, tan célebre por su prodigioso favor como por su ruidosa desgracia.

En tiempos de guerra, y en los principios de la orden de caballería, se confería ésta con menos pompa y formalidad: el rey ó el general creaba caballeros antes y mas comunmente despues del combate: en esos casos reducíanse todas las ceremonias á dar la pescozada ó espaldarazo dos ó tres veces en el hombro del candidato con el plano de la espada, diciéndole en alta voz: *Os hago caballero en nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo*. Solia ser otras veces el teatro honroso donde se confería la orden de los valientes, leales y esforzados, un torneo, un campo de batalla, el foso de un castillo sitiado ó asaltado, la brecha abierta ya de una torre, ó una fortaleza feudal. En medio de la confusion y tumulto de la refriega, arrodillábase el escudero á las plantas del rey, del general, ó de un caballero cualquiera acreditado ya por sus altos hechos de armas. Cuando el famoso Bayardo, caballero sin tacha y sin reproche, confirió de esa suerte la orden de caballería al rey Francisco II, «Oh espada mia, exclamó, mil y mil veces venturosa por haber dado hoy la orden de caballería á un rey tan grande y tan poderoso, yo te conservaré como preciosa reliquia, y te preferiré siempre á cualquiera otra.» Despues, añade el historiador que nos ha conservado este rasgo singular, dió dos saltos y envainó su espada.

En tiempos de paz, y cuando posteriormente hubo llegado esta famosa institucion á su mas alto grado de esplendor y á su verdadero apogeo, se solia aprovechar, para conferirla á los escuderos que se habian hecho de ella merecedores, alguna solemnidad. Un dia grande de la Iglesia, el aniversario de una famosa victoria, la boda ó nacimiento de un príncipe ó una coronacion, eran las coyunturas mas comunmente escogidas, y en tales casos hacíase la promocion con otra pompa y con mas minuciosas formalidades; las cuales se complicaron mas y mas sobre todo desde el siglo XI, en que pareció tomar aquella orden un carácter nuevo con la mezcla de ceremonias religiosas y profanas, que para la admision de los señores en esta vasta cofradía se exigieron.

Fernan Perez de Vadillo no podia menos de dar á su nueva dignidad la importancia que en aquellos siglos tenía. Todo aquel dia empleó en los preparativos de la ceremonia solemne que se preparaba para él. El condestable Ruy Lopez Dávalos quiso ser su padrino, y obtuvo que fuese madrina la noble esposa de D. Juan de Velasco, camarero mayor de su alteza. El conde de Cangas y Tineo era un personaje bastante calificado para que la dignidad que iba á conferir á su escudero llamase la atencion de la corte. Su posicion ventajosa, en aquel momento mas que en otro alguno de su vida, le granjearon la asistencia á aquel acto, y la cooperacion de las primeras personas de Castilla. D. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, se brindó á officiar en la ceremonia, y el mismo rey D. Enrique, al señalar para ella la capilla de su regio alcázar, quiso presenciaria tambien desde una tribuna á pesar de sus dolencias. El candidato ayunó aquel dia, conformándose con los usos establecidos : revestido de una larga túnica cenicienta, verdadero traje de su clase de escudero, asistió á la comida que dió D. Enrique de Villena á los que debian presenciar la ceremonia. El candidato, colocado aparte en una mesa pequeña mientras los demás comian en la principal, permaneció en ella servido por donceles del conde su señor; pero este, escrupuloso observador de la etiqueta, le intimó al sentarse que no podria hablar ni reir durante la comida, ni aun llegar bocado á los labios. Concluida esta ceremoniosa comida, fué llevado el candidato por los padrinos, acompañado de los demás concurrentes, y seguidos de gran número de juglares y ministriles, que tañian gran variedad de instrumentos y cantaban baladas alusivas al acto que se preparaba, á la capilla del alcázar. Esperábale ya, custodiada por dos hombres de armas de Villena, una hermosa armadura blanca sin mote ni divisa, de que le hacía merced su señor. Separóse de él allí la concurrencia, y quedó Fernan Perez de Vadillo velando sus armas y en oracion la noche entera, despues de haberse despojado de la túnica escuderil, y haber vestido una cota, embrazado la adarga y empuñado la lanza. Llegada la mañana, confesó devotamente con fray Juan Enriquez, confesor de su alteza. No sabrémos decir si vuelto su corazon á Dios hizo sacrificio ante el altar augusto de la penitencia del rencor y de los sanguinarios proyectos de venganza que le habian determi-

nado á armarse caballero. Presumimos que así lo haría, y creemos que si luego mas adelante la historia nos ha conservado algunos rasgos que podrian oponerse á aquella concesion cristiana, debe achacarse mas bien esta inconsecuencia á la flaqueza del corazon humano, ó á la mezcla extraordinaria de pasiones y religion que reinaba en aquella época, que á la falta de verdadera contricion del noble hidalgo. Hecha su confesion, y veladas ya las armas, retiróse el candidato por el mismo órden que habia venido, y llegado á su habitacion vistió el traje de caballero, mas rico y adornado que el de escudero, que acababa de dejar para siempre. Allí recibió las visitas y felicitaciones de sus deudos y amigos, y varios señores allegados á D. Enrique de Villena vistiéronle sobre la cota de menuda malla una ancha loriga guarnecida de piel, adorno reservado solo en aquel tiempo á personas de categoría, y pusiéronle sobre los hombros un gran manto, cortado á manera de manto real. En esta forma, y llevando colgada del cuello la espada, llegó seguido de los padrinos, de los convidados y de sus amigos, á la real capilla, donde esperaban el momento de dar principio á la augusta ceremonia su alteza en su tribuna rodeado de varios dignatarios; el arzobispo, que habia salido al altar al verle llegar, y gran número de damas. Distinguíase entre ellas la madrina del novel caballero, ricamente ataviada, y á la derecha del buen condestable, arrodillados los dos al lado de la epístola en ricos reclinatorios de terciopelo carmesí, en que se veia recamado en oro el escudo de sus armas respectivas, y de que pendian largos borlones de aquel precioso metal. Algo detrás, y entre otras damas principales, se veia á Elvira, esposa del hidalgo, cubierta con un velo, al través del cual se traslucia sin embargo su hermosura, como suele verse al través de ligeras nubecillas el resplandor del sol. A la otra parte se colocó el poderoso conde de Cangas, acompañado de algunos caballeros principales y seguido de dos de sus pajes, con su yelmo el uno y el otro con las espuelas y demás piezas de la armadura que debian revestirle á Vadillo en acto tan solemne. El resto de la capilla estaba ocupado por la numerosa concurrencia que la calidad de las personas habia traído, y por bandas de ministriles que habian seguido la comitiva, tañendo dulcemente sus instrumentos. Era gran gusto oír la desacorde confusion que producian tocadas á un

tiempo la cítola sonora, la guitarra morisca, *de las voces aguda é de los puntos arisca*, el corpudo lahúd, el rabé gritador, el orabin, el salterio, la adedura albardana, la dulcema, é axabeba y el hinchado al-bogon, la cinfonia, el odrecillo francés y la reciancha mandurria, cuyos ecos distintos se unian al sonsonete de las sonajas de azofar, y al estruendo de los atambores y atambales, de las trompas y añafles; instrumentos todos con que se verian tan apurados nuestros músicos del dia para organizar una sola tocata medianamente agradable, si se los trocaran de pronto con los que la civilizacion música les ha perfeccionado, como se verán nuestros lectores para formar una exacta idea de su figura y armónica melodía sin mas datos que esta breve enumeracion, por mas fidedigna que la constituya la autoridad del trovador arcipreste á quien la robamos.

Establecido ya el silencio, arrodillóse el hidalgo ante la reverenda persona del arzobispo, quien le quitó del cuello la espada que traía suspendida, y la colocó en el altar en que iba á officiar. Comulgó en seguida el candidato con edificante fervor. Despues de un momento de oracion y recogimiento, principió el arzobispo los officios, acabados los cuales se levantó el candidato, é hincándose de hinojos ante la persona de su señor feudal el poderoso conde de Cangas y Tineo, pidióle reverentemente que le hiciese merced de conferirle la órden de caballería. Juró en seguida en manos del ilustre maestre de Calatrava no escusar su vida ni sus bienes en defensa de la santa religion católica, apostólica, romana, y guerrear hasta morir en toda coyuntura y ocasion que se presentase contra los infieles de aquende y allende el mar; fórmula en que se comprendian no solo los moros que mantenian guerra todavía con los reyes de Castilla, sino tambien los sarracenos que poseian á la sazón el santo sepulcro, y contra los cuales se dirigian de todos los puntos de Europa continuamente innumerables cruzados. Juró amparar y defender las viudas y huérfanos que hubiesen recibido tuerto, y los desvalidos que á su fuerte brazo recurriesen para deshacer sus agravios, no pudiendo de otra manera los enderezar. Prestado este noble juramento, leyéronsele los evangelios, sobre los cuales le repitió nuevamente. Hecho lo cual, el arzobispo, cogiendo la espada que habia estado sobre el altar durante el officio divino, la bendijo y se la ci-

ñó. Llegándose á él sus padrinos, calzóle la una espuela el buen condestable D. Ruy Lopez Dávalos, y la otra la esposa del noble D. Juan de Velasco, á quienes el novel caballero dirigió las mas espresivas gracias por la merced singular que le dispensaban. Uno de los principales señores que acompañaban á D. Enrique de Villena le ciñó la coraza antigua, compuesta del peto y espaldar, dándole paz despues. D. Enrique de Villena, adelantándose en seguida, le dió tres espaldarazos con el plano de la espada, armándolo caballero en nombre de Dios, de S. Miguel y de Santiago. Recibióle despues en sus brazos, y en seguida hicieron con él igual ceremonia todos los demás asistentes, como para darle á entender que se gozaban mucho de tener admitido en su gremio caballero que tan completo prometia ser como el noble hidalgo. Alzóse entonces alegre estruendo de todos los instrumentos proclamando al nuevo caballero. Entre los que debian dar paz al recién admitido hallábase uno armado de piés á cabeza, que se habia mantenido constantemente inmóvil al lado del evangelio, y enfrente del sitio destinado á las damas principales de la corte. Ni el oficio divino, ni la larga ceremonia habian sido parte para sacarle de su asombrosa distraccion. Parecia la estatua del fundador de la capilla, como en aquellos tiempos solian verse algunas en las mas de las iglesias. Pero si se llegaba á presumir que era una persona y no una estatua, para comprender su perfecta inmovilidad, y la fijacion de sus ojos, era preciso creer que un maleficio particular ejercia sobre él una influencia funesta, y le obligaba á mirar á aquella parte con la misma irresistible fuerza con que un instinto fatídico obliga á la incauta mariposa á girar en torno de la vacilante llama que la ha de acabar, y con que una atraccion física llama hácia la serpiente cascabel al mísero pajarillo para hacerle víctima de su irresistible voracidad. Causaba aquel embeleso una dama que no habia podido menos de notarla, y que en valde habia pensado ponerle término interponiendo su velo entre las atrevidas miradas del caballero y su aciaga hermosura. Esta medida habia producido un efecto enteramente contrario al que esperaba. Si las miradas habian sido antes continuadas, pero naturales, tomaron despues un carácter de investigacion muy parecido al que tienen las de aquel que trata de leer durante el crepúsculo, ó á la opaca luz de la luna. Ape-



Le dió tres espaldarazos con el plano de la espada, armándole
caballero en nombre de Dios, de san Miguel y de Santiago.

nas quedaba concluido el acto, cuando deseosa la dama de esconderse á tan imprudentes miradas, se habia confundido y desaparecido entre la multitud : los ojos sin embargo del caballero, acostumbrados á ver en aquel punto su contorno, le seguian viendo gran rato despues de haber desaparecido, como le sucede al que se atrevió á mirar fijamente por largo espacio al luminar del dia. Horas enteras conserva su retina la impresion indestructible, y por mas que haya desviado ya los ojos de su deslumbrante luz, por mas que los cierre, en fin, ve el sol todavía donde no le hay. Al llegar Vadillo al caballero acababa de levantarse la dama. Tendió el hidalgo los brazos naturalmente á recibir de él como de los demás el beso de ceremonia, é hizo la misma figura que el que fuese á abrazar un árbol ó una columna. No pudo menos de levantar la cabeza, y de reparar en la especie de estatua que delante de sí tenía. Conociólo, y su primera accion fué volverse con la rapidez del rayo á seguir la visual del caballero, y ver en qué objeto se paraba : si alcanzó á ver algo todavía, ó si el punto á que las miradas se dirigian bastó á contestar á su muda pregunta, eso es lo que no sabemos. Dirémos solo que su rostro se tiñó de carmin, y que vertiendo fuego por los ojos y los poros todos de su encendido semblante, sacudió con una mano al distraido diciendo por lo bajo, pero con reconcentrada cólera : « *Ya puede haber pactos entre nosotros, que ya no soy escudero.* » A esta sacudida inesperada volvió en sí el caballero como quien despierta de un largo sueño. Reconoció su imprudencia al reconocer al que le hablaba, y no ocurriéndole nada que responder de pronto á su rara interpelacion, bajó los ojos y quiso enmendar su pasada distraccion tendiendo entonces los brazos al hidalgo. Este, empero, poniendo entrambas sus manos en ellos : « Dejad, le dijo, el abrazo para ocasion en que estéis menos ocupado, que yo quisiera que el que nos diésemos fuese mas estrecho y mas largo. » « Como gustéis, hidalgo, repuso el caballero con arrogancia, como gustéis. »

No habia podido menos de notarse por la concurrencia esta pequeña escena episódica lanzada en medio de aquel acto solemne : nadie oyó lo que se dijeron, pero los mas tuvieron algo que decirse al oido acerca de aquella rara singularidad. Nosotros diremos como fieles historiadores, que la dama cuando se creyó fuera ya del alcance de las miradas

del importuno, volvió la cabeza y alcanzó aun á ver algo, que fué lo bastante para despertar en ella ideas de inquietud, á que hacía ya algun tiempo que no habia dado lugar en su corazon.

Acabada la ceremonia, retiróse cada cual, y el novel caballero, acompañado de sus padrinos y de sus deudos, se trasladó á la habitacion del Sr. de Cangas y Tineo, donde esperaban ya á la comitiva varias damas y convidados, y donde un magnífico banquete, dado por el ilustre maestro, terminó con toda la pompa digna de tal solemnidad un dia tan señalado en la vida de nuestro celoso hidalgo.





CAPÍTULO XXVI.

Mucho os ruego de mi parte
Me lo querais otorgar,
Pues que de nigromancia
Es vuestro saber y alcanzar,
Que me digais una cosa,
Que yo os quiero demandar.
La mas linda mujer del mundo
¿Dónde la podria hallar?

Rom. de Roldan y Reynaldos.

LA situacion de los principales personajes de nuestra historia era bien precaria. No hablemos de la infeliz condesa de Cangas, á quien no pudimos menos de abandonar á su triste suerte. Aun entre los que en el dia ocupan nuestra atencion, habia mas de uno que no tenía motivos para estar contento con su estrella. Elvira en primer lugar llevaba continuamente clavado en el corazon el dardo que se ahondaba mas mientras mas esfuerzos hacia por arrancarle, y tenía no pocos motivos de inquietud y melancolía. La falta de la condesa, á quien echaba menos entonces mas que nunca, le recordaba sin cesar que tenía pendiente una acusacion, en el éxito de la cual se hallaba comprometida no solo la vida del hombre á quien no podia menos de amar, sino la suya propia, pues era condicion de tales juicios que habia de morir el acusado ó el acusador, si no en el combate, despues de él. Elvira se hallaba libre en su cámara, pero lo debia á la buena opinion que habia merecido siempre en la corte. Luego que se habia dado á conocer á Abenzarsal, y este habia espuesto á su alteza sus circunstancias y las causas particulares que la obligaban á guardar secreto, se la habia dejado en libertad bajo su palabra, con la única condicion de haberse de presentar en el juicio, como acusadora, el dia que su

alteza tuviese á bien señalar, dia que se retardaba ya demasiado, segun lo que solia en tales casos practicarse. El vulgo de las gentes sobre todo, que no habia podido dar esplicacion ninguna á la acusacion y circunstancias de la tapada, no sabía á qué achacar semejante tardanza, sino era á las brujerías de D. Enrique de Villena. Mientras tanto no era menos cierto que Elvira debia estar en la mas cruel expectativa. La conducta de su esposo era incomprendible al mismo tiempo para ella : nunca le habia dicho una palabra del encuentro en la cámara del astrólogo : semejante reserva, agregada á aquella tristeza misteriosa que le habia dominado hasta el dia en que habia recibido la órden de caballería, manifestaba que tenia oculto algun proyecto, idea que no podia menos de hacerla temblar.

Hernan por su parte, á quien saben nuestros lectores ocupado únicamente en llevar á cabo su venganza contra el doncel, no era mas feliz. Habia llegado á creer fijamente que Macías estaba prendado de su esposa : la pequeña escena que habia pasado entre los dos en la capilla del alcázar no le podia dejar duda acerca de este particular: así pues, esperaba con impaciencia el momento de llegar á las manos entonces, que ya tenia permiso de su señor para defender su parte en el juicio de Dios. Con respecto á su esposa, debia estar seguro ya de que era la acusadora de D. Enrique ; pero justamente resentido de ese paso, tampoco la habia hablado de este asunto, y como tan complicado con el otro que en un mismo dia habia él de morir, ó castigar al atrevido y al objeto de su osadía, cuidábase ya poco de esto. No estaba seguro de que su esposa participase de la culpable pasion de Macías; pero eran tan vehementes sus sospechas, que esta era la única razon por que no habia temblado al considerar que ó habia de morir en el combate, ó habia de morir su esposa si él vencía. Triste alternativa por cierto para otro á quien no hubieran tenido tan ciegos los celos como al hidalgo. Entre tanto trataba con la mayor dulzura á su esposa, porque creia que este era, si habia alguno, el medio de asegurar mas la aclaracion de sus sospechas. No viendo ella en él ninguna señal alarmente, se abandonaria mas fácilmente y caeria en el lazo que le tenia astutamente tendido.

Don Enrique de Villena no dejaba de estar inquieto tampoco. Cuando

la fortuna se le presentaba tan favorable, cuando habia conseguido romper los funestos cuanto incómodos vínculos que le unian á su esposa, cuando tenia asido ya el apetecido maestrazgo, un doncel aventurero y una dama estravagantemente heróica se habian atravesado en el camino de sus planes: si él hubiera tenido maldad suficiente, nada mas fácil que haber quitado de enmedio á toda costa tan importunos obstáculos, como continuamente le aconsejaba el judío; pero ya hemos visto que el indeciso conde creia tener ya harta carga sobre su conciencia con la desaparicion de D.^a María de Albornoz. El juicio de Dios le hacia temblar, no precisamente porque él estuviese convencido de que si el cielo tomaba cartas en el juego no podia estar nunca de su parte, sino porque creyendo mas, como creia, en el valor de los combatientes para semejantes trances que en la participacion de la justicia divina, no podia menos de asustarle la idea de que el contrario era Macías, que pasaba con razon entre las gentes por caballero mucho mas perfecto y cumplido que Hernan Perez. Este debia ser víctima probablemente de su temerario y generoso arrojo; y en este caso D. Enrique, vencido en la persona de su campeon, tendria que recurrir á medios muy violentos, y que le repugnaban sobremanera, para conservar no solo el maestrazgo, sino tambien la vida. Hasta entonces habia tenido la fortuna de retardar el señalamiento del dia, pero esto no podia durar, porque la otra parte instaría, y porque la acusacion habia sido demasiado pública y la sentencia demasiado terminante para que pudiese sobreseerse en el asunto. ¿Habria algun medio de evitar que la parte contraria compareciese el dia aplazado? Esto era lo que formaba el objeto por entonces de las maquinaciones de D. Enrique de Villena, de su juglar confidente Ferrus y del astrólogo judiciario. En este caso, tanto Elvira como Macías serían declarados infames, y reputados culpables de calumnia, y acreedores por consiguiente al castigo que habian reclamado en nombre de la ley contra el conde.

Macías era de todos el menos inquieto, y sin embargo el mas desgraciado. Él debia pelear por su amada; pero el que pendiese la vida de aquella del esfuerzo de su brazo, era para él una gloria, una fortuna inapreciable antes que un motivo de inquietud, fuese Villena, fuese otro mas valiente su contrario: y si Elvira no hubiera huido constan-

temente de sus miradas, si no le hubiese quitado todas las ocasiones de verla y hablarla, ¿quién como él? Pero desde la mañana en que había sido armado caballero Fernan Perez, mañana en que había bebido tan copiosamente el veneno del amor, Macías estaba en un estado continuo de delirio y de fiebre, que no le daba lugar á reflexionar que desde el punto en que el hidalgo había llegado á concebir la mas leve sospecha, solo su estremada circunspeccion podia escusar á la desdichada Elvira mortales sinsabores. El mísero no veia al hidalgo, no veia el mundo que le rodeaba. Ansioso de saber del astrólogo lo que le había querido decir la mañana de su presentacion en la corte, despues de su llegada de Calatrava, con sus misteriosas palabras, y no habiendo podido verificarlo por el funesto encuentro que en la cámara del judío tuviera, había vuelto á visitar á este despues de su curacion. Abenzarsal, siguiendo el plan de enredar á los amantes en el laberinto de su pasion, aun á pesar del ciego temor del conde, pues trataba de salvar á este mal su grado, no dudó en echar leña al mortecino fuego de su esperanza.

— ¿Decidme, padre mio, decidme, comenzó Macías, ¿cuál es el sentido de vuestras fatídicas palabras? Esa corte, que me habeis anunciado siempre como un...

— Sí, le contestó Abenzarsal, la primera vez que os ví conocí que la corte debia seros funesta.

— ¿Funesta, Abenzarsal? ¿Pero qué llamais funesta vosotros? ¿Queréis decir que podrá acarrear mi muerte?... porque eso, Abenzarsal, no sería lo peor que pudiera sucederme. ¿Qué causa os conduce á pensar... qué secreto mio?... Mucho temo que esa ciencia de que os jactais sea vana y...

— Escuchadme, jóven temerario, interrumpió Abenzarsal. Antes de soltar vuestra inesperta lengua, aprended á respetar lo que no entendéis. ¿Pensais que puedo vivir ignorante de vuestras acciones, de vuestros deseos, de vuestros mas secretos pensamientos? Decid: ¿os acordais del dia en que os dije que al anocheecer encontrarías en mi cámara la satisfaccion de vuestras dudas?

— Sí, sí: ¿cómo pudiera no acordarme? sin el concurso de circunstancias que impidieron entonces una entrevista entre nosotros, esta sería acaso escusada.

— Y bien, ¿y qué encontrásteis en mi cámara?

— ¡Cielos! ¿qué encontré? ¿sería...

— Jóven incrédulo, ¿no encontrásteis el verdadero astrólogo que buscábais? ¿quién os podía dar razon mas satisfactoria de lo que intentábais preguntarme?

— Lo sabe todo, lo sabe todo, dijo para sí Macías. ¡Ah! tu ciencia es cierta. Yo nunca dije á nadie una palabra. Abenzarsal, tomad ese oro; es cuanto traigo: satisfaced ahora á mis preguntas. ¿Me ama, adivino, me ama? ¡Callais, santo Dios! ¡Oh! ¡bien me lo temía!

— ¿Y qué hicisteis que no se lo preguntásteis? ¿A qué preguntarme á mí lo que ella debe saber mejor que yo?

— Viejo artificioso, ¿os burlais de mi dolor? ¿no habeis conocido nunca una mujer? ¿encontrásteis una jamás que haya respondido *sí*, *no*, á vuestras inconsideradas preguntas? ¿no sabeis que la ficcion y el silencio son el arte de las mujeres?

— Harto lo sé; estas canas de que veis cubierta mi cabeza no nacen impunemente.

— Y bien, si tanto sabeis, respondedme: ¿me ama, ó me desprecia? ¿son sus miradas las peligrosas redes que las mujeres desvanecidas suelen tender á mil amantes que tal vez aborrecen, ó son las de una hermosa incapaz de engaño y de artificio? ¿son sus ojos solos, ó es su corazon tambien el que me mira? ¿es buena ó es mala? ¿quién pudo conocer jamás á una mujer? ¿soy su juguete por ventura, soy solo su trofeo, ó soy, Abenzarsal, su vencedor? ¡Ah! cuanto poseo es vuestro. ¡Si me ama, decídmelo. Entonces la corte no puede serme nunca funesta, porque aun muriendo, si muero amado seré dichoso. Si no me ama, callad. Yo he oido decir que conoceis los hechiceros mil medios que inspiran el amor. Enloquec dla, Abenzarsal, haced vos lo que debiera mi mérito haber hecho: ámeme ella, y sea como quiera. ¿Qué condiciones son precisas? ¿cuál es el premio de vuestro trabajo?... ¡Oh! Elvira, Elvira, ¡cuánto me cuestas! ¿Necesitais mi cuerpo, mi sangre? hé aquí, herid y consultad mis venas... ¿necesitais mi alma? ¡maldicion, maldicion! haced que me adore, Abenzarsal, y tomadla tambien. ¡Que mé ame! ¡que me adore! y todo lo demás despues.

— Moderaos, jóven arrebatado. ¿Qué motivos teneis para tanta desesperacion? ¿no arde siquiera en vuestro corazon una chispa de esperanza?

— ¿Y cuándo muere la esperanza en el corazon del hombre? Yo la he visto mil veces: sus ojos me miraban, y se detenian sobre los míos, como se detienen los de un amante sobre los de su querido. Cuando se encuentran nuestros ojos, no hay fuerza que los desvíe. Nuestras almas se cruzan por ellos, se hablan, se entienden, se refunden una en otra. Pero ¡ah! Abenzarsal, que huyen á veces, y su rostro airado...

— ¿Airado habeis dicho? ¿y qué mas fortuna pedís? Cuando huyen sus ojos de los vuestros, entonces es cuando mas os ama; entonces, doncel, os teme.

— ¿Qué decís?

— No huye la indiferencia, ni se enoja. ¿Y nunca la habeis hablado?

— ¡Ah! por mi desgracia una vez...

— ¡Por vuestra desgracia! ¿Le dijisteis...

— Menos de lo que siento, pero le dije...

— ¿Y respondió?

— ¡Mas cómo respondió !!

— ¿Os respondió que no, que la ofendiais... que huyéseis... que...

— ¡Abenzarsal!

— ¿De qué, pues, os quejais? ¿queriais, mozo inesperto y precipitado, que una mujer virtuosa, una mujer que debe á su esposo...

— ¡Abenzarsal! gritó furioso Macías.

— ¿Y bien? ¿Quereis que me ria en vuestra cara de esa locura? ¿no os enojais ahora porque... yo creí que teniais muy sabido...

— Sí, sabido, sí; ¡pero ay del que se complazca en repetírmelo!

— En buen hora. ¿Queriais que esa mujer, cuyas perfecciones adorais?...

— Entiendo, entiendo.

— Sed mas confiado, señor, y menos impaciente.

Vos mismo la hubiérais apreciado en menos, y eso las mujeres lo saben. Quieren ser premio de la victoria, pero de una victoria reñida, porque cuando son vencidas, doncel, ellas mismas hallan discul-

pa á su flaqueza, disculpa que no encontrarían sino se defendiesen. Las menos virtuosas, Macías, quieren parecerlo hasta á sus propios ojos. ¿Qué será, pues, las que realmente lo son?

— Sí, pero no confundais á Elvira con...

— En buen hora, doncel. Si os habeis prendado de un ángel, id á consultar ángeles: yo solo conozco el corazón humano.

— Judío, ¿y qué me aconsejais?

— ¿Necesitais consejos despues de lo que os he dicho?

— ¿Es posible? Ah, padre mio, no me hagais entrever la felicidad para arrancármela despues mas amargamente de entre las manos. Si mi constelacion...

— Las contelaciones, doncel, mandan que tengamos frio en el invierno, y sin embargo, si os sumergís en un baño de agua caliente en el corazón de enero, ¿no habreis de sudar?

— ¡Cierto!

— Andad, pues, y venced, si podeis vuestra constelacion. Ella se os anunció funesta. Hacedla vos venturosa.

— Esplicaos mas claro, padre mio... ved que...

— Doncel, os he dado cuantas esplicaciones puedo daros. Recapitulad mis palabras, y partid. Solo os añadiré, y ved que no os hablo mas en el asunto, que para vencer es fuerza pelear, por mas que muchos que peleen no venzan. Vuestra constelacion es funesta; en vuestra mano está, sin embargo, vencerla. Confianza y audacia. Adios.

— ¡Confianza y audacia! salió diciendo Macias ¡Santo Dios! ¿será mia? ¿será mia alguna vez? Dos lágrimas, hijas de la terrible emocion y de la alegría que henchia su corazón, surcaron sus encendidas mejillas. Desde entonces el audaz mancebo revolvió en su cabeza cuantos medios podían ocurrírsele para tener una entrevista con Elvira; desde entonces no vió mas que á Elvira en el mundo; y desde entonces pudiera haber conocido quien hubiera leído en su corazón que Elvira ó la muerte era la única alternativa que á tan frenética pasión quedaba.



CAPITULO XXVII.

Eres mujer finalmente.

Rom. de Zaide á Zaida.

JAIME , decia una mañana Elvira á su paje , que sentado á sus pies la miraba de hito en hito con ojos ora tiernos , ora indagadores ; Jaime, ¿ te habló hoy Fernan Perez á tí ?

— ¿ A mí ? prima mia , ya sabeis que no soy santo de su devocion ; siempre que me vé hablando con vos mas de lo regular , hay motivo bastante ya para que tenga mala cara un dia entero. Sin embargo, nunca le hice mal alguno ; antes le deseo mucho bien , porque os lo deseo á vos. Conque si no os ha hablado , lo que es á mi...

— ¡ Ah ! tampoco : no sé que secreta melacolía le devora desde la noche...

— Sí , aquella noche en que...

— No la recuerdes : mi falta de confianza acaso... el paso que dí... si llegó á cerciorarse de que era yo...

— Pudiera ser ; pero me parece que tiene alguna cosa mas.

— ¿ Qué cosa ?

— Yo he oido decir que los celosos hacen lo mismo que vuestro esposo.

— ¡ Jaime ! ¿ Será posible que Hernan Perez abrigase la menor duda acerca de la virtud de su consorte...

-- No digo eso ; antes creo todo lo contrario. Alguna vez le he solido sorprender , hablándose solo á sí mismo : acaso me tenga rencor por eso... *Elvira me ama* , decia antes de ayer cuando yo le encontré

distraído, me ama tanto como yo á ella, es imposible: no era culpable...

— ¿Eso decia?...

— Eso le oí...

— ¡Dios mio! ¡cuán ingrata soy! y en ese caso, esos celos que dices...

— Esos celos puede tenerlos de alguno, aun sin pensar que vos...

— ¿De alguno?

— Escuchad.

— Ayer en la corte miró á un caballero, que conoceis, de una manera... ¡Ay! si sus ojos hubieran sido rayos, con la velocidad del relámpago hubiera sido reducido á cenizas el caballero.

— ¡Cielos! ¿Qué os hice yo para merecer tanto rigor?

— Y como se dice que ya en una ocasion ha tenido algun lance con el mismo caballero, y que sus heridas...

— Basta, Jaime, no despedaces mi corazon; tú que le conoces, tú que sabes cuán inocente soy...

— ¡Oh! si yo fuera esposo de la hermosa Elvira, ¡qué pocos cuidados me habian de dar los celos! ¡cómo dormiria á pierna suelta! ¿no es verdad, prima?

Un estremecimiento involuntario fué la única respuesta de Elvira y ¡un profundo silencio, indicio de la mayor distraccion.

— ¿No es verdad, prima? preguntó de nuevo el inesperto niño, volviendo á aplicar el dedo imprudentemente en la llaga. Ello, por otra parte, á mí me da lástima.

— ¿Qué te da lástima? preguntó Elvira.

— Si viérais en qué estado está mi pobre amigo; el que me solia llamar así...

— ¿Qué amigo?

— ¡Qué amigo quereis que sea! Si viérais qué rostro tan pálido... tan desfigurado... Por fuerza está muy malo... Si el amor es capaz de hacer tantos estragos, no quiero nunca enamorarme.

— ¿Qué dices, Jaime?

— Lo que ois: solo que yo no lo entiendo; cuando oigo decir que Macias está así porque quiere bien. Yo os quiero bien; no os podrá

querer él mas , y sin embargo váme bien de salud. A pesar de eso todos dicen que está enamorado.

— ¿Lo dicen todos? ¡Imprudente!

— Un caballero tan aventajado , tan...

— Jaime, te he prohibido que me hables de él: ¡por piedad!

— Bien , prima, bien: no os aflijais. En confianza... añadió sonriéndose , es lo último que voy á decir... no tengais cuidado... en confianza, se me figura que no estáis vos mejor que él...

-- Elvira se cubrió el rostro con su pañuelo y apretó involuntariamente la mano del pajecillo, que continuó.

— Yo os aseguro que si le vierais... y le hablarais...

— Jaime , dijo volviendo en sí Elvira y levantándose , nunca , ni verle , ni hablarle... ni hablarme nada de él ; lo he dicho ya.

¡ Tan delicuente puede ser! Porque os ama...

— Porque es mi voluntad , paje. Callad.

— Pero haceos cargo de que si está enamorado , segun dicen, ¿ cómo puede él dejar de amar, ni qué culpa tiene? Yo no creia que fuerais tan rencorosa. ¡ Ah ! si de ese modo pagais el cariño de los que os quieren bien , os dejaré yo de querer...

— No hay remedio , Dios mio , no hay remedio , exclamó Elvira desesperada. No he de volver los ojos donde no le vea. No he de oir hablar sino de él. Si no quereis , Dios mio, mi perdicion , empezad por apartar su imágen de mis ojos , su recuerdo de mis oídos. Yo os lo pido , y os lo pido de corazon. No quiero sucumbir , no quiero...

— Ved , prima mia , que siento pasos , y que si llega alguien y os ve de esa manera , pensará que os he reñido yo á vos , en vez de reñirme vos á mí.

— Sí : voy á enjugar mis lágrimas, Jaime , ries porque no conoces el mundo todavía : no crezcas , ¡ ay ! no salgas nunca de tu dichosa edad.

Dichas estas palabras , que dejaron un tanto cuanto reflexivo y meditabundo al pajecillo , que no veia muy claro todavía qué peligro podria haber en crecer como todos habian crecido antes de él , retiróse Elvira por no ofrecer su rostro descompuesto en espectáculo á la persona que iba á entrar , si no engañaba el ruido de los pasos , que cada vez se oian mas cerca.

Apenas habia desaparecido, cuando un caballero embozado en su capilla entró mirando con espantados ojos á una y otra parte.

-- Tampoco, dijo, tampoco está aquí.

-- A dónde vais, señor? preguntó el paje, asombrado del desorden que reinaba en su fisonomía y en toda su persona, ¿á dónde de esa suerte?

-- ¿Jaime, eres tú? Pues bien: he de verla.

-- ¿Habeis de verla? ¿á quién?

-- ¿A quién? ¿hay otra en el mundo por ventura? ¿conoces tú otra?

-- ¿Estais loco?

— Sí lo estoy, estoy lo que quieras, con tal que me la enseñes. Verla, no mas verla. ¿Dónde está?

— ¡Desdichado! ¿Y Hernan Perez, señor?

— ¡Ah! Hernan Perez no vendrá. Ahora halconea con el rey en la rivera. Me he perdido de propósito por encontrarla.

— ¿Pero no veis cuán mal hecho es lo que haceis?

— ¡Mal hecho! ¡mal hecho! ¡Siempre la reconvencion, siempre el deber, y siempre la virtud! ¿Quién te ha dicho, paje, que estoy obligado á hacerlo todo bien? ¡Peor hecho es ser ella hermosa!

— ¡Qué palabras! Pues advertid que ver á mi prima es imposible.

— ¿Imposible? repitió con una amarga sonrisa el doncel. ¿Por ventura no está?

— Estar... respondió con algun embarazo el paje, eso... Mirad: está; pero si quereis creerme, es como si no estuviera. Para vos debe ser lo mismo.

— ¿Por qué?

— Porque está mala. ¡Ah! Señor, si la vierais... tened compasion...

— ¡Compasion! ¿La tiene ella de mí? Pero, Jaime, ¿qué mal, qué dolencia...

— Yo no sé. Se entristece, no duerme, no come, llora...

— ¿Llora? ¿Sufre?

— Ya veis, pues, que es imposible.

— Ahora mas que nunca la he de ver.

— ¿Qué hablais? Yo creía que con deciros...

— ¡Ah! ¿con que me engañas, paje?... ¿no es cierto cuanto me dices?...

— Como el evangelio, señor caballero; pero... en una palabra, díjome no ha mucho... Mas aguardad. Si no me engaño ella viene...

— ¿Ella? ¿Elvira?

— Salid, pues, ved que no gustará...

— ¡Que salga! No, paje, no.

— Pero reparad... ¡Anda con Dios! ¡allá os avengais! Yo no pude hacer mas, dijo el paje encogiendo los hombros al ver que Macías, apartándole con brazo poderoso, se dirigia hácia donde sonaba el ruido de los pasos.

— ¿Qué altercado es ese Jaime? salió diciendo Elvira: ¡Santo Dios! añadió en cuanto vió al doncel, que arrodillado ya á sus piés parecia implorar el perdon de su audacia y su descortesía. ¡Qué imprudencia, señor, y qué osadía! ¿Qué haceis? ¿Vos en mi habitacion?

— Sí, bien mio, respondió Macías. Vana es ya la porfía: inútil la resistencia; yo os amo, Elvira.

— ¡Ah! ¿qué intentais? Alzad, señor, volveos.

— ¿Adonde quereis, Elvira, que me vuelva? dijo Macías, levantándose y estrechando entre sus manos las de su amante. El mundo entero está para mí donde estais vos. No hay mas allá.

— ¡Silencio! Si mi esposo...

— Elvira, no temais...

— Salid. Os lo ruego, os lo mando.

— ¡Delirio! ¿Os parece que cuando me decidí á accion tan aventurada, cuando me espuse y os espuse á vos misma á los riesgos de esta entrevista, fué para volverme despues de lograda?

— Yo tiemblo. Jaime, dijo Elvira, si por ventura oyeseis...

— Perded cuidado, prima mia... respondió Jaime.

— Corre, sí: si le vieseis venir...

— Jaime os probará su fidelidad.

Dicho esto, salió el inteligente pajecillo, bien resuelto á ejercer la mas activa vigilancia para evitar que la locura imprudente del doncel acarrease á su prima mas funestas consecuencias que la de haber de convencerle de cuán temerario era el paso que acababa de dar en aquel momento. Macías dirigió al paje que desaparecia, una mirada en que se podia leer claramente una larga accion de gracias al cielo, que le



— Si, bien mio, respondió Macias. Vana es ya la porfia :

proporcionaba por fin aquella secreta ocasion de vencer el desden de la señora de sus pensamientos.

— ¡Ah! Macías, si sois generoso, si sois caballero, oid mis ruegos por piedad. Idos. Soy mujer, y os lo ruego. A vuestras plantas si quereis...

— ¡Elvira! gritó Macías fuera de si levantando á la hermosa Elvira. Oidme. Un momento no mas. Oidme, y partiré. Tres años, señora, hace que os ví la vez primera; tres años os amé, y os amo, yo os lo juro, como nadie amó jamás: igual tiempo callé. Mil veces fué á escaparse de mis labios la palabra fatal: mil veces la sofoqué: la inmensidad de mi amor la ahogó en el fondo de mi corazon. Mis ojos, sin embargo, os lo dijeron. ¿Cómo imponerles silencio? Ellos hablaron á mi pesar. ¿Por qué los vuestros me respondieron? Calláran ellos, y muriera yo callando. Ellos me animaron empero. Bien lo sabeis, señora. Mi amor es obra vuestra.

— ¿Mia? ¡Ah! ¡sed, doncel, mas generoso!

— ¿Pedirme generosidad? ¿La usásteis vos conmigo? ¿Vos me pedis virtudes? Pedidme amor, señora. Es lo único que os puedo dar. Amor, y nada mas. Si es virtud el amar, ¿quién como yo virtuoso? Si es crimen, soy un monstruo.

— ¡Silencio!

— ¿Por qué? ¿Pensais que la naturaleza ha podido imprimir con caractéres de fuego en el corazon del hombre un sentimiento sublime, un sentimiento de vida, eterno, inestinguible, para que se avergüence de él? ¡Ah! No la hagais injuria semejante. Cuando lanzó la mujer al mundo, *la amarás*, dijo al hombre; inútil es resistirla. Sus leyes son inmutables. Su voz mas poderosa que la voz reunida de todos los hombres. Os amo, y á la faz del mundo os lo repetiré; harto tiempo lo callé...

— ¿Pero podeis ignorar, Macías, que mi estado...

— ¿Vuestro estado? Preguntadle á mi corazon por qué latió en mi pecho con violencia cuando os ví por la vez primera. Preguntadle por qué no adivinó que lazos indisolubles y horribles os habian enlazado á otro hombre. Nada inquirió. Yo os ví, y él os amó. ¿Por qué, cuando dispuso el cielo de vuestra mano, no dispuso tambien de vuestra

hermosura? Si solo para un hombre habeis nacido, ¿por qué os dió el cielo belleza para rendir á ciento?

— Vos delirais, Macías.

— Si es delirio el amaros, deliro, y deliro sin fin. Si en mis acciones, si en mis palabras echais de menos por ventura la razon, vos la teneis sin duda, que vos me la robásteis. Vuestros son tambien mi locura y mi delirio.

— Falso es, Macías, lo que hablais; es falso. Ni vos me amais ahora, ni me amásteis jamás. ¿Dónde aprendísteis á amar de esta manera? Me veis, y vuestros ojos funestamente clavados en los míos, están diciendo á todo el mundo: *¡Yo la amo!* Corro al campo á buscar la tranquilidad que en vano me pide mi corazon en la ciudad, y allí Macías, allí donde yo voy. Veis á mi esposo, que al fin, Macías, es mi esposo, es cosa mia, y haceis gala de decir á las gentes con vuestras fatídicas miradas: *Porque ella es suya le aborrezco.* ¿Y por qué, imprudente, no he de ser suya? ¿Qué hizo él acaso para merecer tanto odio? ¿Qué haceis vos que él no haya hecho, y antes, doncel? ¿Gustais de mí decís? Tambien él lo decia. ¿Puede ser en él crimen el amar-me, y en vos...

— Crimen, sí, crimen imperdonable, que solo con mi sangre ó con la suya...

— Basta ya temerario. ¿Y vos me amais, doncel? ¿Y vos me lo decís! Os encuentra ese esposo á mis plantas casi, no hunde su acero en vuestro corazon como debiera sin duelo alguno, y vos le provocais y osais contra él alzar el insolente acero? ¿Eso es amar, Macías? Nadie hay en la corte que al pronunciar vuestro nombre no pronuncie el mio al mismo tiempo. ¿Por qué esa union fatal? Vuestra imprudencia acaso...

— ¡Mi imprudencia!

— Y no contento con perderme para siempre, no contento con haber llenado de luto mi corazon, con haber hecho de mis ojos dos fuentes de lágrimas inagotables, ¿osais aun, á riesgo de ser hallado, traspasar el dintel de mi puerta, osais comprometer mi vida... mi honor...

— ¿Yo, Elvira? ¡Maldicion sobre mí!

— ¿Eso es, decidme, lo que debia yo prometerme de ese amor tan decantado? ¡Ah! Macías, si os amára, ¡cuán infeliz sería!

-- ¡Si me amára!

— ¡Cuán infeliz! Vos mismo habeis cavado entre los dos un abismo insondable...

-- Abismo que se llenará, que yo traspasaré, ó donde entrambos nos hundiremos. Me amas, Elvira, me amas. Tu llanto, tus acentos, esa voz trémula y agitada, la tempestad, que anuncian tus palabras, son señales harto ciertas que descubren el volcan inmenso que arde en tu corazon. Si fuí imprudente, lo confieso, tú tuviste la culpa. ¿Por qué no me inspiraste una de esas débiles pasiones, un amor pasajero, de esos que es dado al hombre disimular, de esos que no se asoman á los ojos, que no hablan de continuo en la lengua del amante, de esos que pasan y se acaban, y dan lugar á otros? Ay, tú lo ignoras, Elvira. Hay un amor tirano; hay un amor que mata; un amor que destruye y anonada como el rayo el corazon donde cae; que rompe y aniquila la existencia; y que es tan fácil de encerrar, en fin, en lo profundo del pecho, como es fácil encerrar en una vasija esos rayos del sol que nos alumbra.

-- Macías, ¡por piedad!

-- No: sufre ahora, que yo sufrí tambien, y sin consuelo, sin indemnizacion, sin premio. Una vez no mas te hablo en la vida, pero me has de oir. ¿Temes el mundo? Bien. Habla, es verdad, habla imprudente lo que sabe, lo que no sabe, lo que existe, y lo que acaso jamás existirá. Témele tú en buen hora. Yo le aborrezco. Huyamos de él, huyamos para siempre. Una lanza para mí, y un caballo para los dos. Basta.

-- ¿Qué escucho? ¿adónde quereis llevarme?

-- Donde no haya hombres, Elvira; donde la envidia no penetre. Una cueva nos cederán los bosques: amor la adornará; tú misma con tu presencia. Solo nosotros hablarémos de nosotros. El leon allí no contará á la leona, con maligna sonrisa, que Macías ama á Elvira. Las fieras se aman tambien, y no se cuidan como el hombre del amor de su vecino. El viento solo lo dirá á los ecos, que nos lo repetirán á nosotros mismos. Ven, Elvira, bien mio.

-- Macías, dijo Elvira desasiéndose de los opresores lazos del doncel, vos os dejais llevar de vuestro loco arrebató. Vos me tuteais....

-- ¿Y qué importa, señora, que no se tuteen nuestros labios, si nuestros ojos se tutean?

-- ¡Ea! partid, dejadme; añadió Elvira con una emoción difícil de explicar. Por la última vez dejadme.

-- Decidme que me amais, y partiré. Una vez sola, una vez; decidme que he de volver á veros, que he de volver á hablaros...

-- Soltad; es imposible.

-- Amadme, Elvira: ¡por piedad!

-- ¡Nunca! ¡jamás! os aborrezco.

-- ¿Me aborreceis? ¿no hay en el cielo rayos? ¿no hay quien me mate? ¡Fernan Perez!

-- ¿Qué haceis?

-- Llamarle. Lleve mi vida quien se llevó mi dicha. ¡Fernan Perez!

-- ¡Teneos! Macías. Bien: yo...

-- Acaba, acaba.

-- Yo os... imposible, jamás. Os aborrezco.

-- ¿Y lo dices llorando? Tus lágrimas ardientes corren hasta mis manos. Huyamos. Los amantes son solo, Elvira, los esposos... inútil es la lucha...

-- No, no, Macías: hay un Dios. Hay un Dios que nos ve. Mi deber es primero. ¡Santo Dios! exclamó prosternándose la desdichada Elvira, ¡dadme fuerza y virtud! Sola no basto á resistir.

-- ¿Qué escucho? ¡Es mia, es mia!

Macías estrechaba sobre su corazón á la infeliz Elvira, que exánime y sin sentido no oponía á su loco arrebató mas resistencia que la pasiva inmovilidad del estupor y del asombro.

Él viene, gritó de pronto una voz harto conocida á los oídos de Macías y de Elvira. El viene, repitió de allí á un momento. Así resonó en el corazón del doncel, como el eco lúgubre del bronce, que anuncia al amante parado en la playa la despedida del buque que lleva consigo el tierno objeto de sus ansias.

-- ¿Viene, Jaime?... preguntó Elvira fuera de sí. ¡Dios mio! Salid, señor, salid. ¿Veis á qué estremidad me reduce vuestra imprudencia?

-- Decidme , pues , contestó Macías deteniéndola aun , decidme una palabra sola de consuelo.

-- ¡No , no ! contestó Elvira mirando á todas partes con la mayor agitacion.

-- Ved que no es tiempo ya , repitió el pajecillo mirando por entre los coloreados vidrios de una rasgada y gótica ventana.

-- ¡Mi honor , mi honor , Macías ! exclamó Elvira.

-- Hablad , pues...

-- Bien : sí , lo que gustéis diré , pero ocultaos.

-- Solo por tí...

-- ¡Hacedlo por mí ! Sí . Ved ese gabinete . Armas es lo que hay dentro . Rara vez llega á él . Presto : ocultaos .

Echó Macías una ojeada de dolor á Elvira , y otra de despecho hácia la puerta por donde debia tardar muy poco en entrar el hidalgo : impelido , sin embargo , por el brazo de Elvira , que suplicante le rogaba con lágrimas en los ojos que salvase su honor , ocultóse en el gabinete , y cerróse por sí misma tras él la pesada puerta .

-- ¡Dios mio ! exclamó Elvira . ¡Perdon , perdon ! Vos veis , Señor , mi inocencia desde los cielos . ¡ Dadme valor para la amarga prueba que me falta !

No bien habia acabado de decir estas palabras , y de enjugar precipitadamente las lágrimas que se habian agolpado á sus ojos , rogó al pajecillo , no menos asustado que ella , que no se separase de su lado en aquel crítico momento , en que necesitaba su serenidad toda y la de un amigo además para no revelar ante los perspicaces ojos de su marido la terrible emocion que dominaba en su pecho . Poco despues entró Fernan Perez . El lector nos perdonará si dejamos para otro capítulo la prosecucion del cuento de las cuitas de la infeliz Elvira .



CAPITULO XXVIII.

E si por ventura quieres
Saber por qué soy penado,
Plácete, porque si fueres
Al tu siglo trasportado,
Digas que fuí condepnado
Por seguir damor sus vias,
finalmente, *Macias*
En España fuí llamado.

D. Enr. de Villen. Infierno de los enamorados.

SUPONEMOS de buena fé que pocas de nuestras lectoras se habrán encontrado en la situacion de Elvira, si bien no nos atreviéramos á asegurar otro tanto de nuestros lectores con respecto á la del encerrado doncel. Era efectivamente aquella bastante extraordinaria. En valde habia dirigido la virtud mas rígida todas las acciones y palabras de Elvira: en valde habia resistido, á costa de los mayores tormentos, á la encendida pasion de su imprudente amante. Una inesplicable fatalidad pesaba sobre ella y sobre cuanto la rodeaba. Ella habia inspirado inocentemente una pasion frenética, que solo podia emponzoñar su vida ó adelantar su muerte; pero semejante á la abeja, que se lastima al picar y deja perdido el aguijon en la herida que hace. Elvira no habia ganado el corazon del doncel sino á costa del suyo. Mas virtuosa, como mujer, luchaba mas tiempo, pero luchaba con un enemigo mas fuerte que ella, y solo la mano del Todopoderoso, que acababa de implorar, podia salvarla del hondo precipicio que ante sus piés miraba.

Amaba á su esposo por otra parte; y ¿cómo no amarle? Era, pues, tan inocente como desgraciada.

La misma fatalidad que pesaba sobre Elvira, habia alcanzado al doncel. Habia bebido sin saberlo la ponzoña que corria por sus venas. Largo tiempo habia luchado tambien el deber con el amor; pero un concurso de circunstancias no buscadas le habian venido á poner en tal estado, que así le era fácil sacudir el yugo, como le es fácil á la débil paloma desasirse de las crueles garras del sacre devorador.

La puerta del gabinete donde Macías habia entrado era compuesta de dos altas hojas, construidas segun el gusto gótico, ó por mejor decir, gótico arabesco, que tenian entonces todos los adornos arquitectónicos. Pero en cada una de sus hojas una ventanilla cerrada por una cruz de hierro, y puesta á la altura poco mas ó menos de una persona, proporcionaba desgraciadamente al caballero la deplorable facilidad de ver cuanto pasaba en la cámara donde los dos esposos estaban, no pudiendo ser él visto á causa de la oscuridad en que se hallaba sepultado aquella especie de astillero ó gabinete de armas, que no tenia mas luz que la que del salon inmediato recibia.

El semblante pálido y deshecho de Elvira, sus ojos encendidos de llorar, una indefinible tristeza que oscurecia sus facciones, como una nube oscurece el dia, y cierta agitacion particular, hija del temor y del cuidado con que entonces estaba, la hubiera hecho interesante á los ojos de cualquiera, por indiferente que hubiera sido á los tiros del amor. Hacía tiempo por el contrario que no habia tenido Hernan Perez un dia que tanto hubiese contribuido á disipar su natural melancolía. Habia cazado con su alteza y con D. Enrique de Villena, que ambos á dos le habian colmado de favores: aquella habia sido la primera vez que se habia hallado en público en calidad de caballero, y el corazon del hombre es harto débil para no lisonjearse de semejantes distinciones. Deseaba partir con una persona querida su satisfaccion; ¿y con quién mejor que con su esposa? Dirigióse á ella con un semblante mas animado y franco de lo que comunmente solia.

— ¿He tardado? ¿no es verdad, Elvira? dijo acercándose á ella con un hermoso azor en el puño izquierdo. ¿He tardado?

— No, Hernan: antes paréceme que habeis venido...

— ¿No me esperábais todavía? Esta es la suerte de los maridos. Nunca se los espera.

— ¡Santo Dios! dijo para sí Elvira, hasta cuyo corazón había penetrado esta casual alusión.

— ¿Estais triste, Elvira? continuó Hernan acariciando al pájaro distraidamente. Cualquiera diría que habiais cometido alguna acción de que tuvieseis que avergonzaros. Si os hubiera sorprendido con un amante no tendríais la cara más lastimosamente melancólica? Si he venido a haceros mala obra...

— ¡Esposo mío! exclamó Elvira destrozada en su interior, sabeis que ha tiempo que la debilidad de mi cabeza...

— Tenaces son esos males de cabeza y terribles, añadió Hernan. También está triste este pobre pájaro. Miradle, Elvira. Su alteza acaba de cambiármelo por el mío: ha cazado tan bien esta mañana, que ha querido quedarse con él. Nos ha encantado á todos. ¿Quereis creer que cuantas veces le ha soltado su alteza y D. Enrique de Villena, otras tantas ha vuelto con la presa? Solo una vez que le solté yo se vino con las garras vacías. Sobre eso quiso su alteza darme vaya.

— ¡Ea! dijo; Vadillo, hoy no estais para cazar. Hoy no cogereis pájaro ninguno... ¿Qué teneis, Elvira?... Sobre eso fué tal la rabia que concebí, que se lo ofrecí al rey, y de buena voluntad. Efectivamente, no era mi estrella cazar hoy. De allí á poco su alteza se empeñó en que le soltara su doncel favorito... y también cazó, pero yo nada. Verdad es que Macías caza bien. ¿Pero, esposa, os alterais? esa agitación... acaso... su nombre solo os ofende. ¿Tanto le aborreceis? ¿recordais por ventura?... Pero veo que os incomoda demasiado. Nunca hemos hablado de eso. No hablemos jamás ya. Volviendo á la caza, Elvira, está visto que hoy no cazo. Díome, pues, este azor en cambio del mío, y ¡par diez! que está triste. Acaso habrá dejado su compañera al venir á mi poder. Los animales nos dan ejemplo de fidelidad, ¿no es verdad, Elvira? Capaz será de morirse. ¡Azor! ¡azor! Solo por eso le quiero. El no caza hoy, es verdad: en eso se parece á mí; pero es fiel, y váyase lo uno por lo otro; ¡porque en eso se parece á vos!

Volvia Elvira la cabeza á una y otra parte: tosia, bostezaba, cu-

bríase el rostro con el pañuelo ; pero la agitacion que en su exterior se notaba , era comparada con el desórden de sus pensamientos y la lucha atroz de sus sensaciones , lo que es la arrugada superficie del mar, azotado por una blanda brisa , comparada con el furor y embate de las montañas de agua que subleva y despide contra el cielo una deshecha borrasca. Al pajecillo íbasele un color y veníasele otro , que aunque de corta edad , ni se le ocultaba el riesgo del encerrado mancebo, ni el de Elvira si llegaba á ser descubierto , ni la terrible simpatía que entre aquella situacion y el diálogo del hidalgo reinaba.

Comenzó este á parar la atencion en el singular estado de su esposa. — Os entiendo , Elvira , dijo despues de un momento de pausa , os entiendo. Las conversaciones de dos esposos que se aman no han menester testigos , y vos teneis sin duda algun secreto que fiarme.

— ¿Yo? preguntó azorada Elvira. ¿De qué inferis...

— Sí; Jaime , continuó Hernan Perez , yo te llamaré.

— Ah , dejadle señor : el paje no incomoda...

— No importa. Lleva este azor adentro. Que le cuiden. Que no se escape sobre todo ; era el favorito de su alteza , y tan ilustre huésped no puede sino honrar mi casa.

Preciso le fué al paje obedecer. La órden estaba dada de una manera muy positiva , y el haber insistido por otra parte demasiado solo hubiera conducido á dar sospechas.

Elvira hizo un esfuerzo para levantarse , y dirigiéndose al paje , bastante separado ya de su esposo , aparentó acariciar al ave , pero díjole en realidad al oido : — Jaime , vuelve dentro de un momento : si he conseguido apartar de aquí á Hernan Perez , facilita la salida al caballero. ¡Y que no vuelva nunca, nunca!

— Bien , querida prima , respondió el paje en voz alta , no es este el primer pájaro de que he cuidado. Yo os aseguro que se le tratará como merece. ¡Azor ! ¡azor ! se fué diciendo en seguida , y saltaba al mismo tiempo aparentando con la mayor inteligencia el indiferente atolondramiento de su alocada edad.

— Pienso , Hernan Perez , dijo Elvira acercándose á su esposo , que el aire libre me sentaria bien. Si quisiérais , pudiéramos...

— Esposa mia , repuso Hernan Perez , cuyos deseos de conver-

sar á solas con Elvira irritaban mas y mas los obstáculos que se le querian oponer, no lo creais. Se ha levantado un viento fuerte, que solo podria perjudicaros. Venid y sentaos á mi lado. No es mi carácter, Elvira, esa fatal reserva que circunstancias desgraciadas me han hecho usar con vos de algun tiempo á esta parte. El corazon del hombre se cansa del silencio; llega un caso, por fin, en que necesita, como el agua oprimida, un desahogo. Me es necesaria, Elvira, una larga explicacion.

— ¡Dios mio! dijo Elvira para sí: ¡en vuestras manos me encomiendo! resignada con esta breve oracion mental, sentóse trémula y agitada al lado de Hernan, que cogiéndole una mano y oprimiéndosela cariñosamente, no ya como un marido, sino como un amante, continuó clavando tiernamente sus ojos en los de ella.

— Sí, Elvira, oidme. Si os creyese una mujer vulgar, una mujer capaz de guardar secretos para vuestro esposo, no os abriria mi corazon. Pero ¡ha! vos sois víctima tambien hace ya tiempo de esta fatal reserva que ha helado nuestra existencia. Maldicion sobre el ser impassible y yerto, que cerrado siempre para sus semejantes, vive solo dentro de sí y solo para sí. Su consorte es un vivo, condenado á vivir atado á un cadáver.

— ¿Qué decis?

— Sé que el destino ha arrojado entre nosotros un ser desgraciado: sé que una inclinacion á que disteis acaso demasiado imperio sobre vuestro corazon...

— ¡Hernan Perez! exclamó asustada Elvira.

— Sí: ¿á qué negarlo? Vos amábais á la condesa, mas acaso de lo que la misma amistad tiene derecho á exigir.

— Ciertamente que la amé siempre mucho, interrumpió Elvira con mas serenidad.

— No culpo en vos ese sentimiento, si bien pudiera estar celoso de él. Nace de un corazon generoso; pero...

— Permitidme que en ese punto no dé oidos, señor, á vuestras reconvenciones... dijo Elvira pensando mas en abreviar el diálogo que en meditar prudentemente sus respuestas.

— ¿Es posible, Elvira, es posible?

EL DONCEL DE D. ENRIQUE EL DOLIENTE.



—No os turbeis, Elvira, tranquilizaos. Eso me basta. ¿Me amais?

— He jurado guardar silencio...

— ¿Pero cuál misterio?...

— Permitidme que calle ahora: algun dia sabreis, y no está lejos tal vez, que esa misma amistad que me echábais no ha mucho en cara, os hace mirar á D. Enrique bajo un aspecto falso. Básteos saber que no he creido faltaros...

— Dejemos en buen hora ese punto, si tanto os incomoda. Vengamos á otro. Sabeis, Elvira, que soy vuestro esposo... Hay un hombre sin embargo...

— Esas palabras, señor... ¡Ah! soy inocente, exclamó Elvira precipitándose á los piés de Fernan Perez.

— ¿Cómo pudiera yo dudarlo, Elvira? sois inocente: ¿pero basta acaso en el mundo en que vivimos ser inocente? ¿No es fuerza parecerlo tambien? Oidme. Vos sabeis cuanto os amé: os conduje al altar, partí con vos mi lecho, os entregué mi casa porque os amaba, Elvira. Hay un hombre, sin embargo, que ha osado poner en vos los ojos.

— ¡Ah! señor, acaso os deslumbre...

— Nada me deslumbra, Elvira. No os haré cargo alguno. Vuestra palabra me basta. Mi honor está en vuestras manos. Ese fué el depósito sagrado que al desposarme os entregué. ¿Le habeis guardado, Elvira?

— ¡Señor! exclamó Elvira ahogando sus sollozos, y volviendo el rostro á mirar con la mayor agitacion al gabinete.

— La verdad, Elvira, y nada mas. Mirad; yo os pedí vuestro corazon, no os lo robé: yo no os dije *sereis mi esposa*, sino *¿quereis serlo?* ¿Para qué pensasteis que enlacé á mi suerte la de una mujer? Para hacerla feliz. No hago trovas, Elvira, no es el talento la cualidad de que blasono. Empero la honradez será siempre mi norte. Sed, Elvira, feliz. Decidme ahora cuáles son los medios que para serlo exigís. Hoy es tiempo todavía; mañana no lo será tal vez.

— ¡Ah! exclamó Elvira en el mayor desórden. ¿Vos habeis dudado, esposo? Si viérais sin embargo mi corazon, si viérais cuánto ha padecido... ¡Piedad, piedad de mí! No mando en mí, Fernan, ni sé quién soy.

— No os turbeis, Elvira, tranquilizaos. Eso me basta. ¿Me amais?

— ¡Si os amo! ¡Cómo pudiera no amaros?

— Basta, Elvira; de hoy mas mis labios se sellarán: vuestra palabra va á guardar en lo sucesivo mi tranquilo sueño. ¡Elvira, Elvira!

Una larga escena de silencio, pero de elocuente silencio, se siguió á esta enérgica exclamacion. Elvira al oirla miró dolorosamente al gabinete. Presentóse entonces á sus ojos el amor, terrible presagio de sangre y de desgracia. Asustada cerró los ojos, y no pudiendo resistir á la lucha interior que la devoraba, y á la imágen de cuanto deberia sufrir el que estaba condenado á ser testigo de escena tan amarga, dejó caer su cabeza desmayada sobre el hombro de Hernan Perez. Un torrente de sus lágrimas inundó el pecho del hidalgo; de esas lágrimas de hiel que se forman y corren lentamente, que manan con dolor, con amarguísimo dolor del mismo corazon.

— Ah, perdonadme, Elvira, dijo arrebatado el hidalgo de ternura y de entusiasmo: perdonadme si he podido ofenderos con dudas ofensivas.

— ¿Que os perdone, señor? exclamó Elvira. ¿Yo á vos? Perdonadme vos á mí...

Al llegar aquí anudáronse las palabras en la garganta de Elvira, y no la dejaron sus sollozos proseguir. Un sentimiento profundo de vergüenza y remordimiento, y una expansion espontánea de generosidad se habian apoderado de ella. Un momento menos de reflexion, y la infeliz Elvira declaraba á los piés de su suspicaz esposo su deplorable estado; pero el doncel estaba en su casa todavía. La menor imprudencia suya hubiera tenido funestas consecuencias. Alzó los ojos al cielo Elvira, y contentóse con llorar. ¡Macías, Macías! dijo para sí. ¡Oh, quién pudiera aborrecerte!

-- ¡Me ama, me ama como el primer dia! exclamó Hernan Perez con loco frenesí: arrojándose en seguida en sus brazos, estampó en su pura frente un ósculo conyugal. Elvira sintió su rostro encenderse de rubor al contacto fatal. Bajó los ojos avergonzada, y hubiera querido mas bien ver con ellos el infierno todo, que haber encontrado con los de su esposo, tranquilos entonces, serenos, confiados, como lo está el ignorante pasajero que duerme con placer á la pérfida sombra del nogal.

Tambien el doncel oyó el ósculo dado en la frente de Elvira, que resonó en su corazon como la voz de la verdad en la tumba. Helóse su sangre toda dentro de sus venas. Sus ojos, lanzados fuera de su órbita devoraban desde la oscuridad el rostro divino de la hermosura, reclinada en brazos de otro. Sus manos, cerradas por sí solas y comprimidas, sacudieron la cruz de hierro que cerraba la ventanilla, y si no bastaron á romperla sus esfuerzos, torciéronla como un mimbre delicado.

— ¡Se aman, se aman! exclamó el doncel con voz ronca y apenas inteligible. ¡Maldicion, maldicion sobre ellos y sobre mí! Y una lágrima, pero una lágrima sola, se habrió paso con dificultad á lo largo de su megilla, fria como el mármol.





CAPÍTULO XXIX.

Seis años fuí de él servida,
Sin de mí alcanzar nada.
El ofendió á mi marido,
Y de ello yo fuí la causa;
Y con todo esto le quiero,
Y le tengo acá en el alma.

Rom. de Gazul.

— ¡Ah! Vadillo, exclamó Elvira creyendo haber oído algún rumor en el gabinete, ¡cuán desdichada soy!

— ¡Elvira! dijo escuchando un momento Fernan Perez. Diría que alguien había hablado á nuestro lado.

— ¿A nuestro lado? ¿Cómo? ¡Qué fantasía!... ¿Quién pudiera...

— «Tiempo es el caballero,
Tiempo es de andar de aquí.»

entró cantando á esta sazón con voz descomunal el atolondrado paje-cillo, según las palabras de aquel antiguo y famoso romance popular que se cantaba entre las gentes: entraba Jaime como quien creía que habría tenido ya ocasión la bella prima de sacar de allí al hidalgo.

— Sería el paje, señor, el que aquel ruido metía, dijo Elvira aprovechando tan feliz coincidencia.

— ¿Qué buscáis de nuevo aquí? preguntó Hernan Perez con todo el mal humor de aquel á quien interrumpen en una ocupación agradable para la cual no ha menester testigos. No haría yo mal, ¡vive Dios! atolondrado, en cogeros de un brazo y encerraros en ese gabinete oscuro hasta que hubiéseis aprendido otra medida y comedimiento.

— Perdonadle, gritó Elvira asustada.

— Ved que habrá sabandijas en ese cuarto , señor hidalgo; repuso el pajecillo prontamente: nadie entra en él jamás.

-- Vos sereis el bellaco y la sabandija , mal criado, contestó Hernan Perez. ¡Ea! salid.

-- De buena gana ; pero no será sin deciros que el azor no quiere comer , y que es tan torpe Alvar , el escudero que os habeis echado desde que recibisteis la orden de caballería , que quiero yo que me encerreis de veras si antes de un cuarto de hora no campa solo el pájaro por su respeto sobre alguna torre del alcázar. ¡Pobre animalito! él, ya se vé! quiérese escapar. Os digo que se escapará.

— ¿Se escapará? ¡Voto va! paje , á vos os lo dí: si él se escapa, acordaros habeis del pájaro de su alteza. Dejad, Elvira, que vea lo que hacen esos necios. Tenedme ahí entre tanto á buen recaudo á ese insolente. ¿Escaparse? No se escapará , ¡voto á Santiago!

Diciendo y haciendo salió precipitadamente el hidalgo, y el paje, vuelto hácia la puerta por donde salía, y poniéndose los puños en los hijares.

— Se escapará, dijo con donaire y burlita sardónica ; sí señor , se escapará. ¿Pero esperaros yo aquí, eh? Para mi santiguada que no haré tal ; no estoy tan mal avenido aun con mis orejas. Vaya , ¿qué haceis , prima? Ved que el tiempo pasa, y si le perdeis, saldráse con la suya el hidalgo, y el pájaro no se escapará.

— ¡Santo Dios! ¿Conque es falso ese recado que nos habeis traído, Jaime? ¿Y no temblais?...

— Prima , todo el riesgo para mí es perder una oreja , y mas perderíais vos si...

— ¡Querido Jaime , querido Jaime! exclamó Elvira estrechando al paje entre sus brazos.

—Luego, prima mia, luego, dijo Jaime mirando con cuidado hácia la parte por donde acababa de separarse el hidalgo, y dirigiéndose en seguida hácia el gabinete. ¡Caballero, añadió abriendo, caballero! ¡Vaya que se ha dormido, mientras que nosotros hemos sudado por enmendar sus locuras! ¡Ay, Dios mio! prosiguió todo asustado viendo salir al doncel. Parecía este efectivamente mas bien un espectro que una persona. El amor y los celos luchaban aun en su semblante.—¡Ingrata! gritó fuera de sí dirigiéndose á la desdichada Elvira. ¡Ingrata! ¿Qué preten-

deis ahora de mí? Sacáisme aquí á la luz por si no veo bien allí vuestras infernales caricias, por si no oigo bien vuestros pérfidos juramentos! ¿Qué os hice yo para rigor tan grande? ¡Le amais, le amais!

— ¡Macías! basta, huid, huid; exclamó temblando de terror y echándose á sus plantas la infeliz. No mas tiempo, no mas; que ha devolver.

— ¡Vuelva! ¡vuelva! aquí mi pecho esta. Máteme luego.

— ¡Vaya! señor, exclamó el paje, deje para otro dia esa cancion; mire por Dios...

— Ah Jaime! ¡Me aborrece! le interrumpió Macías.

— ¿Qué os ha de aborrecer? repuso el paje.

— ¡Jaime! gritó Elvira tapando con su mano la boca del inocente. Macías, partid.

— No, no partiré. ¿A qué vivir, si he de vivir sin vos? Sea su triunfo completo. Amadle sin rubor. ¡Perezca solo quien no debe gozar!

— ¡Por Dios! ¡por mí, Macías!

— ¡Cierto! soy un testigo importuno para los placeres que os esperan; dijo Macías con voz reconcentrada y toda la sangre fria de un hombre desesperado.

— ¿Qué han de esperarme, ¡ay de mi! sino tormentos? ¿Quereis que al fin lo diga? Huid y lo diré.

— Elvira, ¿qué dirás? gritó Macías. ¿Que le amas otra vez....

— No, nunca, no. ¿Qué puedo hacer delante de él? A tí amo: solo á tí...

¿A mí? ¡ah! ¿A mí? ¿Sueño, deliro?

— ¡Qué vergüenza, Dios mio! Pero huye ya; ¿qué esperas? ya lo oiste de mi boca: por ese amor frenético que leo en tus ojos con placer, por ese amor, Macías, ¡huye! ¡huye por Dios! ¡y por piedad!

— ¡Elvira! ¡Elvira! dijo Macías palpitando todo de amor y de felicidad. Huyo, sí, huyo. Dime, empero, que volveré.

— Volverás si huyes ahora, volverás.

— ¡Adios, Elvira, adios! gritó con loco furor Macías, y se lanzó fuera del cuarto.

— ¡Adios, repuso con voz apagada Elvira, adios! y cayó sin fuerzas casi y sin sentido sobre un sitial inmediato, escondiendo con ambas manos su rostro descompuesto y avergonzado.

— Alzad, prima; no lloreis, dijo Jaime acercándose á la hermosa desconsolada.

— ¿No he de llorar? exclamó esta volviendo en sí, y mirando á todas partes con temor de ver volver á su esposo. ¿No he de llorar? ¿Qué le dije yo, Jaime, qué le dije? ¡Imprudente! ¡Y él volverá, volverá! ¡No, jamás!

— Andad, añadió el paje: templad vuestro dolor. ¿No habeis visto con qué facilidad hemos engañado al buen hidalgo? ¡Ah! Yo necesitaba tener presente cuán serio era el lance, prima mia, para no soltar la carcajada. ¿Habeis notado que no ha dicho una palabra que no pudiera hacernos reir con fundado motivo?

— ¡Hacernos reir, Jaime! Maldecida sea mi loca pasion. ¡Sí, dices bien! yo le hice risible ¿Yo? ¿Yo pago de ese modo su cariño, su amor, su condescendencia? ¿En qué era pues, risible! ¿En amarme? Saetas eran sus palabras para mí. ¿Por qué ha de ser risible, Jaime? Porque tiene una esposa infiel, que olvidada de su deber ha dejado crecer en su pérfido corazon un amor odioso. ¿Y por que ella es ingrata él, es risible? ¡Dios mio! Confundirme. Hé ahí el premio que doy á su cuidado. Porque ha partido su lecho con migo, porque me ha confiado su casa, porque me dió su corazon, porque quiso llamarme madre de sus hijos, ¿por eso le aborrezco? ¡Me horrorizo, Jaime! ¿Yo misma me doy horror? ¿Yo cubriré su nombre de ignominia; yo destinaré á eterno oprobio el nombre de mi marido, que es el mio? ¿Las gentes al mirarme le pronunciarán con befa y con maliciosa risa? ¡Dios mio, Dios mio! ¡Yo pierdo la cabeza! ¿Y cómo amarle sin embargo? ¿Es mio por ventura mi corazon? ¡Macías, me has perdido! Oye, Jaime, si le ves por acaso, dile que nunca, nunca torne á mi presencia. Que huya, que huya. Le adoro, sí, le adoro. Díselo tú tambien; pero que huya. ¡Qué delirio el mio! ¡Qué locura! ¡Mi voz se ahoga!

— Hermosa prima, Fernan Perez vuelve. Serenaos.

— ¿Vuelve, vuelve? ¡Ah! Evita su furor. Déjame á mí: muera yo sola: ¡yo su castigo merecí!

— ¡Ah! no, no parto si llorais así.

— Parte. Sí, dices bien, no lloro ya, dijo con interrumpidos sollo-

zos Elvira , enjugándose los ojos rápidamente , y empujando con una mano al paje; parte: que no te llegue á ver.

-- ¿Dónde está, gritó Hernan Perez, dónde el insolente que osa jugar con mi cólera y desafiarla !

-- ¡Adios, Jaime! dijo en voz baja Elvira: corre... Teneos, Hernan Perez... añadió arrojándose al paso de su esposo.

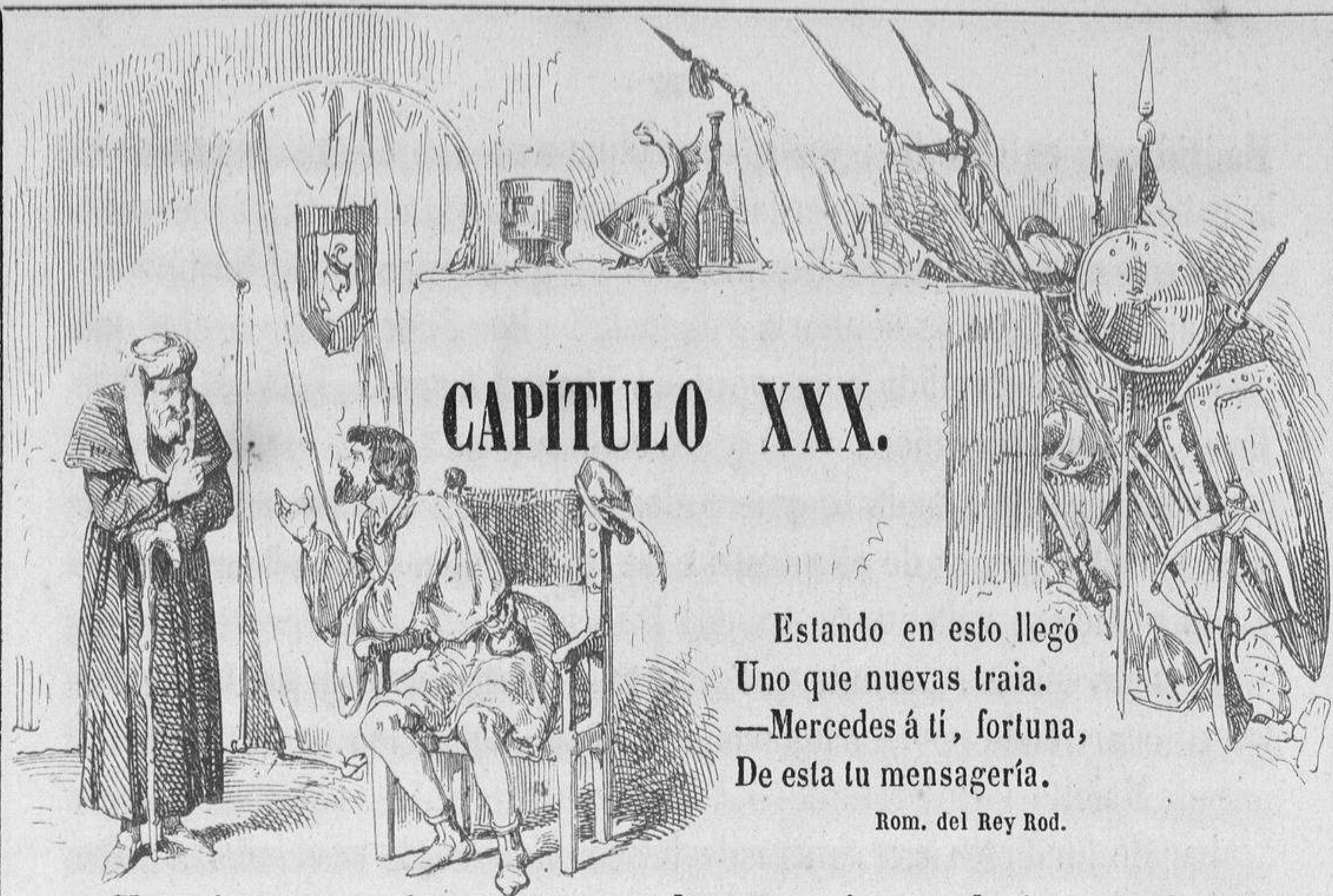
¡ Oh ! decidme vos sino, gritó el hidalgo, ¿hay en esto, señora, otro misterio? ¡Qué significan vuestras lágrimas, vuestros sollozos, vuestra confusion...

-- Jaime, señor, es inocente, inocente : nunca quiso jugar con vuestra cólera. Todos os amamos aquí y os respetamos , todos ; pero.... mirad... oid...

-- ¡Elvira ! ¡Elvira ! exclamó con voz descompuesta el hidalgo, que comenzaba á sospechar vagamente.

-- ¡Perdon ! gritó Elvira con voz aguda y ahogada por sus lágrimas y sollozos : esposo mio, ¡perdon ! Y cayó de rodillas abrazando los piés del hidalgo, y dando su frente pura sobre el suelo con asombro de aquel, que cruzado de brazos delante de ella parecia en la mayor inmovilidad andar buscando en su cabeza alguna explicacion de escena tan extraordinaria.





CAPÍTULO XXX.

Estando en esto llegó
Uno que nuevas traía.
—Mercedes á tí, fortuna,
De esta tu mensagería.

Rom. del Rey Rod.

YA veis que en ningun caso puede convenirme, decia agitado Villena al astrólogo un dia: Cuando tengo vencidos casi los obstáculos todos que á la posesion de mi maestrazgo parecian oponerse; cuando unos ya, merced á mis beneficios y promesas, han vuelto á entrar en la senda del deber; cuando otros, cansados del poco fruto de la diligencia de D. Luis Guzman, ceden en tan obstinada demanda y dan al olvido su rencor, ¿querrán que yo esponga á los riesgos de un combate el objeto de todas mis ansias y desvelos? ¿Qué bobería, Abenzarsal! Fuerza es para suponer en mí semejante delirio no conocer cuánto he deseado ese maldecido maestrazgo. ¡Por cierto que puede ser dudoso el éxito del combate! No quiero yo decir con esto que mi antiguo escudero Hernan Perez carezca de valor, de ningun modo. Pero una cosa es tener valor, y otra estar seguro de vencer á Macías. Abenzarsal, el combate no puede verificarse sino para perder yo el maestrazgo por lo menos; y no se verificará.

-- No es tan fácil hacerlo como decirlo, dijo Abenzarsal sin mirar al conde, y mas bien como quien habla consigo mismo que como quien contesta á otro; no es tan fácil hacerlo como decirlo. Porque, al fin, ni el mismo rey puede rebocar ya la prueba por combate que tiene decretada á peticion de parte, ni fuera decoroso en vos el solicitarlo.

-- Abenzarsal, decirme á mí ahora que nada se puede remediar en el asunto por los términos ordinarios, vale tanto como decirme que

Madrid está en Castilla; y por cierto que no tengo ni el tiempo hoy ni la cabeza para aprender verdades de esa importancia. Si os consulto es porque presumo que pudiéramos dar un golpe atrevido. ¿No hay algun arbitrio? ¿no os ocurre á vos nada? ¡Por Santiago! yo creí que ya habíais comprendido que yo quiero que os ocurra.

— Mi cuerpo, señor, viejo y feo conforme se halla, está á tu disposicion: del alma nada te quiero decir, porque no estoy muy seguro de si puedo disponer de ella como cosa mia, despues de la tempestuosa y aun maliciosa vida que he traido. Dios me la perdone. Pero en cuanto á mis ocurrencias, permite que te diga, señor, que solo conforme me vayan ocurriendo podré irlas poniendo á tu disposicion.

— ¡Maldito viejo! refunfuñó Villena entre dientes. ¿Cuándo quereis acabar de fundirme esa cabeza de bronce que ha de responder á todo el que la pregunte, y que me habeis tantas veces prometido? Yo os aseguro que si la tuviera en mi poder, como debiera, á la hora esta ya la habria hecho decir cosas buenas y oportunas acerca del asunto. No habria combate, yo os lo aseguro: no lo habría. Os juro que esa sería la mejor cabeza de Castilla; sin contar la mia, Abenzarsal, se entiende.

-- Mientras la mia, señor, esté sobre mis hombros, que será todo el tiempo que yo pueda, paréceme que la de bronce ha de estar demás.

-- Veamos, Abenzarsal, esa prodigiosa fecundidad de recursos. Ya imaginaba yo que no dejaríais de sacarme de este molesto apuro.

-- ¿Has visto alguna vez á tu juglar Ferrus desempeñar con singular destreza y maestría el famoso juego de cubilites que de Italia han traido á España algunos juglares, y juglaresas de Provenza?

-- Adelante, Abenzarsal.

-- Bueno: pues es preciso que aprendas ahora de Ferrus tan peregrina habilidad, y esto sin remedio.

-- ¿Os volveis loco, ú os burlais de mi?

-- Ni lo uno ni lo otro. Lo primero no me tiene cuenta á mí; lo segundo no te la tiene, señor, á tí; sin embargo, afirmome en lo dicho; no tienes, conde, otro remedio, á no ser que quieras valerte del agua aquella que poseo, que no sería tan mal recurso. Pero has dado en apreciar la vida del hombre...

-- ¡Qué horror, Abenzarsal, qué horror! ¿Habeis tomado á vues-

tro cargo endurecer mi alma, y hacer de mí un pícaro tan redomado como vos? ¿no temblais el crimen?

-- ¿Qué es el crimen? ¿lo que han querido llamar tal los hombres? Soy uno de ellos; tengo derecho á no adoptar sus definiciones.

-- ¿Me direis que el quitar la vida á otro ser...

-- ¿Qué es quitar la vida, D. Enrique? ¿puede el hombre, necio, insensato, quitar la vida á ningun ser? ¿puede el hombre crear ni destruir? ¡Impotente! ¡miserable! Aquel en quien acaba el alma de separarse del cuerpo, deja de vivir á los ojos de los hombres. Á los ojos de Dios vive; porque nada muere á los ojos de Dios: él ha derramado la vida en los séres todos: unos existen bajo unas condiciones, otros bajo otras. Si el vivo vive de una manera que confesamos, vive tambien el muerto de otra que no conocemos: á los ojos de Dios las acciones todas son iguales: no hay bien, no hay mal; no hay vida, no hay muerte; no hay virtud, no hay crimen.

-- ¡Blasfemia, blasfemia! gritó D. Enrique. Os complaceis en aventurar horribles paradojas en los momentos críticos en que tenemos mas necesidad de inventiva que de ergotismo escolástico, y de confianza en el cielo que de heréticas impiedades.

-- Como gustéis: dejemos en buen hora á los hombres, viles gusanos de la tierra, imaginarse en su vanidad los séres privilegiados de la creacion: dejémosles creer orgullosos que para dar vueltas alrededor de su mundo miserable ha lanzado al vacío el Hacedor millones de mundos mayores; dejémosles pensar que son algo, y que valen algo; dejémosles, en fin, dar una incomprendible importancia á sus acciones míseras, al que llaman su honor, á su supuesta ciencia, á sus ridículas pasiones, al ruido que hace la boca, que llaman aullido en el lobo, y en sí mismos conversacion!

-- ¿Acabareis? ¡por Santa María!

-- Dejémoslos en tan lisonjero error: convencidle al hombre de que no es nada, y precipitado de la altura del trono que sobre la naturaleza se ha erigido, se afligirá como si el no ser nada fuese algo.

-- ¡Por Santiago! exclamó Villena despechado, teneis razon, Abenzarsal. Teneis razon en todo lo que habeis dicho, y en lo que habeis pensado y en lo que habeis dejadó por pensar y por decir. ¿Pero y mi

maestrazgo? Os suplico que no lo considereis como cosa de hombres, que yo os prometo probaros antes de mucho, que si el hombre puede no ser nada, un maestrazgo por lo menos es algo.

— Vengamos, pues, al maestrazgo, dijo sonriéndose el astrólogo, á quien esta última frase debió de parecer mejor que el mundo y sus míseros habitantes. Ya he dicho, señor, que no queriendo hacer uso del *aqua mortis*, necesitáis aprender...

— ¿Pero, qué significa?...

— Significa, que así como el juglar, y un juglar cualquiera, hace desaparecer entre los dedos la bola mágica, según la llama el vulgo de los hombres, ese de quien yo os hablaba hace poco...

— ¿Volvemos? dijo Villena desesperado con lastimoso acento.

— No: tranquilízate, señor; así, pues, necesitas tú hacer desaparecer á alguien de la corte de D. Enrique.

— ¿A quién? ¿y cómo?

— Voy á decirte, ilustre conde. A Elvira, tu acusadora, es caso imposible, porque está libre bajo mi responsabilidad, así como Macías y tú lo estais bajo la propia del rey; tú por tu clase y él por su favor.

— Bien. Adelante. Elvira es además mujer de Fernan Perez.

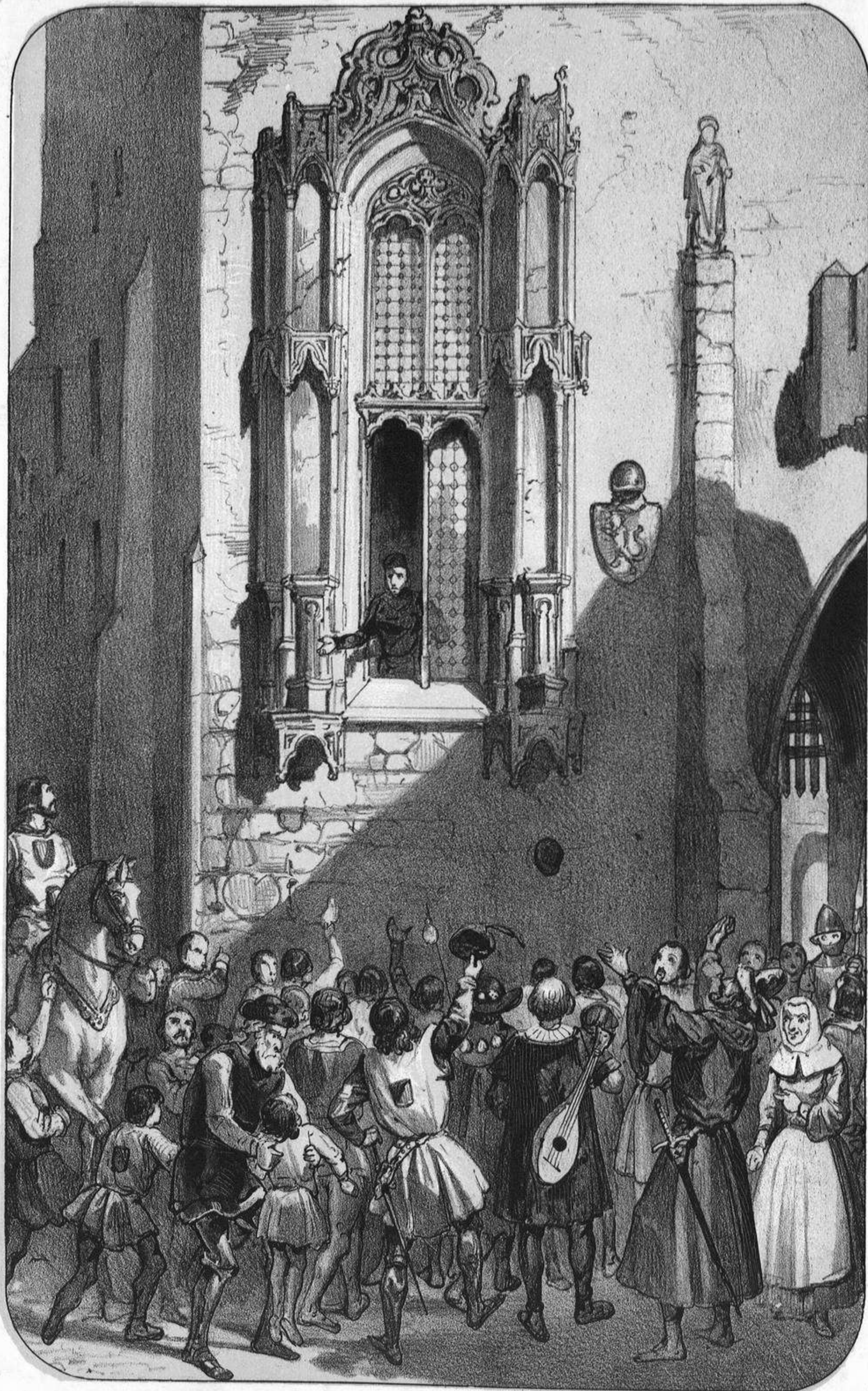
-- Cierto, pero á Macías no me parece que podría ser difícil. El está ahora mas que nunca poseido de una pasión frenética, pasión cuyos resultados, felices para nosotros, has cortado tú mismo con tus incomprensibles escrúpulos. Sin embargo, puédenos servir todavía. Entreveo un plan asequible tal vez. Necesitarémos de Ferrus. Si el doncel cae en el lazo que le vamos á tender, no será él ciertamente quien venza á Fernan Perez.

-- Abenzarsal, ¡cuánto os debo, amigo mio! dijo Villena estrechando sus manos.

-- Dame, empero, tu palabra, señor, de no estorbar mis intentos, y dame con tu palabra á Ferrus. Sé las escenas que han pasado entre los amantes recientemente, sé... pronto lo sabrás tú mismo. Ven en tanto, señor, con migo... oigo un rumor extraño en la cámara de su alteza. ¿Será acaso alguna novedad en la salud del rey, que debemos sentir todos?

Al acabar el astrólogo estas palabras, dirigiéronse entrambos hácia

EL DONCEL DE D. ENRIQUE EL DOLIENTE.



Salió su alteza á una de las finestras de su alcazar.

la cámara de su alteza. Oíase desde ella un prolongado y confuso clamoreo, cuya causa no tardaron en adivinar. Su alteza, rodeado ya de algunas de las primeras dignidades de Castilla preguntaba á unos y á otros, y parecia haberse hallado largo rato en la misma duda que los personajes de nuestro último diálogo. Brillaba sin embargo en su semblante una alegría desusada en él, y podíase conocer desde luego que mas tenia de fausto que de infausto el suceso que producía en aquella ocasion tanto movimiento.

—Venid, ilustre conde, mi pariente, y vos, Abenzarsal, venid, dijo don Enrique el Doliente saliendo al paso contra su costumbre, con notable olvido de su propia dignidad á los dos personajes que entraban en su cámara. La corona de Castilla tiene ya un heredero varon.

—Señor, dijeron á un tiempo Villena y el físico, ¿ es posible? ¿ Ha llegado ya tan alegre nueva?

—Sí, dijo el rey: el enano que está de atalaya en la torre mas alta del alcázar acaba de ver las ahumadas que tenia mandadas disponer para este caso, y los fieles habitantes de mi leal villa de Madrid se han apresurado á felicitarme sobre tan feliz acontecimiento.

Oíanse, en efecto, ya mas distintamente los repetidos vivas con que de buena fé manifestaba el pueblo su entusiasmo al saber que le habia nacido un rey, y que no podria faltarle ya en ningun caso quien le mandase.

Salió su alteza á una de las *fenestras* de su alcázar, como se llamaban entonces las ventanas en castellano, sin que se pudiera achacar eso á galicismo, pues no habia entonces en la pobre villa de Madrid tantos traductores como en los tiempos que alcanzamos de dicha y de ilustracion; salió á una de las *fenestras*, como dejamos dicho, y agradeció al pueblo con claras demostraciones y ademanes de contento y satisfaccion su inocente entusiasmo.

Vuelto en seguida á Stúñiga, justicia mayor del reino, — Diego Lopez, le dijo su alteza, dispondréis que mañana sea la última audiencia que dé en esta villa á los fieles habitantes de Madrid. Debemos marchar inmediatamente á Otordesillas, adonde se trasladará la córte por ahora. Quiero que al separarme de esta mi villa predilecta puedan mis vasallos venir á implorar á los pies del trono la justicia que pue-

dan necesitar. Recuerdo además, condestable, añadió volviéndose al buen Ruy Lopez Dávalos, que he suspendido en dos ó tres casos de decisiones de grave interés, prorogándolas hasta el momento que tan felizmente ha llegado.

Inclináronse el condestable y el justicia mayor, y no puso tan buen gesto como don Luis Guzman el intruso maestro. Antes, llegándose al oído del astrólogo, —¿Habeis oido? le dijo. Mañana dará orden de que se reuna el capítulo de Calatrava, y mañana acaso fijará el día de nuestro combate. — No hay tiempo que perder, repuso en voz baja también el judicial.

Don Luis Guzman y Macías echaron cada uno por su parte una mirada significativa de esperanza y desprecio al conde de Cangas y Tineo. El resto del día se empleó en preparativos para el viaje que la corte disponia, y la noche en músicas y en danzas, en que los ministriles y juglares divirtieron no poco á todos con sus juegos y arlequinadas, farsas y bufonías.





CAPÍTULO XXXI.

Porque le ví ir huyendo ,
Muy malamente llagado ,
Y que á la hora de agora ,
Será muerto ó cativado.

Rom. del rey Rod.

Por ende quien me creyere ,
Castigue en cabeza agena ,
E no entre tal cadena ,
Do no salga si quisiere.

Marqués de Santillana.—Querrela de amor.

ALGUNAS horas hacía ya que la noche habia tendido sobre nuestro hemisferio su tenebroso velo. Ningun ruido sonaba en la campiña, ni en las solitarias y tortuosas calles de la villa de Madrid. Solo en el alcázar se veian brillar en algunas habitaciones mas luces de las que solian comunmente arder á semejantes horas: oíase desde la calle un rumor sordo y lejano, que se desprendia del altísimo edificio, bien como se desprenden de la tierra los vapores en una mañana clara de invierno. Un caballero acababa de bajar triste y taciturno la escalera principal del alcázar: su traje indicaba que salia del brillante sarao que arriba se oia; su desasosiego, sus pasos vagos y sin direccion, indicaban el desórden y la indecision de sus pensamientos.

Sí, volveré, decia hablando consigo mismo, volveré: ella misma lo decidió. ¡Importuna danza! ¡ruido mil veces mas importuno! ¡Mientras mas gente, mas solo!

Catavo de mi tristura,
De mí todos han espanto:

Preguntan , ¿ cuál desventura
Hay que me atormente tanto?

¡ Inútiles esfuerzos ! ¡ talento estéril ! ¿ De qué me sirves , de qué ?
Ni mis palabras la vencen , ni mis trovas la mueven ! ¡ Elvira !

¡ Ah ! te place que mis dias ,
Yo fenezca mal logrado ,
Muy en breve ;
Pues que al infeliz Macías ,
Es tu pecho despiadado ,
Tan aleve .

Despues de repetir esta endecha tristísima de una de sus composiciones, apoyóse el trovador desdichado contra la alta muralla del alcázar, donde se encerraban todos sus deseos. Poco tiempo podia hacer que estaba sumergido en la mas profunda meditacion, ora recordando las contradictorias pruebas que de cariño y odio le habia dado su señora, ora repitiendo vagamente y con profunda distraccion fragmentos sueltos de los chanzones que le habia inspirado su desgraciado amor, cuando una mano se apoyó sobre su hombro con estraña familiaridad.

—¿ Quién eres, preguntó airado, el que osas perturbar la meditacion del que desea estar solo?

—Quien os ha visto salir: quien compadece vuestra pasion: que os ha de consolar en ella: quien sabe de vuestros asuntos tanto como vos, sino mas, repuso el desconocido.

—¡ Ah ! judiciario , dijo Macías reconociendo al fisico Abenzarsal que habia salido tras él del bullicioso sarao. ¿ Qué se hicieron tus predicaciones, y qué tu vana ciencia? ¿ Dónde está mi felicidad, dónde?

—Mas cerca acaso de lo que presumes, hombre incrédulo.

—¿ Qué decís? esplicaos. ¡ Ah ! si alguna vez os han engañado; si sabeis, padre mio, lo que es esperar lo que nunca llega y creer lo que nunca sucede, no os burleis de mi necia confianza. Ved que lo creo todo, porque todo lo deseo.

—¡ Silencio ! ¿ Conoceis una reja alta que da sobre el terraplen y el foso, hácia la parte del alcázar que mira al soto del Manzanares?

—¿ Qué me quereis decir?

— Oid. La reja se abre. Hé aquí su llave.

—¿Su llave? ¿Para qué?

—¿Para qué preguntas? ¿No os sirve, pues?

—¡Ah! dadme, dadme acá. Decidme, ¿de quién, para quién la teneis?

—No os importa. ¿Conoceis su letra?

—¡Desdichado! ¿De qué la habria de conocer? Si tanto sabeis y adivináis...

—Bien: no importa. Miradla aquí.

—Su letra, Abenzarsal. ¿Es magia esto, es magia? ¿Deslumbráis mis sentidos por ventura por los artes de vuestra pérfida profesion?

—Leed y callad, añadió el astrólogo sacando de debajo de su ropa una linterna, cuya luz proyectó sobre un pergamino que le dió al mismo tiempo.

—¡Dios mio! dijo el doncel acabando de leer... ¿Es ella, lo sabeis, es ella la que escribe estas breves palabras?

—No; soy yo, si os parece, dijo afectando enojo el pérfido viejo: á Dios; puesto que no quereis ser feliz, no os quejeis despues.

—¡Ah! no: venid: perdonad, señor, si el exceso mismo de mi felicidad... ¿Es posible...

—¡Ea! dejad vuestras pueriles exclamaciones. El tiempo corre. Partid. No convendria que nos viesen juntos. Sabeis que el hidalgo está con su alteza. A Dios.

—Escuchad; teneos. ¡Un momento! dijo Macías; pero hablaba solo ya: el astrólogo habia desaparecido con indecible presteza. ¡Qué confusion! prosiguió el doncel. Tanta felicidad, Dios mio! Corramos: mas no. ¿Quién sabe los sucesos que me esperan esta noche? Sé que mi constelacion me es contraria. Quiero buscar mi espada: con ella al lado, nadie, nadie podrá estorbar mi felicidad.

Dirigióse, dichas estas palabras, el animoso doncel á su habitacion, y ciñó su espada cubriendo con un tabardo oscuro de belarte su elegante vestido, que no podia menos de haber llamado la atencion de cualquiera que á aquellas horas se le hubiera notado, en el paraje sobre todo donde él pensaba que podria tener que esperar un instante propicio para su dicha.

Volvia á bajar la escalera del alcázar para salir al campo lo mas pres-

to posible, y antes de que se hubiesen cerrado las puertas de la villa, cuando un encuentro inesperado le detuvo, no tan á su pesar como podría parecerle á primera vista al que no supiese que el que hacia variar de aquella manera su primer pensamiento, era nada menos que el mismo mismísimo pajecillo Jaime, á quien tan apurado y comprometido dejamos por causa del doncel en uno de nuestros últimos capítulos, que acaso no habrá olvidado todavía el lector.

—¡Jaime! dijo Macías.

—¡Señor caballero! repuso el paje no menos admirado y satisfecho. Buena la hicisteis la mañana pasada. ¡Ah! otra vez ved de ser mas prudente.

—¿Acaso Elvira?...

—Mirad, de eso nada sabré deciros, sino que desde entonces esposo y esposa se tratan de una manera... La señora pasa llorando los dias, y el señor rabiando las noches... la casa es un infierno. Felizmente á mí nada me tocó de lo que merecia. Pero á propósito, gózome de encontraros. Díjome mi hermosa prima...

—Mas bajo.

--No, no hay peligro.

—¿Qué te dijo?

—Que si volváis alguna vez, como habíais dejado prometido...

—¡Como ella misma!... querrás decir!...

—Sí, bien... como gustéis.

—¿Y qué?

—Nada: no os aflijais. Mirad: las mugeres son... vos lo conoceis mejor que yo...

--¿Qué hablas, pajecillo? Acaba.

—¡Ah! no: si os enfadais... tranquilizaos y os diré...

—¡Acaba por Santiago! Juro por el infierno que estoy tranquilo.

—Me dijo, pues, contestó el paje aterrado de la estraña tranquilidad del doncel, que si volváis, se os dijera que no estaba.

--¿Eso dijo? ¡Perfidia! ¡perfidia sin igual! ¿Y no lloró al decirlo, no tembló, miserable? Sed generoso con las damas: creed, creed un solo punto. *¡Salvad mi honor, huid, y volvereis; que os amo, dijo,* y todo fué mentira! ¡Y yo salí y obedecí! ¡Necio! ¡insensato! ¡Ah!

¡maldecida generosidad! Paje, ¿me engañas? prosiguió despues de una breve pausa, en la cual dió mil vueltas al pergamino que le acababa de dar el astrólogo. No pudo decir eso: tú burlas mi dolor, y tú...

--¿Yo, señor, yo? Me obligareis á deciros lo que añadió...

--¿Qué añadió, santo Dios?

--Pues mirad, añadió que se os dijera á vos mismo que ella habia dado aquella órden.

--¿Eso? ¿Ella? ¿ella misma? ¡Oh ultrage! ¡oh rabia! Paje, conoces tú su letra?

--Poco, señor.

--¿Es esa? dijo Macías acercándola á un farol de la escalera inmediata.

--Paréceme que... sí... cierto; yo á lo menos... verdad es que yo no sé escribir. Yo soy mal juez.

--¿Cuándo dijo lo que me acabas de referir?

--Aquel dia mismo.

--¡Respiro! Algun objeto llevaria. Vuela á tu prima, Jaime: dile que me diste ese recado, y que respeto sus motivos. Escucha. Con respecto á su cita, dile que antes de una hora...

—¿Cómo? ¿os cita?

—¡Silencio!

—¿Y os quejábais vos? Decid entonces que el engañado he sido yo. Ya me encargaré yo de esos recaditos en adelante, para que me cuestas una oreja el dia menos pensado, y que la señora luego... ¿Es posible, señor caballero, que han de engañar las mujeres hasta á sus mayores amigos? ¡A todo el mundo, señor á todo el mundo!

—¡Ea! ¡Silencio! y separémonos. Nada digas, nada hables. En estos asuntos, Jaime, la palabra escapada revuelve sobre el que la dijo, y las imprudencias se pagan con la vida. ¡A Dios, á Dios!

Dichas estas palabras continuó el doncel su camino, pidiendo á su señora en su borrascosa imaginacion mil perdones por la ligereza con que la habia inculpado, en aquel momento mismo en que acababa de darle, segun él, la prueba mas singular de su constancia y fidelidad.

Llegó el paje entre tanto á Elvira, y refirióle lo ocurrido. Mil y mil ideas se cruzaron en la imaginacion de la desdichada. Deseosa, sin em-

bargo, de aclarar aquel misterio, y bien decidida á no esponerse de nuevo al peligro que no podia menos de correr con el arrebatado doncel. ¡Jaime, dijo, quiero salvarme á toda costa! Le amo, le amo con furor, y el infeliz lo sabe. No le vea, no le hable. Mi honor es lo primero. Juzgue de mí lo que quisiere. Escucha. Yo de mí misma desconfío y tiemblo. Sus ruegos pudieran vencerme. Por otra parte, esa cita solo puede ser un artificio... acaso una horrible maquinacion; un lazo que nos tienden. Mira: toma esa llave, y ciérrame por fuera, de esa manera no le podré yo abrir aunque sus ruegos me ablandáran. Corre en seguida en su busca. ¿Dónde iba?

—Bajaba la escalera del alcázar.

—¡Soy feliz! Todavía no viene en mucho tiempo. Búscales, Jaime, búscales. Dile que es inútil; que nunca le he citado; que es mentira; que su vida pelagra; que está Fernan conmigo... lo que quieras. Que no venga, y lo demás no importa. ¿Qué sería de mí si Hernan?... ¿Será él por ventura, será él el que de esta suerte intenta?... ¡Qué horrible maquinacion! —Hizo Jaime lo que su hermosa prima le rogaba, con no poco miedo de verse metido á su edad en tan gran laberinto de riesgos y de intrigas, pero con toda la decision al mismo tiempo de que es capaz la fidelidad.

—¡Otra vuelta! dijo Elvira al paje, que cerraba ya por defuera. Así: ¡á Dios! Si mi esposo viene, él tiene otra llave. Yo os doy gracias, Dios mio, añadió prosternándose con cristiano fervor; yo os doy gracias, Señor, por el peligro de que me habeis librado!

Apenas habia acabado de decir estas palabras, cuando se dejó sentir en la parte de afuera de su habitacion un rumor, extraño ciertamente á aquellas horas y en aquel sitio tan solitario.

—¿Qué oigo, Dios mio? ¿Qué oigo?

—¡Elvira! dijo una voz que así parecia bajar del cielo como salir de alguna profunda cueva. ¡Elvira!

—¿Quién me llama? añadió la asustada dama corriendo hácia la puerta para asegurarse de que estaba bien cerrada.

—¡Macías! respondió la voz sordamente, y resonaron dos ó tres golpecitos dados con cierto misterio é inteligencia.

—¡No le ha encontrado el paje! exclamó Elvira. ¡Ah! si Hernan...

EL DONCEL DE D. ENRIQUE EL DOLIENTE.



¡ Ah, es el, es el, y soy perdida, yo misma me he encerrado.

oid... doncel... Nadie responde... y el ruido continúa. ¡Cielos! no es aquí: no es en la puerta. ¿Dónde pues, dónde? Aquí, exclamó llegando á la ventana; en esta parte están. ¿Qué intentan? Esta reja se abre; pero la llave... la llave debe tenerla el alcaide del alcázar... ¡La abren, Dios mio! continuó escuchando con la mayor ansiedad. Huid, huid, quien quiera que seais.

Bien mio, respondió el doncel abriendo completamente la reja, y dando con su espada en la madera, que quedaba cerrada todavía.

—¡Ah, es él, es él, y soy perdida. Yo misma me he encerrado, gritó Elvira arrojándose sobre un sillón al tiempo mismo que la madera, destrozada por los furiosos golpes del doncel, cedía á su irresistible fuerza.

—Yo soy, Elvira, yo soy, dijo Macías arrojándose á los pies de su amante. Mil obstáculos he tenido que vencer; no pensé alcanzar á la altura de esa reja, que he debido escalar con la espada en la boca. Ya estoy en fin, aquí, bien mio, y á tus plantas.

—¡Ah! no; salvaos por piedad, y salvadme á mí. Macías, cada palabra que hablamos es una palabra de abominacion; el tiempo es precioso y le perdemos.

--¿Perderle yo á tu lado?

--Cesa ya, y parte.

--¿Me llamas, señora, para escuchar de nuevo tus rigores?

--¿Yo os llamé? Macías.

--¿Qué escucho? dijo levantándose. ¿Cuya es, pues, esa letra?

—¿Esa letra? ¡Cielos! los traidores la han fingido.

—¿La han fingido, señora?

—Para perdernos, sí.

—¿No es vuestra? ¡Crédulo yo, insensato! ¡Cierto es, pues, lo que Jaime me asegura!...

—Todo, sí, todo es cierto: huid; no os quiero ver, os aborrezco.

—¿Me aborreceis? Pues bien, nos perderán. Ya su triunfo es completo. ¡Pérfida! añadió despues de haberla contemplado un momento. ¿De esta suerte pagais mi generosidad? ¡Tres años de silencio! Hablo, por fin, hablo por ofreceros mas generosidad, mayor sigilo aun, amor mas grande ¿y no os ocurren en pago sino pérfidos medios

de engañarme! Sed noble, señora, hasta en la perfidia misma. Medios hay aun de ser noblemente malo. ¿Sois veleidosa? ¿Por qué no me decis: «Macías, soy mujer? ¡Plúgome vuestro amor, mas hoy me cansa! No es para mí, que es harto grande.» —Yo agradecería vuestra nobleza entonces.

—Acabemos, Macías: no mas reconvenciones, no. Idos, y nunca mas volvais. Toda comunicacion, todo vínculo es roto entre nosotros. Si prendas teníais de mi amor, si insistíais en creer que mis ojos, mi mi lengua, mis acciones os prometieron algo, en buen hora creedlo, devolvedme, empero mi libertad...

—¿Que os devuelva, señora? Volvedme vos la dicha, volvedme la confianza.

— ¡Qué suplicio! por piedad, partid.

—¿Partid? ¡Qué delirio! Mi vida hoy, ó mi muerte. No os creo ya: nada espero de vos. Todo de mí. Oidme.

— Soltad mi mano.

— No: sois mia, y lo sereis.

— ¿Y ese es amor tan grande? ¿Me amais vos, y me amais comprometiendo mi honor y mi existencia.

— Sí, porque tú y yo no somos ya mas que uno. Los dos felices, ó desgraciados ambos. Uniónos el amor: la muerte sola nos separará. Volved los ojos hácia mí, volvedlos: inútil es retirarlos: me veis, me veis donde quiera que los volvais: cerradlos, y aun me vereis. Decidme que me amais. Mentid, señora, si no es cierto: decidlo, empero, por piedad, y salgo.

— Jamás, jamás, profirió débilmente Elvira, procurando en vano desasirse de los amantes lazos en que la tenía presa el impetuoso doncel.

— ¿Jamás, decis? Pues escuchadme, repuso Macías con el acento de la mas profunda desesperacion. Yo habia nacido para la virtud. Vos me consagrais al crimen. No hay sacrificio inmenso de que no fuera mi corazon capaz, ó por mejor decir, el amor era mi constelacion. Encontrando en el mundo una mujer heróica, era mi destino ser un héroe. Encontrando una mujer pérfida, Macías debia ser un mónstruo. Yo os dí á elegir, señora. Nuestra felicidad, y el secreto y cuanto vos

exigiérais, ó el escándalo y mi muerte. Vos elegísteis lo peor. Escrito estaba así. ¡ Muerte y fatalidad !

— ¡ Ah ! Silencio, silencio. No me maldigas ya : ¡ desventurada !

— Sí : todo es ya acabado entre nosotros. Nuestra felicidad ha sido una borrasca : formada como el rayo en la region del fuego, debia destruir cuanto tocara. Ha pasado como el rayo, pero como el rayo ha dejado la horrible huella de su funesto paso. Tu amor, tu amor, ¿ quién lo creyera ? era el único que debia dejar mas señales de su existencia en tu corazon de hielo, que las que deja al ave que atraviesa rápidamente el cielo, que las que deja sobre tu labio abrasador este ósculo de muerte, que recibes, bien mio, á tu pesar.

— ¡ Ah ! exclamó Elvira, reluchando inútilmente ; soy perdida, perdida para siempre.

— Y mil y mil, añadió frenético Macías ; prendas son todos de nuestra próxima muerte. Ellos son, Elvira, la agonía del amor. ¿ No sientes el fuego inmenso que encienden en las venas ? ¿ No percibes el tósigo ? Bórralos jamás, olvídalos si puedes, y olvídamme despues. Venga la muerte ahora, añadió desasiendo á la infeliz Elvira, que perdidos los ojos en el techo y pálido el semblante, cayó desprendida del doncel sobre el sitial inmediato.

Un momento de pausa y de silencio, semejante al que llena de misterioso terror al caminante despues del fragoroso estampido de la exhalacion eléctrica, sucedió á las últimas palabras del doncel. Arrodillado á las plantas de Elvira imprimia todavía en una de sus manos, hermosas como el alabastro, sus trémulos labios ; no lloraba ya Elvira, no derramaba una lágrima Macías. En las grandes situaciones de la vida no halla salida el llanto. La inmovilidad del mármol, el estupor de la postracion son los caractéres de las emociones sublimes. El silencio entonces es elocuente, porque no hay palabras en ninguna lengua ni sonido en la naturaleza que pinten el amor en su apogeo, que espliquen el dolor en toda su intensidad.

— ¡ Elvira ! dijo por fin Macías. ¡ Cuán desgraciados somos !

— Partid, partid, profirió con trabajo Elvira. ¡ No queráis, señor, que lo seamos aun mas ! Esta es la última vez que nos veremos.

— ¡ La última ! sí ; porque la muerte llega.

— ¡ Ah ! no ; no los espereis. Ya todo se ha concluido entre nosotros: ahora es cuando os lo digo , sabedlo ; os he querido señor , os he querido , como nadie volverá á querer. Salvadme ahora , despues de esta confesion.

— ¡ Ah , lo decis por fin ! tiempo es aun... decid que ahora me que-
reis, y huyamos. Pero huyamos los dos.

—No es tiempo ya, no es tiempo. Sed generoso vos ahora: no apure el vaso yo del crimen y del deshonor. Nunca ya nos hablarémos , Macías...

— ¡ Nunca , señora?...

—Desistid... ¡ por Dios!...

--Os juro que no desistiré.

—Ved que los asesinos se acercan acaso ahora... ¡ Ah ! no me hagais aborrecer la vida: no me obligueis á maldeciros.

—Sí, maldíceme, ahora... ¿mas qué rumor...

— ¡ Ellos son, ellos son ! gritó Elvira precipitándose hácia la puerta.
¡ Los traidores !

Oyóse efectivamente ruido de armas y personas al pie de la reja.

— ¡ La puerta está cerrada, gritó Elvira, y él solo puede entrar !

—Dime que me amas, exclamó Macías ; decídetes , en fin, señora, á participar de mi suerte ; dime que siempre me amarás y mi espada aun nos abrirá calle al través de los pérfidos asesinos.

—No, no, Macías : no muera deshonorada , gritó Elvira , sin saber adonde refugiarse. ¡ Dios mio ! compasion. ¡ Dios mio ! Salvaos solo, Macías.

—Contigo , Elvira.

—Jamás, repuso Elvira, abrazándose á un alto Crucifijo de plata que sobre una mesa lucia. El cielo maldice nuestro amor... y yo...

— ¡ Silencio ! Por última vez. Ved , señora , que algun dia diréis *es tarde , es tarde* , y diréislo entonces con dolor. Ahora , que es tiempo todavía.

—No, Macías, no ; yo le maldigo nuestro amor.

—Elvira, pues, á Dios. Mi muerte es tuya como fué mi vida.

Al decir estas palabras Macías cogió su espada, y poniéndola rápidamente sobre su rodilla, partióla en dos desiguales trozos, que despues

de abrir de par en par las maderas de la ventana lanzó contra los que ya trepaban por la reja.

-- ¡Hernan Perez! gritó: ¡Hernan Perez! Héme aquí sin defensa. La muerte os pido, la muerte.

-- ¡Macías! exclamó Elvira desasiéndose del Crucifijo, y arrojándose hácia la ventana. Era tarde, empero Macías se habia lanzado ya fuera de la reja.

-- ¡Es nuestro! ¡es nuestro! retirarnos: ¡basta! Clamaron á un tiempo varias voces.

-- ¡Ah! gritó Elvira con una espresion dificil de pintar. ¡Socorro! ¡Socorro!

Al mismo tiempo sonó la llave de la puerta. ¡El es! ¡él es! gritó Elvira. ¡Santo Dios! ¡Piedad de mí, piedad!

Un chillido agudo y espantoso terminó tan horrorosa escena. El que entró se dirigió hácia la reja, mirando enderredor, y nada descubrió. Tendió en seguida la vista por la habitacion, y solo vió en el suelo el cuerpo de una mujer hermosa privada enteramente de sentido.





En Castilla está un castillo
Que se llama Rocafrida ;
Tanto relumbra de noche
Como el sol al medio día.

Rom. de Montesinos.

EXISTE á cinco leguas de Jaen una poblacion pequeña ahora , y pequeña en los tiempos á que se refiere nuestra narracion , que tiene por nombre Arjonilla , ora por haber sido fundacion de algunos habitantes salidos de Arjona ; ora por su inmediacion á esta ó por las relaciones que con ella pudo tener en lo antiguo. Perteencia esta villa al maestrazgo de Calatrava , y era una de las primeras que se habian declarado por don Enrique de Villena , á causa de la influencia que le daban á este en aquel punto varias posesiones que en su territorio tenia. En el siglo xv presentaba el aspecto que aun en el día suelen presentar muchos pueblos de nuestra patria. Algunas casas que , mas que viviendas de hombres , parecian cuevas de animales , esparcidas aquí y allí , formaban irregulares callejones. No era sin embargo tan pequeña su importancia , que tuviesen que acudir sus habitantes á algun pueblo vecino de mayor cuantía para cumplir con sus deberes espirituales. Poseía una iglesia parroquial , no muy grande en verdad , pero que no dejaba por eso de bastar para su reducido vecindario , y que se hallaba bajo la proteccion y advocacion de Santa Catalina. En el día será todo lo mas si puede traslucirse su antigua grandeza en los restos míseros que la constituyen en la humilde gerarquía de ermita , pero en el reinado de Enrique III , nos dice Jimena en sus anales eclesiás-

ticos de Jaen, no solo era la iglesia parroquial, sino que era una obra moderna que no tenía mas fecha que los años que hacía que habia sido reconquistado aquel pais á los moros.

Á cosa de un cuarto de legua del pueblo rivalizaba en grandeza con la iglesia parroquial un castillo sombrío y viejo, que si no era de los mas fuertes y afamados de Castilla, no dejaba por eso de ser sólido, y una de las posiciones militares mas ventajosas de la comarca. Edificado como todos los de aquel tiempo en una eminencia, mejor diremos en la punta de una peña, podia servir de reducto á un tercio militar en retirada, ó de baluarte á un destacamento avanzado de un ejército invasor. Tenia su doble muralla almenada, torres, foso, contrafoso, puente levadizo, en una palabra, cuanto hacía necesario en semejantes edificios la táctica militar de ataque y defensa de aquella época belicosa y de perpetuo temor y desconfianza. Crecia la yerba tranquilamente en derredor de las almenas, prueba evidente de que hacia mucho tiempo que no oponian obstáculos los artes de la guerra á su abundante vegetacion. Un largo litigio que sobre la pertenencia de tal castillo habia sostenido contra la corona de Castilla la órden de Calatrava, habia sido ocasion de hallarse inhabitado algunos años, y se habian adherido á él, como en aquellos tiempos de ignorancia solia frecuentemente suceder, mil vagas tradicciones, mil supersticiones fabulosas que habian consolidado algunos malhechores, cobijándose en él secretamente y haciéndole cuartel general y centro de sus operaciones. Era fama por el pais que en tiempos anteriores, un moro, mago, si jamás los hubo, habia sido fundador del castillo, cuya construccion se perdia en los tiempos remotos de la conquista y reconquista; opinion á que no daba poco realce el color negruzco de la piedra, y el aspecto todo venerable y misterioso de sus antiquísimas murallas. El mago habia construido el castillo, segun la mas recibida opinion, para satisfaccion de odios y rencores propios suyos: en él habia atormentado durante su vida á muchas hermosas doncellas que no habian querido rendirse á sus brutales deseos, pues todas las tradicciones convenian en que este habia sido el flaco del moro encantador y descomunal. Añadíase á esto que no le habia faltado razon para ello, pues se referia de él la siguiente historia. El moro habia amado en sus lucidos abriles á una mora llamada

Zelindaja, hija de un reyezuelo de Andalucía, la cual habia correspondido primero á su pasion , pero le habia dejado despues sin verdadero motivo por otro y otros moros sucesivamente con la natural facilidad y lijereza de su sexo leal y encantador. El moro, que debia de haber sido hombre de suyo sentado y poco aficionado á mudanzas, habia tomado la cosa muy á mal y el desaire muy á pechos, y en vez de volver los ojos á otra Zelindaja mejor que la primera, lo cual hubiera sido determinacion de hombre prudente, habia jurado vengarse castigando en el sexo todo la culpa de uno de sus individuos. Hé aquí la causa de su odio á las mujeres: para lograr sus fines habíase dado á la mágia y á la confeccion de bebidas y filtros amorosos. Con ellos enquillotrava á las doncellas, las cuales, al punto que apuraban á poder de engaños la pócima, así quedaban del moro enamoradas como si en el mundo no hubiera habido otro hombre, ni moro ni cristiano. Entonces entraba la parte de su venganza; entonces el pícaro moro hacíase de pencas y dejábalas llorar y suplicar, suspirar y gemir por los sus encantos, con lo cual íbanse consumiendo y acabando las enquillotradas doncellas, como bugía que se apaga. Conforme las iba el bribonazo del encantador seduciendo, íbalas encerrando en el castillo, y era todo su placer, cuando veia á una ya tan madura y encaprichada de él como juzgaba necesario, hacerla testigo de los enamorados motetes y de las apasionadas caricias que á otras fingia, usando despues con esta y con todas las sucesivas de igual odioso manejo. Mesábanse los cabellos las infelices, y decíanle injurias y ternezas; pero el moro habia aprendido tan bien de su Zelindajas, que hacía oídos de mercader, y no parecia sino que habia nacido hembra y mora mas bien que varon y moro. Todo lo mas que solia decirles cuando las veia presas en las redes de su pérfido amor era contestarlas como le habia contestado á el Zelindaja: — Mi honor, les decia, no lo consiente. — Cede, bien mio, replicaban ellas. — Imposible, reponia él con grave remilgamiento y afectado pudor y compostura. ¡Mi honor es lo primero! — ¿Y los juramentos, ingrato, y las promesas, falso? solian decirle. — ¿Yo juré nunca, prometí yo acaso? añadia el moro haciendo el olvidadizo. — ¿Y los placeres que gozamos? — ¡Insolente, qué osadía! ¿cuándo, en dónde? — Ved que mi muerte, moro mio, será obra de tu rigor, acababan ellas. — Podeis

hacer lo que gustéis, concluía entonces el redomado cogiendo un abanico, é imitando con él y con el desvío de sus ojos el antiguo sistema de su pérfida Zelindaja. Con lo cual tenía á las perdidas doncellas en un infierno perpetuo, muy parecido al que pasan voluntariamente en esta vida los incautos que dan en creerse de palabras y juramentos, de prendas, en fin, y de ternezas de moras pérfidas y veleidosas.

No habia parado aquí el rencor del bribon del encantador. Efectivamente, incompleta hubiera sido su venganza sino hubiese caido en sus lazos la misma Zelindaja. Tuvo modo el mágico de engañar á una de sus doncellas, la cual le hizo beber, no se sabe á punto fijo con qué sutil arbitrio, una buena pieza del filtro ponzoñoso: no bien se le hubo echado á pechos Zelindaja, cuando sintió renovarse en sus venas el fuego antiguo en que habia ardido por el moro; desde entonces no perdonó medio alguno de anudar de nuevo sus rotas relaciones. Hízolo tan bien el vengativo, que la obligó á que se decidiese á venir á hacer vida comun con él á su castillo, donde decia los esperaban delicias sin fin, y una vida de amor y fidelidad. Cayó en el lazo la incauta cuanto enamorada Zelindaja; pero no bien hubo pasado el rastrillo de la encantada fortaleza, cuando llamándose andana el astuto moro, dió dos zapateadas en el aire, como potro que sale, roto el freno, á gozar al campo de la conquistada libertad, sacudió el amor y comenzó á dar tal cual leccion de sufrimiento á la desvanecida hermosa, quien aprendió entonces lo que habian sufrido sus amantes. Lloraba ella y gemia, y volvía siempre al moro, pero decíala él: — ¡Ay! mora mia, es tarde. — ¡Ay! moro le decia Zelindaja. -- Es tarde, ¡ay! es tarde, contestaba el moro, afectando dolor y sentimiento. Tal era la esplicacion que se daba á un gran rótulo, labrado en la misma piedra sobre la puerta principal del interior del castillo, que decia efectivamente en letras gordas arábigas, y en árabe dialecto: *es tarde*.

No habia querido el moro que Zelindaja muriese como las demás á poder de sus desprecios: habia decidido por el contrario que Zelindaja viviese mas que todas, y que á su muerte, la cual el no podia evitar que sucediese algun dia, quedase á lo menos su sombra recorriendo perpétuamente los cláustros y galerías del castillo, pidiendo á las pie-

dras la fidelidad que tanta falta le habia hecho en vida , y á los ecos de su esposo , como llamaba en su delirio al rencoroso moro.

De aquí la tradicion misteriosa de que se oia en el castillo , sobre todo en las crudas noches del invierno, ó en épocas de tormentas, una voz de una mujer que pedia á los elementos todos sus esposos ; y no faltaba quien añadia haber visto con sus propios ojos , que habian de comer la tierra por mas señas , una sombra blanca, recorriendo, toda pálida y desmelenada, con una antorcha en la mano, las altas bóvedas, como quien busca efectivamente alguna cosa que no encuentra.

Escusado es, pues, decir que no tendria el castillo muchos aficionados , porque era comun opinion que el que llegaba á poner el pié en el, hallándose enamorado, ya nunca habia de oir mas consuelo ni esperanza amorosa que aquel fatal *es tarde* , que á la fundacion y suerte del castillo presidia.

Era igualmente aborrecido el moro, y maldecido su nombre y su memoria en la comarca , porque no habia amante desairado que no creyese deberle aquel singular favor á la influencia que ejercia todavía en muchas leguas á la redonda, aun despues de su muerte. No habia padre que no creyese deberle la palidez de su hija, esposo que no imaginase obra suya el despego de su esposa , y zagal enamorado que no le pidiese mas de una vez , en sus secretas oraciones , la revocacion de la terrible suerte que habia dejado en herencia al pais en que habia vivido.

Nosotros, sin embargo, habremos de abogar por el moro, en primer lugar porque no creemos que tenga en el dia influencia alguna el tal mago sobre nuestras mugeres , y sin embargo ni dejan de dar su amor á todos los diablos los enamorados zagales, ni se ha acabado el despego entre los esposos , ni deja de suceder con las Zelindajas, de que se compone el bello sexo , lo que con los hilos de las sábanas de angeo de la venta de Puerto Lápice; de los cuales decia Cide Hamete , que si se quisieran contar no se perderia uno solo de la cuenta.

Sino tenia efectivamente otro delito el moro que engañar á amantes, enamorar primero para despreciar despues, y variar de amor como de

camisa, mal haya si encontramos porque reconvenirle, en unos tiempos, sobre todo, en que cualquiera muger no necesita ser muy mora, ni muy hechicera por cierto, para hacer otro tanto cada y cuando le ocurre, que suele ocurrirles siempre. Somos demasiado defensores y amigos del bello sexo para hacer por ello inculpacion alguna al inocente moro.

Enfrente del castillo, pero á mas que respetable distancia, se veia el tercer edificio notable, la tercera maravilla de Arjonilla. Era esta una casa no muy grande, comparada con las mas pequeñas de las que adornan en el dia la capital de todas las Españas posibles, pero verdaderamente régia, puesta en parangon con la mas espaciosa de Arjonilla.

Una anchísima puerta, cuyo dintel presentaba al espectador la huella antigua y honda de la rueda, y un espacioso corral, mitad con cobertizo, mitad con el cielo por techo, hubiera indicado al caminante muy suficientemente que aquella era la posada, ó parador, ó venta, ó como se quiera, de la importante villa por donde transitaba, aun sin necesidad de reparar en un empolvado ramo que de una reja baja salia, inclinando sus secas y marchitadas hojas sobre el camino.

Entrábase dentro del tal ventorrillo, y siguiendo un callejon, en el cual servia la oscuridad de encubrir la poca limpieza, se llegaba á una cuadra, pasábase de esta á otra peor que la primera, y de allí á la gloria, como suele comunmente decirse, es decir, á la cocina, pieza principal de la casa. Un mal hogar, coronado de una alta y piramidal chimenea era todo el mueblaje, si se esceptúan dos fementidas mesas, digámoslo así, que comparáramos de buena gana en lo largas con el alma de un vizcaino, si nosotros hubiéramos visto alguna; estaban clavadas y arraigadas casi ya en el suelo, como todas las cosas malas en el pais. Dos bancos, remedos asaz perfectos en su inestabilidad de las cosas de esta vida, y que en lo poco firmes mas que bancos parecian mugeres, tenian cogida en medio á cada mesa, y hacía cada mesa con sus dos bancos la misma figura precisamente que haría un galgo grande entre dos galgos chicos. La superficie de cada mesa era tan desigual, como la superficie del mar en un dia de tormenta; se tambaleaba además, y cedia al menor impulso con la misma flexibilidad que un periódico ministerial del dia. La construccion de los bancos era un tanto cuanto

picaresca y maliciosa, porque cuando se sentaba una persona sola en una estremidad, levantábase la otra irritada de la presión como si fuera á hablar con su huésped, y era preciso sujetar al rebelde si no quería dar consigo en tierra el recién sentado, cualidad en que parecía cada banco una balanza.

La llama del hogar, oscilante, y tan indecisa como gobierno del justo medio, alumbraba á relámpagos los barbados rostros de unos cuantos arrieros y tragineros que secaban en las brasas sus húmedas alpargatas, ó disponían su cena en ollas y sartenes, asaineteando su rústica conversación con más votos y porvidas que palabras.

Pero como no podía bastar el resplandor intermitente de la leña para iluminar debidamente á los que ya en las mesas cenaban, el inteligente dueño del establecimiento, lleno de previsión, había provisto á esta necesidad con un magnífico candil, cuya materia no era fácil de adivinar al través del olin y grasa que le enmascaraba, el cual daba de sí más aceite que luz. Pendíase unas veces de la misma pared, asegurando su gancho en un agujero practicado sencillamente al efecto, colgábase en otras una cuerdecita embreada de manchas de moscas: en el segundo caso columpiábase el lumínar aquel de la noche de tal suerte, que de buena gana le hubiera comparado un poeta del siglo xvi con el aura meciéndose blandamente en las ondeantes hebras de oro de Belisa, de Filis, ó de otra cualquiera no menos bella inspiradora. Había además en la misma cocina, y como si dijéramos ocupando el estrado y sirviendo de diván, un corpulento arcon que así era de paja como de cebada, y donde acudía no pocas veces el mozo de la posada, con detrimento notable de las ropas de los concurrentes, á los cuales no podían favorecer gran cosa el polvillo que, al cerner la cebada, del horadado arnero se desprendía. En días de viento tenía la cocina la singular ventaja de parecerse al olimpo, mansion de los dioses en las densas y misteriosas nubes que formaba el humo oprimido y rechazado en el cañon de la chimenea por los corrientes de aire que en la region atmosférica discurrían.

Cenaban á un lado dos paisanos que parecían, sino del pueblo por lo menos de la tierra, y á otra parte solo, enteramente solo, un individuo muy conocido nuestro y de nuestros lectores, á quien pare-

cia dedicar mil atenciones el dueño de la posada. Servíale primeramente en persona, mientras que servía á los demás, ó no les servía, una robusta Maritornes, que en nada tenía que envidiar á la de Cervantes sino es la pluma de su historiador y cronista. En segundo lugar, quitábasele la montera cada vez que aquel le dirigía la palabra, lo cual hacía este siempre, preciso es decirlo todo, con aire imperioso, y hablando como de superior á inferior. En tercer lugar reíase á la menor palabra que decía el forastero. Y en cuarto, le había sacado de las provisiones reservadas de su hostalería unas aceitunas algo aventajadas, y cierto vino, no precisamente puro, pero en fin, del que tenía menos agua en su bodega.

El forastero cenaba mas bien como un gañan que como un señor; pero fuera de esto, era preciso confesar que entre todos los que formaban aquella escogida reunion no había nadie que tuviese un exterior tan cortesano, ni que mas se apartase del tipo primordial del hombre de la naturaleza, al cual estaba demasiado cerca, en honor de la verdad, aquellos sencillos arjonillanos. De todo el comportamiento del huésped para con el forastero no era preciso ser un lince para inferir que este era hombre que disponía de mas que medianas facultades, y que aquel se prometía una lucida paga de sus esmeradas y particulares atenciones.

—Traedme mas vino, dijo el forastero apurando la primera vasija que á su derecha había puesto el posadero.

—Como gustéis, dijo este riéndose, y no tardó un minuto en estar servido el huésped. No se bebe mejor, señor caballero, dijo aquel, en toda la tierra.

—El pan es el que es malo, dijo el viajero.

—¡Ah! sí señor, como gustéis, muy malo repuso riéndose obsequiosamente el hostelero. ¡Ya veis! añadió acercándose al oído. Esta semana no se ha cocido en casa todavía, y ha cargado tanta gente que he tenido que recurrir á un vecino...

—Bien: basta, dijo con tono imperante el huésped.

—¡Eh! ¡eh! como gustéis, repuso el hostelero.

—Parece que el tiempo está bueno, dijo de allí á un rato el que cenaba.

—¡ Ah! ¡ ah! sí, como gustéis, señor caballero, respondió con una sonrisa agradable el amo.

—¿Teneis mucha familia?

—¡ Eh! sí: ¡ eh! ¡ eh! como gustéis señor caballero; como gustéis, dijo el flexible.

—El hombre es categórico, dijo para sí el pregunton, no gusta por lo visto de quimeras ni de indisponerse con nadie: y volvió á sepultarse en su distraido cuanto importante y misterioso silencio.

—¿Y vendrá el señor huésped por mucho tiempo? se atrevió á preguntar el hostelero de allí á un momento, viendo que habia caido la conversacion, y creyendo hacer un obsequio á su huésped en renovarla.

—Como gustéis, le contestó secamente el forastero, encargándose á su vez de que no se diese de baja en el diálogo la muletilla del ventero.

—Yo lo creo, repuso el amo. Vuesa señoría fué de los que llegaron ayer... prosiguió luchando entre el temor de parecer demasiado pregunton é indiscreto, y la curiosidad natural de su oficio; de los que... es decir, de la casa del señor maestro de Calatrava...

—Como gustéis, respondió mas secamente aun nuestro hombre, levantándose y soltando en la mesa con desenfado una moneda de oro. Esta noche dormiré aquí. Me hareis disponer la cama.

—Como gustéis, señor; pero cama, eso no habrá, porque vuesa merced...

—¿No habrá, bellaco? ¿Cómo diablo tengo de gustar entonces...

—Como gustéis, señor caballero; pero es decir que vuesa merced sabe que en estas casas...

—En estas casas... ¡ voto va! Quereis cenar, y os dicen: se guisará lo que traigais de vuestro repuesto. ¿Quereis dormir? Traeréis cama. ¿Qué hay, pues, posadero que Dios maldiga, en una posada?

—Lo que gustéis, señor, lo que gustéis... no siendo cosa de comer, ni de cama, ni de cuarto, ni...

--Ni diablos que te lleven.

--Como gustéis, señor: ¡ eh! ¡ eh! repuso el hostelero sopesando en la mano la moneda de oro. Lo mas, señor caballero que puedo hacer por vos si urge...

—¿No me ha de urgir, pícaro? Mañana por cierto no dormiré aquí; pero en el castillo parece que están provistos como si fuera una posada. No esperaban á nadie, y hasta mañana... Vamos, hablad: ¿no veis que escucho? ¡Voto va!

—Como gustéis... podeis dormir en la cama de mi muger.

—¡Por Santiago! herege... ¿es tu muger esa vieja?

—Es decir, señor, que la cama de mi muger es la misma que la mia: llámola así porque la trajo ella de su dote, y gusto de dar á cada uno lo que es suyo.

—¡Ah! de ese modo... porque de otro...

—Como gustéis; y nosotros dormiremos como podamos.

—Ea, pues, guiad, que he menester madrugar, y voto va que estoy cansado.

—Como gustéis, señor caballero. Señores, con permiso de ustedes, añadió el hostelero echando mano al candil que alumbraba á los que cenaban en la otra mesa, y atizándole con los dedos: bien pueden vuestas mercedes cenar á oscuras, porque hoy no hay mas que un candil en la casa, contando con este.

Dicho esto, echó á andar delante del viagero con su risita y su natural sumision, cuidándose poco de lo que quedaban diciendo las gentes de baja ralea que hospedaba aquella noche en su casa, y á quienes con tan poco comedimiento habia devuelto al caos y á las tinieblas de que el Hacedor Supremo los habia sacado al criarlos.

—¿Habeis visto, Peransurez? dijo al otro uno de los que cenaban.

—He visto, he visto, repuso su comensal; y pluguiera al cielo que siguiera viendo.

—Decís bien, porque Nuño, atraído sin duda por el color de oro del pelo asortijado del forastero, nos ha dejado ¡vive Dios! como solemos quedarnos al fin de los sermones de nuestro buen párroco; es decir, á oscuras.

—¿Y sabeis quién sea el forastero?

—Nadie nos lo podrá decir mejor que el mismo Nuño, si es que él ve mas claro en su asunto que nosotros en nuestra cena.

Volvia á este tiempo Nuño, que así se llamaba el hostelero: des-

pues de restituido el candil á su primitivo lugar, y haberse escusado lo mejor que supo con sus huéspedes, comenzó á restregarse las manos con aire importante y misterioso, como de hombre que sabe raros secretos.

—Ya que habeis tenido por conveniente, señor Nuño, dijo Peransurez, llevarnos la luz, que supongo no nos pondreis en cuenta, ¿no nos podriais dar algunas luces, en cambio de la que nos correspondia, cerca de ese misterioso personaje que albergais en vuestro bien alhajado establecimiento?

—Alhajado ó no, señores, como gusteis; es el mejor que de esta especie se conoce, voto á Dios, en muchas leguas á la redonda. Con respecto á el forastero, no acostumbro á revelar...

—Vaya, señor Nuño, eche un trago de lo bueno, y siéntese y hable, que no nos dió el Señor en su sabiduría la lengua para callar las cosas que sabemos. Ese será algun pícaro...

--¡Chiton! dijo el hostelero apurando un vaso. ¡Chiton!

—Dígolo, porque en estos tiempos anda el dinero por las nubes, y no se cogen truchas...

—Como gusteis; ¡pero Dios me libre de que en mi casa se quite la honra á nadie! Además, yo no suelo tratar de pícaro á un hombre que se ha cenado en menos de un cuarto de hora media despensa, y que paga... y que pagará...

—En hora buena, señor Nuño. ¿Y qué nuevas trae de la córte el hombre honrado que ha cenado media despensa?

—Que á la hora esta estará ya la córte en Otordesillas, á donde se traslada porque nos ha nacido un príncipe...

—¿Oiga! Tendremos mercedes.

—Sí, algun impuesto nuevo para sufragar á los gastos de las funciones, dijo uno de los huéspedes. ¡Voto va! que para nosotros pecheros...

--Como gusteis, señores; pero mirad que mi casa...

--Voto á la casa, señor Nuño, que hemos de hablar, y no nos habeis de quitar la conversacion como la luz. A oscuras vemos aquí mas claro que todos los hosteleros encandilados y por encandilar de Castilla y Andalucía. Vaya, ¿qué mas dice el forastero? Echad

otro trago, que aun queda luz en nuestros bolsillos para aclarar mas de un punto.

—Parece que su alteza ha decidido que en cuanto llegue á Otordesillas se reuna el capítulo de Calatrava y elijan maestre.

--¡Voto va! Buena estará la eleccion, cuando ha elegido ya su alteza. ¿Y á quién, señor, á quién? A un hechicero mas nigromántico que el mismo moro del castillo. ¿Y qué se le ha perdido al señor *pelo rojo* en Arjonilla?

—Mas bajo, señores, dijo el pobre hostelero, que necesitaba vivir con todo el mundo.

—Será de la pandilla que llegó ayer, y que esperó fuera del pueblo á que anocheciera, sin duda por no enseñar algun punto que traerian en las medias.

—Como gustéis, repuso el hostelero. Lo cierto es que llegaron al castillo, que pertenece en el dia al de Villena; que les fueron abiertas las puertas; que el maldecido alcaide que le guardaba ha cedido las llaves al señor *pelo rojo* como le llamais, y que ha venido á hospedarse aquí, dejando en el castillo á su gente. Con respecto á ese punto que decis, hay quien asegura que han traído un prisionero...

—¿Un prisionero?

—¡Chiton!

--Vendrá á hacer compañía á la mora Zelindaja, que anda pidiendo su esposo á las paredes del castillo desde el tiempo de Abderramen...

--¡Bah! dijo el otro comensal: ¿vos os creéis tambien de moros encantados?

--¡Chiton, señores, chiton! repuso el hostelero; lo que yo se deciros es, que no pasaría ni una hora despues de media noche en el castillo; Mirad: yo habia oido contar á mi abuela la historia del moro mago, y de la mora Zelindaja, y de el letrero árabe del castillo; y lo que sé decir es, que nunca le dí un noven á mi abuela porque me lo contase, ni sus padres de ella le dieron una blanca porque se lo creyese; lo cual digo para probar que nada se echaba de ella en el bolsillo por la mayor ó menor certeza del caso. Pero como al hombre le tienta el diablo muchas veces para que dude de las cosas que ve, cuanto mas de las que no ve, ni ha visto ni verá, yo me tenía mis dudas, pesi á mi. Y era

cierto que hacia algun tiempo ni se oian ruidos de noche en el castillo, ni voz de mora ni cristiana, ni...

—Adelante, Nuño, adelante.

—Como gustéis. Pero hace cosa de meses comenzó á decirse por el pueblo que se habia oido una noche á deshora rumor de gentes que habian entrado en el castillo, las cuales gentes no han visto salir; quién sabe si serian gentes de estas que se usan: ello es que nadie los vió: desde entonces ha tornado el rum rum de las cadenas y de las voces, y de los espantosos nocturnos; y lo que sé decir es, que yo me pasaba una noche, no hace muchas, por el castillo, porque venia de trabajar la huerta que tengo mas allá: bien sabe Dios ó el diablo que yo me traia conmigo todas mis dudas; era tarde ya, y oí efectivamente yo mismo una voz lamentable que decia á grandes gritos: «Esposo, esposo mio.» Mirad, aun se me hiela la sangre en las venas: levanté los ojos, y en una de las ventanas mas altas de la torre, de donde parecian salir las voces, se veia una luz, pero una luz pálida y blanquecina que andaba de una parte á otra, y de cuando en cuando parecia ponerse por delante una sombra, mas larga que una esperanza que no se cumple.

—¿Vos lo visteis? dijo Peransurez.

—¿No lo creéis? preguntó el hostelero mas espantado de la incredulidad de su huésped que del mismo caso que referia.

—Mirad, contestó Peransurez, toda mi vida tuve grandes deseos de conocer á un encantado y nunca pude verle la cara á ninguno: desde que fui monacillo, y sacristan despues de la Almudena, tengo ese pio. ¿Sois hombre, compañero, para apurar esta aventura, y ver de hacer una visita á ese moro y á esa señora Zelindaja...

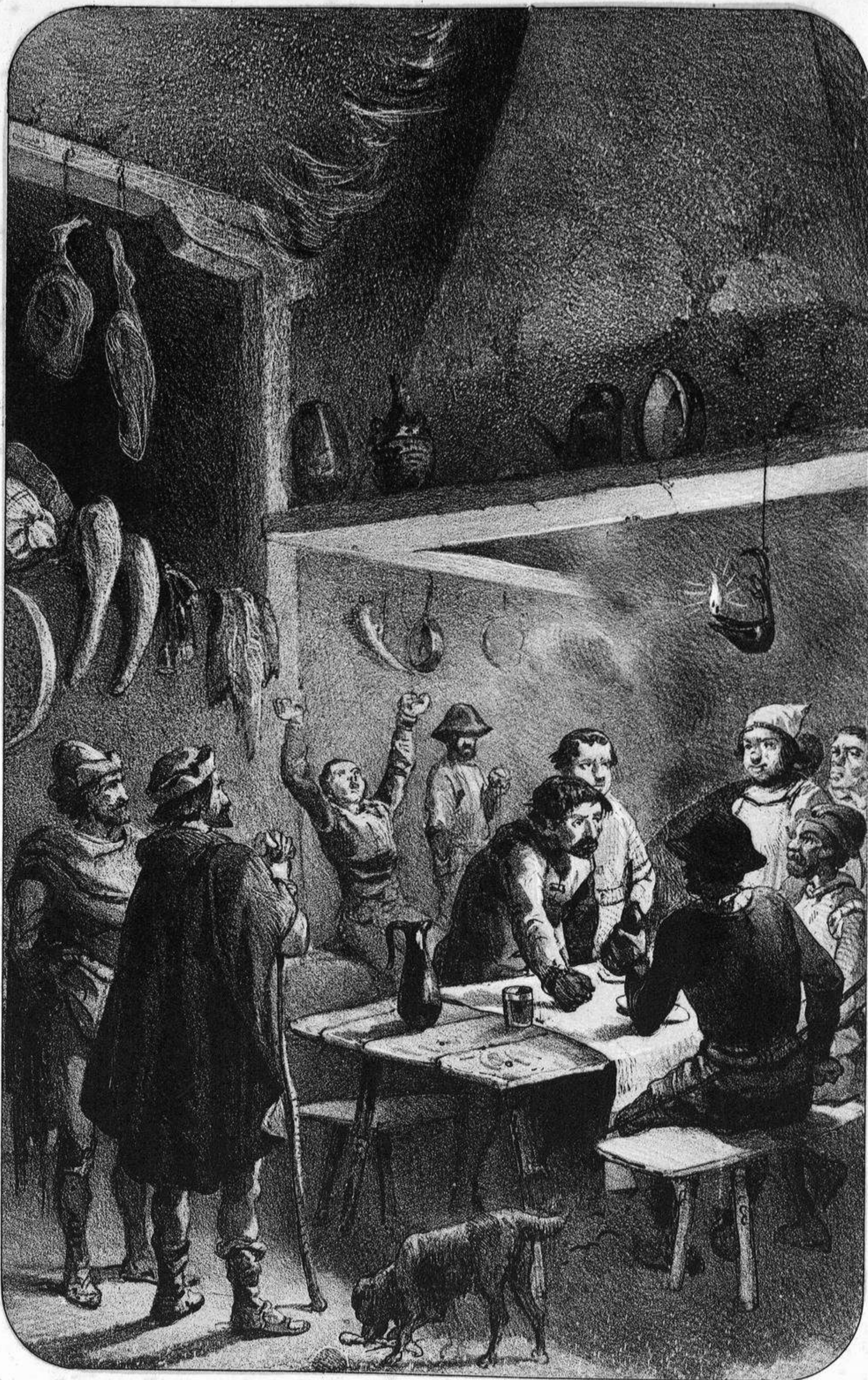
—¿Qué decis? interrumpió Nuño. Como gustéis, pero os suplico que mireis...

—¡Quite allá, señor hostelero! ¿Qué decis vos, comensal?

—La verdad, señor Peransurez, contestó su compañero, que en esas materias... bueno es mirar dos veces...

—Vaya, ya veo yo que vos no servís para caballero andante y aventurero. ¡Voto va! ¡que no tuviera yo aquí en Arjonilla á mi amigo Hernando, el montero de su alteza!

—¿Para qué, señor monacillo y sacristan despues de la Almudena,



Una cántara de vino y media docena de embuchados de jabali para todos los presentes, gritó Perausurez dando una puñada en la mesa;

ahora montero y guarda bosques? preguntó Nuño con aire socarrón.

—¿Para qué, voto á tal? Desde que me hicieron guarda de los montes de esta comarca, por su alteza, no he vuelto á emprender una sola aventura de las que solíamos acometer y vencer en nuestros abriles. Con Hernando al lado, ya me curaria yo de moros y malandrines, de encantadas moras y cristianas. Yo entraria en el castillo; ó quedaríamos en él entrambos encantados, ó desencantaríamos con la punta de un venablo al mago, y á cuantos magos nos fuesen echando á las barbas...

—¿Entrar en el castillo decis, eh? preguntó sonriéndose el hostelero?

—¿Y por qué no?

—Mas fácil seria entrar en vida en el purgatorio, señor monacillo y sacristan, montero y guarda bosques.

—Eso no, ¡voto va! que para entrar en el castillo no he menester yo á Hernando, ni á nadie.

—¿Vos? preguntó de nuevo el hostelero, soltando la carcajada; aunque supierais mas latin que todos los sacristanes juntos de Andalucía.

—Yo: apostemos, repuso Peransurez, picado de la risa del amo y de sus frecuentes alusiones á su sacristanía de la Almudena.

—De buena gana, contestó Nuño.

—Una cántara de vino y media docena de embuchados de jabalí para todos los presentes, gritó Peransurez dando una puñada en la mesa, que estuvo por ella largo rato á pique de zozobrar.

Al llegar aquí la conversacion acalorada del montero Peransurez, acercáronse todos los que en el hogar estaban.

—Señores, sean vuestras mercedes testigos, clamó Peransurez: Nuño y yo...

—¡Peransurez! dijo en voz baja al oido del montero exaltado un hombre de no muy buena apariencia que habia entrado no hacia mucho en el meson, y en quien nadie habia reparado, tanto por su silencio, como por hallarse el amo de la venta entretenido en la referida discusion: ¡Peransurez!

—¿Quién me interrumpe? gritó Peransurez volviéndose precipitadamente al forastero.

—Oid, contestó este apartándole una buena pieza de los circunstantes, que quedaron chichisbeando por lo bajo acerca de la apuesta, y de la posibilidad de llevarla á cabo, y de el valor de Peransurez, y de la interrupcion del recién venido. ¿Hablais seriamente, seor Peransurez? dijo este tapando todavía su rostro con su capotillo pardo.

¿Cómo si hablo seriamente? gritó Peransurez.

—Mas bajo, que importa. ¿Insistís en lo que habeis dicho de aquel montero vuestro amigo...

—¡Si insisto, voto va! Cuando yo he dicho una cosa... una vez...

—¡Bueno! ¿Quereis montear con un amigo?

—¿Pero á qué viene?...

—Mirad... dijo el recién llegado desembozándose parte de su cara.

—¿Qué veo? exclamó Peransurez: ¿es posible? ¿vos?

—¡Chiton! me importa no ser conocido.

—Dejad, pues, que cierre mi apuesta... y esperadme...

—No: ciad en la apuesta. El buen montero ha de saber perder una pieza mediana cuando le importa alcanzar otra mayor. Si quereis entrar en el castillo y desencantar á esa mora, nos importa el silencio.

—Pero, ¿y mi honor?

—¡Voto va! por el real Manzanares, algun dia quedará bien puesto el honor de vuestro pabellon. En el ínterin ved que nos ojean, y si no nos hemos de dejar montear, bueno será que no escatimen nuestros rastro. Os espero fuera y hablaremos largo.

—En buena hora, repuso Peransurez. Señor Nuño, añadió volviéndose á los circunstantes, un negocio urgente me llama. Mañana, si os parece, cerraremos la apuesta. Dijo, y salió.

—¿No decia yo? repuso triunfante Nuño; ¿no decia yo? ¡Entrar en el castillo! ¿entrar? Como gustéis, añadió volviéndose hácia la puerta por donde ya habia salido Peransurez con el desconocido; como gustéis, seor guarda bosques; pero paréceme que haríais mejor en guardar vuestra lengua para contar esos propósitos á un muñeco de seis años, y vuestro valor para los raposos del monte.

Una larga carcajada de la concurrencia acogió benévolamente el

chistoso destello de ingenio del triunfante posadero: en vano quiso el comensal de Peransurez defender á su amigo citando hechos de valor y atrevimientos suyos de bulto y calibre. Quedó por entonces convenido que el que quisiera beber vino y comer embuchados no debía aguardar á que entrase Peransurez en el castillo, cosa reputada tan imposible realmente, como entrar en vida en el purgatorio, segun la infeliz espresion del hostelero, que se repitió de boca en boca, y que hizo reir á todos á costa del montero, que habia abandonado el campo de la apuesta al enemigo con el notable descrédito de su honor y de su buena fama y reputacion.





CAPÍTULO XXXIII.

Bien sabedes, vos, señora,
Que soy cazador real;
Caza que tengo en la mano
Nunca la puedo dejar.
Tomárala por la mano
Y para un verjel se van.

Rom. del conde Claros.

—¿Vos, Hernando, en Arjonilla? dijo Peransurez en cuanto se vieron apartados del ventorrillo todo lo que hubieron menester para no ser de nadie entendidos. ¿Podeis explicarme cómo habeis dejado el lado del doncel Macías, á quien serviais no ha mucho, si mal no me acuerdo?

—Largo es de contar, amigo Peransurez, repuso Hernando deteniéndose en un rivazo enfrente del castillo, desde el cual se descubria todo él perfectamente. Pero si no teneis prisa en este instante, si podeis atender á la llamada de mi vocina, os referiré cosas que os admiren, y vereis si tenemos monte y venado en abundancia, lo cual haré con tanto mas gusto, cuanto que me habeis prometido ayudarme en la montería que me trae á este bendito lugar.

Refirió en seguida el montero Hernando lo mejor que pudo y supo cuanto dejamos anteriormente relatado, ó á lo menos toda la parte que él sabia, que era lo muy bastante para poner al corriente á cualquiera de los negocios del doncel. Al llegar al punto donde dejamos nosotros á nuestros héroes al fin de nuestro capítulo xxxi, prosiguió Hernando en la forma siguiente:

—Habeis de saber, Peransurez, que desde el ojeo que dieron á mi

amo en el soto de Manzanares aquellos desalmados siervos del conde, recelábame yo de cuanto nos rodeaba, y habíame propuesto no soltar la oreja de mi amo, el doncel Macías. Cuando llegó sin embargo, la nueva del alumbramiento de nuestra señora la reina doña Catalina, un maldecido sarao hubo de darse. Ni podía entrar yo allí, ni mi leal Bravonel. Viendo con todo que tardaba ya el doncel en demasía, salí á explorar el monte, y á ojear los alrededores del alcázar. En ese tiempo ¡voto va! debió de volver mi amo á nuestra cámara, porque cuando yo regresé faltaba un tabardo de velarte que primero no llevara y su espada. Volví á salir, y cansado de no hallarle, ocurrióme que acaso fuera de la villa y debajo de las ventanas de Elvira, que dan sobre la plataforma, podría estar el melancólico caballero tañendo su laud, y cantando alguna balada á la señora de sus pensamientos. Dirigí hacia allá, Peransurez, mi jauría, y al llegar ¡voto á san Márcos! hallé rastro. Un ruido extraño me habia llamado la atención á alguna distancia: conforme nos acercábamos Bravonel y yo habíamos oido algunas voces confusas, y pasos luego de caballos. Llegamos y veíase abierta la reja de la cámara de Elvira. Dos ó tres piedras enormes y colocadas una sobre otra, parecian indicar que acababan de servir de escala á algun atrevido caballero para alcanzar á la reja. Á poco rato de observacion, parecióme que andaba alguien en la habitacion con una luz en la mano; ocultéme debajo de la reja lo mas arrimado que pude á la pared: el que era se asomó efectivamente, y al resplandor de la luz que llevaba en la mano ví relucir en el suelo dos trozos de una espada rota. ¡Esta es la osera! dije para mí: no bien se hubo apartado el de la luz, que no pude ver quién fuese, reconocí los trozos; era la espada de mi señor. ¿Lo habrian muerto? No, porque estuviera allí su cuerpo, y porque le hubiera olfateado mi leal Bravonel, y hubiera puesto en los cielos el ahullido. ¿No es verdad, Bravonel? preguntó Hernando á su hermoso alano, que echado á su izquierda parecia escuchar atentamente la relacion del montero. Al oír esta pregunta, alzóse Bravonel en las cuatro patas, lamió la mano que lo acariciaba, como si quisiera dá á entender á su dueño que no se equivocaba en el buen juicio que acerca de su fidelidad acababa de emitir, dió una vuelta en derredor sobre sí mismo, y volvió

á colocarse, poco mas ó menos, como estaba antes de la estraña interpelacion. ¡Bravonel! dije entonces á mi alano, el rastro, el rastro del doncel.

Entendíome el animal, Peransurez; ¡admirable Bravonel! no bien le hube dicho aquella breve exhortacion, comenzó á olfatear la tierra, y antes de dos minutos ya se habia decidido por una senda. Quise probar, sin embargo, la certeza de la huella y aparenté ir por otra, gritando siempre: «¡El doncel, el doncel!» Viéraisle entonces correr á mí, echar por la otra, ladrar, ahullar, tirarme en fin, de la ropa con los dientes. ¡Ah! Bravonel, Bravonel, luz de mis ojos! añadió el montero abarcando con la mano el hocico del animal, é imprimiendo en él un beso, mas lleno de amor y de cariño que el primero que da un amante al tierno objeto de su pasion. ¡Bravonel! El que ha tenido un perro, no sabe lo que es querer y ser querido. ¿Qué sirve la muger? la muger equivoca siempre la senda, la muger empieza por montar al venado de casa, y el perro no engaña nunca como la muger. ¡Bravonel, juntos hemos vivido y juntos moriremos.

—¿Y seguisteis la huella? preguntó Peransurez impaciente por saber el fin del cuento, que Hernando habia interrumpido con tanto placer por acariciar al animal.

—¿Cómo si le seguí? á pasos precipitados con toda confianza ya: dos leguas anduvimos. Allí encontramos un pueblo, tomamos lenguas: el herrador nos dijo que acababa de pasar una partida de ginetes, que habian hablado pocas palabras, pero que habian tenido que detenerse á herrar un caballo desherrado; que caminaban de prisa; que debian llevar un preso, segun las señas, y que habian pronunciado en medio de su misterio la villa de Arjonilla. ¡Mia es la pieza! dije yo entonces, até cabos y dije: «El preso es el doncel, y el que lo prende el conde de Villena.» Efectivamente, el mismo dia se habia servido su alteza señalar el dia quinceno para el combate que debia tener con el doncel Macías. ¿Mas claro, Peransurez? Era fuerza, sin embargo, asegurar mis dudas. ¿Qué hacía yo hasta entonces? y luego quise mas fiar de mi brazo y de mi venablo el logro de mi intento. Volví á Madrid, y supe que la córte salia al otra dia; sabedor de que don Luis Guzman era el que, por su posicion con Villena, debia inte-



En aquel castillo no hay duda, está el doncel. Hé aquí la presa que habemos menester rastrear:

resarse mas por mi amo, víme con él y espúsele mis dudas: declaréle mi intento: aprobó mi idea, y yo le confié el cuidado de llevar con su menage á Otordesillas las prendas de mi amo y mias; entre otras la armadura mejor de Castilla, que si se perdiera, nunca de ello me consolara; es, al fin, la que tiene mi amo destinada por su buen temple para el aplazado combate. Armado despues de mi ballesta y dos aguzados venablos, seguido de mi leal Bravonel, y disfrazado lo mejor que pude, púseme la misma noche en camino.

Ayer parece llegaron ellos. Hoy he llegado yo. Hé aquí, Peransurez, la causa de mi venida. En aquel castillo, no hay duda, está el doncel. Hé aquí la presa que habemos menester rastrear. ¿Os acordais, amigo mio de un juglar de don Enrique de Villena, que Dios maldiga, hombre de pelo crespo y rojo...

—¿Ferrus! Recuerdo su nombre: pero él...

—Ferrus, pues, está aquí, y ese es el guardian de mi amo. Le he visto subir á un caramanchon de arriba, cuando yo entraba en la venta. Por qué duerme en esta encrucijada y no en su osera, eso no lo alcanzo. Lo que entiendo solo, Peransurez, es que ese es el oso que hemos de montar. ¿Insistís en vuestro ofrecimiento, ahora que sabeis cuánto motivo puedo tener de guardar silencio y sigilo, y cuán peligrosa sea la empresa?

—¿Cómo si insisto? Hernando, dijo Peransurez levantándose del suelo en que estaban sentados, no es esta la primera montería en que hemos andado juntos. Amo el peligro como buen montero, y osos mayores que ese, amigo mio, me ha prestado amistosamente piel para mas de una zamarra. Examinemos, si os parece, la posicion del castillo, discurremos el medio mas prudente...

—El medio, Peransurez, ¡voto va! es esperar aquí á ese perro de juglar, á esa raposa cobarde y rapaz, y clavarle en tierra con un venablo como quien bohorda, mas bien que como quien caza. ¿Merece siquiera los honores de ser comparado con una fiera noble y denodada?

—Guardaos, amigo Hernando, de ejecutar tan descabellado propósito. Bien veo que seguís necesitando un consejero prudente que temple el ardor de vuestra imaginacion. Matareis á Ferrus; pero ¿y luego?

—Luego, voto va, luego... Dirigidme, pues, en hora buena. Bra-

vonel y yo estaremos atentos al ruido de vuestra vocina. Soy yo mejor en verdad para obedecer que para mandar. Pero voto á Dios que os despacheis pronto, y nos digais cuanto antes contra quién he de disparar el venablo, que se me escapa él solo de las manos, y están ya los dientes de Bravonel deseando hacer presa en el animal.

—Ea, pues, venid: demos disimuladamente la vuelta al castillo: en seguida volveremos á Arjonilla: vendreis á tomar un bocado conmigo, *que el buen montero, riñon cubierto*, y mañana amanecerá Dios, y con su dedo omnipotente nos señalará el rastro de los malvados.

—A la buena de Dios, replicó Hernando: ¡Bravonel, Bravonel, vamos! Guiad vos, Peransurez, que conoceis la tierra.

Dichas estas palabras comenzaron los dos amigos su exploracion, hecha la cual se retiraron á concertar los medios de introducirse en el castillo por mas guardado que estuviera, y de salvar al doncel, que presumian hallarse dentro, con no pocos visos y fundamentos de verdad.



CAPÍTULO XXXIV.



En una torre fué puesto
Con cadenas á recado.

.....
La condesa entrara dentro
Do está el conde aprisionado.

.....
Ambos hablan en secreto,
Y conciertan el celado;
Que por librar tal persona
A mas que esto era obligado.

Rom. de Sepúlveda.

CUANDO Ferrus, encargado por el conde de Cangas y el astrólogo de la prision del enamorado Macías, pensó albergarse en la hostalería del complaciente Nuño, no fué ciertamente porque no hubiese en el castillo albergue digno de él.

Es fuerza remontarnos mas al origen de las cosas para esplicar de un modo satisfactorio esta singularidad.

Fácilmente comprenderá el lector, impuesto ya en los diversos caracteres sobre que gira nuestra narracion, que necesitando los dos autores de esta intriga el mayor secreto, solo podian fiar tan importante comision al que ya estaba forzosamente en él: el reparo de la falta de valor no podia tener en este caso mucho peso, porque habian de acompañarle otros, los cuales solo sabian que debian prender á un hombre, sin saber quién fuese; y para mandar á estos y aprisionar con ellos á un caballero que salia descuidado de una cita amorosa, no se necesitaba un gran fondo de arrojo y determinacion. Por otra parte, Ferrus era hombre friamente malo y cruel; ¿quién podia, pues, desempeñar mejor que él la inexorable comision que se le confiaba? Lográbase además de

este modo la ventaja de apartar de la corte al único hombre que podría en un caso adverso comprometer al conde, y la de tener en el castillo un ente capaz de cualquier acción determinada si llegaba ocasión apurada en que estorbaba la existencia del preso. Combinadas estas diversas circunstancias, solo quedaba que pensar en ligar el interés de Ferrus al feliz éxito de la expedición, de una manera que hiciese imposible toda traición. El conde para esto creyó que no podría haber medios mejores que la gratitud por una parte y la esperanza del premio por otra; así decidió hacer libre á su siervo y loco favorito. Quitóle el collar de metal que en señal de servidumbre llevaba, é hizo de su siervo su vasallo. Con extraordinario placer renunció Ferrus á su bonete de sonajas de juglar, y al modesto oficio de divertir con bufonadas á sus superiores; y sus sentimientos de fidelidad llegaron á tocar en un acendramiento difícil de explicar, ni menos de igualar, cuando el conde le manifestó que le hacía libre entonces para confiarle la alcaidía del castillo de Arjonilla; añadiéndole, que si desempeñaba fielmente este importante cargo, no pararía en esto solo su favor. Bien entrevió Ferrus, por consiguiente, que toda su prosperidad futura dependía de que Villena saliese con el maestrazgo, y siendo esto imposible si se llegaba á probar algún día que D. Enrique había muerto á su esposa, hizo firme propósito Ferrus de consentir primero en que le hiciesen pedazos, que en dejar la menor esperanza de salvación al asegurado doncel. Su muerte en último caso hubiera sido para él una grandísima friolera, puesta en balanza con su futura grandeza.

El lector sabe que, merced á la tenacidad de Elvira, se había logrado la industria del astrólogo con mas facilidad aun que lo que él podía nunca haber esperado, si bien había contado siempre con la ventaja que le ofrecía el haber de bajar el doncel de la reja alta de una manera que impedía toda defensa. Llevó á Arjonilla unas instrucciones del conde, severas sí, pero no sanguinarias, y otras del judío aplicables á todas las circunstancias que pudieran ocurrir, y un tanto menos escrupulosas, porque este se hallaba tan interesado como Ferrus en la grandeza del conde, y sumamente ligado á sus intrigas por el peligro que corría, si llegaba á descubrirse algún día la horrible maquinación en que no había tenido él la menor parte.

No se habia previsto, empero, una circunstancia bien temible. El conde, que habia tenido grande interes en que su castillo de Arjonilla estuviese de algun tiempo á aquella parte bajo la custodia de alguno de sus mas allegados servidores por razones que él se sabia, y que algun dia sabrán nuestros lectores, habia confiado su alcaidía á su camarero Rui Pero, de quien no hemos vuelto á hablar por esta causa. Este era hombre duro y fiel; por lo tanto suspicaz é irascible. No pudo, pues, sentarle bien la órden que le intimó Ferrus en nombre del conde, su comun señor, ni menos el imperio y mal entendida arrogancia con que se la oía prescribir á un hombre que acababa de salir de la nada, á un siervo cuyo collar de metal acababa de romper su amo, y cuyas sonajas de azofar y bonete de loco estaban todavía demasiado recientes en la memoria del noble camarero para que le pudiese inspirar respeto ni estimacion el que venia á ocupar su mismo destino, con desdoro de su clase y prerogativas.

Mandábale á decir el conde que siendo necesaria su asistencia á su lado, solo tardase en ponerse en camino para Otordesillas, donde debia encontrarle con la córte, el tiempo indispensable para hacer entrega del castillo al nuevo alcaide, y enterarle de cuanto él se figurase que conducia á su mejor servicio. Rui Pero, llevado de su mal humor, no perdonó medio alguno de inspirar terror á Ferrus acerca de la responsabilidad que sobre sí acababa de tomar, y de las dificultades que ofrecia la conservacion del secreto en un castillo tan inmediato á poblacion, y en que si era fácil impedir la entrada á los estraños, no lo era tanto estorbar que tuvieran los de dentro alguna comunicacion con los de fuera: insistió bastante además en la fama que de encantado tenia el castillo, y en lo que de él contaban los habitantes, cosa que no contribuyó en nada á tranquilizar el ánimo de Ferrus, ya de suyo naturalmente enemigo de encantos y prodigios. Deseoso de averiguar si deberia temer ó no cuanto en el particular Rui Pero le referia, determinó dormir una noche en la hostalería del pueblo, así para averiguar á punto fijo el fundamento que podrian tener aquellas tradiciones, que cual telas de araña se adhieren siempre á los edificios viejos, como para escudriñar si se habia traslucido algo entre los habitantes de Arjonilla acerca de los misteriosos secretos que encerraba á la sazón la antigua hechura del aman-

te de Zelindaja , y acerca del objeto de su propio viaje. Esta era la verdadera causa de aquella extravagancia.

No bien se habia despertado Ferrus, cuando tenia ya á la cabecera de su cama al complaciente Nuño con la montera en la mano, y con un *como gustéis* siempre asomado á los labios para salir á la menor indicacion del huésped. Entablóse entre ambos mientras que Ferrus se vestia un diálogo, que por lo largo, é inútil á nuestro propósito, perdonamos á nuestros lectores con el interesante objeto de que nos perdonen ellos á nosotros cosas de mayor monta y trascendencia. Baste decir que por él pudo Ferrus formar una exacta idea de su verdadera posicion, y no le hubo de parecer tan mala como Rui Pero se la habia pintado, porque decidió volver inmediatamente á su castillo, y aun hizo propósito de darse por encargado y enterado de todo lo mas pronto posible ; pues bien se le alcanzaba que el disgusto y el mal humor del camarero solo podia resultar en daño de la intriga de su amo.

Tuvo el hostelero, prevenido por Peransurez en la madrugada del mismo dia, el buen talento de no hablar á Ferrus de la imprudente conversacion tenida en público la noche anterior en su cocina despues de haberse él recogido, y Hernando, á quien importaba no ser conocido, de Ferrus sobre todo, se mantuvo oculto hasta que supo que habia regresado al castillo el ex-juglar, pagada ya la cuenta de su gasto, aunque no tan opíparamente como el hostelero esperaba, cosa que se supo porque al despedirse Ferrus de él díjole :

—Dios os prospere, y os dé, buen Nuño, lo que mas os convenga. Y se notó que Nuño no le habia respondido el *como gustéis* de ordenanza. Esta observacion de los historiadores del tiempo, que hablan con toda profundidad del lance, es tan justa, que cuando Nuño habló con Peransurez despues de la partida de Ferrus no solo no insistió en la apuesta, sino que se inclinó ya, por cierta antipatía que habia nacido en su corazon repentinamente contra Ferrus, á la parte del emprendedor montero; diciéndole entre otras cosas que tendria un placer singular en que se jugase una pasada que metiese ruido al señor alcaide nuevo del castillo del moro, por su arrogancia y su petulante continente.

No echó Peransurez en saco roto esta buena predisposicion al mal del hostelero, y reuniéndose á toda prisa con Hernando, procedieron á

dar el paso que en su deliberacion de la noche anterior les habia parecido mas conducente y atinado para el logro de su arrojado intento.

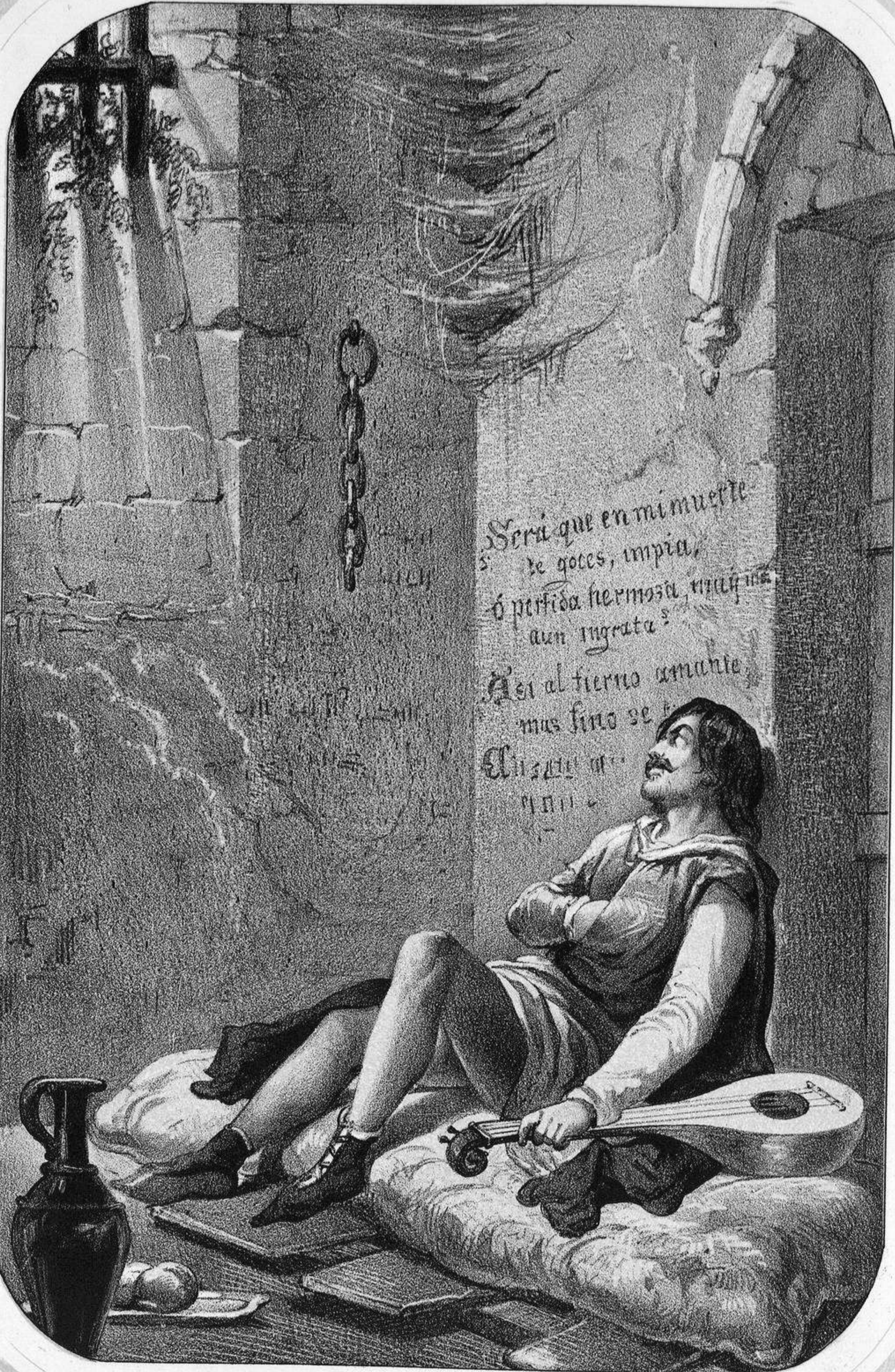
Entre tanto era varia la posicion de los habitantes del castillo. En los patios interiores divertian sus ocios tirando al blanco ó bohordando hombres de armas, á quienes estaba confiada su defensa y custodia; algun grupo de ballesteros ó archeros pacíficos discurrían mas apartados acerca de la singular reserva que reinaba en todas las operaciones de aquel edificio verdaderamente mágico, porque no eran todos sabedores de lo que encerraban sus altas murallas. Algunos sí sabían que habían traído ellos mismos un prisionero por ejemplo, pero ni sabían quién era, ni le habían vuelto á ver. Tales habían sido y eran las precauciones observadas sabiamente por los principales emisarios del conde.

Había sido colocado el nuevo huésped en una sala baja incrustada, digámoslo así, en el corazón de una mole de piedra, que esto y no otra cosa era cada paredon del castillo. No tenía mas adornos que el que le proporcionaban algunas telas de araña, indicio de la poca consideracion con que al caballero se trataba, y varios informes lamparones que dibujaba la humedad con caprichosa desigualdad en las desnudas paredes de aquel calabozo. Hacia mas horrorosa la prision un rumor monótono y profundísimo, muy semejante al que produce el brazo de agua que sale de la presa de un molino, que rompe por entre las guijas de una cascada, ó que se desprende de un batan. El que haya tenido alguna vez la desgracia de verse privado de su libertad en una oscura prision, oyendo dia y noche el acompasado golpeo de un reloj de péndola, será el único que pueda apreciar la situacion del doncel, condenado á aquel tris-tísimo son. No recibía mas luz aquel cavernoso nicho que la que le prestaba en los dias mas claros del año un agujero redondo y cerrado con cuatro hierros cruzados, y practicado en la parte mas alta del muro. Hallábase situado á orilla de una zanja, hecha á lo largo de la muralla interior: por la zanja corria, produciendo el rumor que hemos descrito, un residuo del torrente, que llenaba con sus aguas el foso exterior del edificio, y entre la zanja y la muralla interior había una ancha y espaciosa plataforma. Era preciso, pues, pasar la zanja desde la plataforma para entrar en la prision destinada al doncel; pero esto solo se podía

verificar bajando el rastrillo que la cerraba sirviéndole de puerta. La rara colocacion de aquella cueva indicaba que habia sido construido desde luego para encerrar presos de importancia, y á quienes se quisiese quitar la vida prontamente, como represalia, en caso de hallarse ya tomado el castillo por el enemigo. La situacion por otra parte, su hondura, y el ruido del torrente, impedian que pudiese ser oida en ningun caso la voz del prisionero que en aquella caverna se encerrase. Casi enfrente de ella venia á caer entre las dos murallas la torre principal de la fortaleza. Mirando oblicuamente por el agujero conductor de la luz, que dejamos descrito, divisábanse con trabajo algunas altas ventanas. Nada se podia ver de dia de lo que dentro de ellas pasaba; pero de noche, cuando reinaba la mas completa oscuridad, veia el doncel una luz arder en lo interior de una habitacion, moverse á ratos, mudar de sitio, desaparecer, y aun producir sombras de diversos tamaños y figuras, bastantes á atemorizar en aquel tiempo de supersticion un corazon menos determinado que el del doncel; sobre todo en un castillo que hacian encantado las tradiciones mas remotas del país, y cuyo destino parecia ser realmente el de pertenecer siempre á seres nigrománticos, como le sucedia á la sazón, que era dueño de él el conde de Cangas, á quien nadie tenia por menos mago que al amante de Zelindaja. De noche tambien, y cuando se columbraban las temerosas sombras, era cuando solia mezclarse con el silbido del viento, y el ruido de la lluvia, ó el estruendo de la tempestad, una voz aguda y dolorosa, que era la que tenia espantada la comarca, y la que nuestro buen Nuño habia oido la noche que se retiraba de su labor, como en nuestro capítulo anterior dejamos dicho.

Finalmente, otra entrada tenia la prision del doncel. Una escalerilla de caracol la ponía en comunicacion con una larga galería interior del castillo; pero una puerta de hierro sumamente pequeña y cerrada por defuera con pesados cerrojos y candados, cuyas llaves poseía solo el alcaide, imposibilitaban por esta parte toda esperanza de evasion. Un mal lecho habia sido dispuesto á ruegos del prisionero en la caverna, y habia conseguido por favor singular que le dejasen el pequeño laúd que á la espalda como trovador llevaba cuando su cita amorosa. Con él divertia su amarga posicion pulsándole blandamente, y regándole con sus acerbis lágrimas, los ratos que no escribia en las paredes con un punzon

EL DONCEL DE D. ENRIQUE EL DOLIENTE.



alguna tristísima endecha, dirigida a la ingrata Señora de sus pensamientos,

alguna tristísima endecha, dirigida á la ingrata señora de sus pensamientos, cuyo rigor le habia puesto en tan lastimero trance.

La habitacion que por ser la mejor y la mas espaciosa se habia reservado el alcaide, y que se habian repartido á la sazón Rui Pero y Ferrus, se hallaba en el piso bajo de la torre de que hemos hablado. Un salon anchuroso, adornado con varios trofeos y armas suspendidas en las paredes, era el departamento principal. Una larga mesa estaba clavada en medio: el hogar ardia en la cabecera de la sala, y en el extremo opuesto un aparador ó bufete encerraba la vajilla estilada en aquel tiempo para el servicio de la mesa.

Al anochecer del dia en que nos encuentra nuestra historia, dos hombres arrellanados en dos grandes poltronas de baqueta española, la mas apreciada entonces en Europa, conversaban tranquilamente uno enfrente de otro, y separados por la mesa como si hubieran necesitado de un cuerpo intermedio para no reñir. Así parecia indicarlo su gesto displaciente.

El uno era Ferrus. En su rostro brillaba la satisfaccion petulante de un hombre que ha llegado á ocupar un destino superior á sus méritos y esperanzas. El otro era Rui Pero. Su continente era el de un hombre por el contrario herido en lo mas delicado de su amor propio por un disfavor no merecido, y habíaselas con el emancipado juglar, como podria habérselas un general acreditado por sus servicios y conocimientos con un guerrerillo á quien hubiese igualado con él la fortuna.

Una lámpara suspendida del techo iluminaba los rostros de entrambos, y los iluminaba mejor una alta vasija, cuyo preñado vientre vaciaba de cuando en cuando en dos anchas copas cierto jugo vivificador que embaulaban nuestros dos interlocutores á tragos repetidos en su cuerpo como en un cubo desfondado.

—¿Cuándo pensais partir, señor Rui Pero? preguntó Ferrus despues de uno de estos tragos, paladeando todavía el licor de Baco.

—¿Habeis tomado ya, señor juglar repuso Rui Pero, es decir, señor Ferrus, alcaide del castillo de Arjonilla, las instrucciones que habiais menester?

—Estoy tan apto, señor Rui Pero, para desempeñar la alcaidía de

este famoso castillo, como el mejor camarero de Castilla, contestó Ferrus picado.

—En ese caso, señor tal alcaide, pasado mañana al lucir el alba me pondré en camino para la córte, sino manda otra cosa vuestra señoría.

—Gracias, señor Rui Pero.

—¿Habeis mandado relevar las centinelas exteriores de la muralla, y las dos de las torres, y de la galería interior del preso?

—Bien sabeis, contestó Ferrus, que no es ese cargo mio mientras esteis vos en el castillo. Y espero que no me comprometeréis con mi amo el señor conde, ni querreis faltar al deber....

—No acostumbro á faltar á mis deberes, señor Ferrus; yo voy por lo tanto á disponer....

—Esperad. Supongo que seguís con el cuidado de emplear en el servicio de centinelas los ballesteros que ignoran completamente la calidad de los prisioneros. De otra suerte....

—No habeis menester suponerlo, dijo apurando su copa Rui Pero; bastará con que lo creais á piés juntillas. Además, ya habeis conocido que necesita habilidad para escaparse el preso que tal intento hallándose encerrado en la prision de la zanja.

—Sí, segun me habeis dicho, no conociendo el secreto del rastrillo, solo la muerte seria el resultado de la menor tentativa de evasion. Admirable construccion la de este calabozo. ¿Y quién construyó?...

—¡Silencio! dijo Rui Pero al ver entrar un tercero en la sala, y gozoso de poder dar una leccion de prudencia al inesperto Ferrus. ¿Qué quereis vos? añadió dirigiéndose al extraño.

—Señor alcaide, respondió el faccionario que acababa de entrar, han llamado al castillo dos caminantes fatigados....

—A nadie se dá hospedage, repuso Rui Pero mal humorado.

—Lo sé señor alcaide. Pero advierta vuestra merced que no son caballeros ni hombres de guerra. Son dos reverendos padres, que piden albergue por esta noche.

—¿Y por qué no lo buscan en Arjonilla?

—Parece, señor, que van extraviados, y pasan á estas horas por el castillo ignorantes del camino que guia á la poblacion. La copiosa lluvia que ha engruesado el torrente les obliga á pedir albergue.

—¡Voto va! dijo Rui Pero. Lo mas que por ellos podemos hacer es que les enseñe el camino un hombre del castillo.

—Pero ese, señor, no los pasará en hombros á través del torrente, repuso el ballestero, temeroso de ser él elegido para aquella comision.

—Por otra parte, añadió Ferrus, á quien los vapores del vino daban confianza y determinacion, ¿qué peligro hay en albergar dos frailes? Dios sabe de dónde serán. Esos padres suelen venir de lejos é ir de paso; muy forasteros deben de ser, pues ignoran que el castillo es encantado y nada hospitalario. Van de paso.

—Sin embargo, si pudiesen pasar el arroyo.... replicó Rui Pero.

—¿Y quereis, dijo Ferrus acercándose al oido del camarero, que nos espongamos á que pase un hombre del castillo la noche fuera de él, y suelte la lengua mas de lo preciso? Eso es peor....

—Peor, peor.... refunfuñó entre dientes el camarero.

—Si gustais, señor alcaide, dijo el ballestero, se les contestará que vayan á buscar albergue á otra parte. Ello la noche es terrible.

—¿Terrible decís? dijo Rui Pero asomándose á una ventana. Sí; parece que el cielo se derrite en agua. Seria una inhumanidad por cierto.

—No podemos consentir, añadió Ferrus, que dos ministros del Altísimo queden á la intemperie en una noche....

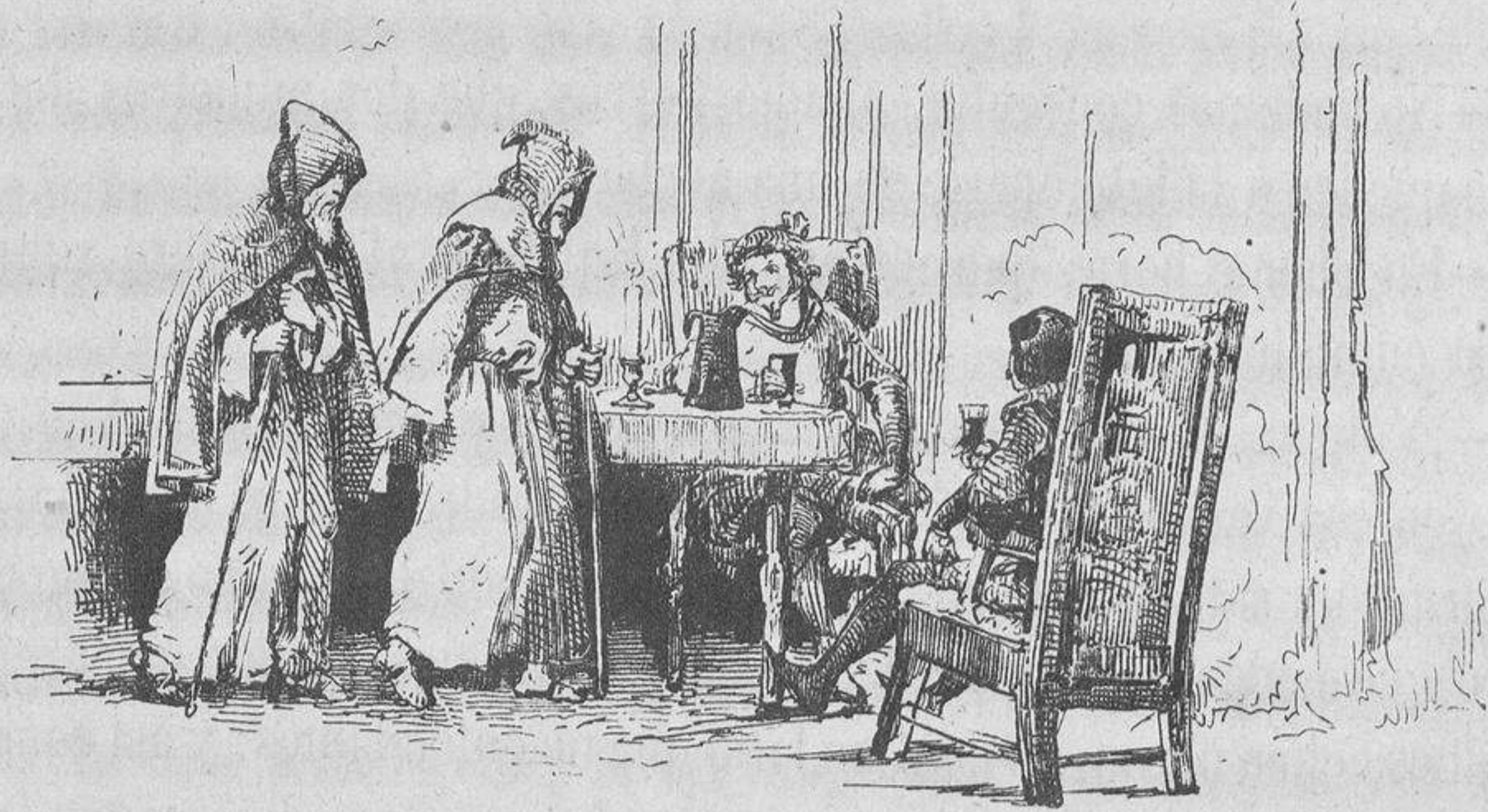
—En buena hora; que entren, dijo Rui Pero al ballestero, quien se fué á cumplir la orden.

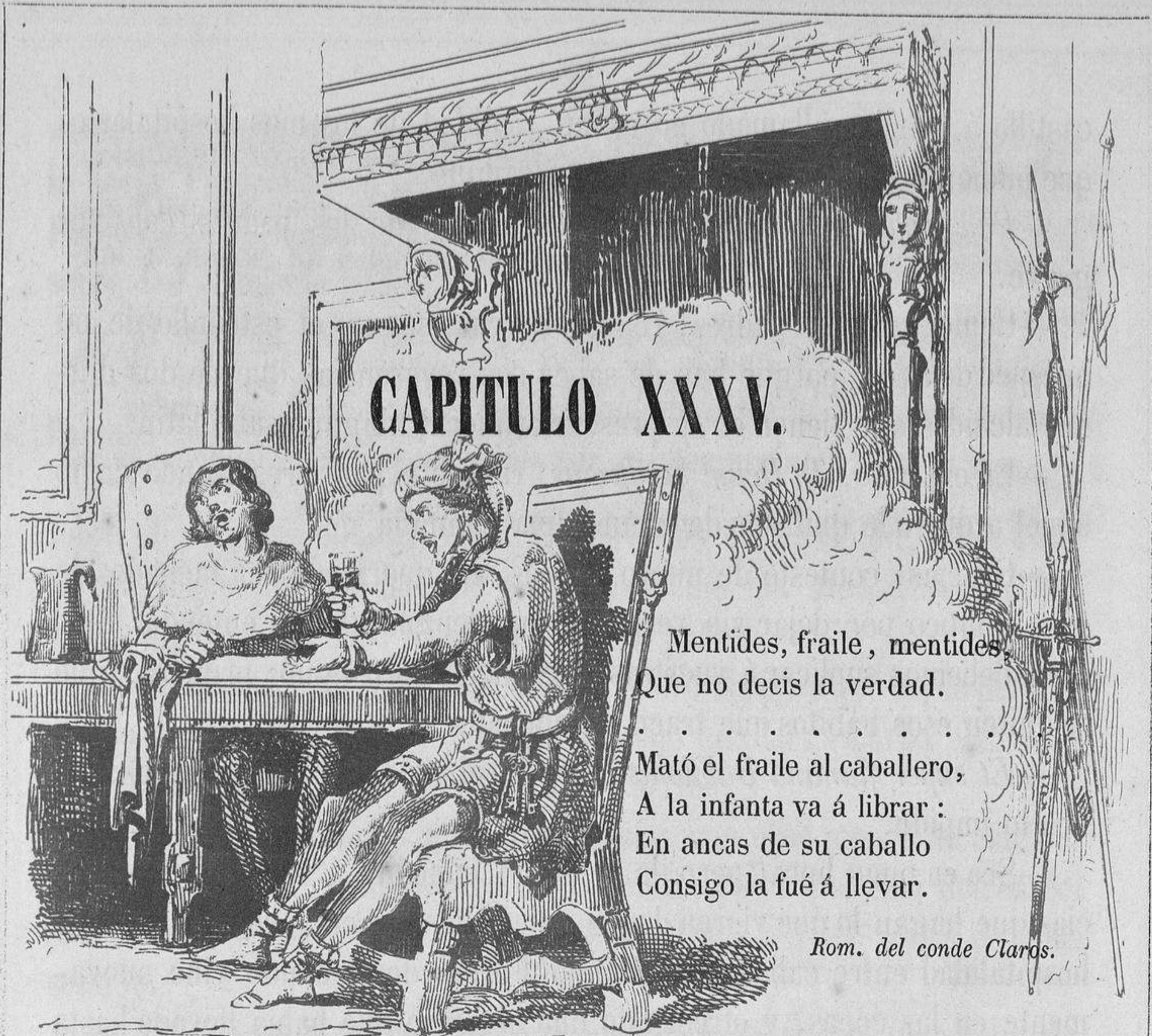
—¡Voto va! añadió Ferrus; éramos dos y seremos cuatro. Aun queda vino en esa vasija para otros tantos, y los padres no se desdeñarán de hacernos un rato de compañía, yendo sobre todo de camino. Todo el peligro que podemos recelar de los santos varones, señor camarero, es que nos echen algun sermon en latin que no entendamos: y así como así, dentro de un rato ya nos íbamos á entender nosotros dos, segun la faena que damos á nuestras copas.

Una carcajada de Ferrus al concluir estas palabras, probó que todavía no habia perdido la costumbre, que se habia hecho en él naturaleza, de decir bufonadas á todo trance, á pesar de su nueva dignidad.

De allí á poco entraron humildemente en el salon dos reverendísimos padres, cuyos hábitos derramaban á hilos el agua, como un paraguas espuesto por gran rato á la lluvia, y que se arrima á un rincon á medio cerrar.

Saludáronlos cortesmente nuestros dos amigos, y despues de los primeros cumplimientos los invitaron á que se acercasen para secar sus hábitos al hogar, donde quedaron mirándose unos á otros largo espacio, los dos opuestos alcaides y los dos bien avenidos frailes.





CAPITULO XXXV.

Mentides, fraile, mentides,
Que no decis la verdad.

• • • • •
Mató el fraile al caballero,
A la infanta va á librar :
En ancas de su caballo
Consigo la fué á llevar.

Rom. del conde Claros.

Al entrar los dos modestos frailes en la sala, no habia dejado de llamar su atencion el agradable pasatiempo en que entretenian sus ratos perdidos el antiguo y el nuevo alcaide. Habíanse mirado uno á otro como inspirados de la misma idea, y este movimiento hubiera sido notado de los defensores del castillo, á no ser porque no habiendo creido estos que tendrian ya visitas con quien guardar ceremonia, habian menudeado en realidad del tinto mas de lo que á su prudencia convenia; su misma posicion les habia escitado á beber, y aun hay cronistas que aseguran que deseosos uno y otro de no tener compañero en el mando, y demasiado confiado cada cual en su propia resistencia, se habian animado recíprocamente á beber por ver si conseguian privar al cólega; plan que, merced á la igualdad de sus fuerzas, habia resultado en detrimento de la razon de entrambos.

—¡Por San Francisco! perdonen vuestras reverencias, dijo Ferrus, si les han hecho esperar á la intemperie mas de lo que ese hábito que visten merece. Pero sepan que á él solo deben esta acogida, porque el

castillo á que han llamado no es en realidad de los mas hospitalarios que pudieran haber encontrado en su camino.

—*Pax vobiscum*, dijo el menos corpulento de los padres con voz grave.

—Como gustéis, padres, repuso Ferrus, segun el estribillo de mi huésped de ayer; porque han de saber sus reverencias que de dos dignos alcaides que tienen en su presencia ahora, ninguno sabe latin.

—En ese caso, *Te Deum laudamus*, repuso el padre respirando como aquel á quien le quitasen de encima una montaña.

—Gracias, contestó de nuevo Ferrus, no queriendo ser tachado de poco político por dejar sin respuesta una lengua que no entendia. Dos cosas debemos suplicar á vuestras reverencias, prosiguió; primera, que se quiten esos hábitos que traen tan mojados....

—*Et super flumina Babilonis*, dice el salmista: *vetat regula*, la regla nos lo impide.

—Sea en buen hora; pero la regla no impedirá á vuestras reverencias que hagan lo que vieren donde quiera que fueren; primera regla de hospitalidad entre caballeros, añadió Ferrus derramando vino nuevamente en las copas, y ofreciendo una al padre que habia llevado hasta entonces la palabra.

—Miráronse los padres uno á otro como para consultar entre sí lo que deberian hacer.

—¡Voto va! aquí se ofrece de buena voluntad, añadió Ferrus viendo su indecision: ¿no es cierto, señor camarero?

—Vos lo habeis dicho, repuso el camarero tomando una copa. Pero si sus reverencias no se atreven por respetos al cielo, nosotros, viles gusanos de la tierra....

—*Vinum lætificat cor hominis*, interrumpió el padre. Nosotros agradecemos á vuestras mercedes la buena voluntad; pero solo beberemos en la refaccion, si teneis por bien hacérnosla servir: vuestras mercedes beban, y mientras, nosotros *exultemus, et lætemur*.

—A la buena de Dios, dijo Ferrus vaciando su copa. ¿Y este padre que nada dice, es que no sabe latin, como si fuera alcaide?

Miraban los dos frailes á Ferrus, como buscando en sus ojos si encerraria alguna intencion ó sospecha aquella pregunta hecha de aquel

modo, ó si seria meramente casual é hija de la poca aprension del que la hacia. Parecióles en conclusion, que no se podia leer en los ojos de Ferrus sino la espresion del mosto, y no dudó en responder con cierta serenidad el mismo padre.

—Mi superior está achacoso; es sordo además *tanquam tabula*....

—Sí, que es gran sordera, repuso Ferrus, presumiendo que así se llamaba la enfermedad del padre.

—Y un tanto tierno de ojos, que es la razon de verle la capucha tan sobre ellos, como notarán vuestras mercedes. La humedad, sobre todo, de esta noche debe de haberle perjudicado mucho. *Benedictus qui venit*. Venga ó no venga, añadió para sí el padre.

Efectivamente, no se le veía apenas rostro al padre que habia permanecido callado. Ocultábale el medio de abajo una larga barba blanca, y su capucha le envolvía todo el medio de arriba.

—¿Y viajan siempre vuestas reverencias con esos mozos de estribo? preguntó Ferrus, reparando en un hermoso alano que casi detrás del padre silencioso reposaba, y que habia entrado sin ser antes de ellos sentido.

—¡Ah! repuso el padre. Dios nos perdone esos medios mundanos de defensa. Aunque *manet nobiscum dominus*, bueno es llevar además un amigo consigo. Es el perro del convento : nuestro reverendo abad no quiso que en estos tiempos de salteadores, ni el padre Juan, ni yo, padre Modesto, como me llaman, para servir á Dios y á vuestas mercedes, nos viniésemos sin ese corto auxilio siquiera para nuestra seguridad, si bien *Deus vigilat*.

—¿Y de dónde bueno, padre mio? preguntó Ferrus con audaz curiosidad.

—De Jaen, hijo, repuso con estremada serenidad el padre; sí, hijo, de Jaen. Llevamos una comision secreta, que bajo la fé de la obediencia no podemos revelar, para el reverendo prior del convento de Andújar de nuestra misma órden, que es como veis de San Francisco, hijos mios; pensábamos haber caminado toda la noche, y haber llegado allí antes de la mañana; empero Dios que nos ha enviado esta agua, y los achaques de mi compañero, nos han obligado á pedir hospedage. *Introibo*, dijimos, *ad altare*.

—Y bien dicho, habló por fin el camarero, que habia estado hasta entonces observando al silencioso fraile, muy bien dicho, aunque nosotros no lo entendamos. Pero lo dijo vuestra reverencia, y basta: si les parece á sus reverencias, que vendrán cansados, prosiguió el cortesano camarero, harémosles servir la refaccion para que se retiren, señor Ferrus.

—*Amen*, repuso el padre: tanto mas cuanto que mañana hemos de salir á la madrugada, si dais órden de que nos abran temprano en el castillo.

—Daránse las órdenes todas que fueren necesarias, repuso Ferrus, apartándose y hablando al oido al camarero. Pero ved que las centinelas no se han relevado aun.

—Pudiérais vos mudarlas, le contestó Rui Pero, mientras yo hago disponer la cena; estos buenos padres nos dispensarán si los dejamos solos un instante por su propio servicio.

—*Ite, missa est*, replicó el padre echando una bendicion gravísima á entrambos alcaides, que se dieron el brazo mutuamente á pesar de sus interiores rencillas, sin duda olvidándolo todo en momentos en que necesitaban tanto de recíproco apoyo, y salieron de la sala.

—¡Cuerpo de Cristo! Por vida de Diego Gil y Martin Bravo, los mas famosos monteros de Castilla, que Dios perdone, exclamó el padre silencioso soltando una carcajada algo reprimida por la prudencia. ¡Voto va! que nunca hubiera dicho, fray Juan ó fray Peransurez, que tañeis de ladradura con tal primor. Por mi venablo que se os entiende de cazar en latin á las mil maravillas.

—¡Prudencia, Hernando! Sepamos lo que nos hacemos, ya que yo no sé lo que me digo. ¿No os previne de que fuí monacillo y sacristan en cierto tiempo, durante el cual, si mucho escatimé el rastro de las vinagreras de la Almudena, no por eso dejé de oir las vocinas de los padres en el coro? aprendí á tañer la mia en latin como habeis visto, y alguna palabra entiendo, voto á tal, de cada ciento que digo.

—Pobre venado es este, Peransurez: es nuestro, dijo Hernando. Hace la señal del pezuño chica, y va en la reduña, ¡voto á tal! No tardaremos en tañer de oscisa. ¿Pondrémosle canes?

—Ved no nos obliguen á tañer de traspuesta: mirad que se levanta ya el venado á la ceba. Yo os avisaré el momento.

—Los tiempos nos dirán, conforme vengan....

—Sí; pero ved, Hernando, que no es lo difícil la entrada; mirad por la salida....

—Dios proveerá, y mi venablo, repuso Hernando componiendo sus hábitos, y echando de nuevo su capucha. Ya vienen hácia el buitron.

Volvian en esto ya los dos alcaides. No tardó mucho tiempo en cubrirse la mesa, á la cual se sentaron los cuatro con la mayor armonía y fraternidad. Poco tiempo hacia que cenaban, con imprudente abandono Rui Pero y Ferrus, con mas reserva y comedimiento los dos frailes, cuando llamó á las puertas del castillo un espreso que enviaba el conde de Cangas y Tineo. Abrióronle inmediatamente, é introducido en la sala, echóse de ver en su traza que habia corrido mucho, y que debia de ser en gran manera interesante su mensaje. Tomó Rui Pero el pliego cerrado que para él traia, y apartándose un poco leyóle rápidamente, manifestando bien á las claras en su rostro, cuanta sorpresa le infundia.

—Señor Ferrus, grandes novedades, dijo despues de haberle recorrido.

—¿Qué decís? preguntó Ferrus tartamudeando.

—Nuestro señor el ilustre conde de Cangas y Tineo, maestre de Calatrava, se halla á pocas leguas de aquí....

—¿Cómo? exclamó Ferrus levantándose.

—Sí, parece que el dia despues de vuestra salida de Madrid, llegó á la córte la nueva de los disturbios de Sevilla. Las cartas y pesquisidores que envió su alteza á esa ciudad el mes pasado, para poner en paz los bandos que han estallado entre el conde de Niebla, su primo, y el conde don Pedro Ponce, y otros caballeros y veinticuatro, no surtieron efecto, y el mal se acrecienta por momentos. Temeroso su alteza de los resultados de tan grave daño, hizo suspender su viage á Otordesillas: háse contentado con espedir pliegos, anunciando á la reina doña Catalina, que irá allá desde Sevilla, y mandando disponer para entonces las funciones reales y torneos, que se preparaban en solemnidad del nacimiento del príncipe don Juan. Háse traído consigo á los principales señores de la córte, y esta noche debe dormir en Andújar.

—Gran novedad, por cierto, dijo Ferrus.

—Añádeme su señoría que en ese pueblo permanecerán tres días, por hallarse señalada para mañana la prueba del combate. Encárganos con este motivo, añadió Rui Pero al oído de Ferrus, la mayor vigilancia.

—¡Voto á tal! no hay cuidado, dijo Ferrus dando una carcajada. No vencerá el doncel. ¿Y piensa venir su grandeza por aquí?

—Parece que no, pues de Andujar pasa su alteza á Córdoba; desde allí irá en la barca grande, el Guadalquivir abajo á Sevilla pues que está su alteza muy doliente, y no le deja caminar á caballo su físico Abenzarsal. Pero en atención á todo esto, yo partiré mañana de madrugada.

—Sea en buen hora, como gustéis, repuso Ferrus. Esto entretanto no altera el orden de nuestra cena. Podeis retiraros, buen hombre, añadió Ferrus al emisario.

—Que os den de cenar, dijo Rui Pero al mismo, y disponeos mañana á venir conmigo á la corte.

Retiróse el emisario, y siguieron cenando nuestros cuatro paladines, y conversando acerca de la determinación del rey, y del singular acaecimiento que los había acercado tanto á la corte.

—Bueno fuera, señor alcaide dijo Peransurez dirigiéndose á Ferrus, que era el mas afectado del licor, bueno fuera que hubieseis de hospedar en este castillo á la corte....

—¡Va! dijo Ferrus, no pasa por aquí; y además en un castillo encantado....

—¡Encantado! Dios nos perdone, dijo con afectado escrúpulo el padre.

—¿No ha oído hablar nunca el padre de la mora Zelindaja, Zelindaja la mora.... siguió Ferrus con dificultad, y riéndose á cada palabra con la estúpida expresión de la embriaguez.

—¡Hola!

—¡Voto va! pues la mora.... rico vino es este, ¿padre no bebeis?

—Proseguid, dijo el padre haciendo con su mano un ademán de agradecer el ofrecimiento.

—La mora, pues.... vaya otro trago, señor Rui Pero.

—¿Y la mora? preguntó el padre.

—La mora.... Zelindaja quereis decir, la que está encantada en la torre....

—¿En la torre?

—Sí; aquí arriba sobre nosotros. ¡Pero qué vino! ¡qué paladar! ¿os dormís, señor Rui Pero? ¡voto va!

—Con qué arriba? preguntó el padre.

—Por ahí la llaman la mora, y dicen que aparece, y que.... ¡ah! ¡ah! ¡ah! añadió Ferrus soltando una carcajada, y mirando el vino que contenía aun la copa. ¿Qué haceis vos ahí, prosiguió vuelto en seguida á los que le servían la mesa, escuchando, espiando, á ver si se me escapa alguna imprudencia? Belitres. Si esperais á que yo os diga donde está el preso.... larga la llevais. Fuera de aquí; llamaremos cuando os hayamos menester.

Diciendo y haciendo, se levantó Ferrus con trabajo, y cerró la puerta despues que hubieron salido los sirvientes, espantados de las palabras del alcaide.

—¿Con que el preso.... señor alcaide de.... prosiguió Peransurez, que así como su compañero no perdía una palabra ni una acción de las que se le escapaban al imprudente mancebo.

—El preso no se escapará mientras pendan de mi cintura las llaves todas del alcázar. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! notad, padres míos, la figura que hace un camarero dormido, prosiguió Ferrus riéndose á carcajadas, y señalando con el dedo la boca abierta del buen Rui Pero, á quien la hora, el sueño, el vino y el cansancio tenían cabeceando sobre su poltrona. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Al llegar aquí tocó Peransurez por bajo de la mesa el pie de Hernando, que de puro impaciente no hacía ya más que moverse había gran rato. Levantándose á un tiempo los dos, precipitose cada uno sobre el que tenía al lado. Tocóle á Peransurez el dormido Rui Pero, que se halló ya maniatado y tapada la boca antes de acabar de despertar: á Hernando Ferrus, cuyo asombro fue tal al ver levantarse de repente, y en aquella tan inesperada forma, á los dos reverendos, que no fue dueño de gritar ni de oponer la menor resistencia al montero, el cual así lo fajaba con sus poderosas manos como si fuese un niño. Pusieron nuestros dos amigos á cada uno de los alcaides un palo de hogar atravesado en la boca, y sugeto con cordel que preparado llevaban, á manera de mor-

daza, y atáronlos en seguida fuertemente de pies y manos á sus mismas poltronas, dejándolos conforme se hallaban colocados, es decir, uno enfrente de otro con la mesa en medio y sus copas delante. Era cosa de ver la figura que hacian sin poderse mover ni remover ambos con la boca abierta y mirándose con ojos aun mas abiertos, sin acabar de comprender si estaban encantados por el moro del castillo, ó si habrian dado hospedaje á dos diablos del otro mundo que venian á castigar su descompuesta vida.

Hecho esto por nuestros dos reverendos, y apoderados ya del manajo de llaves que pendian del cinto de Ferrus, fué su primer cuidado recapacitar lo que acababan de oir al ébrio alcaide.

Parecia por el misterio de sus palabras que la torre era el lugar del castillo destinado al prisionero. Estaban en ella, pero era indispensable hallar una subida, y si habia dos, aquella en que estuviesen menos espuestos á ser notados, ó á encontrar importunas centinelas. En punto á esto convinieron que era preciso ponerse en manos de Dios, que veía sus intenciones, y no dejaria de favorecerlas; y echáronse á buscar una subida, que no tardaron en encontrar. Probando llaves lograron abrir una puertecita encubierta detrás del hogar por un tapiz viejo: empujéronla, y una escalera oscura les probó que habian dado con lo que necesitaban. Armado cada uno de un agudo venablo, y llevando en la mano izquierda Hernando, que iba delante, una linterna sorda de metal, diéronse á subir con la mayor confianza en Dios, donde los dejaremos, ora trepando escaleras, ora recorriendo largas y oscuras galerías, ora, en fin, probando llaves en cada puerta que encontraban, todo con el mayor silencio posible por no dar la alarma en el castillo.

Hallábase colocado el cuarto, donde se divisaba la misteriosa luz desde los alrededores de la fortaleza, en el extremo de una galería, y como quiera que las puertas fuesen todas de la mayor seguridad, no se creia prudente establecer centinelas demasiado inmediatas. Al único que hacía aquella parte se ponía, preveníasele de antemano que no se separase del extremo de la galería mas distante de la prision. El que se hallaba á la sazón en aquel punto era un mancebo profundamente ignorante acerca de las circunstancias de los presos que parecian custodiarse con tanto interes en la fortaleza, pero que habia oido hablar lo bastante del en-

EL DONCEL DE D. ENRIQUE EL DOLIENTE.



y ataronlos en seguida fuertemente de piés y manos à sus mismas poltronas.

cantamiento del castillo, y de la voz nocturna, para no tenerlas todas consigo en aquella incómoda facción.

—Por Santiago, decía apoyándose en su partesana, que no entré yo al servicio del señor conde para habérmelas con brujas y hechiceros; este instrumento que bastaría para matar millones de moros, unos despues de otros se entiende, acaso no sería suficiente á hacer un ligero rasguño en la mano del moro que fundó este maldito castillo. Dicen que la señal de la cruz es grande arma contra las artes del demonio, añadía en otro paseo de los que daba, sin apartarse mucho de su puesto como el que tiene miedo ó frío; y siendo esto cierto, ¿cómo es que hay cristianos hechizados? Cuerpo de Cristo, si me hechizasen tengo para mí que lo que mas había de sentir había de ser aquello del no comer y del no dormir; ¡voto va!

En estas y otras reflexiones cogió entretenido al mancebo cierto profundo gemido que salió del extremo opuesto de la galería.

¡Santa María! exclamó dando diente con diente el faccionario. Asunto concluido. ¿Si será la mora que viene á pedirme su esposo, segun dicen las gentes que lo pide todas las noches á los ecos? Sin embargo, yo no soy eco, añadió lastimeramente como si quisiese conjurar el encanto con esta lógica observacion.

Otro gemido mas prolongado resonó de allí á poco, y el ruido de una cadena arrastrada por el suelo se prolongó hasta el infinito en el oído del infeliz.

—¡Santo Dios! decía el soldado, y persignábase tan de prisa como si fuese la última vez que había de persignarse en su vida, y sin apartar los ojos del punto de donde él se figuraba que salía el ruido.

En esto estaba á la orilla de la escalera, y vuelto de espaldas á ella, cuando dos manos de hierro, apoderándose de sus piernas, le levantaron en alto.

—¡Perdon, señora Zelindaja, perdon! clamó con voz medio ahogada el miserable, y pasando por encima de la cabeza de un padre Francisco, á quien no tuvo siquiera tiempo de observar, cayó rodando de espaldas por la escalera, hasta una puerta que habían cerrado tras sí nuestros aventureros, donde quedó casi exánime y sin sentido.

—¿Hay mas? dijo Peransurez mirando á todas partes.

—No, repuso Hernando: aquella debe ser su prision: ¿no ois una cadena?

—El es; apresurémonos. Sacando en seguida el manajo y llegando á la puerta comenzaron á probar llaves en la cerradura. Abrió por fin, una de las mas gruesas, y entrambos se precipitaron dentro de la prision, igualmente impacientes de dar libertad al encadenado doncel.

Una lámpara mortecina lucia siniestramente sobre un pedestal.

—¡Basta, crueles, basta ya! exclamó una voz penetrante arrojándose á sus pies al mismo tiempo, con todo el desórden del dolor y la desesperacion, una figura cadavérica vestida de negras ropas.

Dificil fuera pintar el asombro de nuestros dos reverendos al ver venir sobre ellos aquella estraña sombra, que no era otra cosa lo que á su vista se ofrecia, y el sobrecogimiento de la víctima luego que paró la atencion en sus nuevos huéspedes; de tan distinta especie que los dos hombres que hasta entonces habian solido visitar su encierro para traerla el alimento.

—Religiosos, Santo Dios, religiosos, exclamó ésta. Habeis oido, Señor, por fin mis oraciones, y el bárbaro me envia estos emisarios de vuestra palabra divina para auxiliarme en los últimos momentos de esta vida miserable. Lo acepto, señor, lo acepto.

Un mar de lágrimas corrió de los ojos hundidos de la encarcelada, que abrazaba con religioso fervor el hábito de Hernando: éste, inmóvil en su puesto no sabia qué interpretacion dar á aquella horrible escena. Todo el valor de Peransurez le habia abandonado; creíase efectivamente delante de la encantadora mora, y estaba ya á dos líneas de maldecir en su corazon su osadía y su malhadada incredulidad.

Repuesto algun tanto Hernando de su primera sorpresa, hizose atrás cuanto pudo, desviando su hábito del contacto de la infeliz. Esta, levantando entonces la cabeza, y sacudiendo sobre los hombros una larga cabelleira, único resto de su antigua hermosura, quedó mirando largo rato á nuestros amigos sin atreverse á proferir una palabra.

—Quien quiera que seais, dijo por fin animándose Hernando, y descubriendo su rostro, ser de este mundo ó del otro, mora ó cristiana, hablad; ¿qué nos quereis?

—Hernando, ¿sois vos? exclamó la víctima levantándose, despues de

haber mirado largo rato con la mayor duda y agitacion al montero espantado. ¡Ah! no, continuó, ¡Hernando era montero! y volvió á caer en el mismo estupor.

No pudo menos Hernando al oirse nombrar por la fantasma, como un antiguo conocido, de fijar mas en ella la atencion; y agarrando con una mano á Peransurez, que á su derecha y un poco detrás de él estaba.— ¡Cielos! exclamó sin apartar los ojos de la figura negra. Dejadme: ¿seria posible?

—¡Ah! concedme, sí, gritó levantándose y asiendo la lámpara la infeliz, concedme si me habeis visto alguna vez; he aquí en mi rostro los efectos de la barbarie; no soy la misma ya: no soy hermosa.... el llanto, el dolor me han afeado. Miradme bien, miradme prosiguió acercando la luz á su semblante.

—¡Ella, ella es! Peransurez, salvémonos, gritó Hernando retrocediendo.

—¿Adónde? no: ¿adónde? Deteneos. Yo saldré tambien con vosotros.

—¡Vivis aun, señora! exclamó Hernando al sentirse detenido por la víctima ¿vivís?

—Vivo; sí, vivo para llorar y padecer: tocadme aun si lo dudais.

—¿Es falsa vuestra muerte? ¿Sois vos, señora?

--¿Mi muerte decís? preguntó la desdichada. El bárbaro la ha propalado. ¡Justicia, señor; misericordia; añadió levantando los ojos al cielo. Por piedad, continuó, ¿quién sois el que tanto os pareceis al montero de don Enrique? ¿Qué os trae á esta prision?

Hernando, sumido en el mas profundo letargo, apenas reconocia debajo de aquella palidez y cadavérico aspecto á la hermosa que tantas veces habia visto triunfante en el mundo de lujo y de belleza.

—¡Mónstruo! dijo por fin para sí: ¡mónstruo abominable!

--¿Quién sois? acabad; y ¿qué quereis? tornó á preguntar la encerrada: ¿venís á prolongar mis males, á remediarlos por ventura?

--A salvaros, señora, repuso Hernando. Concedme ¡voto va! El montero Hernando, señora, os ha de sacar de esta maleza.

--¿Con que no me habia engañado? ¡Ah! Decidme, ¿por qué feliz azar os veo, y cómo en ese trage?

--El montero de ley, señora, no caza siempre del mismo modo: de-

jemos para mejor ocasion ese punto. Ved que necesitamos salir del monte. ¡Ea! Venid con nosotros.

—¿Con vosotros? Adónde ¡ah! no me engaños. Mas fácil es que me mateis aquí. ¿Qué resistencia puedo oponeros? Si sois tan crueles como todos los que hasta ahora he visto en este castillo....

--¿Qué hablais, señora? no veniamos á salvaros; no presumamos siquiera que vivieseis: el bárbaro que ha osado reduciros á este extremo no se ha contentado con una presa. Sin embargo, en el momento actual vuestra presencia nos hace mas falta de todas suertes que un ojo avezado al cazador. Vuestra presencia va á confundir la iniquidad, y á atajar acaso un torrente de sangre.

Mucho tardaron Hernando y Peransurez en determinar á la desdichada á que los siguiese; sus preguntas exigian larguísimas esplicaciones, que no podian darse en aquel momento sin comprometer la suerte de una expedicion tan incierta y azarosa ya por sí. A poder de ruegos en fin y de observaciones logróse de ella que dejase el satisfacer sus dudas para mejor ocasion; el tiempo urgía: nuestros dos reverendos habian pasado ya gran parte de la noche en dar con la prision, y despues de tantos afanes faltábales aun desempeñar la verdadera mision que en tal peligro les habia puesto.

Resolvióse unánimemente que Hernando se despojaría del hábito que sobre su trage traía, y que lo vestiria lo mejor que pudiese la recién libre cautiva, porque si bien su estatura era muy diversa, tambien era de advertir que habian entrado de noche, que iban á salir al rayar el alba, y que probablemente no estarian á su salida de faccion los mismos que lo habian estado á su entrada. Dos frailes habian entrado: dos frailes salian; nada habia que decir, si durante la noche no se descubria su accion, cosa difícil, pues habian quedado cerrados por dentro y amordazados Ferrus y Rui Pero. A la salida ningun obstáculo podrian encontrar dos frailes, pues durante la cena se habia dado la orden de abrirles el rastro en cuanto se dejasen ver á la puerta al amanecer.

Cortó, pues, Hernando el hábito con su cuchillo de monte, y dejólo mas adoptado á la estatura de la hermosa. Hecho lo cual trataron de buscar por la parte, que no habian recorrido aun, la prision del doncel, dejando para despues de encontrarla el determinar la forma de sacarle

y salir el mismo Hernando del castillo, cosa que á éste le parecía sencillísima; pues todo se lo parecía cuando era hecho en obsequio de su señor, y cuando tenía en la mano su venablo y al lado su fiel Bravonel; el cual los seguía silenciosamente toda la noche como si estuviera penetrado de lo mucho que convenia el sigilo en aquella peligrosa tentativa.



CAPÍTULO XXXVI.



Ya la gran noche pasaba
E la luna sestendia :
La clara lumbre del dia
Radiante se mostraba ;
Al tiempo que reposaba
De mis trabajos é pena
Oí triste cantilena
Que tal cancion pronunciaba.

D. Enr. de Vill. Querella de amor de Mac.

No bien hubieron tomado la determinacion que dejamos referida, echáronse á buscar otra salida, dispuestos siempre á hacer callar con sus venablos á cualquier centinela imprudente que hubiese podido comprometer su existencia. Felizmente no encontraron ninguno en dos escaleras que bajaron. Al fin de ellas una tronera les permitió reconocer la parte de la torre en que se hallaban: estarian como á diez varas del pie de la muralla interior.

Fatigados de la faena que la ignorancia de las llaves les acarreaba, y aun mas del silencio y cuidado con que les era indispensable proceder, tomaron allí algun descanso. La cautiva, que acababa de experimentar una emocion tan inesperada, y que en medio de su debilidad se hallaba abrumada bajo el peso del hábito desusado, y combatido su ánimo de mil dudas y esperanzas, por desgracia harto inseguras todavía, no pudiendo resistir á tantos afectos encontrados, hubo de apoyarse un momento en un trozo roto de columna, que felizmente encontró en la pie-



y de allí á un momento una voz harto conocida para ellos, entono con lánguido acento una cántica.

za en que á la sazón se hallaban. Perdian ya nuestros paladines la esperanza de dar con la prision del doncel. Asegurábales sin embargo su compañera que en la noche anterior y á deshoras habia creído oír un un laud débilmente pulsado, cosa que no le habia acaecido nunca desde su llegada al castillo; este dato convenia con la fecha de la prision de Macías; y hubiera jurado, les añadió, que salia el eco del pie de la torre. Esta advertencia solo pòdia animar á los generosos amigos del prisionero. Sacando, pues, nuevas fuerzas de flaqueza, trataron de examinar qué hora podria ser. Sacó entonces Hernando la cabeza por la angosta tronera, y pudo distinguir que el cielo se habia serenado; un viento fuerte de norte lanzaba hácia las playas africanas algunas nubes dispersas, restos de la pasada tormenta, y el pálido resplandor de la luna en su ocaso advirtió á Hernando, así como la posicion de algunas estrellas que acertó á ver, que podria faltar una hora todo lo mas para el alba. Al mismo tiempo que hizo esta observacion nada favorable, el ruido acompasado de los pasos de un hombre le hizo sospechar que debajo de ellos debia de haber al pie de la muralla un soldado de faccion. Esta precaucion le confirmó en la idea de que debia caer hácia aquella parte del castillo la buscada prision. Resolviéronse, pues, á probar la aventura, poniendo el éxito en manos de Dios, á quien fervorosamente se encomendaron. Hernando hizo voto á la Vírgen de la Almudena de una ofrenda proporcionada á sus cortos medios, y la cautiva prometió edificarle un santuario suntuoso si la sacaba con bien de tan peligroso trance. Iban ya á probar una nueva llave en la puerta que debia conducirlos, segun todas las probabilidades al pie de la muralla, cuando el rumor de un laud, que al pronto reconocieron la hermosa y Hernando, los dejaron suspensos.

—¡El es! dijeron á un tiempo los dos, apoyándose con esperanza la blanda mano de la bella en la tosca y curtida del montero. Escuchemos.

Un ligero preludio del trovador se siguió á su suspension, y de allí á un momento una voz, harto conocida para ellos, entonó con lánguido acento una cántica, de la cual pudieron percibir los fragmentos siguientes, en medio de los sollozos que de cuando en cuando la interrumpian, y del monótono rumor del torrente, que á los pies de la torre por la honda zanja se desprendia.

¿Será que en mi muerte te goces, impía,
 O pérfida hermosa, muy mas aun ingrata?
 ¿Así al tierno amante, mas fino, se trata?
 ¿Cabrás en tal belleza tan grande falsía?
 ¡Llorad ¡ay! mis ojos, llorad noche y día!
 Mis tristes gemidos levántense al cielo.
 Pues ya en mi tristura no alcanzo consuelo,
 Dolor hoy se vuelva lo que era alegría.

.....

La copa alevosa, que amor nos colmó,
 También heces cria, señora, en mi daño.
 Sus heces son ¡ay! fatal desengaño.
 La copa y las heces mi labio apuró.
 ¡Ay triste el que al mundo sensible nació!
 ¡Ay triste el que muere por pérfida ingrata!
 ¡Ay mísero aquel, que así amor maltrata!
 ¡Ay triste el que nunca su dicha olvidó!

¿Por qué, justos cielos, en pecho amador
 Tiranos me disteis un alma de fuego?
 ¿Por qué sed nos disteis, si en tósigo luego,
 Bebido, en el pecho, se torna el licor?
 Contempla, señora, mi acerbo dolor.
 ¡Ay! torna á mis brazos, ven presto, mi Elvira;
 Ingrata; aunque sea, como antes, mentira,
 La dicha me vuelve, me vuelve tu amor.

No mas á mis ruegos te muestres impía,
 O pérfida hermosa, muy mas aun ingrata,
 No así al tierno amante, mas fino, se trata.
 No quepa en tu pecho tan grande falsía.
 Dolor no se vuelva lo que era alegría.
 Mas ¡ay! si en mi pena no alcanzo consuelo,
 Si en vano mis quejas se elevan al cielo,
 ¡Llorad ¡ay! mis ojos, llorad noche y día!

Callaron al llegar aquí los lúgubres acentos de la cantilena, que había arrancado lágrimas de los ojos de aquellos que silenciosamente la habían oído.

Seguros de que habían llegado al término de sus esperanzas, dié-

ronse prisa á abrir la puerta que les faltaba traspasar, y en pocos minutos se hallaron al pie de la torre. El primero que salió fue el terrible alano, el cual no bien salió al aire libre cuando comenzó á ladrar dirigiéndose á un objeto que se hallaba arrimado á la pared.

—¡Bravonel! dijo Hernando, ¡Bravonel! vamos, silencio.

—¿Quién va? preguntó con voz ronca el centinela, enderezando su ballesta contra el montero, que salió el primero á contener á su perro.

No tuvo lugar de preguntar segunda vez el centinela.

—¡Ese es quién va! respondió Hernando lanzando su venablo, el cual fue recto á clavarse, silvando por el aire, en el pecho del faccionario, que cayó por tierra sin voz y sin aliento.

—¡Ay! gritó la compañera de nuestros aventureros apartando rápidamente los ojos del que acababa de caer.

—Silencio, señora, silencio, dijo Peransurez: dejad la piedad para despues. Plegue al cielo que no hayamos alarmado ya algun otro centinela con este intempestivo ruido.

—Vengan en hora buena, dijo Hernando, caliente ya con el feliz éxito de su tiro certero. Inclinandose en seguida sobre el cuerpo del caido, púsole un pie en el pecho, y sacó de él su venablo ensangrentado con la diestra mano. El venablo al salir del cuerpo dejó libre el paso á un surtidor de sangre que salpicó á Hernando; y á poco el infeliz habia ya espirado.

Vencida esta primera dificultad, examinaron la posicion, y no les quedó duda de que el rastrillo que enfrente veían servia de puerta á la prision del doncel; pero ¿cómo pasar la zanja? ¿cómo soltar el rastrillo? Perplejo Hernando miraba á una parte y á otra, mordíase los dedos, y daba al diablo todas las fatigas de la noche. Pensar en tomar el opuesto lado del castillo, volviendo por donde habian venido para probar la otra entrada que deberia tener forzosamente la prision, era caso imposible, en vista sobre todo de la hora avanzada.

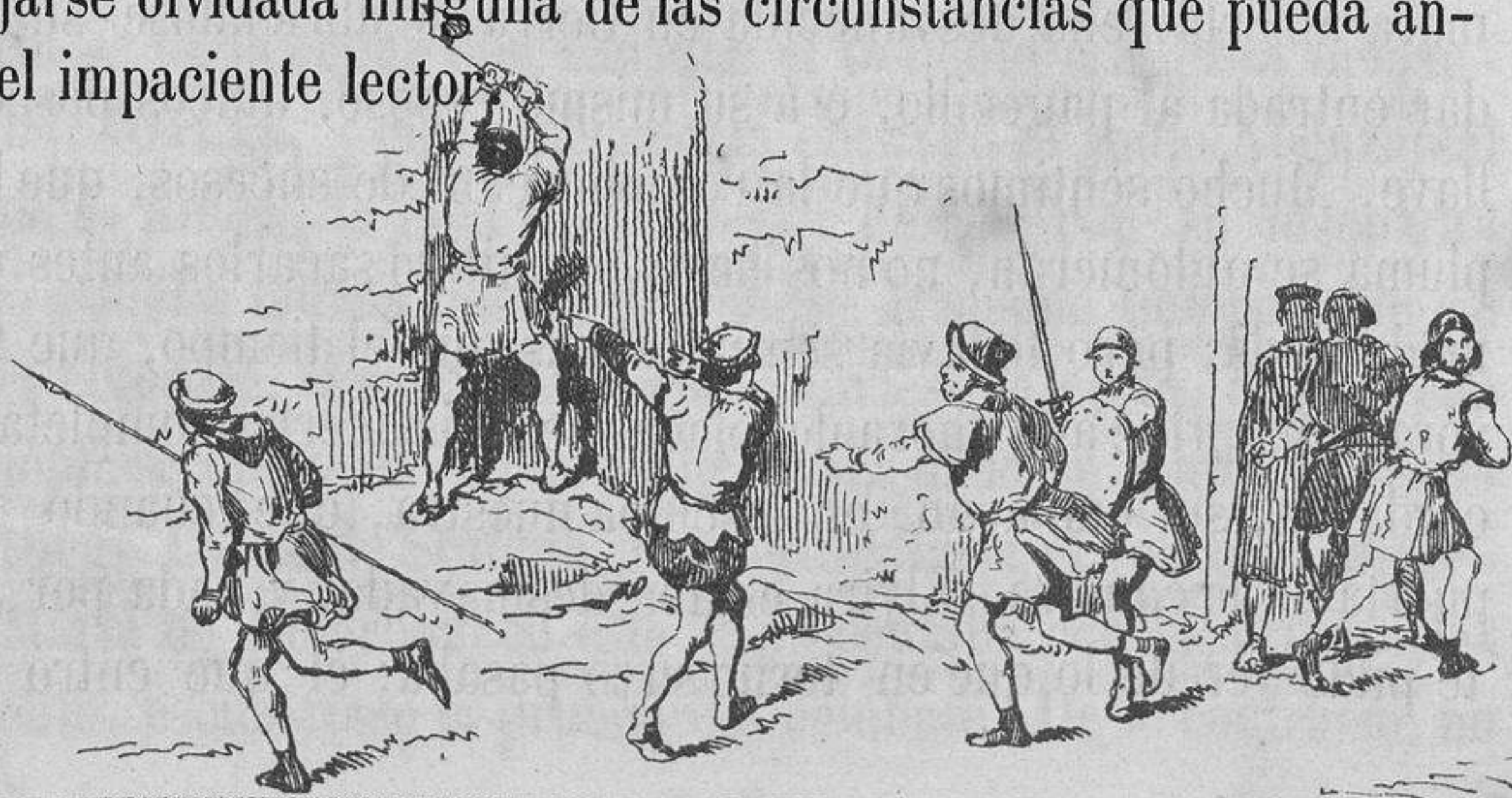
—¡Voto va! dijo por fin Hernando. Dénme á mí la fiera en el campo; pero ¿encerrada? ¡Cuerpo de Cristo! ¿Y hemos de quedarnos aquí, para ser presa de esos perros judíos, que quedan en el castillo, en cuanto amanezca?

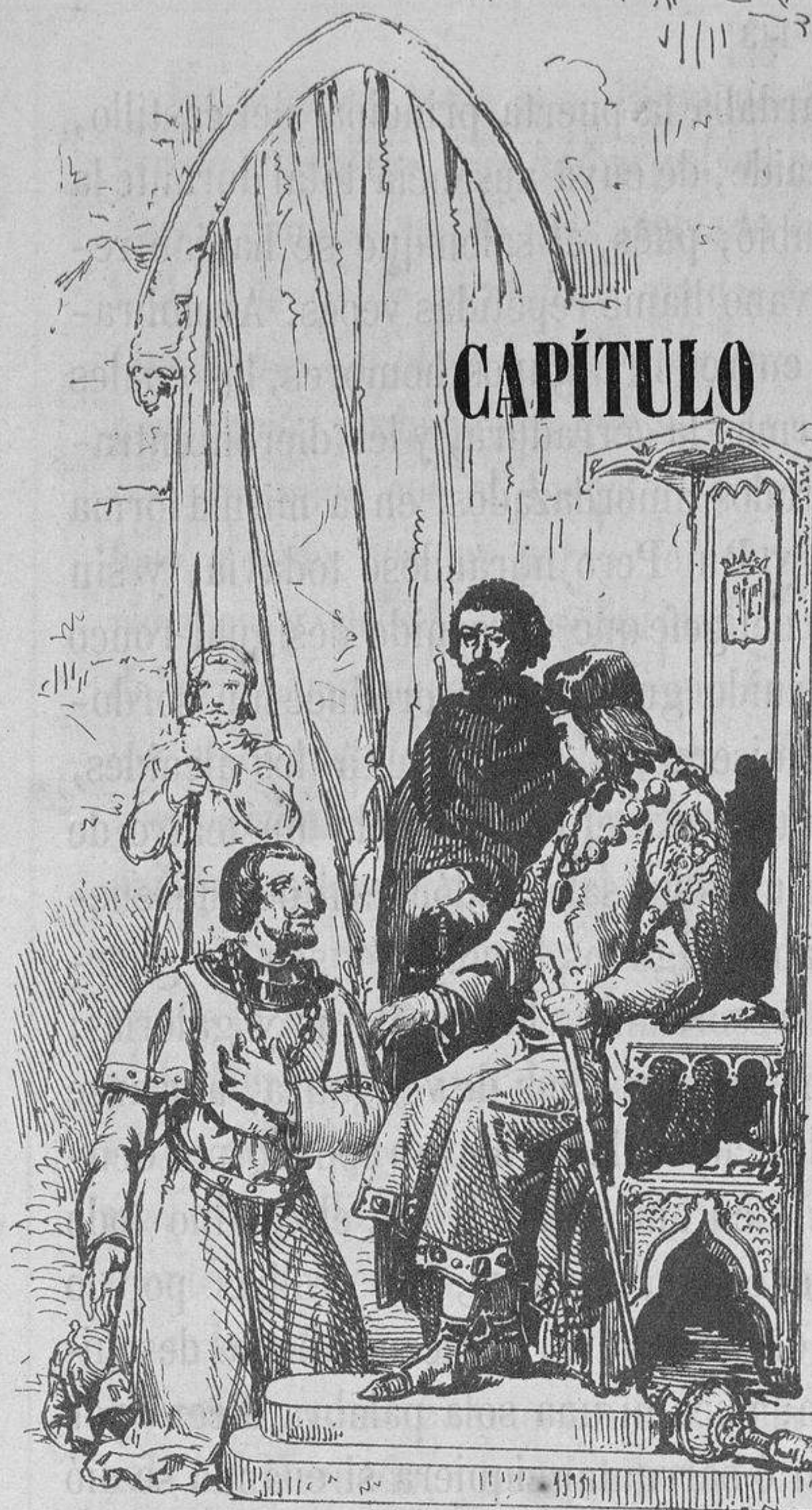
Su posición tenía más dificultades de las que á primera vista habían creído encontrar. Sin embargo, fue preciso deliberar; y por último, Hernando decidió que lo más acertado sería probar á salir Peransurez y la bella á favor de su disfraz, quedando él con su alano en aquella posición. Oponíanse los otros á esta generosa determinación; pero Hernando los convenció, probándoles que si á la mañana no había logrado ponerse en comunicación con el doncel y salvarle, ó saltaría la muralla y pasaría el foso á nado con su perro, ó retrocediendo al salón de la torre se haría rehenes y prenda de seguridad al mismo Ferrus, que probablemente debería permanecer en el mismo estado, pues no se había dado la alarma en el castillo en toda la noche. Fueron tales, por último, sus ruegos y sus amenazas, que fue preciso ceder á ellas. Importaba mucho en verdad que saliese alguien del castillo; fuera ellos nada les sería más fácil que volver con socorro; y la presencia sobre todo de la ilustre prisionera en la corte debía hacer variar completamente la posición del doncel y de Hernando, aun dado caso que quedase preso. Este, en fin, se aferó en decir que él no saldría del castillo sino muerto ó con su amo; lo más que pudo conseguir de él Peransurez fue que quitándose su traje de montero vistiese la ropa del muerto centinela, y que quedase en su lugar. Si se le relevaba antes del alba, como era de pensar, acaso no sería reconocido, y entre tanto tenía aquella probabilidad más de salvación. Hízolo así Hernando, y arrojando sus vestidos y el cuerpo del vencido en la zanja con un pie, dió algunas instrucciones á Peransurez acerca de lo que debería hacer en saliendo del castillo y en llegando á la corte.

Despidiéronse en seguida, como aquellos que acaso no habían de volver á verse. Peransurez y su compañera, ocultando su rostro bajo su capucha, siguieron la senda que debía conducirlos forzosamente á lo largo de la muralla hasta la puerta principal y puente del castillo, donde era más que probable que no hallasen obstáculos á su salida, siendo como era ya la hora que había dejado advertido Ferrus la noche anterior que se abriese á los padres descaminados; y donde los dejaremos para acudir adonde nos llaman otros personajes, no menos interesantes de nuestra historia.

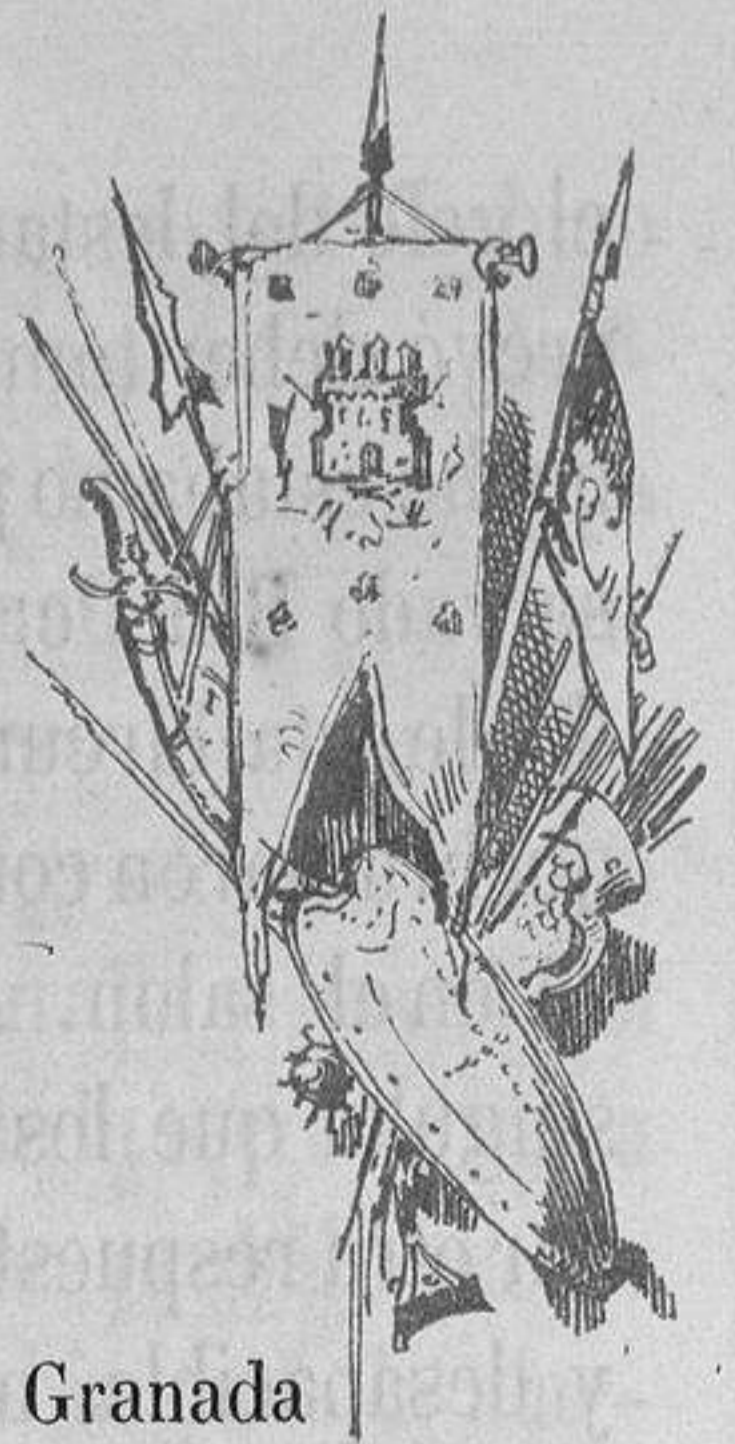
Solo podemos añadir para sacar algún tanto á nuestros lectores de la incertidumbre en que los dejamos, bien á nuestro pesar, que hacía aquellas horas, pero sin que hayamos podido averiguar si antes ó después,

el gefe del destacamento, que guardaba la puerta principal del castillo, creyó deber tomar órdenes del alcaide, de cuya ausencia total durante la noche estaba no poco admirado. Subió, pues, al salon que se habian reservado Rui Pero y Ferrus, y en vano llamó repetidas veces. Asombrado de esta circunstancia, no dudó en reunir algunos hombres, los cuales quebrantaron con sus hachas de armas la cerradura, y les dieron entrada en el salon. Allí fueron encontrados amordazados, en la misma forma singular que los dejamos, Ferrus y Rui Pero mirándose todavía, y sin dar otra respuesta á las preguntas del gefe que un sonido desigual ronco y desapacible, muy semejante al ruido gutural que produce un sordomudo para mover la pública conmiseracion. Desatóse á los alcaides, dióse la alarma, y en pocos minutos era el castillo todo un teatro de actividad difícil de pintar: corrian unos sin saber adónde ni de qué enemigos se habian de guardar; tocaban algunos bocinas en son de guerra; preparaban otros sus armas; recorríanse las escaleras y galerías; oíanse votos y juramentos, pésames y proyectos de venganza, abríanse unas puertas, derribábanse aquellas cuyas llaves habian echado por dentro nuestros atrevidos paladines.... en una palabra, era el castillo todo desórden y confusion. Nuestras leyendas, empero, tan prolijas por lo regular en todos los pormenores de sus relatos, parecen haberse descuidado sobremanera en esta ocasion; pues ni una sola palabra dicen por la cual podamos inferir, sospechar ó barruntar siquiera si cuando se dió esta alarma en el castillo habian salido ya al campo los fugitivos, ó si fue ocasion de que su intento se malograra. Lo cual prueba, además de otras muchas cosas que no son de este lugar, que no es tan fácil el oficio de historiador y cronista como generalmente se cree, sobre todo si no ha de dejarse olvidada ninguna de las circunstancias que pueda anhelar saber el impaciente lector.





CAPÍTULO XXXVII.



El rey moro de Granada
Mas quisiera la su fin ;
La su seña muy preciada
Entrególa á don Ozmin.

El poder le dió sin falla
A don Ozmin su vasallo ,
Y escusóse de batalla
Con cinco mil de caballo.

*Historia de Alonso XI escrita en coplas
redondillas.*

Dos mil vidas diera juntas
Por ser el desafiado.

Batalla de Rugero y Rodamonte.

Curiosos estarán nuestros lectores, si es que hemos sabido hacerles interesantes los personajes de nuestra desaliñada narracion, de saber el estado de la desdichada Elvira, á quien dejamos con la reja de su cámara abierta, ella desvanecida en tierra, y abriéndose su puerta para dar entrada al pagecillo, ó á su mismo esposo, únicos poseedores de la llave. Mucho sentimos que la complicacion de sucesos, que bajo nuestra pluma se aglomeran, no nos haya permitido sacarlos antes de tan incómoda duda; pero todavía sentimos mas que el tiempo, que todo lo devora, nos prive aun ahora del placer de satisfacerlos completamente. Recordarán, sin embargo, en disculpa nuestra, que cuando se abrió la puerta de la cámara, Elvira estaba desmayada, y nada por consiguiente pudo ver de lo que en torno suyo pasaba: el que entró nada contó

nunca, razon que tenemos para sospechar que fue Hernan Perez, á quien no le podia convenir que nada de ello se supiese; y el cronista de aquellos tiempos, el famoso Pero Lopez de Ayala, se hallaba en el sarao, y nada trae tampoco por consiguiente en sus escritos de semejante escena. Por los resultados que esta tuvo, volvemos á repetir que debió de ser Hernan Perez. Hubo quien aseguró que habia visto hablar al astrólogo con él mucho despues de haber vuelto á entrar éste en el alcázar, y como ya conocemos la mala intencion del judío; y es de presumir que alarmase al marido acerca de lo que en su cámara pasaba; la reja abierta, la puerta cerrada y el estado de Elvira debieron acabar de abrir los ojos á Hernan Perez acerca de lo que allí podia haber ocurrido.

Lo único que podremos afirmar es que Hernan Perez de Vadillo, de resultas sin duda de la violenta escena que debió tener con su esposa, decidió aquella noche misma su separacion; buscó á su alteza, y le espuso con voz trémula y agitada como sabia que su esposa era la acusadora de don Enrique de Villena. Añadióle que él habia recibido del conde de Cangas la rara prueba de confianza de que pudiese en su nombre defender su parte en el combate; suplicóle en vista de ello que tomase á su cargo la acusadora; y por mas que se hizo para averiguar la causa de tan estraña conducta, solo se pudo sacar en limpio de las cortadas razones de Hernan Perez que éste habia tenido un rompimiento con su esposa; advirtiése desde entonces que cuanto hablaba eran palabras de aborrecimiento y execracion, y dirigidas á adelantar el plazo del combate, de resultas del cual debia él morir ó morir Elvira. El odio mas reconcentrado y profundo habia sucedido en su corazon al amor conyugal. No se pudo negar don Enrique el Doliente á la justa demanda del ofendido Hernan, y en consecuencia encargó al judío Abenzarsal de la custodia de Elvira, la cual pasó á poder de éste con su inseparable pagecillo aquella misma noche. Decidióse al mismo tiempo que se verificaria el combate, donde quiera que estuviese la córte, al quinceno dia, por cumplirse entonces el plazo que habia dado su alteza al justicia mayor Diego Lopez de Stúñiga para presentarle el reo de la muerte de doña María de Albornoz. Si éste le presentaba con las pruebas legales del delito, escusariase la prueba del combate. De lo contrario, no

quedando otro medio que recurrir al juicio de Dios, seria aquel inevitable.

Con respecto á Elvira, solo diremos que desde aquella funesta noche en valde intentó tener con su esposo una esplicacion: negóse éste á todas sus demandas, y la infeliz, sumida en la mayor desesperacion, esperó en un continuo llanto y congoja el dia en que habia de desenlazarse tan terrible drama, y en que habia de verse espuesta á los riesgos de un combate por causa suya, y por una imprudente generosidad, que no era ya tiempo de remediar, la vida de su desdichado amante, si es que éste no habia perecido ya, como tenia motivos para creerlo, en la funesta noche de su última entrevista.

Puesta á recaudo como estaba, y no permitiéndosele comunicacion alguna sino con el page, solo pudo saber en el particular lo que todo el mundo sabia, esto es, que el doncel habia desaparecido, cosa que no daba poco que decir en la córte. No se le podia ocultar á Elvira que cualquiera que hubiera sido la suerte del doncel, su tenacidad y el empeño con que á todo trance habia querido defender su moribunda virtud, habian tenido gran parte en ella. No le podia pesar de ello; pero era bien triste reflexionar cuán horrible premio daba el cielo á su conducta. Ora pensando en su esposo, ora en su crítica situacion, ora en un amor desdichado que en vano habia pretendido lanzar de su pecho por todos los medios posibles, pasábase la desgraciada Elvira los dias y las noches de claro en claro sin dar reposo á la lucha de encontrados sentimientos, que tenian dividida su deplorable existencia.

La nueva que llegó á la córte el dia mismo que debia haberse trasladado á Otordesillas, hizo variar de determinacion á don Enrique el Doliante, como ya saben nuestros lectores, y el dia del combate la cogió por tanto en Andújar.

Amaneció este dia, y nadie, en la córte pudo dar razon al rey, cuidadoso é impaciente, del ignorado paradero del doncel: don Luis Guzman fue el único que pudo esponer sencillamente como Hernando, fiel criado del doncel, le habia visitado en la noche del sarao, manifestándole sus dudas y temores, y encargándole el equipage de su amo mientras él se dedicaba á averiguar su paradero, de que tenia vagas sospechas. Pero afirmó en seguida que desde entonces no habia vuelto á

tener noticia alguna ni del doncel ni de Hernando. Todos los que conocían, sin embargo, el pundonor caballeresco de Macías, no dudaban un punto que se presentaría en la lid el día emplazado, tanto más cuanto que se habían publicado los convenientes edictos y pregones; á no ser que hubiese muerto, acontecimiento que nadie tenía motivos de sospechar. Muchos achacaron la ausencia del doncel á alguna hechicería de don Enrique de Villena y del judío, pero de sospecharlo á saberlo había tanta distancia como hay de la mentira á la verdad.

Regocijábanse en tanto secretamente aquellos dos intrigantes del feliz éxito de su manejo; sobre todo Villena, que había conseguido llevar á cabo su proyecto sin necesidad de cargar su conciencia con el peso de sangre ajena, descansando en la vigilancia de su emancipado juglar y en la fortaleza de su castillo, lleno todo de gentes de su devoción, curábase poco ya del combate, que mal podía verificarse sin la presencia del doncel. Verdad es que debía quedar condenada Elvira como calumniadora, pero esperaba que su mucho valimiento, y el que debía aumentársele sobre todo con el triunfo que el cielo le preparaba aquel día, le bastaría para salvar la vida de la infeliz Elvira; cosa que intentaba pedir inmediatamente á su alteza, proponiendo la conmutación de la pena que imponía la ley en un encierro perpétuo. De esta manera conciliaba el buen don Enrique, con el triunfo de sus intrigas, la tranquilidad de su conciencia, haciendo por una y otra parte transacciones con su ambición, y con la voz secreta que le gritaba en el fondo de su corazón, que no dejaba de ser culpable por haber evitado la muerte de Elvira y del doncel.

A pesar de la ausencia de éste, anunciaron los farautes el aplazado combate, y reunida la pequeña corte que llevaba consigo don Enrique el Doliente, éste se constituyó en audiencia sentándose debajo del dosel régio preparado para la ceremonia que debía verificarse.

Sentado su alteza, y rodeado del buen condestable Rui Lopez Dávalos, de su físico Abenzarsal, de su camarero mayor, y de las demás dignidades de palacio, compareció ante el trono, llamado por un faraute, el ilustre don Enrique de Villena, conde de Cangas y Tineo, precediéndole dos farautes suyos, y un escudero con el estandarte en que se veía lucir su escudo de armas ricamente recamado; seguíanle numerosos ca-

balleros y escuderos de su casa, vasallos suyos. Requerido por el faraute de su alteza, espuso brevemente la demanda que de justicia habia hecho en otra ocasion sobre la muerte de su esposa la condesa doña María de Albornoz. Concluida esta ceremonia, pidió cuenta su alteza á su canciller mayor del sello de la puridad de lo que en el asunto habia determinado: recordó éste el cargo que habia dado su alteza de averiguar el hecho al justicia mayor cometiéndole el cuidado del castigo. Adelantóse entonces Diego Lopez de Stúñiga, é hizo breve relacion de los pasos que habia dado para la averiguacion de aquel horrendo crimen, el cual sin embargo habia permanecido oculto; sin duda, añadió, por los incomprendibles juicios de Dios, que se reservaba el castigo de tan gran maldad. Oido el justicia mayor, prosiguió el canciller relatando como en ese tiempo se habia presentado una acusadora del mismo don Enrique de Villena, achacándole aquel propio crimen del que él habia pedido satisfaccion, y lo demas ocurrido en el caso.

Hizo entonces su alteza comparecer á la acusadora, la cual, guiada de Abenzarsal, á cuya custodia estaba confiada, pareció y espuso de nuevo en la misma forma que la habia hecho la funesta acusacion, no sin acompañarla de abundosas lágrimas, que manifestaban bien á las claras el estado en que se hallaba.

Tomósele de ella juramento, así como á don Enrique de la denegacion del delito, el cual prestaron ambos sobre los santos Evangelios.

Pidiéronse pruebas en seguida á la acusadora; no pudiendo la cual presentarlas, recordó el canciller que fundado en esto mismo se habia dignado su alteza ordenar la prueba del combate.

Alzóse en seguida un faraute de su alteza y en voz alta repitió que era llegado el dia en que aquel debia verificarse; lo cual hizo por medio de largas fórmulas, de que nos dispensarán nuestros lectores.

El canciller en seguida pidió los gages al acusado y acusadora, que le entregaron, aquel el guante arrojado por Macías el dia de la acusacion, ésta el anillo que en prenda de su persona habia entregado al rey en el propio dia. Recogidos ambos por el canciller, fuéles preguntando á los dos si se hallaban prontos para la prueba del combate que su alteza habia ordenado: esta pregunta estremeció á Elvira, que se vió sola en el mundo en aquel tremendo instante; pero Villena respondió á ella con insolén-

te sonrisa de triunfo y de satisfaccion. Requeridos á presentarse ante su alteza los combatientes ó sus campeones representantes, adelantóse el hidalgo Hernan Perez de Vadillo, que se habia mantenido oculto hasta entonces en el grupo de caballeros de la comitiva de don Enrique de Villena; Elvira al verle no fue dueña de sí por mas tiempo, lanzó un agudo chillido, y ocultó su cabeza entre los brazos de una dueña que la seguia. No se alteró el implacable Vadillo; hincándose por el contrario de hinojos ante su señor natural, pidióle la venia, dada la cual anuncióse como el campeón de don Enrique.

Este golpe inesperado, y que pocos en la córte sabian, hizo todo el efecto que el lector puede imaginar, reflexionando como reflexionaron los presentes que iba á presentarse un caso singular en semejantes combates. La muger acusadora por una parte, y el marido campeón del acusado por otra. Elvira al recibir tan terrible golpe se precipitó á los pies del trono exclamando:—¡Santo Dios! ¡Rey justiciero, no lo permitirás, señor!...

Era tarde ya, empero, para deshacer lo hecho, y el faraute impuso silencio á la acusadora, con duro gesto y ademan, separándola del trono.

Requirióse entonces á Elvira de que presentase su campeón, y á este requerimiento se sucedió el mas profundo silencio. Leíase en los ojos de Elvira la ansiedad con que esperaba el fin de aquella ceremonia. En aquel momento hubiera dado su existencia porque no compareciese el doncel. Temblaba á cada ruido que se oía; todo era para ella preferible al espantoso espectáculo de ver pelear por su causa á su esposo y á su amante.

Por último, vino á sacarla de su mortal angustia el tercer requerimiento del faraute.

Apenas habia acabado éste de pronunciarle, cuando prosternándose Elvira, y elevando al cielo las manos y los ojos,—Nadie, exclamó con loca alegría, nadie. ¡Yo os doy gracias, Dios mio! Señor, continuó dirigiéndose al rey, no tengo campeón; soy, pues, calumniadora; ¡la muerte presto, la muerte!

—Señor, se adelantó á decir el canciller al rey, que se levantaba para decidir en tan árduo caso, debo hacer presente á tu alteza que an-

tes de declarar infame al doncel tu favorito es fuerza esperarle en el palenque todo el día de hoy; si entonces no compareciere, á pesar de los pregones que habrán de repetirse en ese tiempo tres veces, la acusadora será ejecutada.

—Ya lo oís, señora, continuó su alteza; dentro de una hora concurrirá la corte al sitio del combate.

Una nube de tristeza profundísima enturbió la frente pálida de Eivira, que quedó sumergida en el silencio de la desesperación. Don Enrique de Villena triunfaba, y una mal reprimida sonrisa se dibujaba en sus labios. Hernan Perez de Vadillo parecia desesperado de no tener contrario, y de la inopinada tardanza.

—Señora, dijo don Luis Guzman, que veía con despecho triunfar á su enemigo, llegándose al oído de la infeliz acusadora; si mi brazo puede seros útil ved que diera mil vidas por ser el acusador.

—¡Ah! señor, repuso Elvira dirigiendo al caballero una mirada de agradecimiento, dejad morir á una desdichada. Levantó entonces los ojos al cielo, y añadió para sí con dolorosa expresión. ¡El ha muerto también! ¡Y mi esposo me desprecia! Bajó en seguida los ojos, y dos fautes, notando el pequeñísimo diálogo que quisiera prolongar don Luis Guzman, la separaron, advirtiéndole á éste que la ley prevenia toda comunicacion con la acusadora.

Bajó entre tanto su alteza del trono, y preparóse la corte á asistir al sitio del combate, donde debia esperarse al campeón de Elvira.

Don Luis Guzman vió salir á todos con despecho reconcentrado. Su silencio y su gesto manifestaban cuánto destrozaba su alma impetuosa el próximo triunfo que esperaba á su rival, y que él habia tratado en vano de impedir con su intempestiva y no aceptada generosidad.





CAPÍTULO XXXVIII.

Traidor sois, Payo Rodriguez,
El mayor que ser podia.
Yo vos haré conocer
Ser verdad lo que decia.
Entraré con vos en lid
Y en ella vos venceria.
—Mentides, Rui Paez Viedma,
Pai Rodriguez respondia.
Por eso sois vos reptado,
No yo que nada debia.
Diéronse luego sus gages,
Y en el campo entrado habian.
Procuran de se matar
Muy cruel batalla habian.

Sepúlveda, Rom.

—¿Pararemos aquí, si os parece? decia deteniendo su mula á la puerta de la hospedería de Andújar un hombre de quien ya hemos dado una pequeña muestra en la cena á oscuras que describimos en capítulos anteriores.

—Como gustéis, repuso su compañero de viaje, á quien solo por su muletilla favorita habrán conocido ya nuestros lectores.

—¡Ah, de la hospedería! ¡Buena gente!

—¿Quién es la buena gente? replicó una voz agria y descompasada, semejante al desapacible chirrido de un chicharra, la cual salia del endeble cuerpo de una vieja mal humorada que acababa de asomarse á una fenestra. No hay posada.

—Como gustéis, replicó apeándose Nuño; pero reparad, buena Beatriz, que somos, es decir, que soy vuestro compadre el de Arjonilla...

—¡Si digo que está llena la casa! no hay posada, compadre, tornó á decir la vieja.

—Como gustéis, Beatriz; pero ved que no la pido para mí, sino para esta mi bestia, que es como sabeis la niña de mis ojos; no hay mula mejor en la comarca; miradla despacio; es compra que le hice al prior del convento de Arjonilla; miradla, y compadeceos y hacedla un lugar en la cuadra.

—Os digo, replicó la vieja, que como no queráis meterla conmigo en mi camaranchon, no hay donde. Y no canseis, Nuño, concluyó la vieja; cerró despues de golpe la ventana, y se alejó con un gruñido prolongado, como se aleja tronando la tempestad.

—¡Buenas noches! dijo soltando una carcajada el compañero de viaje de Nuño.

—¡Maldita vieja! dijo Nuño. ¡Cuerpo de Cristo!

—Vaya, Nuño, no os desesperéis. Está visto que ha venido media Andalucía á la fama del juicio de Dios que se celebra por la prueba del combate en este pueblo, que Dios bendiga.

—¿Y qué hacemos, señor montero? ¿Os parece que nos recibirá en su audiencia el señor justicia mayor con mulas y todo?

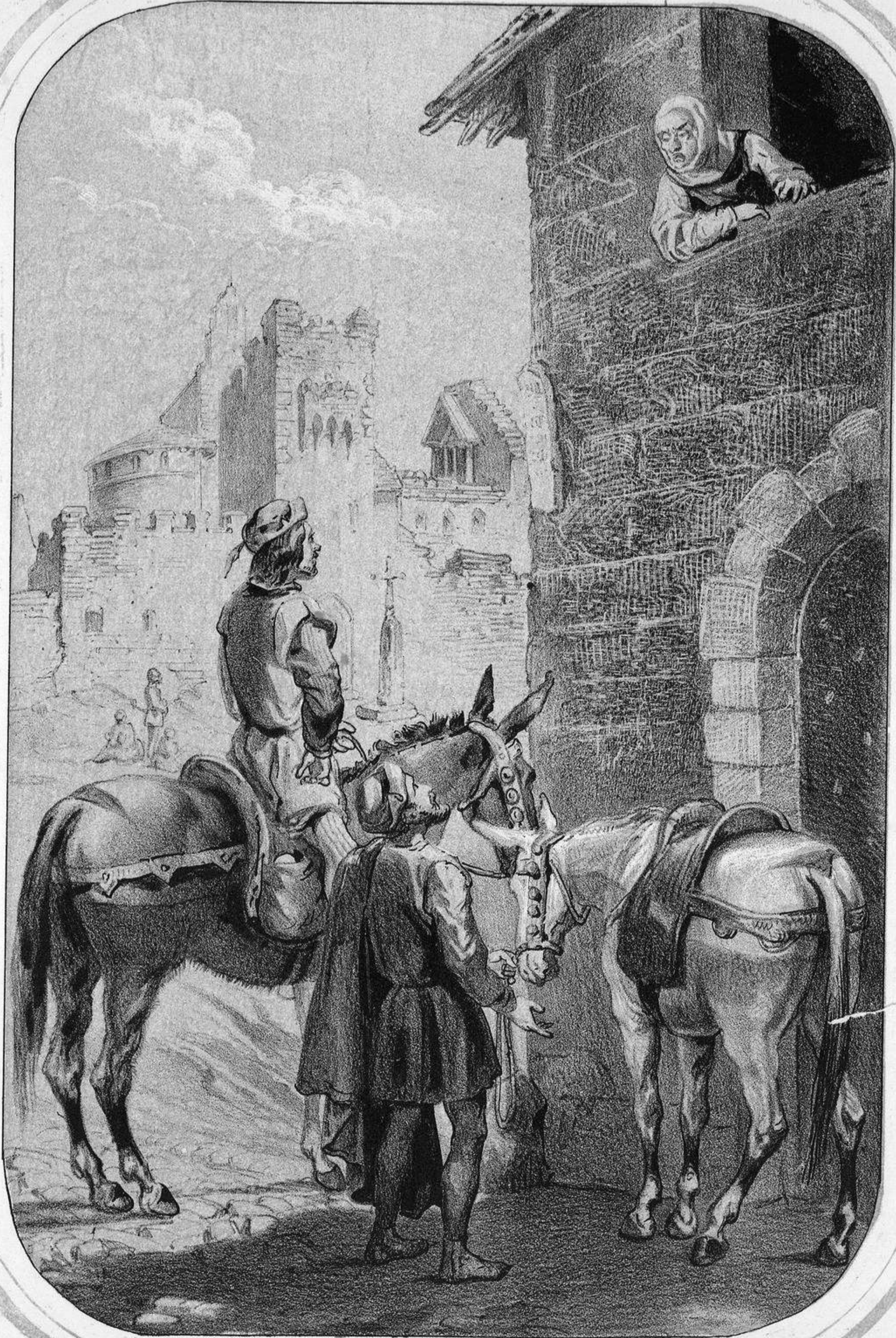
—Paréceme que no; pero pudieran quedar las bestias con el mozo en las afueras del pueblo.

—Como gustéis, repuso el buen Nuño.

Apeáronse nuestros viajeros, y dejadas las caballerías al mozo, dirigieronse hácia el palacio, donde se hallaba la córte hospedada.

—Hé aquí lo que yo digo, iba refunfuñando el montero. Dad el pie, y os tomarán la mano. Ofrecíme á hacer un servicio á Peransurez, y exigióme ciento. ¿No era bastante andar un dia entero tras unos hábitos viejos de nuestro padre San Francisco, que no fue poca fortuna encontrar, merced á las muchas liebres que regala uno al padre sacristan? No, sino veníos despues con letras para el señor justicia mayor de no sé qué dueña ó qué doncella encantada.... ¡Voto va! ¡Muchacho! añadió el montero deteniendo á uno que corria hácia la plaza del pueblo, ¿nos daréis razon del señor justicia mayor?

EL DONCEL DE D. ENRIQUE EL DOLIENTE



Que es como sabeis la niña de mis ojos; no hay mulamejor en la comarca: miradla.

¡Ah señor! en mala hora venís, repuso el muchacho; ya no dejan pasar los archeros y ballesteros hácia palacio; la córte va á salir al palenque.... ¿no veis cómo corre todo el mundo? Si venís á ver el duelo, mejor haréis en llegaros á la plaza. Acaso podréis acercaros al señor justicia mayor, que ha de estar allí, dijo el muchacho, y siguió corriendo. Agrupábase la gente cada vez mas por todas partes, y bien vieron nuestros viajeros que no les quedaba mas recurso que seguir el consejo del muchacho.

—¡Ea! vamos, dijo Nuño; si allí le podemos dar alcance, sea en buen hora; sino tenga Peransurez paciencia, y acabada la fiesta hareis su comision: ¿ha de correr tanta prisa?

—Mucho me dijo que urgía, pero á la buena de Dios. El hombre propone...

—Y Dios dispone, concluyó el buen Nuño. Siguieron en seguida el curso de la gente, y no tardaron en llegar á la plaza.

Habiase construido un palenque de ochenta pasos de ancho y de cuarenta de largo; en una estremidad un cadalso se hallaba levantado, y ricamente entapizado de paños negros; en él debian sentarse los jueces del campo.

Hácia el comedio de uno de los dos lados un balconcillo de madera, forrado de paño color de grana bordado de oro, debia servir para el rey y su comitiva. Al uno y otro lado del palenque dos garitas, semejantes á las que se construyen en el dia para los centinelas, estaban destinadas para dos hombres, que debian dar desde ellas lanzas y armas nuevas á los combatientes, en el caso de romper las suyas en los primeros encuentros sin acabarse el duelo.

Alrededor del palenque, y donde habian dejado lugar para ello las bocas calles, habian arrimado los habitantes carros y carretas para ver mas cómodamente el tremendo combate. Coronaba ya la concurrencia los puntos mas altos de la plaza, y empujábanse las gentes unas á otras en los mas bajos para alcanzar puesto cuando llegaron Nuño y su compañero.

—¿Habeis oido decir por qué es el duelo? preguntaban unos.

—Sí; respondian otros. El nigromante de don Enrique de Villena, que hechizó á su muger, es acusado por ello.

—Bien hecho; no, sino que nos hechicen cada y cuando quieran esas gentes que tienen pacto con el diablo.

—Callad, maldicientes, gritaba una vieja. ¿Qué sabeis vosotros de lo que decís? No la hechizó, sino que la condesa desapareció, y aseguran que fué muerta por unos bribones pagados, á causa de unos amores, lo cual se supo porque noches antes le habian dado una serenata....

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! mirad la madre Susana con lo que nos viene, exclamaba otro. Matóla su marido, si señor, y hay quien sabe el por qué. ¿Hubiera sino, una dama tan discreta y hermosa como la señora Elvira, muy amiga por cierto de la condesa y que estaba en sus secretos, cometido la ligereza de....

—Eso no, ¡pesiá mí! maese Pedro, interrumpió un mozalvete mal encarado; ¡que no ha menester una mujer muchos motivos para cometer una ligereza!

—¡Calle el deslenguado! gritaba una doncella bien apuesta, y ataviada para el combate como para una funcion; ¿qué sabe él lo que son mugeres? Deje crecer sus barbas y hable de tirar piedras.

—En hora buena, replicó el mozo; pero lo que yo digo es, que el combate no se verificará....

—¿No eh?

—No señor; porque el campeon de la acusadora no parece.

—Sí parecerá, repuso un recién llegado. En alguna redoma.

—¡Oh! y qué bien decís, ¡voto á tal! hay quien asegura que entre el judío.... maldiga Dios á los judíos.

—Amen.

—Amen.

—Amen.

—Pues sí, hay quien dice que entre el judío y el de Villena han echado un conjuro al señor doncel, aquel caballero tan cumplido, y le tienen en una redoma mas larga que la cigüeña de la torre, donde ha de estar cuarenta dias para convertirse luego en cuervo como el rey Artus.

—¡Otra tenemos! gritó soltando la carcajada un petrimetre incrédulo de aquel tiempo. ¡Buena está la invencion de la redoma! El he-

cho de verdad es que ese caballero tan cumplido andaba enredado en amores con la dama acusadora; hálos sorprendido el marido y...

—¡Jesus! ¡Jesus! Dios nos perdone, y qué cosas oye uno á los barbilampiños de estos tiempos, exclamó una dueña quintañona, hincando el codo para pasar, y mirando con ojos zainos á un mancebito que parecia mas reservado que el que tenia la palabra. ¡Hé aquí por tierra en un instante el honor de una dueña!

—Vaya, madre, no se enfade, repuso el que habia recibido la repasata, y cuide de su honra, sin andar enderezando la de nadie, que todos habemos menester....

—¿Qué irá á decir el desvergonzado? interrumpió toda azorada y encendida la quisquillosa mogigata.

—¡Ea! ¡ea! dijo Nuño; dejen esas cuestiones, y miren á los trompeteros que se entran ya en el palenque. Seor montero, veníos hácia acá; continuó, y veamos de dar la vuelta á la plaza, por si podemos llegar á dar esas letras que traeis al señor justicia mayor.

Acababan de entrar efectivamente en el palenque dos trompeteros anunciando con fúnebre sonido el principio de la ceremonia del combate. Venia detrás de las trompetas un rey de armas y dos farautes. Seguian ministriles con instrumentos músicos, y varios ministros del justicia mayor; dos notarios para testimoniar y dar fé de lo que acaeciese; los dos jueces del campo elegidos por su alteza, que fueron el muy buen condestable don Rui Lopez Dávalos y el juicioso y entendido en armas y letras don Pedro Lopez de Ayala. Detrás el justicia mayor Diego Lopez de Stúñiga, vestido como los demas de gala y ceremonia cerraba la comitiva. Subió toda al cadalso revestido de paño negro, en el cual se colocó segun la preeminencia de puestos debida al empleo de cada uno, y á ella se agregaron dos persevantes. Entró en seguida en su balconcillo, ó mirador, su alteza acompañado de su físico Abenzarsal, del arzobispo de Toledo, de su confesor fray Juan Enriquez, y de varias dignidades de palacio que á semejantes oficios debian seguirle.

Proveyeron los jueces la liza de gente de armas que asegurase el campo, y fueron treinta buenos escuderos con mas ballesteros y piqueiros; de los cuales colocáronse unos en ala bajo el balconcillo de su alteza, y otros en varios puntos extremos de la liza.

Entró en seguida un eclesiástico, y dirigiéndose hácia el extremo en frente de los jueces, donde habian hecho levantar estos un altar con preciosas reliquias y ricos ornamentos, y en el cual debia celebrarse el santo sacrificio de la Misa.

En frente del balconcillo de su alteza habianse levantado, bastante apartados entre sí, dos pequeños cadalsos de tablazon revestidos de paños negros bordados de oro; hasta el uno entró conducida y custodiada por cuatro archeros una muger jóven cubierta de un velo negro que la tapaba toda: ocultaba su blanca espalda y torneada garganta su cabellera brillante como el ébano. No era ya aquella perfecta hermosura fresca y lozana que había deslumbrado tantas veces á la córte toda de don Enrique el Doliente. Su rostro pálido y prolongado por la continua afliccion; sus ojos hundidos y rodeados de un cerco oscuro; su frente mancillada por la adusta mano del dolor; su mano descarnada y trémula; su paso vacilante y sus ardientes lágrimas manifestaban cuán grande era su pesar. Seguiale al lado, vestido de gala, el pagecillo Jaime, que de ver llorar á su prima lloraba tambien, y que la dirigia de cuando en cuando palabras de consuelo, de las cuales no eran contestadas unas, y otras ni siquiera oidas.

Hasta el otro cadalso ó tablado entró el ilustre conde de Cangas y Tineo, ricamente vestido, alta la cabeza y arrogante el paso. Llevaba rico jubon de raso negro columbino; calzas justas; un bohemio de paño negro guarnecido del mismo color; manga larga y angosta, con capilla de buitron; una jaqueta de raja recamada de oro le cubria apenas el jubon; cinto tachonado de que pendia una rica limosnera; zapatos de seda negros abiertos y acuchillados; un camison riquísimo de holanda, labrado, le volvia sobre el pecho y hombros, y un riquísimo collar de piedras y oro, de que pendia un San Miguel de este precioso metal, deslumbraba en su pecho al lado de la cruz roja de Calatrava. El manto de la órden encima completaba su magnífico arreo.

Precedíanle farautes suyos, su estandarte con el escudo de sus armas, y la caldera de rico-home, y le seguian escuderos, donceles, pages, caballeros y gentiles-homes de su casa, vasallos suyos, vestidos todos de ceremonia y paz con su señor.

Un alto crucifijo de plata reflejaba los rayos del sol á igual distancia

de uno y otro cadalso, en frente mismo del balconcillo de su alteza, y detras de él se veia sentado sobre un banco contiguo ya al palenque un hombre vestido con un capoton de seda encarnada, y cubierta la cabeza de una gorra de lo mismo. Un tajo á su lado, y una afilada cuchilla declaraban aun á los que mas de lejos le veían que era Mateo Sanchez, verdugo de su alteza, pronto á ejecutar á aquel de los dos que quedase por el combate convencido ó de calumniador, ó de reo.

Dispuesta ya la liza en esta forma, que hemos procurado describir todo lo mas fielmente que nos ha sido posible, mandaron los jueces al rey de armas y farautes dar una grida ó pregon anunciando el combate, que iba á verificarse en comprobacion del juicio de Dios á falta de otras pruebas, y mandando comparecer á las partes ó á sus campeones.

Presentóse en seguida á la puerta del palenque un caballero, alzada la visera, que todos reconocieron ser el hidalgo Hernan Perez de Valdillo: seguíanle dos pages con las libreas de Villena, llevando el uno la lanza y el otro un caballo de respeto. Venia ginete en un soberbio alazan encubertado con paramentos negros que le llegaban hasta los corbejones, con cortapisa de martas cebellinas, y bordados de muy gruesos rollos de argentería á manera de chapertas de celada, y por divisa las armas de don Enrique de Villena. Traia Hernan Perez vestido sobre su arnés blanco, como de caballero novel, sin empresa ni mote, un falso peto de aceituní vellud bellotado, verde brocado, con una uza de brocado aceituní vellud bellotado azul, calzas de grana, italianas, una esperuza alta de grana, y espuelas de rodete italianas: llevaba sus arneses de piernas y brazales con hermosa continencia. Su rostro era el único que estaba en contradiccion con la galana apostura de su arreo. Encendido como la lumbre, lanzaba rayos de sus ojos, y parecia medir con la vista el espacio del palenque, como si viniera estrecho á su cólera y su corage. Tres vueltas dió en derredor con gracia y gentileza, saludando á cada vuelta él y su caballo al mirador de su alteza y al conde su señor; dirigiendo, empero, una mirada de desprecio y de ira, sentimientos que se confundian en la espresion de su semblante, hácia la víctima infeliz de su propia virtud y generosidad.

Presente ya en la liza el defensor del acusado, requirieron los fa-

rautes por pregon al campeón del acusador por tres veces consecutivas, el cual no pareciendo, comenzó el oficio de la Misa.

Concluida ésta, requirieron de nuevo al acusador; igual silencio sucedió, sin embargo, al segundo y tercer pregon.

Elvira alzaba de cuando en cuando los ojos al cielo: no se podía distinguir si le daba las gracias por la ausencia de su campeón, que de ninguna manera hubiera deseado ver entonces allí, ó si lloraba la ya probable muerte del doncel. Sin creer en ésta, ¿cómo concebir que caballero tan generoso y enamorado pudiese dejarla en tan amargo trance desamparada, donde la cuchilla del verdugo esperaba su cabeza si su campeón no venia?

Dos largas horas pasaron en tan cruel expectativa. Impacientábase ya el concurso como si hubiera pagado el dinero por su asiento, y como si fuese aquella una función que estuviese ya su alteza obligado á darle, solo por el hecho de haber él concebido esperanzas de presenciársela. Circunstancia que prueba que el público de Andújar en el siglo xv se parecía á los públicos de todas las épocas y países. Había consentido en recrearse con los furibundos mandobles y reveses del combate: había contado con una diversion, porque generalmente las calamidades particulares son diversiones públicas, y la diversion no llegaba.

Comenzaba á levantarse ya un sordo murmullo de descontento y desaprobacion; quien hablaba contra Macías, caballero aleve y descortés que se había ofrecido al socorro de una dama para faltar despues á su palabra y su fé; quien se indignaba contra Villena achacando á sus cobardes maleficios la desaparicion del pundonoroso doncel.

Habían ganado terreno en este tiempo Nuño y su compañero, portador de las letras, que segun sus propias espresiones le había confiado Peransurez para el justicia mayor: ora sirviéndose de la persuasion, ora de sus codos, habianse abierto paso poco á poco hasta llegar á colocarse cerca del tablado de los jueces, dando la vuelta al palenque. Atraído un faraute á las voces de Nuño, no pudo menos de acudir á ver qué pretendía aquel palurdo; espúsole entonces el montero como tenia dos palabras que comunicar á su señoría al justicia mayor.

Miróle de alto abajo el faraute, y como le vió tan mal parado.—No

es ocasion, villano, le dijo, de pedir justicia. Id mañana á la audiencia.

—Ved que no es justicia lo que á pedirle vengo, ni son asuntos míos los que tengo que comunicarle.

—¡Calle el villano! repuso el faraute con enojo. ¿Qué asuntos traerá él con su señoría sino es alguna querrela contra el tabernero de la taberna del rincon?

—¡Voto va, señor faraute! replicó el montero al verse tan injustamente maltratado, que le enseñe yo á hablar antes de mucho....

—¡Favor al rey! grito el faraute.

—¿Favor al rey? pícaro, contestó el montero montando en cólera, ¿sabes tú, jabalí del soto mas que faraute, que lo que tengo que hablar á su señoría interesa acaso al mismo combate que debia hoy verificarse, y vale de seguro mas que tú, y todas las bestias feroces de tu especie?

Una carcajada del faraute, y un golpe que con la vara de su insignia dió al montero, acabaron de indignar á este, é iba á precipitarse ya sobre su antagonista, cuando un grandísimo rumor de voces y de aplausos resonó por toda la plaza.

—¡Dejadnos ver, dejadnos oír! clamaron á un tiempo mas de veinte curiosos de los que hasta entonces se habian entretenido con la disputa del faraute y del montero. A esta interrupcion inesperada se volvieron las cabezas de todos hácia el paraje donde sonaba el mayor alboroto.

Un caballero bien montado y armado de todas armas acaba de entrar en la liza, y dirigiéndose hácia el mariscal de campo, que preguntaba ya á su alteza si habia de procederse á la ejecucion de la acusadora, le hablaba con voz agitada y resuelto continente.

Traia el caballero echada la visera; sus armas negras, el penacho negro que sobre su reluciente almete ondeaba á la merced del viento, y mas que todo una divisa que en el brazo derecho llevaba ricamente obrada, y que decia en letras de plata *imposible, venganza*, llamaron la atencion general.—¡El es! gritó una voz penetrante que se elevó hasta las nubes desde el cadalso de la acusadora.—¡El es! ¡él es! respondieron en el acto mil y mil voces confusas y repetidas.

—¿Habrás salido Hernando con la suya? dijo el montero á Nuño.
¡Háse salvado el doncel!

Proseguia, sin embargo, el altercado del caballero y del mariscal: llegó éste al tablado de los jueces, y despues de una corta explicacion, pareció que éstos habian decidido acerca de la duda que tenia el mariscal.

Grande fué el asombro de don Enrique de Villena, y mayor aun su indignacion.

¿Era posible que Ferrus hubiese dado suelta al encerrado doncel? Conocióse su turbacion en toda la plaza, y hubo de parecer buen agüero á los que se inclinaban á la parte de la acusadora.

El rostro de Hernan Perez por el contrario brilló de un resplandor singular. Afirmóse en los estribos, registró con su vista relumbrante á su contrario, y dando con el cuento de la lanza en el suelo, «¡Venganza, sí! clamó: ¡venganza!» Dió en seguida media vuelta á su caballo, y ocupó el lado izquierdo del palenque en la terrible actitud ya de acometer. Otro tanto hizo el recién venido, y tomó de mano de uno de sus dos pages una ponderosa lanza.

El rey de armas, acompañado de dos farautes, descendió entonces del tablado; midieron en seguida el suelo, dividieron el sol, é indicaron su debido puesto á ambos combatientes.

Dirigiéndose en seguida Hernan Perez de Vadillo, conducido por el rey de armas, hácia el crucifijo, y tocándole con la diestra mano, juró á fé de cristiano y de caballero, por su alma y por la vida que iba á perder acaso en aquel trance, que su demanda era justa y buena, y que no traia sobre sí ni sobre su caballo armas ocultas, ni yerbas, ni hechizos, ni piastron, ni ventaja alguna de las reprobadas por la órden de caballería: vuelto á su puesto, igual juramento repitió, y en la misma forma, el caballero de las armas negras, colocándose de nuevo en seguida al frente de su adversario.

Al ver tan próximos al último trance á entrambos combatientes, no pudo contenerse por mas tiempo Elvira.

—¡Señor! clamó prosternándose con los brazos abiertos y dirigidos en actitud suplicante hácia el mirador de su alteza, ¡basta! quiero ser antes calumniadora. ¡Lo soy, señor, lo soy!

Pero en aquel momento la atención de todos se hallaba fijada en los gallardos combatientes, y una confusa gritería de aplauso y de temor al mismo tiempo sofocó la débil voz de la acusadora. Desanimada Elvira enteramente, dejó caer su cabeza sobre el pecho, y enagenada desde entonces apenas vió y oyó lo que en torno suyo pasaba.

Al punto los jueces del campo mandaron al rey de armas y al faraute dar una grida ó pregon que ninguno fuese osado por cosa que sucediese á ningun caballero á dar voces ó aviso, ó menear mano ni hacer seña, so pena de que por hablar le cortarian la lengua, y por hacer seña le cortarian la mano. Sucedióse á este pregon el mas profundo silencio, interrumpido solo por un ligero murmullo que producía el montero irritado todavía, profiriendo entre dientes algunos juramentos contra el faraute; ni atendió el pregon, ni pensaba sino en llevar á cabo la entrega de sus letras, mas bien por terquedad ya que por otra razón cualquiera. Aplacáronle, sin embargo, algun tanto los que le rodeaban.

Al mismo tiempo mandaron los jueces sonar toda la música de ministriles con grande estruendo, y en tono rasgado de romper la batalla; reconoció el rey de armas, acompañado del mariscal, las armas de los desafiados, y hecha la señal soltaron los farautes la brida del bocado de los combatientes que tenían cogida gritando á una voz: *Legeres aller, legeres aller, é fair son deber*, según la fórmula provenzal introducida en duelos singulares, justas y torneos.

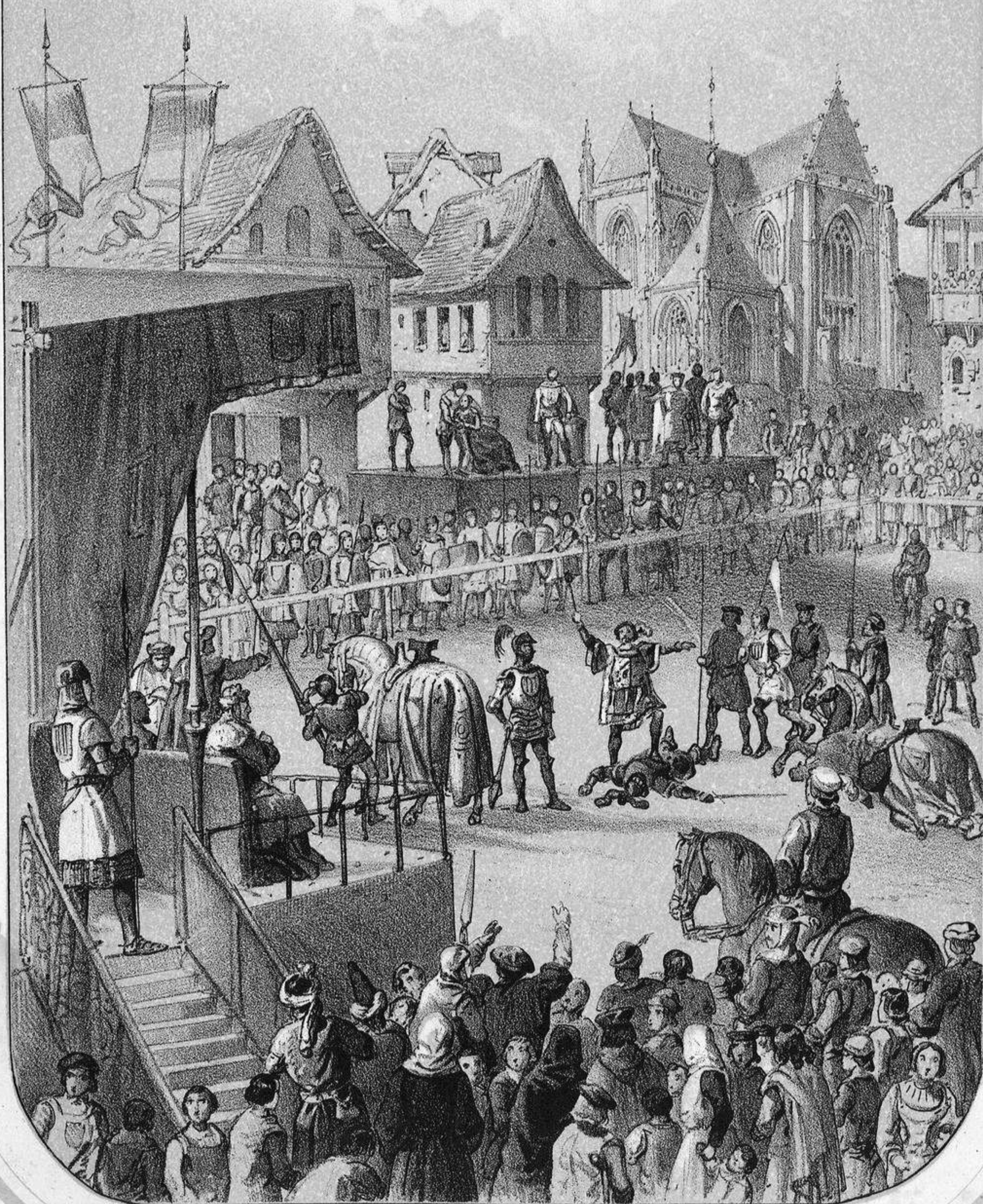
Arrancaron al punto los caballeros con las lanzas en los ristes, arremetiendo uno contra otro con singular furia y denuedo. General fue la expectativa y el ansia al choque de los combatientes, que se encontraron entre nubes de polvo en medio de su carrera. Rompieron entrambos sus lanzas. Hernan Perez encontró al caballero de las armas negras en el arandela, desguarneciéndole el guarda brazo derecho, y éste encontró á Hernan en la bavera del almete. Vacilaron entrambos caballos de la sacudida, pero repuestos en el mismo instante del súbito golpe, concluyeron su carrera airosamente. Tomaron los caballeros lanzas nuevas, y en tres carreras sucesivas no se decidió la ventaja por ninguna parte. Al fin de la tercera, furioso Hernan Perez del poco efecto de las lanzas, quebró la suya contra el suelo, y revolvió des-

nudando la espada sobre su contrario, que vista la accion adoptó igual determinacion. No daba Elvira, sumergida en el mas profundo estupor, señal de vida, y mudaba los colores don Enrique de Villena á cada encuentro, como aquel cuya fortuna dependia del éxito del combate. A pesar de las buenas muestras que daba el novel caballero, ponian todos por el de lo negro, cuyos altos hechos de armas anteriores eran demasiado conocidos para osar poner en duda su ventaja.

El que mas animado parecia era nuestro montero, á quien el corage habia acabado de acalorar; pero cuando no pudo reprimirse fue cuando despues de un largo rato de incierta lucha rompió Hernan Perez su espada en el almete del caballero de las armas negras, quedando desarmado. «¡A él! ¡á él!» gritó fuera de sí al aventajado de lo negro, que descargando su acero sobre el indefenso desguarnecióle el brazo, haciéndole una profunda herida á lo largo de él. Apartó Vadillo su caballo como buscando una arma nueva, y tratando de evitar el segundo golpe con que su contrario le amenazaba ya; accion que puso una pequeña suspension en el combate, merced á la habilidad con que logró, manejando su bridon, burlar repetidas veces la intencion del enemigo.

Un faraute entre tanto se apoderó del montero, y llevado ante los jueces del campo, íbasele á imponer la pena, que hubiera sufrido á no haber hecho presente que traía letras para el justicia mayor. Abriólas éste, y recorriólas rápidamente. No bien las hubo leído, cuando se alzó en pie para mandar la suspension del combate. Era tarde ya, sin embargo. Convencido Vadillo de que podia durar muy poco lucha tan desigual, decidióse á echar el resto, y asiendo de su hacha de armas detuvo su caballo y esperó resuelto al contrario, que le acometió, causándole de nuevo otra herida en un costado. Aprovechándose Vadillo entonces del momento, soltó la brida del caballo, y alzando con ambas manos el hacha y clamando, «¡Venganza! ¡venganza!» descargó tan furioso golpe sobre el caballero de las negras armas, sin darle tiempo de revolver su caballo, que faltándole el almete hizole dar con la cabeza en el cuello del animal: aturdido de ambos golpes, el caballero abrió los brazos, separáronse sus piernas del vientre del caballo, y perdiendo ambos estribos vino al suelo mal parado. «¡Victoria! ¡Victoria!»

EL DONCEL DE D. ENRIQUE EL DOLIENTE.



“ ¡ He aquí, clamó en voz alta, he aquí el juicio de Dios. ¡ ”

Urrabieta inv. y lit.º

Lit. de J.J. Martínez Madrid.

clamaron á un tiempo los circunstantes, sucediendo á la aclamacion el mas profundo silencio. A este tiempo Vadillo, habiendo echado ya pie á tierra, se precipitó sobre el caido con ánimo de cortarle la cabeza, idea que llevara á cabo á no detenerle un faraute que de órden de los jueces dió por concluido el combate. Miró Vadillo al cielo despechado, y descansó en seguida sobre su hacha de armas, sin separarse empero de la víctima, y en la misma actitud en que nos pintan á Hércules sobre su maza. Elvira al oír el grito de victoria alzó los ojos, vió el éxito del combate, y cerrándolos horrorizada se lanzó en los brazos de Jaime, ocultando en ellos su cabeza. Don Enrique de Villena entre tanto ostentaba en su semblante la alegría del triunfo, que no habia esperado conseguir.

Mientras que el justicia mayor habia llegado á su alteza seguido del montero, y le hablaba cosas sin duda del mayor interés, el rey de armas se adelantó hasta el vencido, y poniéndole un pie sobre el pecho, y tocándole con su maza: «¡*Hé aquí*, clamó en voz alta, *hé aquí el juicio de Dios!*» Don Enrique de Villena es inocente. Elvira es calumniadora. *Hé aquí el juicio de Dios.*

Un grito de horror resonó por toda la concurrencia, que sabia bien la suerte que esperaba á Elvira. Efectivamente, segun las leyes de semejantes juicios, la acusadora debia ser en el acto degollada; el campeon vencido, si habia quedado con vida, debia ser desarmado y desnudado; las diversas piezas de sus armas esparcidas aquí y allí en el campo de batalla, y permanecer él en tierra hasta que su alteza declarase si queria ajusticiarlo ó perdonarlo. Sus bienes habian de ser ademas confiscados en favor del erario, despues de reintegrado el vencedor de sus costas y perjuicios; y si quedaba muerto debia ser entregado al mariscal del campo para ser suspendido por los pies en un patíbulo.

Disponíanse los archeros á conducir á Elvira al suplicio, estaba ya en pie el impassible verdugo, y repetia por tercera vez el rey de armas su grida de *¡hé aquí el juicio de Dios!* cuando se notó que su alteza hacia señal de suspension con el pañuelo. Alzado en pie entonces el justicia mayor, «El combate nada puede probar ni decidir, clamó en alta voz. La condesa doña María de Albornoz vive, y don Enrique

de Villena es, sin embargo, culpado de felonía sino de su muerte.»

Estas terribles palabras, que repetían los que estaban mas cerca á los que no las habían oído, estendiéndolas como se estienden á lo lejos las ondas de un estanque donde ha caído una piedra, produjeron la mayor expectativa en la asamblea, y fueron un rayo para don Enrique.—¡Todo es perdido, clamó todo!

—Sí, continuó Diego Stúñiga. La Providencia es justa; ella ha salvado á la condesa! hé aquí sus letras, y presto acaso su llegada á Andújar confirmará tan alegre nueva.

No bien había acabado de hablar el justicia mayor, se hendió la multitud, que rodeaba una puerta de la liza, y se vió llegar á rienda suelta una cabalgata que no tardó en entrar en el palenque.

—¿Es posible? se preguntaban unas á otras mil voces confusas y atropelladas; ¿es posible? ¡La condesa! ¡la condesa!

Doña María de Albornoz, pálida como la muerte, revestida aun del negro cendal con que había salido de su prision, y seguida de Peransurez y de varios armados, se dirigió á apearse ante su alteza, que la recibió en sus brazos. Don Enrique, confundido, se ocultó entre sus caballeros, y Elvira, luchando entre la duda y la esperanza, permaneció inmóvil, ora clavando los ojos con estúpido terror en el cuerpo del vencido, que yacía en tierra todavía, ora queriendo descifrar si era efectivamente su antigua amiga la que venía á librarla de la muerte que tanto había deseado.

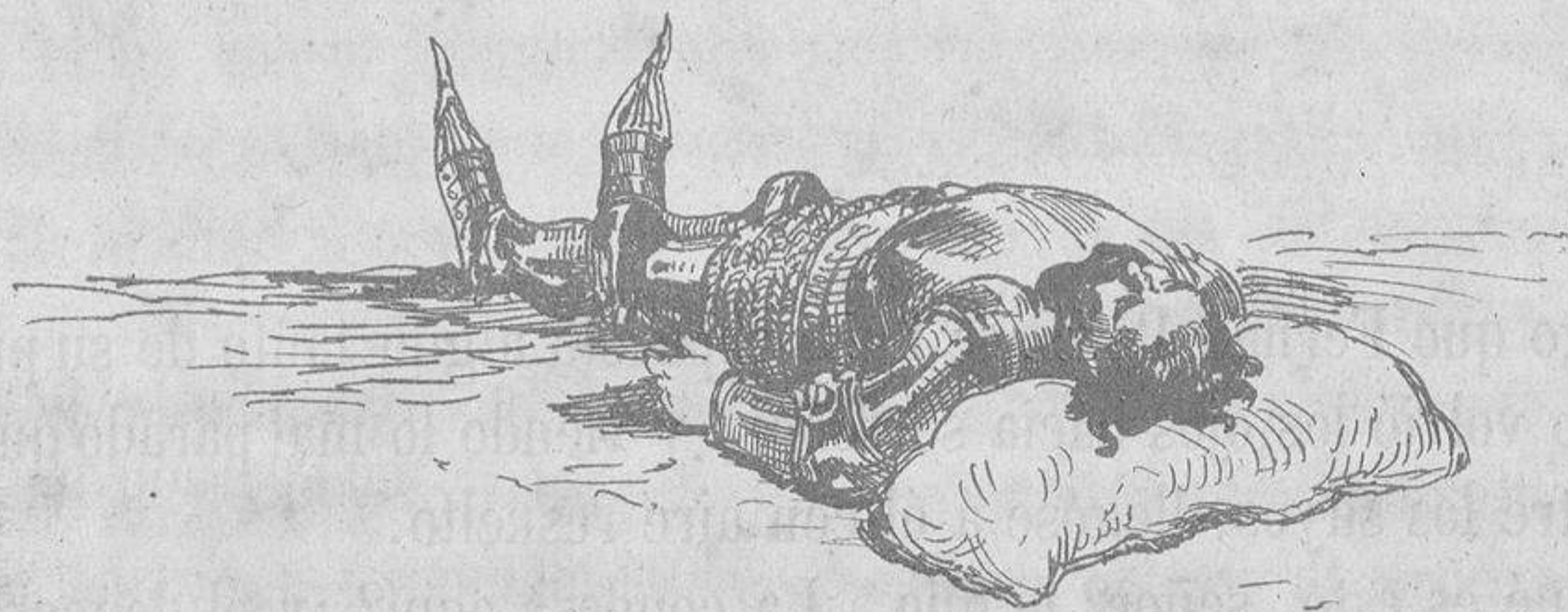
Informada la condesa anteriormente por Peransurez de cuanto había ocurrido durante su prision, corrió en seguida á los brazos de Elvira, que la recibió en ellos con la insensibilidad de una estatua para quien nada tenía ya interes en el mundo.

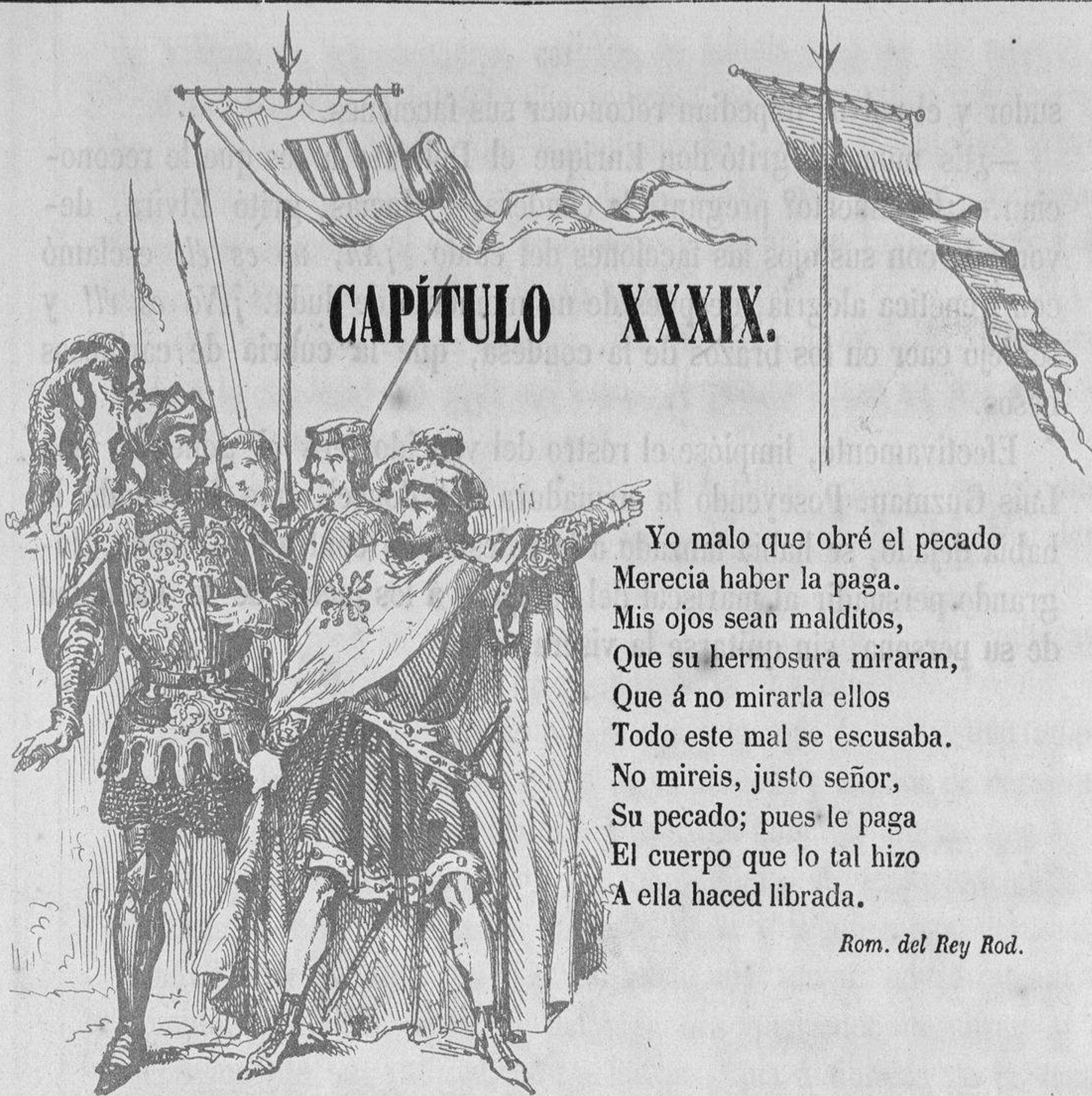
Entre tanto, llegando los jueces y el rey de armas al caído, desenlazáronle el almete: al respirar el aire libre pareció dar señales de vida, volviendo en sí lentamente. Su alteza, que había bajado de su balconcillo, se encaminó con toda la córte hácia el sitio que había sido teatro de la batalla, lleno del mas vivo interes por su doncel. La condesa, no menos animada del celo de su defensor, arrastró á Elvira hácia el mismo parage. La sangre que había vertido el caballero por los oídos y las narices al recibir el golpe de Vadillo, juntamente con el

sudor y el polvo, impedían reconocer sus facciones.

—¿Es muerto? gritó don Enrique el Doliente á los que le reconocían.—¿Es muerto? preguntó la condesa.—¡Macías, gritó Elvira, devorando con sus ojos las facciones del caído. ¡Ah, no es él! exclamó con frenética alegría, despues de un momento de duda. ¡No es él! y se dejó caer en los brazos de la condesa, que la cubria de cariñosos besos.

Efectivamente, limpióse el rostro del vencido: era el generoso don Luis Guzman. Poseyendo la armadura del doncel, que Hernando le habia dejado, se habia lanzado á la palestra en contra de Villena, logrando persuadir al mariscal del campo y á los jueces de la identidad de su persona, sin quitarse la visera.





CAPÍTULO XXXIX.

Yo malo que obré el pecado
Merecia haber la paga.
Mis ojos sean malditos,
Que su hermosura miraran,
Que á no mirarla ellos
Todo este mal se escusaba.
No mireis, justo señor,
Su pecado; pues le paga
El cuerpo que lo tal hizo
A ella haced librada.

Rom. del Rey Rod.

Luego que Fernan Perez se hubo repuesto algun tanto de su primer asombro volvió los ojos hácia su señor, y viendo lo mal parado que estaba entre los suyos, llegóse á él con aire resuelto.

—¿Qué es esto, señor? le dijo. ¿La condesa aquí? ¿y el doncel?

—¿Qué ha de ser, Vadillo? repuso Villena: el infierno todo, que anda mezclado en mis asuntos. Mi castillo está en manos de traidores. La fuga es nuestra salvacion.

Dichas estas palabras, aprovechóse el conde de Cangas de la confusion general, y salió del palenque con Vadillo, y sus caballeros y vasallos, antes que pensara nadie en impedirselo; armándose en seguida y montando precipitadamente á caballo, tomaron á rienda suelta el camino de Arjonilla, donde le pareció al conde que debia hacerse fuerte, y esperar el sesgo contrario ó favorable que quisiesen tomar las cosas. En el camino hubo de confesar toda su conducta el intruso maes-

tre á Fernan Perez. A pesar de su nunca desmentida fidelidad, no pudo disimular éste un gesto de desprecio, hijo de la consideracion del carácter de aquel hombre, imperfecta mezcla de ambicion y pusilanimidad. No creyó, sin embargo, oportuno abrumarle con reconvenciones en la hora de su desgracia; desesperado de no haber acabado como creía con el hombre que le habia ofendido en lo mas delicado de su honor, y cuya muerte habia jurado, suplicó al conde le permitiese adelantarse en su excelente caballo, para advertir su llegada al castillo y tomar disposiciones de defensa, segun le dijo, pero en realidad con ánimo de que no se escapase por esta vez á su furor el doncel, si estaba todavía aprisionado, como debia presumirse de su ausencia en el combate.

Advertida de allí á poco en el palenque la fuga del conde y de los suyos, fue tal la indignacion de su alteza al verse de esta manera burlado por su mismo pariente, á quien tantos favores habia dispensado, que á pesar de los ruegos de doña María de Albornoz y de Elvira, pudieron mas con él las sugerencias del pérfido judío Abenzarsal. Este, para salvarse y no verse arrastrado en la ruina del conde, no halló otro recurso que cortar el cable que unia su suerte á la del caido maestre, y como un buen palaciego, fue el primero que manifestó la mayor indignacion contra Villena. Despachó, pues, el rey en seguimiento del conde al justicia mayor con numerosa comitiva de caballeros y hombres de armas, dándole orden de traerle á su presencia vivo ó muerto, y de salvar á toda costa al doncel de su venganza si existia en su poder todavía, como debia sospechar de las informaciones que dió sobre el caso Peransurez.

Deseosa, sin embargo, la generosa condesa de endulzar el rigor de la ley por una parte, y por otra de cooperar á la libertad del doncel, que tan noblemente habia abrazado su causa desde un principio, y que por ello se veía en eminente peligro, se decidió á seguir al justicia mayor á Arjonilla, acompañándola Elvira, Jaime y Peransurez; aturrida todavía aquella con los singulares y opuestos acontecimientos que por ella habian pasado en aquel dia, y fieles los otros dos como siempre á la generosa empresa que habian abrazado. La impaciencia que á los cuatro animaba no les permitió esperar á la partida mas lenta del

justicia mayor y de su tropa. Llevando ademas mejores caballos, ganáronles prontamente la delantera.

En el castillo se habia aplacado entre tanto el desórden y la confusion, producidos por la fuga de la condesa. Ferrus y Rui Pero se habian cerciorado con satisfaccion, que solo uno de los prisioneros se habia escapado. Era, en verdad, el mas importante; pero Rui Pero se puso á la cabeza de unos cuantos hombres armados con no pocas esperanzas de recobrar á los frailes fugitivos, que habiendo salido á pie no podian haber andado mucho. Hubieran logrado su intento á no haber tenido tiempo Peransurez para llegar á la venta de Nuño; pero una vez allí, desnudáronse su disfraz, tomaron consigo unos cuantos monteros colegas de Peransurez, y rodeando por el monte y sonando sus vocinas en son de caza, lograron burlar la vigilancia de los emisarios de Rui Pero, que buscaban dos frailes franciscanos, y no una compañía de cazadores. La condesa creyó oportuno avisar de su situacion á su alteza por medio del mismo Nuño y de su compañero de viaje, por si se frustraba su fuga, ó por si no podia, llegar á Andújar tan presto como era su intencion, á pesar de la poca distancia que hasta allí habia. Nuestros lectores han visto cómo desempeñó Nuño su comision, y pueden figurarse que Rui Pero y los suyos recorrian todavía inútilmente los alrededores de Arjonilla. Ferrus, poco militar todavía y aturrido con cuanto le pasaba, no habia pensado en relevar las centinelas; y habiéndose convencido por una rejilla interior de la prision del doncel de que existia en su poder, permanecia Hernando en su puesto con su alano, bien decidido á vender cara su vida sino podia salvar á su señor; viendo que nadie se acordaba de él, se determinó por último á abandonar su guardia, y á buscar alguna otra manera de salvar á Macías. Echó á andar para esto á lo largo de la muralla, calada la visera de la mala celada que habia robado al difunto, y no le costó dificultad introducirse en lo interior del castillo, que por lo desmantelado servia de cuartel á los hombres de armas. No osaba preguntar por no delatarse á sí mismo; pero calculando la forma del edificio, anduvo con aire resuelto como si fuese á cosa hecha ó llevase alguna órden, y se acercó á un corredor ancho adonde caía efectivamente la escalerilla que daba entrada á la prision del doncel. Felizmente conservaba to-

davía las llaves en su poder, y Ferrus con la mayor parte de su fuerza se ocupaba en distribuir atalayas en las murallas, y en examinar de continuo el campo por ver de divisar á Rui Pero, de quien no dudaba que volviese con su presa.

Quedábale que vencer á Hernando una dificultad. En lo alto de la escalera habia un centinela, á quien Ferrus habia encargado la vigilancia.

—¿Quién va? preguntó éste á Hernando luego que le vió acercarse.

—Compañero, repuso Hernando, tratando de ganarle por buenas, y aun de relevarle si podia, ¿cae hácia esta parte la prision?

—Atras. Parece que es nuevo el compañero segun la pregunta. Aquí cae; pero atras.

—Ved que os vengo á relevar. ¡Voto va! podeis iros ya á descansar.

—¿A descansar, y hace un cuarto de hora que estoy en esta faccion?

—Malo, dijo para sí Hernando.

—No conozco yo la voz de ese compañero, dijo entre dientes el centinela armando su ballesta. ¡Ea! atras digo.

—¡Cuerpo de Cristo! exclamó furioso Hernando, viendo que su astucia no habia surtido efecto; si no conoces mi voz, jabalí, conocerás mi mano. Dijo, y se abalanzó sobre el contrario. Retrocedió éste gritando, «¡traicion! ¡traicion!» y disparó su ballesta: recibió Hernando la saeta en el brazo izquierdo; pero no haciendo mas caso de ella que de la picadura de un insecto, levantó su mano de hierro, y asiendo del centinela por la garganta, alzóle del suelo, dióle dos vueltas en el aire con la misma facilidad y desembarazo que da vueltas un muchacho á su honda, y despidiólo contra la pared del corredor, donde produjo el infeliz un chasquido hueco, semejante al de una inmensa vejiga que revienta, cayendo despues al suelo sin mas accion que un costal ó un haz de fagina. Arrancóse en seguida la saeta del brazo Hernando, y pasándola por los talones del vencido, colgólo en la pared de una fuerte escarpia que servia para suspender de noche una lámpara, donde le dejó cabeza abajo en la misma forma que hubiera

hecho con un venado. Sin reparar en la sangre que de su herida corría, abalanzóse despues Hernando con las llaves á la escalera, la cual bajó con la misma prisa y ansiedad y latiéndole el corazon con la misma fuerza que si le esperase abajo una querida que fuese á ver solo por primera vez.

El desdichado doncel, que ningun ruido habia vuelto á oír desde su encierro en aquel subterráneo, sino era el monótono rumor del torrente, que casi debajo de sus pies corría, paseaba entretanto su estancia con paso largo y precipitado, indicio de la agitacion de su alma.

—¡Elvira, decia hablando con su señora, Elvira, hé aquí el estado infeliz á que á reducido tu obstinacion á tu amante desdichado! ¡Te lo predigo! ¡No oíste mi voz! ¡No creíste mis palabras! Goza ahora, goza tranquila en los brazos de tu esposo esa felicidad maldecida que yo solo perturbaba. ¡Ah! ¡Traidor Villena! ¡Ah fementido Hernan Perez! ¡De esta suerte me vencereis! ¡Yo siento su mano aun dentro de la mia! ¡Siento su corazon latir fuertemente contra el mio; la veo, la oigo; sus lágrimas ardientes corren aun á lo largo de mis mejillas! Su voz trémula y agitada, su voz ronca de pasion, ahogada por el amor, pidiendo piedad y misericordia, resuena aun en mis oidos. La estrecho entre mis brazos. Dia y noche desde entonces siento sobre mis labios la opresion dulcísima, el calor inmenso de los suyos. ¿No lo sientes, Elvira, tu tambien? ¡Nunca se apagará este ardor y esta memoria! ¡Es fuego, es fuego, es el amor entero, es el infierno todo sobre mis labios desde entonces!

El mayor abatimiento sucedió á este corto estravío de la razon del doncel.

Una llave sonó de repente en la cerradura de su prision, y un momento despues se hallaba en los brazos de Hernando. No acababa el prisionero de creer á sus ojos.

—Ea, señor, dijo Hernando despues de una breve pausa, conoce á tu montero. Toma esta espada. No es la tuya, señor; es la de un villano; pero en tus manos será la del Cid. A mí me basta un venablo. Salgamos.

—¿Adonde, Hernando? ¿Quién te trajo? ¿donde estoy?

—Despues, despues, repuso Hernando mirando á todas partes con

la mayor inquietud. El grito del centinela puede haber dado la alarma y urge el tiempo.

—No, Hernando; déjame morir en esta soledad, repuso el doncel con dolor. No la veré aquí al menos acariciando á otro.

—Te ciega tu pasion, Macías, contestó el montero. Huyamos. Ven de grado, sino quieres venir á tu pesar.

—Disponíase el montero á cumplir su amenaza apoderándose á viva fuerza del doncel, proyecto que hubiera llevado á cabo fácilmente, ayudado de su robusto brazo, cuando un sordo estruendo de armas se dejó oír en el corredor.

—¡Voto á tal! exclamó Hernando aplicando el oído. Me han descubierto los traidores; vendámosles caras nuestras vidas.

Dichas estas palabras asió el montero de un brazo del doncel, y obligóle á subir con él la escalera.

—¡Traicion! ¡Traicion! gritaban en lo alto de ella varios soldados que se preparaban á impedir la evasion de los fugitivos. De allí á poco se trabó un combate encarnizado en el corredor. Cargaba mas gente por momentos, y Ferrus, que había reconocido al montero, animaba á los suyos con promesas y amenazas.

—Ven, villano, gritaba Hernando á Ferrus, ven juglar infame: yo soy el que ha librado á la condesa, yo el que habia de librar á mi señor. Llega, y probarás mi venablo.

—A él amigos, á él, gritaba Ferrus sin dar reposo á los suyos: él es el traidor; ¡muera Hernando, muera!

Macías, animado con la pelea, se defendia valientemente haciendo prodigios de valor, y derribando cuanto se oponia á su paso; pero era evidente que hallándose como se hallaba desarmado, no podria resistir por mucho tiempo al número de sus contrarios. El y Hernando se vieron precisados despues de haber derribado inútilmente á algunos de sus enemigos á refugiarse hácia la prision. Acababa de entrar Macías en ella, cuando se abrió paso por entre los que le acosaban un caballero gritando con la espada desnuda:—¡Ténganse todos! ¡fuera villanos! ¡A mí! ¡dejadme á mí! El doncel me pertenece.

—¡Fernan Perez! gritó fuera de sí el doncel cobrando nuevo valor, y dirigiéndose hácia el enemigo que acababa de llegar.

Suspendiéronse á la voz de entrambos los combatientes, y Hernan Perez solo se precipitó tras Macías en la prision. No pudo evitar esto Hernando, ni menos que Fernan Perez, dentro ya con su rival, corriese un enorme cerrojo que por dentro la cerraba. Agoviado por el número de los que le rodeaban y querian rendirle, quedó en la escalera jurando y blasfemando de su mala suerte, que le impedia ayudar á su señor. Haciendo entonces el último esfuerzo, atravesó con el venablo á dos de los que mas cerca tenia, y abrióse paso por entre los demas, aterrados de la muerte de sus compañeros. Precipitóse en seguida sobre Ferrus, que huía despavorido por el corredor seguido de su alano, el cual amenazaba con los dientes hacer presa en el primero que tocase á su amo; y asiendo al juglar de la garganta.

—Villano, le gritó, condúceme á las cadenas del rastrillo de la prision, ó eres muerto.

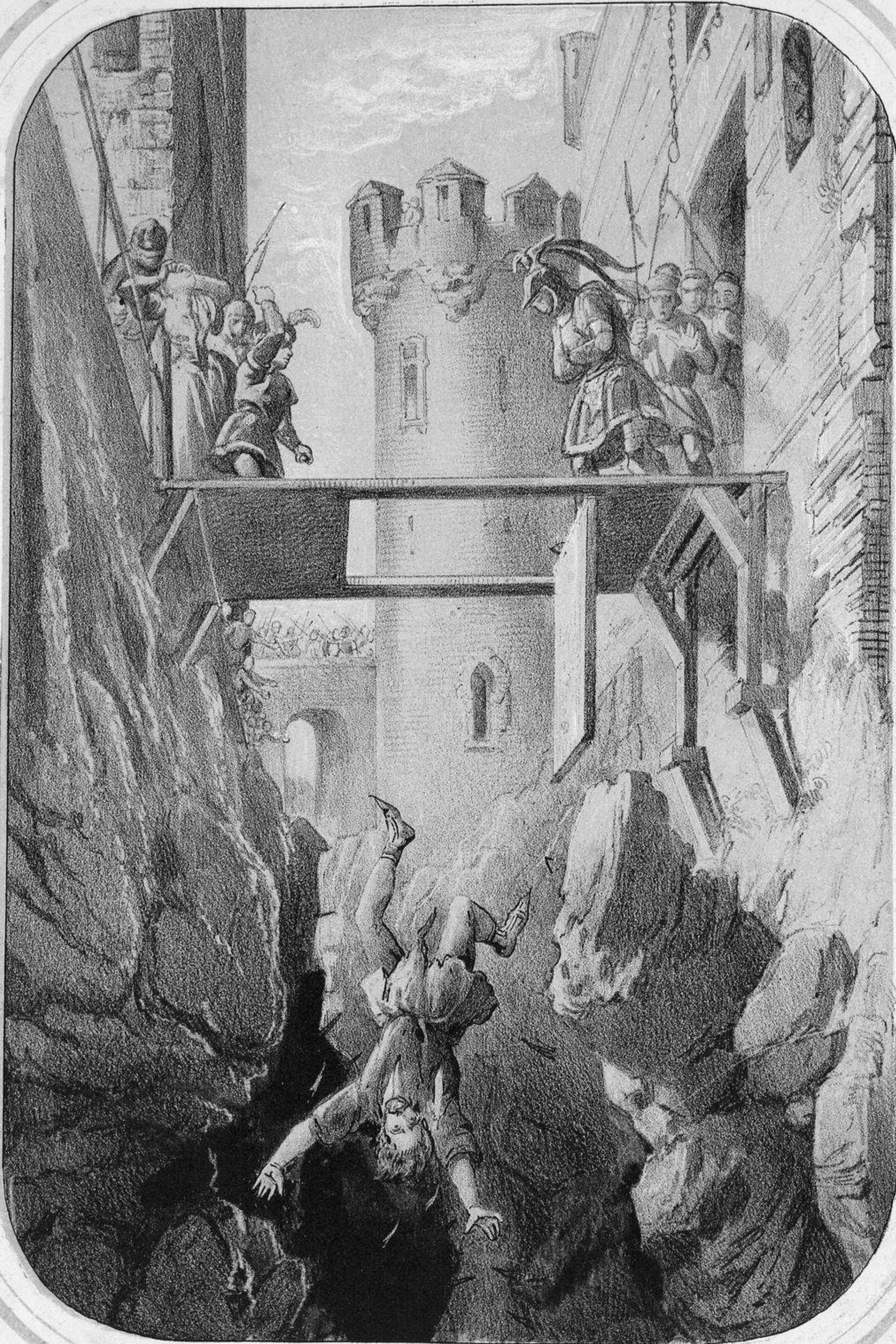
—No osaba llegar á Hernando ninguno de los del castillo, temerosos de que clavase el venablo en su alcaide á la menor contradiccion; Ferrus entre tanto aterrado,—¡Ah, señor! clamó, si me perdonais la vida, yo os llevaré donde gustéis.—Ea, pues, vamos, replicó Hernando, y llevándole siempre asido de la garganta le siguió adonde Ferrus todo trémulo le guiaba.

Entre tanto luchaban animados de igual furor Hernan Perez y Macías, cerrados en la prision. Pocos golpes habrian dado y recibido, cuando resonó por todo el castillo el rumor de varias trompetas, y el estruendo de muchas gentes de armas que llegaban nuevamente. Don Enrique de Villena y los suyos acababan de entrar en él. Casi al mismo tiempo llegó doña María de Albornoz y Elvira, y al nombre de la condesa fuéles abierto el puente.

Dirigiéronse los primeros informados de cuanto ocurría, hácia la prision del doncel, y hallándola cerrada por dentro, mandó el conde que se forzase la puerta, operacion á que se dió principio con la mayor actividad.

Doña María de Albornoz y Peransurez, no conociendo mas camino á la prision del doncel que aquel que ellos habian andado antes de la fuga, se dirigieron por el contrario entre la muralla y la zanja, llegaron al frente de la prision, oyeron el ruido de las armas

EL DONCEL DE D. ENRIQUE EL DOLIENTE.



Y su cuerpo destrozado llegó a lo profundo de la sima, dando de hierro en hierro y profiriendo -
sordamente ¡es tarde! ¡es tarde!

de los combatientes, y el estruendo de los que por el opuesto lado forzaban la puerta que habia cerrado Vadillo; pero cuál fue su sorpresa cuando vieron el espectáculo que se ofreció á sus ojos. Hernando asomado á una galería sobre la prision, desde donde se soltaban las cadenas del rastrillo, tenia asido aun al juglar y lo ahogaba casi con su mano intimándole que le ayudase á soltarlas. Ferrus, sin embargo que sabia el horrible secreto del rastrillo, por el cual no podia pasar nadie sin caer en la zanja y hacerse pedazos en los muchos pinchos de hierro de que estaba erizada, lleno de pavor queria esplicarse, porque no tomase luego Hernando mayor venganza de la catástrofe que debia seguirse á la bajada del rastrillo. No concediéndole, empero, Hernando parlamento, y viéndose Ferrus ahogar, hubo de ceder, y ayudó á Hernando como pudo á soltar las cadenas.—¡Sálvate, Macías, sálvate, gritó desde arriba Hernando con voz que retumbó en todo el castillo, y entonces se ofreció á los ojos de doña María y de Elvira el horroroso combate.

—¡Cielos! exclamó Elvira, ¡Bárbaros, teneos! ¡Tomad mi vida, tomadla! Precipitóse Elvira hácia la prision, y puesta en el borde del abismo,—¡Macías! clamó sin podérselo nadie impedir. ¡Hernan Perez! ¡Cesad, bárbaros en tan cruel combate, ó este precipicio será mi tumba!

No volvió siquiera Hernan Perez la cabeza; antes mas encarnizado que nunca al oír la que causaba su implacable rencor, redobló sus golpes. No sucedió así al doncel; volvió la cabeza rápidamente, y al ver á orillas de la zanja á Elvira, pronta á precipitarse en ella, desasióse del hidalgo, á tiempo que caía hecha pedazos la puerta de la prision con horrible fragor, y que se entraban dentro don Enrique y los suyos.

—¡Elvira! gritó Macías saliendo de la prision. ¡Elvira! Lanzóse en seguida al rastrillo.—¡Perdon! gritó con voz desesperada Ferrus á Hernando, y al mismo tiempo, cediendo la trampa del rastrillo al peso del caballero que la oprimia, hundióse el doncel súbitamente, y su cuerpo destrozado llegó á lo profundo de la sima dando de hierro en hierro, y profiriendo sordamente *¡es tarde! ¡es tarde!*

Un chillido agudo y desgarrador, lanzado del pecho de Elvira, reso-

nó hasta el mismo corazón de los espectadores espantados. Un momento de pausa y de terror se siguió.

—¡Malvado! ¿lo sabias? gritó únicamente Hernando desesperado, y se precipitó sobre Ferrus, que exánime no le ofrecía resistencia alguna. Asiéndole entonces de su cabellera roja... ¡Bravonel! gritó, ¡Bravonel! ¡al oso! ¡al oso! y lanzó en medio de la galería al juglar, que corrió un momento huyendo del animal. Pero Bravonel furioso se arrojó sobre él, y haciendo presa en su garganta, destrozólo en minutos, al mismo tiempo que Hernando le animaba gritando; ¡Pieza! ¡pieza! No era digno el infame de morir por mi mano. ¡Pieza! ¡pieza!

Quedó Hernan Perez mirando cruzado de brazos á la profunda sima, envidioso de que le hubiese robado la dicha de acabar con el doncel. Furioso como aquel que no habia satisfecho toda su ira, lanzóse por el borde que habia quedado en el rastrillo á uno y otro lado de la trampa hundida, bastante ancho todavía para andar por él una persona. Elvira en tanto miraba la sima con ojos vidriados, en que se veía la fijacion del estupor y el extravío de la demencia. Habíase secado ya para siempre el manantial de sus lágrimas.

—¡Héle ahí! le gritó Hernan Perez señalando la zanja: ¡héle ahí!

—¡Es tarde, es tarde! repuso Elvira dando una horrorosa carcajada.

—¡Bárbaro! gritó el pagecillo echándose al paso de Hernan Perez: ¡Bárbaro! y se dispuso á defender á su prima con un denuedo ageno de su edad. En aquel momento pareció Elvira volver en sí para reconocer á su esposo, y sobrecogida de terror, huyó despidiendo del pecho agudos alaridos.

Precipitáronse los circunstantes sobre el hidalgo; no pudiendo éste llegar á Elvira,—¡Maldicion sobre tí, y desprecio! la gritó; ¡y entre nosotros eterna separacion!

Al mismo tiempo se oyeron por el castillo voces de ¡arma! ¡arma! ¡Santiago!

De allí á poco las murallas eran el teatro de un sangriento combate. Despues de una hora de refriega, y de muy entrada la noche, replegaronse por fin las gentes de Villena, acaudilladas por el hidalgo, que

habia peleado con desesperacion, y el justicia mayor clavó el pendon real en una almena.

Hernando, que habia tomado á su cargo dañar á los sitiados en compañía de Peransurez, para facilitar la entrada á las tropas reales y defender á la condesa, peleó como aquel que acababa de perder el único interes que le ligaba á la sociedad, y logró mantener ilesa á doña María hasta el momento de la victoria. Restituida aquella al justicia mayor, no se volvió á ver á Hernando ni á su alano. Se presume que privado de su amo, que era el único que podia hacerle soportable la existencia en la córte, se hundió para siempre en los montes, y hay cronista que afirma que años adelante murió á manos de un oso mas feroz que él.

Don Enrique de Villena fue llevado ante el rey Doliente, y el impudente medio de que se valió para conservar, aun despues de lo ocurrido, su maestrazgo, diciéndose en público impotente, solo contribuyó á dar á todos una idea mas clara de su baja ambicion. Los ruegos, sin embargo, de la generosa condesa, que se retiró á sus estados á llorar su desdichada boda y la suerte de Elvira, salvaron la vida al conde, quien desde entonces vivió en retiro filosófico entregado á las letras, para las cuales habia nacido, mas bien que para las armas ó la córte. Es cosa sabida que despues de su muerte quedó hecho trozos en una redoma, como hechicero que había sido.

Don Luis Guzman, restablecido de sus heridas, fue elegido maestro de Calatrava por el capítulo de la órden.

Nadie entre tanto habia visto á Elvira desde el momento en que empezó el combate y la confusion. Buscósela de órden de la condesa muchos dias, porque el rencoroso Fernan habia jurado no volver á recordar nunca su nombre: fue imposible, empero, dar jamás con ella; tanto, que el fiel pagecillo, desesperado de la pérdida de su hermosa prima, no pudo resistir á su dolor, y tomó de allí á poco el hábito de una órden religiosa.

Es fama únicamente que durante el combate se vió en diversos puntos de la muralla, sin temor alguno ni á las armas, ni á los combatientes, ni á las llamas, que consumieron aquella noche el castillo sin saberse quien las hubiese prendido, una muger desmelenada, agitando

con ademán frenético una antorcha en medio de las tinieblas, y gritando con feroz expresión ¡es tarde! ¡es tarde! lema antiguo del fatal castillo.

No faltó en la comarca quién creyó que solo podía ser la mora encantada la que parecía triunfar con bárbaro regocijo de la destrucción de su antigua cárcel, repitiendo el fatídico ¡es tarde!





CAPÍTULO XL.

¡Tarde acordaste!!!...

Rom. del conde Claros.

Algunos años habian pasado ya desde los sucesos que dejamos referidos. Ocupaba el trono de Castilla el señor don Juan II, hijo del muy ínclito y poderoso rey don Enrique el Doliente, y ocupábale en su menor edad, regido y dominado por unos y otros bandos y parcialidades.

Dos caballeros, ricamente ataviados y montados, pasaban una tarde por la plaza de Arjonilla. Brillaba en el semblante del mas lujosamente vestido la satisfaccion que da el poder y la riqueza; distinguíase en el ceño y en la oscura frente del otro la huella de antiguos pesares.

—Si no fuese detenernos mucho, dijo el primero al segundo, veria de buena gana qué turba es aquella que se agita en el extremo de la plaza. ¿Llegamos?

—Como gustéis, señor don Luis Guzman, repuso secamente su compañero; si bien yo no puedo parar mucho en este pueblo maldito sin agravarse mis males.

Llegáronse, efectivamente, al grupo. Una infinidad de muchachos le formaban, y algunos habitantes de Arjonilla con ellos. Una muger en medio parecia querer huir de la importuna concurrencia. Sus vestiduras se hallaban manchadas y rotas por diversas partes; su pelo suelto y descuidado parecia haber sido hermoso; sus facciones flacas y descompuestas debian haber tenido en su juventud proporciones agrada-

bles. Esto era todo lo mas que se podia decir. Sus ojos hundidos en el cráneo, brillaban con un fuego extraordinario, y parecian querer devorar al que la miraba; sus ojeras negras; sus mejillas descarnadas; su frente surcada de arrugas, y sus manos de esqueleto, manifestaban que alguna enfermedad crónica y terrible consumia su existencia.

Arrojábanla pellas de barro los muchachos y corrían tras ella.—¡La loca! ¡la loca! gritaban. ¿Cómo te llamas? ¿Nos dices la hora que es? ¡La loca! ¡la loca!

A toda esta algazara respondía la desdichada con una feroz y extrañada sonrisa; parábase, escuchaba un momento, y soltando una estúpida y horrible carcajada,—¡Es tarde! gritaba con voz ronca; ¡es tarde! despedazábase al mismo tiempo las manos, y dábale golpes en el pecho.

—¿Qué es eso? preguntó don Luis á un muchacho.

—¡Ah! señor maestro, contestó el muchacho, que parecia conocer al caballero, ¡es la loca!

—¿Y quién es la loca?

—Aquí, repuso el muchacho, solo por ese nombre la conocemos; de temporada en temporada se aparece por el pueblo: otras veces vive por el monte, y dicen los pastores que gusta mucho de pasar los dias enteros mirando á los barrancos. No habla mas que dos palabras. No llora nunca: ¿oís esa carcajada? Eso es lo que hace; aquí siempre estamos deseando que venga, porque es para todo el pueblo una diversion.

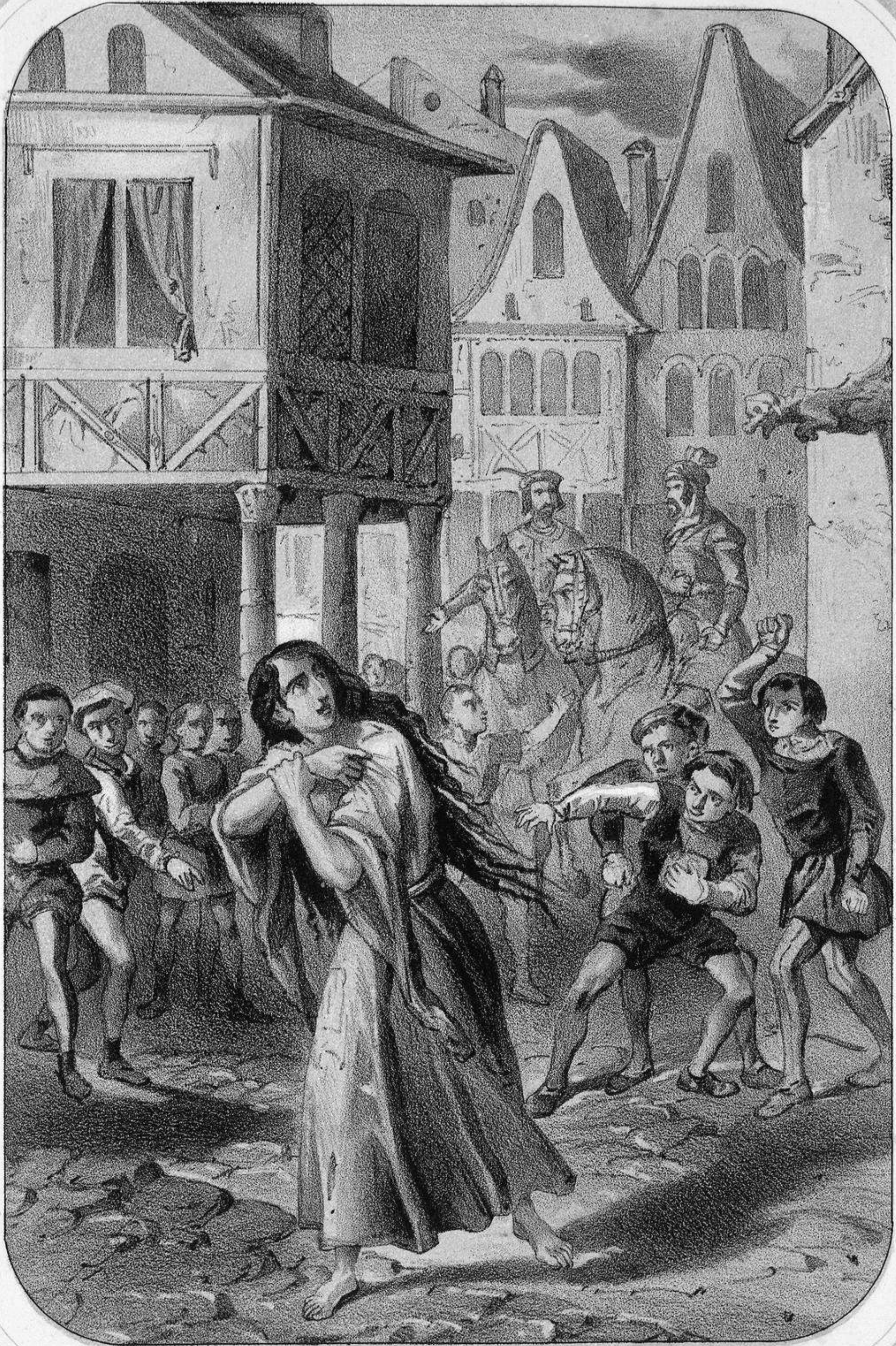
—¡Infeliz! dijo don Luis: ¿no quereis verla, señor Hernan Perez?

—No; esos espectáculos me ponen de mal humor. ¡Miserable! será acaso alguna madre que haya perdido á su hija. Vamos de aquí, señor don Luis.

—O alguna amante desdichada, señor Hernan Perez, dijo riéndose con indiferencia don Luis, y picando espuelas á su caballo. De allí á poco ambos caballeros desaparecieron, apartándose de la turba que seguía ostigando á la demente, la cual solo respondía de cuando en cuando con su acostumbrada carcajada y su desdichado estribillo: ¡es tarde! ¡es tarde!

Pocos años despues entró una madrugada el sacristan de la parroquia de santa Catalina de Arjonilla en la iglesia, y parecióle ver un

EL DONCEL DE D. ENRIQUE EL DOLIENTE.



A toda esta algazara respondia la desdichada con una feroz y estraviada sonrisa.....

Urrabieta inv.^o y lit.^o

Lit de J.J. Martinez Madrid

bulto extraordinario al lado de un sepulcro. Efectivamente, era la loca.

—Loca, le dijo dándole con el pie. ¡Pues está bueno! Esta se quedaría aquí ayer en la iglesia cuando la cerré. Vamos, buena muger. ¡Estará borracha!

Dábale con el pie, pero el bulto no se movía. Acercóse el sacristán, y vió que la loca tenía un hierro en la mano, con el cual había medio escrito sobre la piedra; *¡es tarde! ¡es tarde!* Pero ella estaba muerta. Sus labios fríos oprimían la fría piedra del sepulcro. Un epitafio decía en letras gordas sobre la losa:

AQUI YACE MACIAS EL ENAMORADO.



F. RUANO PUENTES
GUARNICIONERO
* CORDOBA *

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS DE ESTE TOMO.

		<u>Páginas.</u>
LA PORTADA.		1
1. ^a	Haced, Dios mio, que no venga nadie ahora, nadie.	7
2. ^a	Llegándose entonces el astrólogo á la dama, que se habia arrojado de rodillas.	12
3. ^a	Le apartó largo trecho del sitio de la pendencia.	20
4. ^a	Arrojóse hácia él exhalando un ¡ay! que salia de lo mas hondo de su corazon.	27
5. ^a	Escuchad, añadió Villena con voz casi imperceptible; ¿seria cierto que tuvieseis celos?.	37
6. ^a	Le dió tres espaldarazos con el plano de la espada, armándole caballero en nombre de Dios, de San Miguel y de Santiago.	44
7. ^a	Sí, bien mio, respondió Macias. Vana es ya la porfia.	58
8. ^a	No os turbeis, Elvira, tranquilizaos. Eso me basta. ¿Me amais?.	69
9. ^a	Salió su alteza á una de las fenestras de su alcázar.	81
10	¡Ah, es él, es él, y soy perdida. Yo misma me he encerrado.	89
11	Una cántara de vino y media docena de embuchados de jabalí para todos los presentes, gritó Peransurez dando una puñada en la mesa.	107
12	En aquel castillo, no hay duda, está el doncel. Hé aqui la presa que habemos menester rastrear.	113
13	Alguna tristísima endecha, dirigida á la ingrata señora de sus pensamientos.	121
14	Y atáronlos en seguida fuertemente de pies y manos á sus mismas poltronas.	132
15	Y de allí á un momento una voz, harto conocida para ellos, entonó con lánguido acento una cán ica.	139
16	Que es como sabeis la niña de mis ojos; no hay mula mejor en la comarca, miradla.	152
17	«¡Hé aquí clamó en voz alta, hé aquí el juicio de Dios.	163
18	Y su cuerpo destrozado llegó á lo profundo de la sima, dando de hierro en hierro, y profiriendo sordamente ¡es tarde! ¡es tarde!	173
19	A toda esta algazara respondia la desdichada con una feroz y estraviada sonrisa,	178

INDICE

DE LOS CAPITULOS DE ESTE SEGUNDO TOMO.

		<u>Páginas.</u>			<u>Páginas.</u>
CAPITULO XXI.		5	CAPITULO XXXI.		83
— XXII.		14	— XXXII.		94
— XXIII.		24	— XXXIII.		110
— XXIV.		31	— XXXIV.		115
— XXV.		38	— XXXV.		125
— XXVI.		47	— XXXVI.		138
— XXVII.		54	— XXXVII.		144
— XXVIII.		64	— XXXVIII.		151
— XXIX.		72	— XXXIX.		166
— XXX.		77	— XL.		177

LISTA

DE LOS SEÑORES SUSCRITORES

A

EL DONCEL DE D. ENRIQUE EL DOLIENTE.

Sra. Doña Francisca Abadía de Ami.
 Sr. D. José Aragon.
 Camilo Alaberne.
 Marcial Andrade.
 José Ramirez de Arellano.
 Manuel Alcaraz.
 Genaro Almodobar.
 Manuel María Alvarez.
 Sra. Doña Julia Ascorbe y Escalante.
 Rafael Acar.
 Manuel María de Azofra.
 Ramon Aranda.
 Excmo. Sr. Marqués de Alcañices.
 Sr. D. Isidro Eleuterio de Alcalá.
 Domingo Aristizabal.
 Antonio Andrade.
 Pedro Arias.
 José Asensio.
 Felipe Aristizabal.
 Joaquin Abendaño.
 Excmo. Sr. Marqués de Astorga.
 Excmo. Sr. Duque de Abrantes.
 Sr. D. José Lazaro y Agos.
 José de la Peña y Acosta.
 Excmo. Sr. Marqués de la Vega Armijo.
 Sr. D. Miguel Alvarez Moreno.
 José Ordaz AVECILLA.
 Sr. D. Primo Feliciano Arteta.
 Excmo. Sra. Marquesa viuda de Belgida.
 Sr. D. Bernardo Blanco.
 Mariano Bort.
 José Gonzalez Bande.
 Luis Brocheton.
 Antonio Bravo.
 Federico Balar.
 José Burger.
 Sr. Marqués de Benamejí.
 Excmo. Sr. Marqués de Bárboles.
 Sr. D. Francisco Balaguer.
 Excmo. Sr. D. Manuel Beltran de Lis.
 Sr. D. Andrés Benitez Avelino.
 Domingo Belo.
 Juan Manuel Ballesteros.
 Manuel Bahamonde.
 Sr. Embajador del Brasil.
 Sra. Doña Ildelfonsa Bravo.
 Sr. D. Juan Boronat.
 Miguel Barray.
 Antonio Badalota.
 Fernando Bande.
 Francisco Bollo.
 Diego Bobadilla.
 Domingo Blé.
 La viuda de Bonaplata.
 Sr. D. Juan Brigalto.
 Martin Belda.
 Francisco Balverde.
 Antonio Ballesteros.

Sr. D. Manuel Balsamonde.
 Francisco Carra y Belda.
 Ignacio Binuesa.
 José Rodriguez Busto.
 Excmo. Sr. D. Bonifacio Fernandez de Córdoba.
 Juan Carramolino.
 Pedro Chacon.
 Sra. Doña Felipa Carrera de Matute.
 Sr. D. Manuel Castellano.
 Federic de Craus.
 Constancio Corona Lopez.
 Sra. Doña Casimira de la Cruz.
 Excmo. Sr. D. Rufino García Carrasco.
 Excmo. Sra. Condesa de los Corvos.
 Sra. Doña Ana Coderch.
 Sr. D. Juan Ignacio Crespo.
 Cesáreo Carnicero.
 Diego Castell.
 Manuel Catalina.
 Excmo. Sra. Marquesa viuda de Cerdeñola.
 Sr. D. José del Castillo.
 Sra. Doña Mariana Chafino.
 Sr. D. Angel Correa.
 Excmo. Sr. Marqués de Camarasa.
 Sr. D. Mariano de la Cerola.
 Manuel Collado.
 Bartolomé Colomina.
 Excmo. Sr. Duque de Castroterreño.
 Sr. D. Andrés Camaño.
 Joaquin Cabrera.
 Excmo. Sr. D. Ignacio Chacon.
 Sr. D. Pedro Cledera.
 Excmo. Sr. General Córdoba.
 Sr. D. Ramon Drolz del Castelar.
 Adolfo Conejero.
 Manuel María Cárdenas.
 Manuel Gonzalez del Campillo.
 Rafael Canella.
 Excmo. Sr. D. Rafael Cavanillas.
 Sr. D. Enrique Cosour.
 Joaquin Castro.
 Excmo. Sr. Marqués de Castelar.
 Sr. D. Juan Gonzalez de las Casas.
 Excmo. Sr. Duque de la Conquista.
 Sr. D. José Cifuentes.
 Julian Caballero.
 Antonio Carames.
 José Rodriguez Calero.
 Excmo. Sr. D. Rafael García Carrasco.
 Sr. D. Rafael Castro.
 Ignacio García Cubas.
 Francisco Fernandez Cárcelos.
 Pedro Calderon.
 Cárlos Calderon.
 Pedro Tomás de Córdoba.
 Excmo. Sr. D. Manuel Cortina.
 Sr. D. Benito Collado.
 Mariano Cruz.

Sr. D. Angel María Cortellini.
 Anselmo Santa Coloma.
 Francisco de Asis Calzadilla.
 Carlos Cenillo y Nebroni.
 Quintin Chiarlone.
 Santiago Cáceres y Zornoza.
 José Mariano Cherif.
 Sra. Doña Adelaida Casola.
 Sr. D. José María Díaz.
 Julian Delgado.
 Sr. Embajador de Dinamarca.
 Excmo. Sr. Marqués de Fuentes de Duero.
 Sra. Doña Matilde Diez.
 Sr. D. Juan Doporto.
 Sra. Doña Enriqueta Drecet.
 Sr. D. Angel Esain.
 Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura.
 Sr. D. Arturo Escobar y Mancha.
 Joaquin Ezpeleta.
 José Eugenio Equizabal.
 José Echevarría.
 Antonio María Esquivel.
 Antonio Gonzalez de Estefani.
 Bautista Escayola.
 Juan Antonio Estanona.
 Gabriel Estrella.
 Nicolás Eurile.
 José Azua Figueroa.
 Estéban Fernandez.
 Antonio Flores.
 Estéban Fabra.
 Gerónimo Fernandez.
 Felix Ferrer.
 Cayetano Ferrer.
 José Fernandez.
 Miguel Fabian.
 Manuel Fernandez de Velasco.
 Juan Fourquet.
 Joaquin García.
 Roman Goicorrotea.
 Meliton Gimenez de Cisneros.
 Felipe Martín y Galan.
 Excmo. Sr. Duque de Gor.
 Sr. D. Francisco Diaz de la Granja.
 Excmo. Sr. Conde de Giraldehi.
 Sr. D. Luis Guirado.
 Pablo Gomez.
 Francisco Grondona.
 Juan Gutierrez.
 Excmo. Sr. Marqués de Gaviria.
 Sr. D. Luis Guitarte.
 D. Félix Gomez.
 Sra. Doña María Gomez Marañon de Veraza.
 Sr. D. Antonio García Gutierrez.
 Lorenzo García.
 J. García Santisteban.
 José Giacomaru.
 Laureano Garaqui.
 Sra. Doña Dolores Gesper.
 Sr. D. Manuel García de Segovia.
 Sr. Coronel D. Ramon Gomez.
 Excmo. Sr. Duque de Gluksber.
 Sr. D. José Gomez.
 Manuel Hurtado.
 Excmo. Sr. D. Manuel Breton de los Herreros.
 Sr. D. Niceto Hernandez.
 Luis Hernandez.
 Mariano Herrero.
 Lorenzo Hernandez.
 Francisco Huerta.

Sr. D. José Diez y Hermida.
 Pelegrin de Irazoqui.
 José María de Ibarrola.
 Felix Isla.
 Marcelo Iglesias.
 Rafael Imaz.
 Francisco Ibañez.
 Rafael Izquierdo.
 Carlos Ibañez.
 Emeterio Iriarte.
 Felipe Juste.
 Gregorio Gimenez.
 Fernando Valsalobre y Jaramillo.
 Joaquin Jurado.
 Amador Gimenez.
 Francisco Keyser.
 Manuel Lastra.
 Miguel Lascan.
 Antonio Linares.
 Nemesio Lallana.
 José Leon.
 Antonio Lledó.
 Basilio Lanzaco.
 Excmo. Sr. D. Francisco Lersundi.
 Sr. D. José Luis de Larrochette.
 Ramon Llorente Lázaro.
 Excmo. Sr. D. Pascual Liñan.
 Sr. D. Juan Ponce de Leon.
 Fernando Landaburu.
 José María Lopez.
 Eugenio Lara.
 Señorita Semi Lacome.
 Sr. D. José Lopez Ponce de Leon.
 José María Maté.
 José Magás.
 Sisto Marina.
 Anastasio Menendez.
 Felipe Martín y Galan.
 Excmo. Sr. Marqués de Morante.
 Sr. D. Camilo Mojon y Llover.
 Santiago Miranda.
 Pelayo Magano Lopez.
 Antonio Montoya y Gimenez.
 Camilo de la Vega Muñiz.
 Felipe Morales.
 Sisto Martinez.
 Manuel Mendizabal.
 Antonio Montoya y Gimenez.
 Antonio Montalvo.
 Isidro Mir y Bresca.
 José Macías.
 Luis Manresa y Mejía.
 Genaro Montero.
 Juan de Dios Mora.
 Andrés Montori.
 Antonio Mengs.
 Rafael Martinez Neva.
 Manuel Mendoza.
 Excmo. Sr. Duque de Medina de las Torres.
 Sr. D. Joaquin Murga.
 Pedro Marinas.
 Excmo. Sr. D. José Madrazo.
 Sr. D. Federico Madrazo.
 Segismundo Moret.
 Excmo. Sr. D. Juan Martinez Almagro.
 Sr. D. José Antonio Muratori.
 Carlos Mugica.
 Sra. Doña Antonia Mostairiu.
 Sr. D. Juan José Martinez.
 Nicolás Mas y Puente.

- Excmo. Sr. D. Santiago Mendez Vigo.
Juan Alvarez Mendizabala.
- Sra. Doña Jacoba Marquina.
- Sr. D. Juan Martinez Zorrilla.
Vicente Miguel Moreno.
José Benitez Moreno.
- Excmo. Sr. Marqués de Miraflores.
Gregorio Lopez Mollinedo.
- Excmo. Sr. Conde de Rio Molino.
- Sr. D. Ramon Leandro Malaet.
Francisco Vargas Machuca.
José de Baños Navarrete.
- Sr. general Norzagaray.
- Sr. D. Juan de Dios Navarro.
Eduardo Nuñez.
Prudencio Naya.
- Sra. Doña Vitoria Navarro de Banquer.
- Sr. D. Fernando Navarro.
Pedro Nieto.
Francisco Ortego.
Vicente Oteisa.
Florencio Olmaechi.
Antonio Ortigosa.
Valentin Ollo.
Juan Ortega.
Manuel Obiña.
Baldomero Ollo.
Saturnino Gonzalez Parra.
Leopoldo de Pedro.
Francisco Sanchez Pantoja.
Francisco Pozo.
Miguel Pacheco.
Juan José Sanchez Pescador.
Meliton Pinilla.
Mariano Prendergat.
- Sr. de Terol y Pascual.
- S. Baron de San Pedrillo.
- Sr. D. Francisco Paláu.
Francisco Parodi.
- Excma. Señora Doña argarita Perinat de Peser
- Excmo. Sr. Marqués de la Pezuela.
- Sr. D. Felipe Perez.
Ramon Patiño.
Jaime Payeras.
Justo Cuesta y Pelayo.
- Excmo. Sr. Conde de Tapa.
- Sr. D. Manuel Palacios, (por dos ejemplares.)
- Excmo. Sr. Marqués de Pedroso.
- Sr. D. Ubaldo Pasaron.
Antonio Nicolás Perona.
Emilio de Peñalva.
Alejandro San Pedro.
Lorenzo París.
- Sr. Secretario de la embajada de Portugal.
- Sr. D. José Perez y Benito.
Joaquin Quintana.
- Excmo. Sr. Conde de Quinto.
- Sr. D. Mariano Alvarez Robles.
Francisco Roson.
Francisco Rener.
- Sra. Doña María Rodriguez.
- Excmo. Sr. Duque de Riánsares.
- S. M. la Reina madre.
- Sr. D. Antonio Rute.
Walfrido Reguiferos.
Márcos del Castillo y Ramirez.
José Real.
Domingo Ribova.
Felipe Diez Robledo.
Juan de la Rana.
- Sr. D. Joaquin Romaña.
Antonio Arias y Rossel.
Manuel Roman.
- Sra. Doña Luz de Rosas.
- Sr. D. José de San Roman.
- Sr. Coronel brigadier del regimiento caballería de la Reina.
- Sr. D. Manuel Rodriguez.
Ramon de Revenga.
Baltasar del Riego.
Mariano de la Roca.
Antonio Rotondo.
Francisco Reigon.
Vicente Reigon.
Manuel Risco.
- Excmo. Sr. D. Antonio Rubio.
Duque de Rivas.
- Sr. D. Cárlos Luis de Ribera.
- Excmo. Sr. Marqués de Remisa.
- Sr. D. Florencio Romea.
Julian Romea.
Felipe Reyes.
Ramon Rubio y Murillo.
Adolfo Raices Asenso.
Pio Sanchez.
Juan Lopez Serrano.
Juan Salazar.
- Señorita Doña Asuncion Sanchez de Fuentes.
- Sr. D. Ceferino Suarez Brabo.
Agustin Saez.
Mariano Sanz Muñoz.
Ramon Juan y Seva.
Joaquin Suaber.
Francisco Salas.
Emilio Subrie.
- Excmo. Sr. D. Pedro Perez de Laserna. —
Luis de Sola.
- Sr. D. Narciso Soler.
Dionisio Solís.
Juan Salaberre.
Antonio San Salvador.
Joaquin Sanchez.
Gaspar María Soliveres.
- Excmo. Sr. Conde de Salvatierra.
- Sr. D. Pascual Serra y Mas.
Wenceslao Tejido.
- Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.
- Sr. D. Francisco Hernandez Tomé
Antonio Gutierrez de Tobar.
- Sra. Doña Dolores Nevir de Toral.
- Sr. D. Manuel Urivarri y Urivarri.
José Angel de Urquidi.
- Excmo. Sr. D. Francisco Javier de Ulloa.
- Sr. D. Camilo Muñoz Vega.
José Gutierrez de la Vega.
Eusebio Garcia Vazquez.
Ramon Gomez Vildosola.
Juan Viña.
- Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega.
Manuel Zarco del Valle.
- Sr. D. Alonso Valdospino.
José Esquinas Vivas.
Calisto Valdearellano.
- Excmo. Sr. general Gallego y Valcárcel.
Conde de Vallehermoso.
- Sr. D. R. R. de Ballabriga.
Manuel Rodriguez de Villagoitia.
- Excma. Sra. Condesa de Yumury.
- Sr. D. Agustin Zaragozano, (por dos egemplares.)
- Sr. D. Eusebio Zarza.